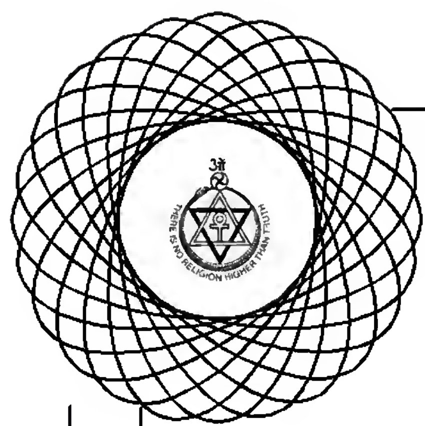
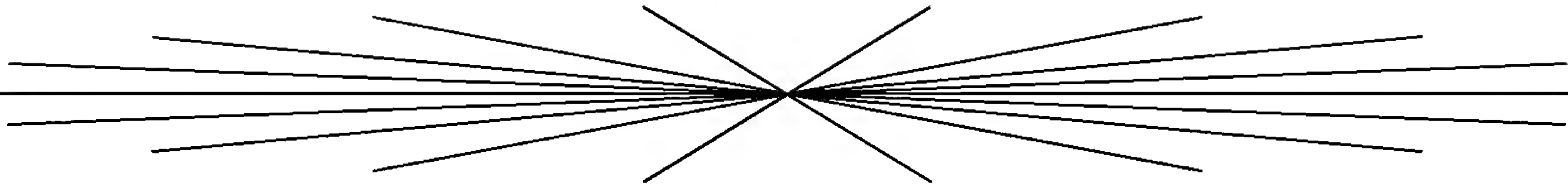
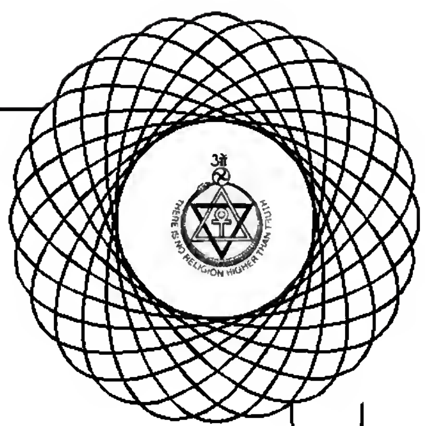




HELENA PETROVNA BLAVATSKY

ISIS SIN VELO TOMO I

Clave de los Misterios de la Ciencia y Teología

Antigua y Moderna

“Cecy Est Un Livre De Bonne Foy”

(Montaigne)

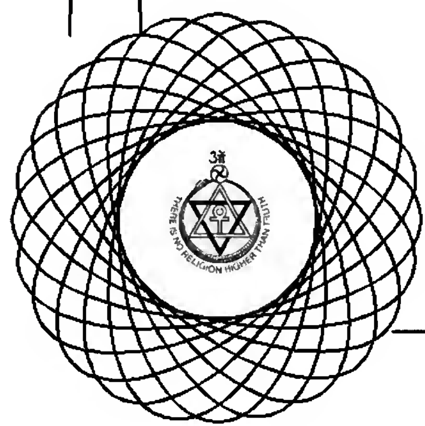
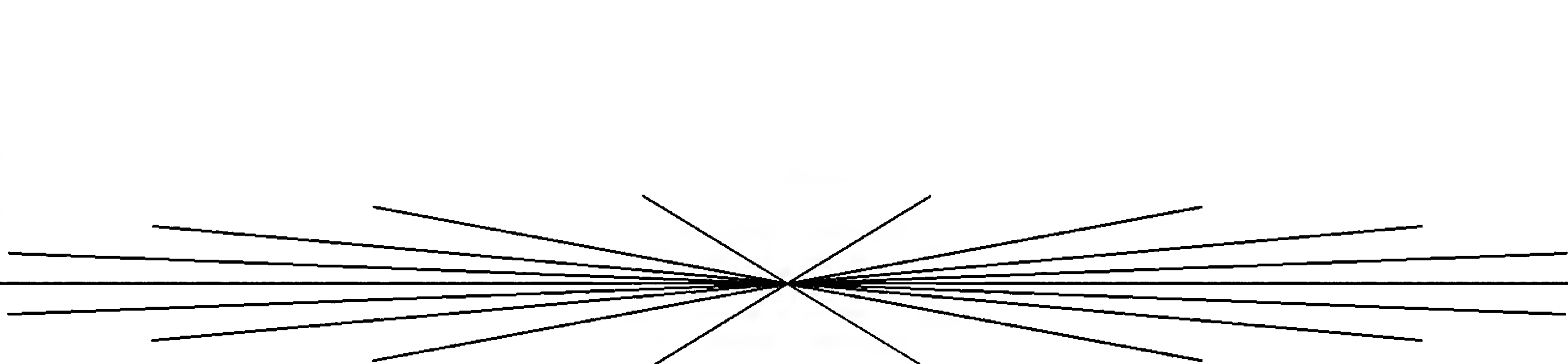
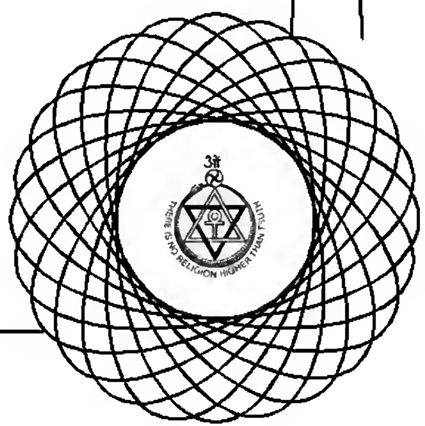
La autora dedica esta obra a la SOCIEDAD TEOSÓFICA

Fundada en el año 1875, en Nueva York, para estudiar

las materias de que se trata

Traducción del inglés:

Federico Climent Terrer

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Siete lustros hace que la cofundadora de la Sociedad Teosófica publicó esta obra, y todavía exhalan sus páginas el aroma de sinceridad en que embebió su pluma. Durante los treinta y cinco años transcurridos desde entonces, ha evolucionado el pensamiento occidental hasta el extremo de confirmar gran número de los vaticinios que con maravillosa intuición formuló Blavatsky respecto al porvenir de la ciencia y de la teología. Por una parte, las academias y universidades han cejado en sus empeños materialistas, y por otra, las iglesias de todas las confesiones han mitigado no poco las crudezas de la intolerancia religiosa. Así es que desde este punto de vista y en cuanto a su aspecto polemístico, resulta hoy ISIS SIN VELO algún tanto anticuada, pero no por ello decrece su mérito, antes bien se acrecienta al considerar el triunfo cada vez más decisivo de las ideas sustentadas por la ilustre teósofa frente al escepticismo dominante en la época en que se valió de su pluma como de ariete para batir brecha en las hasta entonces inexpugnables murallas del materialismo científico. Con todo, hay en esta obra pasajes enteros de inmarcesible frescura y perpetua actualidad que entrañan copiosas enseñanzas, igualmente valederas para el teósofo convencido que para el principiante ávido de conocimientos sobre qué fundamentar sus orientaciones mentales.

La prodigiosa erudición de que en el transcurso de la obra alardea sin arrogancias ni presunciones la abnegada apóstol del espiritualismo trascendental, nos ofrece inagotable acopio de datos, fechas, citas, referencias, pruebas documentales y demás elementos de razonadora investigación, que sin hipérbole pueden considerarse como el arranque y punto inicial de la literatura teosófica contemporánea.

Helena Blavatsky golpeó con su mágica pluma la dura roca del materialismo que orgullosamente se erguía en el desierto de la ciencia atea, y de las entrañas de tan árida peña brotaron las límpidas y salutíferas aguas del oculto manantial en que, sin temor al fango de la superstición ni al cieno del fanatismo, apagan sus ansias de verdad y su sed de conocimiento cuantos se abrasaban entre las ascuas del dogmatismo a la par teológico y científico.

Los descubrimientos realizados por las ciencias experimentales desde la primera edición de esta obra, han corroborado plenamente la coexistencia del espíritu y de la materia, de la vida y de la forma en todas las manifestaciones del universo, tal como desde los orígenes de la raza humana enseñaron los iniciados en la sabiduría esotérica. Precisamente, el tema dominante en ISIS SIN VELO es el reiterado cotejo de la ciencia

antigua con las especulaciones modernas para demostrar, según demuestra cada día más incontrovertiblemente el progreso de los tiempos, que toda teoría, toda hipótesis, toda novedad atribuida a los modernos tuvo su precedente invención entre los antiguos.

La arqueología, la lingüística y la mitología comparada aducen diariamente nuevas y más que sobradas pruebas de los conocimientos científicos de aquellas civilizaciones, cuyo espíritu siguió flotando en el ambiente de la humanidad durante los prolongados períodos en que estuvo eclipsada la verdad por las tinieblas de la ignorancia.

En cuanto al ordenamiento de la obra, no la encontrará el lector sujeta al plan rígidamente cuadriculado de los expositores, porque se escribió en días de acerba lucha cuyos fragores no podían dar al ánimo la sosegada placidez que requiere el eslabonado enlace de las materias. Pero entre la aparente incoherencia de los temas, palpita la sinceridad de un espíritu crítico de insuperable potencia que suaviza el rigor inflexible de la lógica con la dúctil amenidad de la sátira, y arremetiendo gallardamente contra el adversario, le hiere con sus propias armas.

Por lo que atañe a la traducción, no hemos alterado en lo más mínimo el pensamiento de la autora, cuyos conceptos quedan fielmente vertidos con el mismo espíritu é intención del original, aunque acomodando la forma a la índole peculiar de nuestro idioma, de modo que las ideas no aparezcan envueltas en inútiles amplificaciones que dificultarían su comprensión. Al efecto hemos libado, por decirlo así, en el texto inglés, el pensamiento de la autora párrafo por párrafo, para expresarlo después lo más clara y concisamente posible en el idioma de la versión, como si las ideas asumieran nueva forma expresiva sin el más leve detrimento de su prístina originalidad.

Federico Climent Terrer

PREFACIO

La obra que sometemos al juicio público es fruto de nuestro trato con los Adeptos orientales y del estudio de su ciencia. La dedicamos a cuantos estén dispuestos a aceptar la Verdad, doquiera que la encuentren, y a defenderla sin temor a vulgares preocupaciones. Su objeto es ayudar al estudiante a descubrir los principios vitales que subyacen en los antiguos sistemas filosóficos.

Este libro es sincero. Hemos procurado que en él resplandezca siempre la justicia, junto a la verdad expuesta sin mala intención ni idea preconcebida. Nos mostramos inexorables frente al error entronizado y no guardamos la más mínima consideración a la autoridad usurpada. Reclamamos para el pasado el honor de sus ejecutorias que se le negó desde hace mucho tiempo; exigimos la restitución de prestadas vestiduras y vindicamos reputaciones tan calumniadas como gloriosas. En este espíritu de crítica están considerados los cultos y credos religiosos y las hipótesis científicas. Hombres, partidos, sectas y escuelas son efímeras de un día. Tan sólo la VERDAD, asentada en diamantina roca, es eterna y suprema.

No creemos en magia alguna que trascienda a la capacidad de la mente humana ni en “milagro” alguno, divino o diabólico, si por tal se entiende la trasgresión de las eternas leyes naturales. No obstante, aceptamos la opinión del sabio autor de *Festus* cuando dice que el corazón humano no se ha revelado todavía completamente a sí mismo ni hemos abarcado ni siquiera comprendido la amplitud de sus poderes. ¿Será exagerado creer que el hombre pueda desplegar nuevas facultades sensitivas y relacionarse mucho más íntimamente con la naturaleza? La lógica de la evolución nos lo dirá si la llevamos hasta sus legítimas conclusiones. Si en la línea ascendente, desde el vegetal o el molusco hasta el hombre más perfecto, ha evolucionado el alma y adquirido sus elevadas facultades intelectuales, no será irrazonable inferir y creer que también en el hombre se está desenvolviendo una facultad perceptiva que le permita indagar hechos y verdades más allá de los límites de nuestra ordinaria percepción. Así no vacilamos en admitir con Biffé, que “lo esencial es siempre lo mismo, ora procedamos cercenando hacia dentro el mármol para descubrir la estatua oculta en su masa, ora hacia fuera levantando piedra sobre piedra hasta terminar el templo. Nuestro NUEVO resultado no es más que una *idea antigua*. La última eternidad encontrará en la primera su alma gemela”.

Hace años, cuando en mi primer viaje por Oriente visité sus desiertos santuarios, me preocupaban dos cuestiones que sin cesar oprimían mi mente: *¿Dónde* está, QUIÉN y

QUÉ *es* DIOS? *¿Quién vió jamás el* ESPÍRITU *inmortal del hombre, para asegurar la inmortalidad humana?*

Precisamente cuando con más ansia pretendía resolver tan embarazosos problemas, trabé conocimiento con ciertos hombres que por sus misteriosos poderes y profunda ciencia merecen, sin disputa alguna, el calificativo de sabios de Oriente. Viva atención presté a sus enseñanzas. Me dijeron que, combinando la ciencia con la religión, pueden demostrarse la existencia de Dios y la inmortalidad del espíritu humano tan fácilmente como un postulado de Euclides. Por vez primera adquirí la seguridad de que la filosofía oriental sólo cabe en la fe absoluta é inquebrantable en la omnipotencia del Yo inmortal del hombre. Aprendí que esta omnipotencia procede del parentesco del espíritu del hombre con Dios o Alma Universal. Este, dicen ellos, sólo puede demostrarlo aquél. El espíritu del hombre es prueba del Espíritu de Dios, como una gota de agua es prueba de la fuente de donde procede. Si a un hombre que nunca haya visto agua, le decís que existe el océano, deberá creerlo por la fe o rechazarlo por completo. Pero dejad que caiga una gota de agua en su mano, y ya tendrá un hecho, del cual infiera lo demás, y podrá luego comprender poco a poco la existencia de un océano ilimitado é insondable. La fe ciega dejará de ser una necesidad para él, pues la habrá substituido con el CONOCIMIENTO. Cuando un hombre mortal despliega facultades inmensas, domina las fuerzas de la naturaleza y dirige la vista al mundo del espíritu, la inteligencia reflexiva queda abrumada por la convicción de que si a tanto alcanza el Yo espiritual de un hombre, las facultades del ESPÍRITU PADRE han de ser comparativamente tan inmensas en magnitud y potencia como el océano respecto a una simple gota de agua. *Ex nihilo nihil fit.* ¡Demostrad la existencia del alma humana por sus maravillosas facultades y demostraréis la existencia de Dios!

En nuestros estudios, aprendimos que los misterios no son tales y nos cercioramos de la realidad de nombres y lugares que los occidentales diputan por fabulosos. Devotamente nos dirigíamos en espíritu al interior del templo de Isis, en Sais, para levantar el velo de “la que fue, es y será”; para mirar a través de la desgarrada cortina del *Sancta Sanctorum* en Jerusalén y a interrogar a la misteriosa Bath–Kol en las criptas del sagrado edificio. La *Filia–Vocis,* la hija de la voz divina, respondía tras el velo desde el propiciatorio[1], y la ciencia, la teología y toda hipótesis humana nacida de conocimientos imperfectos, perdían para siempre ante nuestros ojos su carácter autoritario. El Dios vivo habló por medio del hombre su único oráculo. Estábamos satisfechos. Semejante saber es inapreciable y sólo ha permanecido oculto para quienes lo desdeñaban, ridiculizaban o negaban.

[1] Lightfoot asegura que esta voz, tenida antiguamente por testimonio del cielo, “se debía al arte mágico”. Este último término se usa como expresión supersticiosa, porque ha sido y es todavía mal comprendido. El objeto de esta obra es corregir las opiniones erróneas, en lo que se refiere al arte mágico.

De éstos recibimos críticas, censuras y quizás hostilidad, aunque ninguno de los obstáculos encontrados en nuestro camino surge de la validez de las pruebas ni de la autenticidad de hechos históricos ni de la falta de sentido común de aquellos a quienes nos hemos dirigido. El pensamiento moderno va impelido hacia el liberalismo, tanto en religión como en ciencia. Se acerca el día en que los reaccionarios resignen la despótica autoridad que durante tanto tiempo disfrutaron y ejercieron sobre la conciencia pública. Cuando el Papa anatematiza la libertad de la prensa y de la palabra, la supremacía del poder civil y la enseñanza laica[2], el portavoz de la ciencia del siglo diez y nueve, Tyndall, le responde diciendo: "Las posiciones de la ciencia son inexpugnables y hemos de libertar del dominio teológico las teorías cosmológicas[3]". No es por lo tanto difícil de prever el final.

Siglos de esclavitud no logran helar la sangre del hombre, alrededor del núcleo de la fe ciega; y el siglo XIX es testigo de los esfuerzos del gigante para romper las cuerdas de los liliputienses y andar por sus pies. Las mismas comuniones protestantes de Inglaterra y América, ocupadas ahora en revisar el texto de sus *Oráculos,* habrán de demostrar el origen y valor de este texto. Acaban ya los tiempos en que el dogma dominaba al hombre.

Esta obra es, por lo tanto, un alegato en pro de que la filosofía hermética y la antigua y universal Religión de la Sabiduría son la única clave posible de lo Absoluto en ciencia y teología. En prueba de que no se nos oculta la dificultad de nuestra empresa, decimos desde luego que no será extraño que los sectarios arremetan contra nosotros.

Los cristianos verán que ponemos en tela de juicio la pureza de su fe. Los científicos advertirán que medimos sus presunciones con el mismo rasero que las de la Iglesia romana, y que, en ciertos asuntos, preferimos a los sabios filósofos del mundo antiguo.

Los sabios postizos nos atacarán furiosamente desde luego. Los clericales y librepensadores verán que no admitimos sus conclusiones, sino que queremos el completo reconocimiento de la Verdad.

También tendremos enfrente a los literatos y a*utoridades* que ocultan sus creencias íntimas por respeto a vulgares preocupaciones.

Los mercenarios y parásitos de la prensa, que prostituyen su poderosa eficacia y deshonran tan noble profesión, se burlarán fácilmente de cosas demasiado sorprendentes para su inteligencia, pues dan más valor a un párrafo que a la sinceridad. Algunos criticarán honradamente; los más con hipocresía; pero nosotros dirigimos la vista al porvenir.

---

[2] Encíclica de 1864.

[3] *Fragmentos de Ciencia.*

La lucha entre el partido de la conciencia pública y el de la reacción ha desarrollado una saludable tónica de pensamiento, que en último resultado determinará el triunfo de la verdad sobre el error. Lo repetimos de nuevo. Trabajamos para el alboreante porvenir.

Y al considerar la acerba oposición que ha de darnos en rostro, creemos que el mejor mote para nuestro escudo, al entrar en el palenque, es la frase del gladiador romano: *¡Ave César! Morituri te salutant.*

Nueva York, Septiembre 1877

ANTE EL VELO

Juan. Arbolemos en los muros nuestras ondulantes banderas. Rey Enrique VI. Act. IV. –He consagrado mi vida al estudio del hombre, de su destino y de su felicidad."

J. R. BUCHANAN, M. D., *Bosquejos de Conferencias sobre Antropología.*

Según se nos dice, hace diez y nueve siglos que la divina luz del cristianismo disipó las tinieblas del paganismo, y dos siglos y medio que la refulgente lámpara de la ciencia moderna empezó a iluminar la obscura ignorancia de los tiempos. Se afirma que el verdadero progreso moral é intelectual de la raza se ha realizado en estas dos épocas. Que los antiguos filósofos eran suficientemente sabios para su tiempo, pero poco menos que letrados en comparación de nuestros modernos hombres de ciencia. la moral pagana bastó a las necesidades de la inculta antigüedad, hasta que la luminosa "Estrella de Bethlehem" mostró el camino de la perfección moral y allanó el de la salvación. En la antigüedad, el embrutecimiento era regla, la virtud y el espiritualismo excepción. Ahora, el más empedernido puede conocer la voluntad de Dios en su palabra revelada; todos los hombres desean ser buenos y mejoran constantemente.

Tal es la proposición: ¿qué nos dicen los hechos? Por una parte, un clero materializado, dogmático y con demasiada frecuencia corrompido; una hueste de sectas y tres grandes religiones en guerra; discordia en lugar de unión; dogmas sin pruebas; predicadores efectistas; sed de placeres y riquezas en feligreses solapados é hipócritas, por exigencias de la respetabilidad. Esta es la regla del día; la sinceridad y verdadera piedad la excepción. Por otra parte, hipótesis científicas edificadas sobre arena; ni en la más sencilla cuestión, acuerdo; rencorosas querellas y envidias; impulso general hacia el materialismo; lucha a muerte entre la ciencia y la teología por la infalibilidad: "Un conflicto de épocas."

En Roma, que a sí propia se llama centro de la cristiandad, el putativo sucesor de Pedro mina el orden social con su invisible pero omnipotente red de astutos agentes, y les incita a revolucionar la Europa en favor de su supremacía espiritual y temporal. Vemos al que se llama *Vicario de Cristo,* fraternizar con los musulmanes, contra una

nación cristiana, invocando públicamente la bendición de Dios para las armas de quienes por siglos resistieron a sangre y fuego las pretensiones del Cristo a la Divinidad. En Berlín, uno de los mayores focos de cultura, eminentes profesores de las modernas ciencias experimentales han vuelto la espalda a los tan encomiados resultados del progreso en el período posterior a Galileo, y han apagado tranquilamente la luz del gran florentino, con intento de probar que el sistema heliocéntrico y la rotación de la tierra son sueños de sabios ilusos: que Newton era un visionario y todos los astrónomos pasados y presentes, hábiles calculadores de fenómenos improbables.

Entre estos dos titanes en lucha, ciencia y teología, hay una muchedumbre extraviada que pierde rápidamente la fe en la inmortalidad del hombre y en la Divinidad, y que aceleradamente desciende al nivel de la existencia animal. ¡Tal es el cuadro actual iluminado por la meridiana luz de esta era cristiana y científica!

¿Fuera de estricta justicia condenar a lapidación crítica al más humilde y modesto autor, por *rechazar enteramente la autoridad de ambos combatientes?* ¿No deberíamos más bien tomar como verdadero aforismo de este siglo, la declaración de Horacio Greeley: "No acepto sin reserva la opinión de ningún hombre, vivo o muerto[4]?"

Suceda lo que suceda, ésta será nuestra divisa, y tomaremos este principio por lema y guía constante en la presente obra.

Entre los muchos frutos fenoménicos de nuestro siglo, la creencia de los llamados espiritistas ha brotado de entre las vacilantes ruinas de la religión revelada y de la filosofía materialista; porque al fin y al cabo es la única que depara posible refugio, a manera de transacción entre ambas. No es maravilla que nuestro soberbio y positivo siglo haya mal acogido a los inesperados espectros de la época anterior al cristianismo. Los tiempos han cambiado de manera extraña, y no ha mucho, un conocido predicador de Brooklyn, decía acertadamente en un sermón que si de nuevo Jesús viniera y hablara en las calles de Nueva York, como en las de Jerusalén, lo llevarían a la cárcel[5]. ¿Qué acogida había de esperar, pues, el espiritismo? lo misterioso y extraño no atrae ni seduce a primera vista. Raquítico como niño amamantado por siete nodrizas, llegará a la adolescencia lisiado y mutilado. Sus enemigos son legión y sus amigos puñado. ¿Por qué así? ¿Cuándo fué aceptada una verdad a *priori? Los* campeones del espiritismo exageraron fanáticamente sus cualidades, y no echaron de ver sus indudables imperfecciones. La falsificación es imposible sin modelo que falsificar. El fanatismo de los espiritistas prueba la ingenuidad y posibilidad de sus fenómenos. Nos dan hechos que debemos investigar; no afirmaciones que debamos creer sin pruebas. Millones de personas razonables no sucumben fácilmente a colectivas alucinaciones. Y así, mientras el clero interpreta tendenciosamente la *Biblia, y la* ciencia promulga *Códigos* acerca de

[4] *"Recuerdos de una vida ocupada",* p. 147.

[5] Henry Ward Beecher.

lo posible en la naturaleza, sin dar oídos a nadie, la verdadera ciencia *real* y la *verdadera* religión caminan con majestuoso silencio hacia su futuro desarrollo.

Todo lo referente a los fenómenos descansa en la correcta comprensión de la filosofía antigua. ¿Adónde acudir en nuestra perplejidad sino a los antiguos sabios, desde el momento en que, so pretexto de superchería, los modernos nos niegan toda explicación? Preguntémosles qué conocen de la verdadera ciencia y religión, no en lo concerniente a meros pormenores, sino respecto a los amplios conceptos de estas dos gemelas, tan fuertes cuando unidas como débiles cuando separadas. Además, mucho nos aprovechará comparar la tan encomiada ciencia moderna con la antigua ignorancia, y la teología perfeccionada con la "Doctrina Secreta" de la antigua religión universal. Quizás encontremos así un campo neutral donde relacionarnos ventajosamente con ambas.

La filosofía platónica es el más perfecto compendio de los abstrusos sistemas de la antigua India, y la única que puede ofrecernos terreno neutral. Aunque Platón murió hace veintidós siglos, los intelectuales todavía se ocupan de sus obras. Platón fué, en la plena acepción de la palabra, el intérprete del mundo, el filósofo más grande de la era precristiana, que reflejó fielmente en sus obras el espiritualismo y la metafísica de los filósofos védicos, que le precedieron millares de años. Vyasa, Jaimini, Kapila, Vrihaspati y Sumantu influyeron indeleblemente al través de los siglos en Platón y su escuela. Con esto probaremos que Platón y los sabios de la India tuvieron la misma revelación de la verdad. ¿No prueba su pujanza, contra las injurias del tiempo, que esta sabiduría es divina y eterna?

Platón enseña que la justicia permanece en el alma de su poseedor, y que es su mayor bien. "Los hombres admitieron sus derechos trascendentes en proporción de su inteligencia." Y sin embargo, los comentadores de Platón desdeñan casi unánimemente los pasajes probatorios de que su metafísica tiene sólidos cimientos y no se funda en especulaciones.

Platón no podía aceptar una filosofía sin aspiración espiritual. Ambas cosas se armonizan en él. El antiguo sabio griego tiene por único objeto de logro el REAL CONOCIMIENTO. Sólo consideraba como filósofos sinceros, o estudiantes de verdad, a quienes poseían la ciencia de las realidades en oposición a las apariencias; de lo *eterno* en oposición a lo transitorio; de *lo permanente* en oposición a cuanto alternativamente crece, mengua, nace y perece. "Más allá de las existencias finitas y causas secundarias de las leyes, ideas y principios, hay una INTELIGENCIA o MENTE (*νοῦς*, *nous*, el espíritu), principio de los principios; Idea Suprema en que se apoyan las demás ideas; monarca y legislador del universo; substancia primordial de que todas las cosas proceden y a que deben su existencia; Causa primera y eficiente de todo orden, armonía, belleza, excelencia y bondad, que hienche el universo, a la que llamamos el Supremo Bien, el

Dios (θεὸς) de los dioses (ό ἐπὶ πάντων θεὸς)[6]" No es la verdad ni la inteligencia, sino "Padre de ambas". Aunque nuestros sentidos corporales no pueden percibir esta eterna esencia de las cosas, pueden comprenderla cuantos por no ser completamente obtusos quieran comprenderla. "A vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos (πολλά) no les es dado… Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden[7]".

Asegura el neoplatónico Porfirio, que en los MISTERIOS se enseñaba y comentaba la filosofía de Platón. Muchos han puesto en tela de juicio y aun han negado los misterios; y Lobeck, en su *Aglaophomus*, llega al extremo de decir que estas sagradas ceremonias sólo servían para cautivar la imaginación. ¿Cómo Atenas y Grecia hubieran acudido durante más de veinte siglos cada cinco años a Eleusis, si los misterios fueran farsa religiosa? Agustín, obispo de Hipona, declara que las doctrinas neoplatónicas son las esotéricas y originales doctrinas de los primeros discípulos de Platón, y diputa a Plotino por un Platón resucitado. También explica los motivos que tuvo el gran filósofo para encubrir el sentido interno de sus enseñanzas[8].

Respecto de los *Mitos,* declara Platón en el *Gorgias* y en el *Phœdon* que son vehículos de grandes verdades muy dignas de aprender; pero los comentadores conocen tan poco al gran filósofo que se ven obligados a confesar que no saben dónde "termina lo doctrinal y empieza lo mítico." Platón desvanecía la popular superstición de la magia y los demonios, y enunciaba las exageradas ideas de su tiempo en teorías racionales y concepciones metafísicas que tal vez no se acomoden al método de raciocinio inductivo establecido por Aristóteles; pero que satisfacen cumplidamente a cuantos se percatan de la elevada facultad del hombre, llamada intuición, que nos da el criterio para conocer la Verdad.

Fundando sus doctrinas en la Mente Suprema, enseña Platón que el *nous*, espíritu, o alma racional del hombre, fué "engendrado por el Padre Divino", y es de naturaleza

---

[6] Coker, *"El Cristianismo y la Filosofía Griega",* XI. p. 377.

[7] *S. Mateo,* XIII, II, I3.

[8] "Las acusaciones de ateismo, de adorar a divinidades extranjeras y corromper a la juventud ateniense, lanzadas contra Sócrates, justifican plenamente que Platón encubriera el verdadero sentido de sus enseñanzas. La peculiar jerigonza de los alquimistas tuvo indudablemente el mismo objeto. Los cristianos de toda secta, y especialmente los católico–romanos, emplearon la cárcel, el tormento y la hoguera contra cuantos enseñaban las ciencias naturales en contradicción con las teorías ortodoxas. El Papa Gregorio el Grande prohibió por pagano el uso gramatical del latín. El crimen de Sócrates fue descubrir a sus discípulos la doctrina secreta en lo que a los Dioses se refería. Esta doctrina se enseñaba en los Misterios, y era un crimen capital revelarla. También le acuso Aristófanes de introducir en la republica el nuevo dios Dinos, al que presentaba como Demiurgos o Artífice y señor del Sistema solar. El sistema heliocéntrico era también doctrina de los Misterios; y por esto cuando el pitagórico Aristarco lo enseñó públicamente, declaró Cleanto que los griegos debían haberle condenado por blasfemar contra los dioses" (Plutarco.) Pero Sócrates no fue iniciado, y, por lo tanto, no quebrantó el sigilo de los Misterios.

semejante y homogénea a la Divinidad, y, por lo tanto, capaz de percibir las eternas realidades. La facultad de contemplar la realidad directa é inmediatamente, sólo es propia de Dios, y la aspiración a este conocimiento es la filosofía propiamente dicha, o amor a la sabiduría. El amor a la verdad es inherentemente el amor al bien, y si predomina sobre todo deseo del alma y la purifica por su asimilación con lo divino y dirige las acciones del hombre, le eleva a participar de la Divinidad y le ensalza a semejanza de Dios. "Esta ascensión", dice Platón en el *Theœtetus* "consiste en llegar a parecerse a Dios, y la asimilación se efectúa cuando, por medio de la sabiduría, el hombre es justo y santo".

La base de esta asimilación es siempre la preexistencia del espíritu o *nous*. La alegoría del carro con caballos alados del *Phœdrus,* presenta a la naturaleza psíquica doblemente compuesta del *thumos o* parte *epithumética,* formada de substancias pertenecientes al mundo de los fenómenos, y el θυμοειδές, *thumoeides,* la esencia enlazada con el mundo eterno. La actual vida terrena es caída y castigo. El alma habita en "la sepultura que llamamos *cuerpo"* y en su estado de encarnación, antes de recibir la disciplina educativa, el elemento espiritual o noético está "dormido". La vida es más bien sueño que realidad. Como los cautivos de la subterránea caverna descrita en *La República,* percibimos únicamente, con la espalda vuelta a la luz, las sombras de los objetos y creemos que son realidades actuales. ¿Acaso no es ésta la idea de *Maya, o* ilusión de los sentidos durante la vida física, rasgo característico de la filosofía budista? Si en la vida material no nos entregamos absolutamente a los sentidos, estas ilusiones despiertan en nosotros la reminiscencia del mundo superior en que ya hemos vivido. "El espíritu interno conserva un vago y obscuro recuerdo del anterior estado de bienaventuranza de que gozara y anhela instintivamente volver a él". Incumbencia de la Filosofía es libertarle de la esclavitud de los sentidos, por medio de la disciplina, y elevarle al empíreo del puro pensamiento, a la visión de la verdad, bondad y belleza eternas. Dice Platón en el *Theœtetus* que "el alma no puede encarnar en cuerpo humano, si antes no ha contemplado la verdad o sea el conjunto de todo cuanto el alma veía cuando habitaba en la Divinidad, con desprecio de las cosas que decimos que *son*, y la mira puesta en lo que REALMENTE ES. Por lo tanto, sólo el *nous*, o espíritu del filósofo (ó amante de la suprema verdad) está dotado de alas, porque con su elevada capacidad retiene estas cosas en su mente, y al contemplarlas diviniza, por decirlo así, a la misma Divinidad. El debido uso de las reminiscencias de la vida primera y el perfeccionamiento en los perfectos misterios lleva al hombre a la verdadera perfección. Entonces está iniciado en la sabiduría divina."

Así comprenderemos por qué las más sublimes escenas de los Misterios eran siempre nocturnas. La vida del espíritu interno es la muerte de la naturaleza externa, y la noche del mundo físico es el día del espiritual. Por esto se adoraba a Dionisio, el sol nocturno, con preferencia a Helios, el sol diurno. Los Misterios simbolizaban la preexistente condición del espíritu y del alma, la caída de ésta en la vida terrena y en el Hades, las

miserias de esta vida, la purificación del alma y su restitución a la divina bienaventuranza o reunión con el espíritu. Theón de Esmirna compara acertadamente la disciplina filosófica con los ritos místicos: A este propósito, dice que podemos considerar la filosofía como la iniciación en los verdaderos arcanos y la instrucción en los genuinos Misterios. La iniciación abarca cinco grados: 1º, la purificación previa; 2º, la admisión en los ritos secretos; 3º, la revelación epóptica; 4º, la investidura o entronización; 5º, en consecuencia de los anteriores, la amistad íntima, comunión con Dios y la felicidad dimanante de la comunicación con seres divinos…

Platón llama *epopteia,* o visión personal, la perfecta contemplación de lo aprendido intuitivamente o sean las verdades é ideas absolutas. También considera la coronación como símbolo de la autoridad recibida de los instructores para conducir a otros a la misma contemplación. El quinto grado es la mayor felicidad terrena y, según Platón, consiste en asimilarse a la Divinidad, tanto como cabe en los seres humanos[9].

Tal es el platonismo. Dice Emerson que "de Platón arranca cuanto los pensadores escriben y discuten". En él se resumía la ciencia de su época: la de Grecia, de Filolao a Sócrates; la de Pitágoras en Italia; y la que derivó de Egipto y Oriente. Era una inteligencia tan vasta, que toda la filosofía europea y asiática está comprendida en sus doctrinas, y a su cultura y poder de contemplación añadía temperamento y cualidades de poeta.

Los discípulos de Platón aceptaron, en general, sus teorías psicológicas. Algunos, como Xenócrates, aventuraron atrevidas especulaciones. Espeusipo, sobrino y sucesor del eminente filósofo, fué autor del *Análisis numérico*, o tratado de los números pitagóricos. Algunas de sus especulaciones no están en los *Diálogos* escritos; pero como era oyente de las conferencias orales de Platón, tiene mucha razón Enfield al decir que sus opiniones no debían diferenciarse de las de su maestro. El es, sin duda, el antagonista que Aristóteles critica sin nombrarlo cuando cita el argumento de Platón contra la doctrina de Pitágoras, de que todas las cosas son en sí mismas números, ó, mejor dicho, inseparables de la idea de número. Insistía especialmente en demostrar que la doctrina platónica de las ideas difería esencialmente de la pitagórica en que los números y magnitudes existen independientemente de las cosas. También aseguraba que Platón enseñó que no puede existir conocimiento real, si el objeto de conocimiento no trasciende a una región superior a lo sensible.

Pero Aristóteles no es testimonio fidedigno, pues adulteró a Platón y casi puso en ridículo las ideas de Pitágoras. Hay una regla de interpretación que debe guiarnos en el examen de toda opinión filosófica. "La inteligencia humana, bajo la necesaria acción de sus propias leyes, está impelida a mantener las mismas ideas fundamentales, y el corazón del hombre a alimentar los mismos sentimientos en toda época". Cierto es que

[9] Tomás Taylor. – *"Misterios báquicos y eleusinos"*, p. 47. Nueva York. J.W.Bouton, 1875.

Pitágoras despertó la más profunda simpatía intelectual de su tiempo y que sus doctrinas ejercieron poderosa influencia en Platón. Su idea fundamental es que en las formas, mudanzas y fenómenos del Universo subyace un principio permanente de unidad. Aristóteles asegura que Pitágoras creía y enseñaba que "los números son los principios primordiales de toda entidad." Ritter opina que la fórmula de Pitágoras se ha de tomar simbólicamente, y así es sin duda. Aristóteles trata de asociar estos números a las "formas" é " ideas" de Platón y atribuye a éste la afirmación de que "las formas son números, y las ideas existencias substanciales o entidades reales". Platón no enseñaba tal cosa. Decía que la causa final era la Bondad Suprema (*το ἀγαθὸν*). "Las ideas son objeto de pura concepción para la razón humana, y atributos de la Razón Divina[10]. No decía que "las formas son números", sino que, como se lee en el *Timeo:* "Dios formó por primera vez las cosas, según formas y números".

Reconoce la ciencia moderna que las leyes superiores de la naturaleza asumen la forma de enunciado cuantitativo. Esto es quizás una más explícita afirmación de la doctrina pitagórica. Los números se consideran como la mejor representación de las leyes de armonía que regulan el Cosmos. Sabemos que la teoría atómica y las leyes de combinación están hoy, por decirlo así, arbitrariamente definidas por números. W. Archer Butler dice a este propósito: "El mundo es, en todas sus partes, una aritmética viva en su desarrollo y una verdadera geometría en su reposo."

La clave de los dogmas pitagóricos es la fórmula general de unidad en la variedad; lo uno desenvuelve y por completo penetra lo múltiple. Tal es, en compendio, la antigua doctrina de la emanación. El apóstol Pablo la aceptaba asimismo como verdadera. "Eξ *αυτοὺ, χαι δἰ αυτοῦ, χαι ειῳ αυτὸν τὰ πὰντα*".

De Aquél, por Aquél y en Aquél son y están todas las cosas. Esto es puramente indo y brahmánico.

> "Cuando la disolución (Pralaya) llega a su término, el Ser inmenso, Para–Atma, o Para–Purusha, el Señor existente por sí mismo y del cual y por medio del cual todas las cosas fueron son y serán…, quiso emanar de su propia substancia la variedad de criaturas." *(Manava–Dharma–Shastra,* libro I, dísticos 6 y 7.)

La Decada mística 1 + 2 + 3 + 4 = 10 expresa esta idea. El 1 simboliza a Dios; el 2 la materia; el 3 la combinación de la Mónada y la Duada que participan de la naturaleza de ambas en el mundo fenomenal; el 4, o forma de perfección, simboliza el vacío; y el 10, o suma de todas las cosas, comprende la totalidad del Cosmos. El. universo es la combinación de miles de elementos y sin embargo es la expresión de un sólo espíritu: un caos para los sentidos, un cosmos para la razón.

---

[10] Cousin, *"Historia de la Filosofía",* I, IX.

Todo es induista en esta combinación y progresión de números en la idea de la creación. Único es el Ser existente por sí mismo, Swayambhu o Swayambhuva, como también se le llama. De sí mismo emana la *facultad creadora,* Brahmâ o Purusha (varón divino), y el *Uno* se convierte en Dos; de esta Duada, unión del principio puramente intelectual con el de la materia, procede un tercero, Viradj; el mundo fenomenal. De esta invisible é incomprensible trinidad, la Trimurti brahmánica, procede la segunda triada, que representa las tres facultades: creadora, conservadora y transformadora, representadas por Brahmâ, Vishnu y Siva, aunque siempre reunidas en una. Brahmâ, o Tridandin, como se le llama en los *Vedas,* es la *Unidad,* el dios trino y manifestado que da origen al simbólico *Aum*, o Trimurti compendiada. Sólo por medio de esta trinidad, siempre activa y perceptible a nuestros sentidos, puede la invisible y desconocida Mónada manifestarse en el mundo de los mortales. Cuando se convierte en *Sharira*, esto es, cuando asume forma visible, simboliza los principios de la materia y los gérmenes de vida. Entonces es Purusha, el dios trifáceo, o del trino poder, la esencia de la triada Védica. "Conozcan los brahmanes la sagrada sílaba (Aum), las tres palabras del Savitri, y lean diariamente los *Vedas." (Manu,* libro IV, dístico 125).

> "Después de crear el universo, Aquel cuyo poder es incomprensible, se desvaneció absorbido en el Alma Suprema… Restituida a su primera obscuridad la gran Alma, permanece en lo desconocido y carece de forma…
>
> "Cuando de nuevo reúne los sutiles principios elementarios y penetra en algún germen animal o vegetal, asume en cada uno nueva forma".
>
> "Así es, que por alternativa de reposo y actividad, el Ser inmutable hace que eternamente revivan y mueran todas las criaturas existentes, activas é inertes." *(Manu,* libro I, dístico 50 y siguientes.)

Quien haya estudiado a Pitágoras y sus teorías respecto de la Mónada que, después de emanar la Duada, se restituye al silencio y a la obscuridad y crea la Triada, puede descubrir la fuente de dónde manan la filosofía del eminente filósofo de Samos, la de Sócrates y la de Platón.

Espeusipo parece haber enseñado que el alma física o thumética era inmortal como el espíritu o alma racional. Más adelante expondremos sus razones. También, como Filolao y Aristóteles en sus disquisiciones sobre el alma, dice que el éter es un elemento y supone cinco elementos principales, correspondientes a las cinco figuras regulares geométricas. Esta enseñanza está tomada de la escuela alejandrina[11]. Hay en las doctrinas de los *filaleteos* mucho que no aparece en las obras de los más antiguos platónicos, porque sin duda las enseñaba el maestro con sigilosas reservas, como arcanos que no debían publicarse. Espeusipo y Xenócrates sostuvieron después que el *anima mundi o* (alma del mundo) no era la Divinidad, sino su manifestación. Estos

[11] "Theol. Arithme", p. 62: *"Sobre los Números Pitagóricos".*

filósofos jamás atribuyeron al Uno *naturaleza animada* [12]. El *Uno* originario no *existe* en la acepción que damos a la palabra, pues hasta que se desdobló en lo múltiple (existencias emanadas, la mónada y la duada), no tuvo existencia. El *τίμιον*, el algo manifestado mora igualmente en el centro que en la circunferencia, pero sólo el *Alma del Mundo* es reflejo de la Divinidad[13]. En esta doctrina aletea el espíritu del budismo esotérico.

La idea que tiene de Dios el hombre es la deslumbradora luz que ve reflejada en el cóncavo espejo de su propia alma, pero esta imagen no es en realidad la de Dios, sino su reflejo. Su gloria está allí, pero el hombre ve a lo sumo la luz de su propio espíritu, que es cuanto puede ver. *Cuanto más limpio esté el espejo, más resplandecerá la imagen divina.* Pero el mundo exterior no puede permanecer allí al mismo tiempo. Para el extático yogui, para el profeta iluminado, el espíritu brilla como el sol del mediodía; para la viciosa víctima de los atractivos terrenos, el resplandor desaparece, porque el grosero aliento de la materia empaña el espejo. Tales hombres reniegan de Dios y quisieran de un golpe privar de alma a la humanidad.

¿Ni Dios ni ALMA? ¡Horrible y aniquilador pensamiento! Delirante pesadilla del lunático ateo, ante cuya alucinada vista pasa una horrible é incesante serie de chispas de materia cósmica, por *nadie* creadas, que aparecen, existen y se desenvuelven por sí mismas, es decir, por *nada* ni *nadie* y no proceden de *ninguna* parte ni van a *parte alguna,* sin que ninguna Causa las impela en un círculo eterno, ciego, inerte y SIN CAUSA. ¡Qué comparación cabe con el erróneo concepto del nirvâna búdico! El nirvâna va precedido de innumerables transformaciones espirituales y reencarnaciones durante las cuales la entidad no pierde ni por un segundo el sentimiento de su propia individualidad, que persiste durante millones de edades antes de llegar a la *nada* final.

Aunque muchos, tienen a Espeusipo por inferior a Aristóteles, el mundo le debe la definición de varios conceptos que Platón dejó confusos en su doctrina acerca de lo sensible y lo ideal. Decía Espeusipo: "Conocemos lo inmaterial por medio del pensamiento científico y lo material por la científica percepción[14]".

Xenócrates expuso muchas teorías y enseñanzas no tratadas por su maestro. Tiene en gran estima la doctrina pitagórica y su matemático sistema de números. Sólo admite tres grados de conocimiento: *pensamiento, percepción é intuición,* y dice que el pensamiento se emplea en lo que hay *más allá* de los cielos; la percepción, en las cosas del cielo; y la intuición, en los cielos mismos.

Vemos estas teorías, y casi el mismo lenguaje, en el *Manava–Dharma–Shastra,* cuando habla de la creación del hombre: "Él (el Supremo) exhaló su propia esencia, el

---

[12] Platón: "*Parménides*", 141. E.

[13] Véase *Stoboebus,* " Ecl." I, 862.

[14] Sextus. " *Math.*" VII, 145.

soplo inmortal, que *no perece en el ser,* y a esta alma del ser, le dió el Ahankára (conciencia del *Ego) o* guía soberano. Después dió a aquella alma del ser (hombre), la inteligencia compuesta de tres *cualidades y cinco* sentidos de percepción externa".

Estas tres cualidades son: entendimiento, conciencia y voluntad, análogas al pensamiento, percepción é intuición de Xenócrates. Expuso más completamente que Espeusipo la relación entre números é ideas, y aventajó a Platón en su doctrina de las *magnitudes indivisibles*. Redujo a sus primitivos elementos ideales las formas y figuras para demostrar que proceden de la indivisible línea. Es evidente que Xenócrates sostiene las mismas teorías de Platón en lo concerniente al alma humana (suponiéndola número), aunque Aristóteles contradiga todas las enseñanzas de este filósofo[15]. Esto nos demuestra que Platón expuso oralmente la mayor parte de sus doctrinas y que Xenócrates, y no Platón, fué el autor de la teoría de las magnitudes indivisibles. Deriva el alma de la primera Duada y la llama número semoviente[16]. Teofrasto dice que Xenócrates aventajó a los demás platónicos en la exposición de la teoría del alma, sobre la que se basa su doctrina cosmológica, demostrando la necesidad de que en cada punto del espacio universal exista una serie progresiva de seres espirituales animados é inteligentes[17]. El alma humana es, según él, un conjunto de las más espirituales propiedades de la Mónada y de la Duada con los principios más elevados de ambas. Como Platón y Prodico, considera potestades divinas a los elementos y los llama dioses, pero ni él ni otros suponen con ello idea alguna antropomórfica. Observa Krische que Xenócrates llama dioses a los elementos para no confundirlo con los demonios del mundo inferior[18] o espíritus elementarios. Como el alma del Mundo penetra todo el Cosmos, los animales han de tener algo divino[19]. Lo mismo enseñan los budistas y los herméticos, y Manu concede también alma a las plantas, aun a la más tenue hoja de césped.

De acuerdo con esta teoría, los demonios son seres intermedios entre la perfección divina y la maldad humana[20]. Los clasifica en diversas categorías y afirma que el alma individual de cada hombre es su demonio protector y guía y que ningún demonio tiene más poder sobre nosotros que nosotros mismos. Así, el *daimonión* de Sócrates es la entidad divina que le inspiró durante toda su vida. Del hombre únicamente depende el abrir o cerrar su percepción a la voz divina. A semejanza de Espeusipo, concede inmortalidad al $\psi\upsilon\chi\eta$, cuerpo psíquico o alma irracional; pero algunos filósofos herméticos han enseñado que el alma únicamente tiene existencia separada y continua

---

[15] "*Metaph*", 407, a. 3.

[16] Apéndice a "*Timeo*".

[17] *Stob*: "Ecl." I, 62.

[18] Krische: "Forsch." p. 322.

[19] Clem: "Alex. Stro." V. 590.

[20] Plutarco: *De Isid,* cap. 25 p. 360.

cuando, a su paso al través de las esferas se le incorporan algunas partículas terrenas y materiales que, luego de purificada en absoluto, se aniquilan y la quintiesencia del alma se identifica con el espíritu *divino y racional*.

Asegura Zeller que Xenócrates proscribía la carne de animales, no porque en ellos viese, en semejanza con el hombre, una vaga é imperfecta conciencia divina, sino, al contrario, porque "la irracionalidad del alma animal podía influir en el hombre"[21]. Pero nosotros creemos que más bien era porque, como Pitágoras, había tenido a los sabios indos por maestros y modelos. Cicerón dice que Xenócrates lo desdeñaba todo, excepto la virtud más elevada[22], y nos lo pinta como hombre de austero carácter[23]. "Nuestro más arduo negocio es redimirnos de la esclavitud de la vida senciente y vencer los titánicos elementos de nuestra naturaleza carnal por medio de la divina". Zeller cita este pasaje[24]: "El deber capital es mantenernos puros aun en los más íntimos anhelos de nuestro corazón, y únicamente la filosofía y la iniciación en los Misterios nos lo permitirán cumplir".

Crantor, otro filósofo de la primera época de la academia platónica, derivaba el alma humana de la substancia raíz de todas las cosas, la Mónada o *Uno, y la* Duada o Dos. Plutarco habla extensamente de este filósofo, quien, como su maestro, creía que las almas encarnaban por castigo en los cuerpos.

Aunque algunos críticos opinan que Heráclides no siguió del todo las doctrinas de Platón[25], enseñaba la misma ética. Zeller dice que con Hicetas y Ecfanto admitía la doctrina pitagórica de la rotación de la tierra alrededor de su eje y la inmovilidad de las estrellas fijas, pero que ignoraba la revolución anual de la tierra alrededor del sol y el sistema heliocéntrico[26]. Sin embargo, hay pruebas de que en los Misterios se enseñaba este sistema, y que Sócrates fué condenado a muerte por divulgar éstas santas enseñanzas, que sus compatriotas tildaron de ateas. Heráclides opinaba lo mismo que Pitágoras y Platón en lo concerniente a las facultades y potencias del alma humana, que describe como esencia luminosa y en alto grado etérea, residente en la vía láctea antes de descender a la generación o existencia sublunar. Los demonios o espíritus son para él seres con cuerpos vaporosos y aéreos.

La doctrina pitagórica de los números, en relación con las cosas creadas, está plenamente expuesta en el *Epinomis*. Como buen platónico, su autor afirma que sólo es posible alcanzar sabiduría por la sagaz investigación de la oculta naturaleza de la

[21] "Plato und die Alt. Akademie".

[22] "Tusc." v. 18, 51.

[23] Idem. cf. p. 559.

[24] *"Plato und die Alt. Akademie"*.

[25] Ed. Zeller: *"Philos der Griech"*.

[26] *"Plato und die Alt. Akademie"*.

creación, pues sólo así aseguraremos feliz existencia después de la muerte. Trata extensamente de la inmortalidad del alma y dice que únicamente podemos inferirla de la perfecta comprensión de los números. El hombre incapaz de distinguir una línea recta de una curva, jamás tendrá el necesario conocimiento para demostrar matemáticamente lo *invisible,* por lo que debemos asegurarnos de la existencia objetiva de nuestro cuerpo astral, antes de tener conciencia de que poseemos un espíritu divino é inmortal. Jámblico declara lo mismo y añade que todo esto es un secreto de la más elevada iniciación. "Al Poder–Divino, dice, le indignan todos cuantos revelan la formación del *icostagonus, o* sea el método de inscribir un dodecaedro[27] en una esfera.

La idea de que los números por su gran virtud producen siempre el bien y nunca el mal, se refiere a la justicia, ecuanimidad y armonía. Cuando el autor dice que cada estrella es un alma individual, repite lo que los iniciados indos y los herméticos enseñaron antes y después de él; o sea, que cada astro es un planeta independiente, con alma propia, y que todos los átomos de materia están henchidos del divino flujo del alma del mundo, de modo que respiran, viven, sienten, sufren y gozan de la vida a su manera. ¿Qué físico puede negarlo con pruebas? Por lo tanto, debemos considerar los cuerpos celestes como imágenes de dioses que participan substancialmente de los poderes divinos; y aunque su alma–entidad no es inmortal, su influencia en la economía del universo les da derecho a honores divinos, tales como los que tributamos a los dioses menores.

La idea es clara, y de mala fe procedería quien equivocadamente la expusiese. Si el autor de *Epinomis* coloca a estos ígneos dioses muy por encima de los animales, plantas y hombres a quienes, como criaturas terrenas, les señala ínfimo lugar, ¿quién le probará lo contrario? Preciso es sumergirse en las profundidades de la abstracta metafísica de la antigüedad, para comprender las varias formas de sus conceptos que, después de todo se fundan en la adecuada comprensión de la naturaleza, atributos y método de la *Causa Primera.*

Además, cuando el autor de *Epinomis* interpone entre los dioses superiores y los inferiores (almas encarnadas) *tres clases de demonios,* y puebla el universo de seres invisibles, es más racional que nuestros modernos sabios, que colocan entre ambos extremos un vacío inmenso donde sólo operan las ciegas fuerzas de la Naturaleza. De estas tres clases de demonios, la primera y la segunda son invisibles y sus cuerpos están formados de puro éter y fuego *(espíritus planetarios);* los de la tercera clase son generalmente invisibles, pero algunas veces, al concentrarse en sí mismos, son visibles durante pocos segundos. Estos son los espíritus terrenos, o nuestras almas astrales.

[27] Uno de los cinco cuerpos geométricos regulares.

Estas doctrinas, estudiadas analógicamente y por correspondencia, condujeron paso a paso a los antiguos, así como a los modernos filaleteos, a la comprensión de los más grandes misterios. Al borde del negro abismo que separa el mundo espiritual del material, está la ciencia moderna con los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia atrás, pareciéndole infranqueable y sin fondo, aunque tiene en la mano una antorcha que con sólo bajarla a sus profundidades, la sacaría de su error. Pero el tenaz estudiante de filosofía hermética ha tendido un puente a través del abismo.

En sus *Fragmentos de Ciencia,* Tyndall confiesa tristemente: "Si me preguntan si la ciencia ha resuelto, o si es probable que en nuestros días resuelva el problema del universo, dudo al responder." Y cuando impulsado por un pensamiento posterior, se rectifica después, asegura que la prueba experimental le ha conducido a descubrir en la vilmente calumniada materia, la esperanza y la potencia de los atributos de la vida. Sería tan difícil para Tyndall dar una prueba plena é irrefutable de lo que asegura, como lo hubiera sido para Job clavar un anzuelo en el hocico del leviatán.

Pocas palabras bastarán para evitar al lector la confusión dimanante del uso frecuente de ciertos términos en sentido diverso del acostumbrado. Deseamos no dar lugar a error ni falsedad. La Magia puede tener para unos lectores una significación y distinta para otros. Nosotros le daremos la significación que tiene para los sabios y prácticos orientales, y lo mismo haremos respecto de las palabras *ciencia hermética, ocultismo, hierofante, adepto, brujo,* etc., que por otra parte son de fácil comprensión. Aunque las diferencias entre los términos sean frecuentemente insignificantes, conviene saber su significado, que vamos a dar por orden alfabético.

AKÂSA. – Literalmente en sánscrito significa *firmamento;* pero en su místico sentido, significa el cielo *invisible,* ó, como dicen los brahmanes en el sacrificio del Soma *(Gyotishtoma Agnishtoma),* el dios Akâsa, o dios Firmamento. De los Vedas se infiere que los indos de cincuenta siglos atrás le atribuían las mismas propiedades que los lamas tibetanos de hoy, quienes le consideran como fuente de vida, depósito de toda energía y propulsor de todo cambio en la materia. En estado latente, coincide el Akâsa con nuestra idea del éter universal; en estado de actividad, es el Dios omnipotente y director de todo. En los sacrificios y misterios brahmánicos desempeña el papel de Sadasya, o presidente de los mágicos efectos de las ceremonias religiosas, y tiene su sacerdote propio (Hotar) que toma su nombre. Los sacerdotes de la India y otros países eran antiguamente representantes en la tierra de distintos dioses, y cada uno de ellos tomaba el nombre de la divinidad en cuyo nombre obraba.

El Akâsa es indispensable agente de toda *krityâ ú* operación mágica, ya religiosa, ya profana. La expresión brahmánica "excitar el Brahmâ" *(Brahmâ jinvati),* significa despertar el poder latente en el fondo de las operaciones mágicas, pues los sacrificios védicos son magia ceremonial. Este poder es el Akâsa o electricidad *oculta,* el *alkahest* de los alquimistas o disolvente universal, la misma *anima mundi,* como luz astral. En el

momento del sacrificio está embebida en el espíritu de Brahmâ y mientras aquel se lleva a cabo es el mismo Brahmâ. Este es evidentemente el origen del dogma cristiano de la transubstanciación. En lo que se refiere a los efectos generales del Akâsa, el autor de una de las obras más modernas de filosofía oculta: *Arte Mágico,* da por vez primera una muy inteligible é interesante explicación del Akâsa, en conexión con los fenómenos atribuidos a su influencia por fakires y lamas.

ALMA.– Es el *nephesh* de la Biblia; el principio vital, el soplo de vida que todos los animales, incluso los infusorios, comparten con el hombre. En las traducciones de la Biblia se interpreta indistintamente por vida, sangre y alma. El texto original del Génesis dice: “No matemos su nephesh”[28]. La Vulgata lo traduce por: “No le matemos”. Así en los demás pasajes.

ALQUIMISTAS.– De *Al* y *Chemi*, el fuego o dios *Kham* de que tomó nombre el Egipto. Los rosacruces medioevales como Roberto Fludd, Paracelso, Tomás Vaughan (Eugenio Filaleteo), Van–Helmont y otros, fueron alquimistas que buscaban el *espíritu oculto* en la materia inorgánica. Muchos han acusado a los alquimistas de charlatanería y presunción; pero no cabe tratar de impostores y mucho menos de insensatos a hombres como Rogerio Bacon, Agrippa, Enrique Kunrath, y el árabe Geber, el primero que reveló en Europa algunos secretos químicos. Los sabios de hoy reedifican las ciencias físicas sobre la base de la teoría atómica de Demócrito, restablecida por John Dalton, sin recordar que Demócrito de Abdera era alquimista de talento bastante para profundizar los secretos de la naturaleza y llegar a ser filósofo hermético. Olaus Borrichias dice que el origen de la Alquimia se pierde en remotísimos tiempos.

ANTROPOLOGÍA.– La ciencia del hombre, subdividida en:

Fisiología, que descubre los misterios de los órganos, y su funcionamiento en el hombre, animales y plantas.

Psicología, que estudia el alma como entidad distinta del espíritu, en sus relaciones con el espíritu y con el cuerpo. La ciencia moderna relaciona generalmente el alma con las condiciones del sistema nervioso, sin atender a su esencia y naturaleza psíquica. Los médicos llaman a la *Psicología* ciencia de la locura, y, en las escuelas de medicina dan el nombre de *lunática a* la cátedra de esta ciencia.

CALDEOS o *kasdimos.*– Al principio una tribu y después una casta de sabios cabalistas. Eran los sabios y magos de Babilonia, astrólogos y adivinos. El famoso Hillel, precursor de Jesús en filosofía y ética, era caldeo. Frank, en su *Kabbala,* hace notar la estrecha semejanza de la “doctrina secreta” del *Avesta,* con la metafísica religiosa de los caldeos.

[28] XXXVII, 21.

DACTYLOS *(daktulos,* dedo).– Nombre dado a los sacerdotes consagrados al culto de *Kybelê* (Cibeles). Algunos arqueólogos derivan este nombre de δὰχτυλος, dedo, porque los dactylos eran diez, como los dedos de las manos, pero no consideramos correcta esta hipótesis.

DEMIURGOS o Demiurgo.– Artífice; el Poder Supremo que ha construido el universo. Los francmasones derivan de esta palabra su frase de "Gran Arquitecto". El magistrado principal de algunas ciudades griegas llevaba este título.

DEMONIOS.– Nombre dado en los pueblos antiguos, y especialmente por los filósofos alejandrinos, a toda clase de espíritus, buenos y malos, humanos o de otra naturaleza. Con frecuencia este nombre es sinónimo de dioses o ángeles; pero algunos filósofos distinguen entre las diversas clases.

DERVICHES, o "encantadores danzantes".– Aparte de la austeridad de vida y de las prácticas de oración y meditación, los santones mahometanos se parecen muy poco a los fakires indos. Estos pueden llegar a ser *sannyâsis o* santos mendicantes; los primeros jamás irán más allá de las fases secundarias de las manifestaciones ocultas. El derviche puede ser también potente hipnotizador, pero jamás se someterá voluntariamente a las abominables y casi increíbles mortificaciones que el fakir se inflige con creciente avidez hasta morir entre lentos y crueles tormentos. Las más horribles operaciones, como desollarse vivo, cortarse los dedos de pies y manos, amputarse las piernas, sacarse los ojos, enterrarse hasta el cuello y pasar así muchos meses, son para ellos juegos de niños. Uno de los tormentos más frecuentes es el *tshiddy–parvâday* [29]. Consiste en suspender al fakir de uno de los brazos movibles de una especie de horca que suele verse en las cercanías de los templos. En el extremo de cada uno de estos brazos, hay una polea a la que está arrollada una cuerda con un garfio de hierro pendiente, que se clava en la desnuda espalda del fakir, cuya sangre inunda el suelo, y levantado en alto se le hace girar alrededor de la horca. Desde el primer momento de tan cruel operación, hasta que por su propio peso el cuerpo cede rasgado por el garfio y cae sobre las cabezas de la multitud ni un solo músculo del rostro del fakir se contrae en lo más mínimo y queda tan tranquilo, grave y reposado como si saliera de un refrigerante baño. El fakir se goza en despreciar los mayores tormentos, porque está convencido de que cuanto más mortifique su cuerpo material, más brillante y santo será su cuerpo espiritual. El derviche no es capaz de infligirse tales torturas.

DIOSES PAGANOS.– El vulgo confunde lastimosamente los dioses con los ídolos del paganismo. Sin embargo, el verdadero concepto expresado en la palabra *dioses,* nada tiene de objetivo ni antropomórfico, pues o bien se refiere a las entidades planetarias y a los espíritus desencarnados de hombres puros, o bien representa para los iniciados de todas las religiones y escuelas la manifestación visible de una potestad ordinariamente

[29] O más comúnmente, *chârkh pûjâ.*

invisible. Cada una de estas ocultas potestades tenía por símbolo el dios bajo cuyo nombre se la invocaba, de suerte que los múltiples dioses de los panteones indio, griego y egipcio son sencillamente representaciones de las potestades invisibles del universo. Cuando en los oficios religiosos invoca el brahmán a la diosa Aditya, representación femenina del sol, actualiza la potencia del espíritu residente en el sol mediante la palabra de poder *(Vâch)* contenida en el mantra empleado en la invocación.

Las potestades espirituales son los *hotares o* vicarios del supremo Ser, mientras que a su vez el brahmán es, en el momento de oficiar, el vicario o embajador en la tierra de la invocada potestad celestial.

DRUIDAS.– Casta sacerdotal que floreció en las Galias y Gran Bretaña.

ESENIOS.– De *asa*, el que sana. Secta de judíos que, según Plinio, vivieron cerca del mar Muerto *per millia sœculorum*, durante miles de siglos. Han supuesto algunos si serían fariseos ultrarradicales, y otros, lo que parece más cierto, los tienen por descendientes de los *benim–nabim* de la *Biblia, o* sean los *kenitas y nazaritas*. Tenían muchas ideas y prácticas budistas, y es digno de mención que los sacerdotes de la *Gran Madre* en Éfeso, la Diana–Bhavani de múltiples pechos, llevaban también este nombre. Eusebio y De Quincey dicen que eran los cristianos primitivos y esto es muy probable. El título de *hermano,* usado en la Iglesia primitiva, es de origen esenio. Constituían una comunidad o *koinobión* análoga a la de los primeros conventos. Conviene advertir que únicamente los saduceos o zadokitas, la casta sacerdotal y sus partidarios, perseguían a los cristianos, pues los fariseos eran por lo general indulgentes y con frecuencia se declaraban a favor de aquéllos. Jaime el justo fué fariseo hasta su muerte; pero Pablo, o *Aher,* fué tenido por hereje.

ESPÍRITU.– Mucha confusión ha producido la discrepancia de los escritores en el empleo de esta palabra, que por regla general se considera sinónima de alma, sin que los lexicógrafos se preocupen de separar su respectiva acepción. Esto es consecuencia natural de la ignorancia corriente, y de haber desdeñado la distinción adoptada por los antiguos. Más adelante dilucidaremos la importantísima diferencia entre *espíritu y alma*. Baste decir, por ahora, que el espíritu es el *nous* de Platón, el principio inmortal, inmaterial, purísimo y divino del hombre, el coronamiento de la *triada* humana.

ESPÍRITUS ELEMENTALES.– Criaturas que evolucionan en los cuatro reinos elementales de: tierra, aire, fuego y agua. Los cabalistas los llaman respectivamente: gnomos, sílfides, salamandras y ondinas. Podemos llamarlos fuerzas de la naturaleza, como agentes serviles de la ley general, y también suelen valerse de ellos los espíritus desencarnados, ya puros o impuros, los Adeptos encarnados, ya blancos, ya negros,

para producir los fenómenos que deseen. Los espíritus elementales nunca llegan a ser hombres[30].

Bajo la denominación general de hadas y duendes, los espíritus de los elementos aparecen en los mitos, fábulas, tradiciones y poesías de todas las naciones antiguas y modernas. Sus nombres son muchísimos: peris, devas, dijinos, silvanos, sátiros, faunos, elfos, enanos, trasgos, espectros, sombras, duendes, ondinas, salamandras, damas blancas, etc. Han sido vistos, temidos, bendecidos, exorcizados é invocados en todo el mundo y en toda época. ¿Será posible que estuvieran alucinados cuántos los vieron?

Los elementales son los principales agentes de los espíritus desencarnados, y aunque nunca aparecen en las sesiones, producen todos los fenómenos objetivos.

ESPÍRITUS ELEMENTARIOS. – Propiamente hablando, son las almas desencarnadas de los depravados que poco antes de la muerte se separaron de su divino espíritu y no pueden aspirar a la inmortalidad. Eliphas Levi y otros cabalistas, apenas distinguen entre los espíritus elementarios que fueron hombres, y los demás seres que pueblan los elementos y son fuerzas ciegas de la naturaleza. Una vez separadas del cuerpo estas almas (también llamadas cuerpos astrales) de personas materializadas, quedan irresistiblemente atraídas a la tierra, donde experimentan una vida temporal y finita en las condiciones que más armonizan con su naturaleza inferior; y como durante la vida no cultivaron su espiritualidad, sino que la subordinaron a lo material y grosero, son incapaces de seguir el elevado camino del ser puro y desencarnado que se aleja de la sofocante y mefítica atmósfera de la tierra. Después de un período de tiempo más o menos largo, estas almas materiales empiezan a desintegrarse, hasta que, a semejanza de la niebla, se disuelven, átomo por átomo, en los elementos circundantes.

ETROBACIA. – Nombre griego, que significa pasear o levantar en el aire los espiritistas modernos la llaman *levitación*. Puede ser consciente o inconsciente. En el primer caso es magia; en el segundo, desequilibrio, enfermedad o un poder cuya significación se dilucida en pocas palabras.

En un manuscrito siriaco, traducido por Malchus, alquimista del siglo XV, se lee una explicación simbólica de la etrobacia con respecto a Simón el Mago. Dice así:

---

[30] A las personas que creen en la clarividencia, pero no en los espíritus de la naturaleza, sino tan sólo en los espíritus humanos desencarnados, les interesarán las observaciones de una clarividente publicadas en *Londres Espiritista* de 29 Junio 1877. A venir una tempestad, vió la vidente "un espíritu luminoso que salía de una negra nube y pasaba rápido y deslumbrante al través del cielo, acompañado pocos minutos después por una línea diagonal de espíritus obscuros en las nubes". Estos son los *Marutes* de los "Vedas". (Véase "Rig–Veda Samhita" de Max Muller.)

La conocida conferenciante, escritora y vidente, Mrs. Emma Hardinge Britten, ha publicado relaciones de sus frecuentes experiencias con los espíritus elementales.

"Simón, con el rostro en tierra, murmuró: "¡Oh madre Tierra, ruégote me concedas algo de tu aliento, y yo te daré el mío! *¡Suéltame,* oh madre, y llevaré tus palabras a las estrellas y fielmente volveré después a ti!" Y la tierra, vigorizando sin detrimento su condición, envió a su genio a infundir algo de su aliento en Simón, mientras él *respiraba en ella; y las* estrellas se regocijaron a la vista del Potente."

Para comprender esto, es preciso recordar que las electricidades del mismo signo se repelen y las de signo contrario se atraen. "El más elemental conocimiento de la química", dice el profesor Crooke,"nos enseña que mientras los cuerpos de opuesta naturaleza se combinan enérgicamente, apenas hay afinidad entre dos metales o dos metaloides de propiedades análogas."

La tierra es un cuerpo magnético o un gran imán, como afirmó ya Paracelso hace 300 años. Está cargada de electricidad positiva, que genera continua y espontáneamente en su centro de movimiento. Los cuerpos humanos y todos los objetos materiales están cargados de electricidad negativa, lo cual equivale a decir que los cuerpos orgánicos e inorgánicos generan y se cargan constante é involuntariamente por sí mismos de electricidad contraria a la de la tierra. Ahora bien: ¿qué es el peso? Sencillamente la atracción de la tierra. "Sin la atracción de la tierra nada pesarían nuestros cuerpos", dice el profesor Stewart[31], "y si pesáramos doble, experimentaríamos doble atracción". ¿Cómo podemos librarnos de esta atracción? Según la ley antes enunciada, la atracción de nuestro planeta retiene a los cuerpos en la superficie terrestre; pero ¿cómo explicar que la ley de gravitación haya sido infringida muchas veces por levitaciones de personas y de objetos inanimados? La condición de nuestro sistema fisiológico, al decir de los filósofos teúrgicos, depende en gran parte de nuestra voluntad, que bien regulada puede operar entre otros "milagros" el cambio de polaridad eléctrica, de negativa en positiva, de modo que el imán–tierra repela el objeto o cuerpo y no ejerza la gravedad acción ninguna. Será entonces tan natural para el hombre lanzarse al espacio, hasta que la fuerza repulsiva pierda su eficacia, como antes permanecer sobre la tierra. La elevación de su vuelo dependerá de la mayor o menor habilidad en cargar su cuerpo de electricidad positiva. Obtenido este dominio sobre las fuerzas físicas, la levitación es cosa tan sencilla como el respirar.

El estudio de las enfermedades nerviosas ha demostrado que, tanto en el sonambulismo ordinario, como en el hipnótico, parece disminuir el peso del cuerpo. El profesor Perty cita el caso del sonámbulo Kochler, que flotaba sobre el agua. La vidente de Provorst no podía permanecer sentada en la bañera, porque sobrenadaba en el agua del baño. Dice además que Ana Fleiser, enferma de epilepsia, se mantenía con frecuencia en el aire, según la vió varias veces el superintendente del hospital, y en otra ocasión se levantó hasta más de dos metros por encima de su cama, en presencia de testigos fidedignos, entre los cuales había dos eclesiásticos. En su *Historia de las*

[31] "El sol y la tierra"

brujerías de Salem cita Uphame el caso parecido de Margarita Rule. “La levitación, dice el profesor Perty, ocurre con mayor frecuencia en los sujetos extáticos que en los sonámbulos.” Estamos acostumbrados a considerar la gravitación como ley absoluta é inalterable, y nos parece inadmisible la idea de una completa o parcial levitación que la contraríe. Sin embargo, en estos fenómenos la gravitación queda anulada por fuerzas materiales. En muchas enfermedades, como por ejemplo en las calenturas nerviosas, el peso del cuerpo humano parece aumentar, pero en los éxtasis disminuye. Por lo tanto, pueden haber fuerzas físicas contrarias a la gravedad.

La revista de Madrid: *Criterio Espiritista* cita el interesante caso de una joven labradora de cerca de Santiago, que se suspendía en el aire al colocar horizontalmente sobre ella, a una distancia de medio metro, dos barras de hierro magnetizadas.

Si los médicos observasen a estos individuos levitados, verían que están electrizados en el mismo signo que el suelo, el cual, según la ley de gravedad, debería atraerlos, o al menos evitar su levitación. Y si los desequilibrios físico-nerviosos o los éxtasis espirituales producen inconscientemente los mismos efectos, tendremos que esta fuerza puede ser dirigida y regulada a voluntad.

EVOLUCIÓN. – Desarrollo de los órdenes de animales superiores procedentes de los inferiores. La ciencia moderna sólo estudia la evolución física y nada sabe de la espiritual, que obligaría a los contemporáneos a confesar su inferioridad respecto de los antiguos filósofos y psicólogos. Los sabios de la antigüedad se elevaban hasta el INCOGNOSCIBLE, para tomar por punto de partida la primera manifestación del invisible, el inevitable, que por razonamiento estrictamente lógico, es el Ser creador, necesario en absoluto, el Demiurgos del Universo. La evolución comienza, según ellos, en el espíritu puro, que desciende gradualmente hasta tomar forma visible y tangible de materia. Llegados a este punto, discurren conforme a la teoría de Darwin, pero sobre más amplias y extensas fases.

El *Rig–Veda–Samhita* [32] el libro más antiguo del mundo, al que nuestros más prudentes eruditos asignan dos o tres mil años de antigüedad sobre la era cristiana, dice en el “Himno de los Marutes”:

> “El No Ser y el Ser están en el supremo cielo, en la cuna de Daksha, en el regazo de Aditi”. (Mandala I, versículo 166).
>
> “En la primera época de los dioses, el Ser (la Divinidad comprensible) nació del No–ser (la Divinidad incomprensible) Después nacieron las Regiones invisibles y de ellas, Uttânapada.”
>
> “De Uttânapada nació la Tierra, y de ella las Regiones visibles. Daksha nació de Aditi, y Aditi de Daksha”. (Idem.)

---

[32] Traducido por Max Müller, Profesor de Filología comparada en la Universidad de Oxford (Inglaterra).

Aditi es el Infinito, y Daksha es *daksha–pitarah,* que significa literalmente el *padre de los dioses;* pero Max Müller y Roth dicen que significa *padres de la fuerza* que "conservan, poseen y conceden las facultades." De todos modos, es fácil ver que "Daksha, nacido de Aditi, y Aditi de Daksha", significa lo que los modernos llaman "correlación de fuerzas". Así se infiere del siguiente párrafo traducido por Müller:

> "Considero a Agni como el origen de toda existencia, o padre de la fuerza" (III, 27, 2). Esta misma idea, clara y evidente, prevaleció en las doctrinas de los zoroastrianos, magos y filósofos del fuego de la Edad Media. Agni es el dios del fuego, del Éter Espiritual, la verdadera substancia de la esencia divina, del Dios Invisible presente en cada átomo de *Su* creación, y llamado por los Rosacruces "Fuego Celestial". Si cuidadosamente comparamos los versos de este mandala, uno de los cuales dice: "El Cielo es su padre, la Tierra su madre, Soma su hermano y Aditi su hermana" (I, 191, 6)[33] con la *Tabla Esmeraldina* de Hermes, hallaremos el mismo substrato metafísico y filosófico en idéntica doctrina.
>
> "Como todas las cosas han sido producidas por medio de un Ser, así también todas las cosas han sido producidas de esta única cosa por adaptación: "Su padre es el sol; su madre la luna"… etc. Separa la tierra del fuego, *lo sutil de lo grosero*… Lo que he dicho sobre la operación del *sol* es completo." (Tabla Esmeraldina)[34].

El Profesor Max Müller ve en este *mandala,* "algo parecido a una teogonía, aunque llena de contradicciones"[35]. Los alquimistas, cabalistas y estudiantes de filosofía mística encontrarán una perfecta definición del sistema de Evolución en esta cosmogonía de un pueblo que existió millares de años antes de nuestra era. Advertirán, además, perfecta identidad de pensamiento entre la filosofía hermética y las doctrinas de Pitágoras y Platón.

La evolución, tal como ahora se entiende, supone en la materia un impulso para tomar forma más elevada, y así lo manifestaron claramente Manu y otros filósofos indos de la antigüedad. Ejemplo de ello nos da el árbol de los filósofos en el caso de la disolución del cinc. La controversia entre los partidarios de la evolución y los de la emanación, puede resumirse en que el evolucionista detiene toda investigación en las fronteras del *Incognoscible,* mientras que el emanacionista cree que nada puede evolucionar ni nacer, si antes no ha sido involucionado por la potencia espiritual de la vida que prevalece sobre todo.

FAKIRES. – Devotos religiosos de la India. Están generalmente adscritos a las pagodas brahmánicas y siguen las leyes de Manu. Van desnudos con sólo un faldellín de lino, llamado *dhoti,* en la cintura. Llevan el pelo muy largo, y en él guardan como si fuera

[33] "Dyarih vah pitâ, prithivi mâtâ sômah bhrâtâ âdithi svásâ".

[34] Como quiera que en los capítulos siguientes estudiaremos la perfecta identidad de las antiguas doctrinas religiosas y filosóficas, no damos más explicaciones por ahora.

[35] *"Rig–Veda–Shamhita"*, p. 234.

bolsillo la pipa, la flauta llamada *vagudah,* cuyo sonido entorpece catalépticamente a las serpientes, y el bambú de *siete nudos*. Esta vara mágica la recibe el fakir de su guru el día de la iniciación, con los tres *mantras* que le comunica al oído. Ningún fakir prescinde de esta poderosa insignia de su profesión, por cuya divina virtud obran prodigiosos fenómenos[36]. El fakir brahmánico es completamente distinto de los mendigos musulmanes de la India, también llamados fakires en algunos puntos del territorio británico.

HERMÉTICO. – De Hermes, dios de la Sabiduría, adorado en Egipto, Siria y Fenicia con los nombres de Thoth, Tat, Adad, Seth y Satán[37], y en Grecia con el de Kadmos. Los kabalistas lo identifican con Adam *Kadmon,* primera manifestación del Poder Divino, y con Enoch. Hubo dos Hermes: el *Trismegistus,* y el amigo é instructor de Isis y Osiris, segunda emanación o "permutación" de sí mismo. Hermes y Mazeo son los dioses de la sabiduría sacerdotal.

HIEROFANTE. – Revelador de enseñanzas sagradas. Llevaba este título el jefe de los Adeptos, que en las iniciaciones explicaba los arcanos a los neófitos. En hebreo y caldeo se le llamaba *Pedro,* que significa el que abre o descubre. De aquí que el Papa, como sucesor del hierofante de los antiguos misterios, ocupe la pagana silla de "San Pedro". El odio de la Iglesia católica a la alquimia y ciencias ocultas y astrológicas, se explica porque tales conocimientos eran antes prerrogativa del hierofante o representante de Pedro, quien guardaba los misterios de vida y muerte. Bruno, Galileo, Kepler y Cagliostro se opusieron a las pretensiones de la Iglesia y por ello perdieron la vida.

Toda nación tuvo misterios y hierofantes. Los judíos tenían su Pedro, Tanaim o Rabino, como Hillel, Akiba[38], y otros cabalistas famosos, únicos que podían comunicar los terribles secretos de la *Merkaba*. En India hubo y hay diseminados por las principales pagodas muchos hierofantes, conocidos con el nombre de brahmatmas. En el Tíbet el principal hierofante es el Dalay o Taley– Lama de Lha–ssa[39]. Entre las naciones cristianas sólo los católicos han conservado esta pagana costumbre en la persona del Papa, aunque han desfigurado tristemente la majestuosa dignidad de tan sagrado cargo.

---

[36] Filostrato asegura que en su tiempo eran capaces los brahmanes de llevar a cabo maravillosas curaciones, con solo pronunciar ciertas palabras mágicas. "Los brahmanes indos llevan una varilla y un anillo, por cuya medio obran muchas cosas." Orígenes asegura lo mismo ("*Contra Celso*"). Pero sin el poderoso fluido magnético proyectado por la vista, sin ninguna clase de contacto, serían inútiles las palabras mágicas.

[37] No debe tomarse este último nombre en el sentido que le dan los cristianos y musulmanes.

[38] Akiba era amigo de Aher, que se presume si fue el apóstol Pablo del cristianismo. De ambos se dice que visitaron el paraíso. Aher cogió ramas del árbol de la ciencia, y por esto se separó de la religión judía. Akiba continuó en paz su camino. Véase 2ª Epístola a los Corintios, cap. XII.

[39] Taley significa océano o mar.

INICIADOS. – Los que en la antigüedad aprendían en los Misterios los secretos conocimientos de boca de los hierofantes. En nuestros días, los aleccionados por los adeptos a la mística doctrina de las ciencias del misterio, que a pesar de los siglos transcurridos, tienen pocos, pero verdaderos devotos.

KABALISTA. – De קבלה *(kabala).* Tradición oral. El cabalista es el estudiante de la "ciencia secreta"; el que interpreta el oculto y verdadero sentido de las Escrituras, por medio de la simbólica *kabala.* Los tanaimes fueron los primeros cabalistas judíos que florecieron en Jerusalén a principios del siglo III antes de J.C. Los libros de Ezequiel, Daniel, Enoch y el Apocalipsis son genuinamente cabalísticos. La doctrina secreta de la *Kabala* es idéntica a la de los caldeos y tiene mucho de magia o sabiduría de los parsis.

LAMAS. – Monjes budistas que profesan la religión lamaica dominante en el Tíbet, análogos a los frailes del catolicismo. Están bajo la obediencia del Dalai–lama o Sumo Pontífice budista tibetano, que reside en Lhassa y es para los lamas una reencarnación del Buddha.

LUZ ASTRAL. – Es la *luz sideral* de Paracelso y de otros filósofos herméticos. Físicamente es el éter de la ciencia moderna, y metafísicamente, en su espiritual y oculto sentido, es algo más de lo que comúnmente se entiende por éter. La física y alquimia ocultas demuestran que sus ilimitadas ondulaciones abarcan, no sólo "la esperanza y potencia de toda cualidad de vida", según afirma Tyndall, sino también la actualización de la potencia de cada una de las cualidades del espíritu. Los alquimistas y herméticos creen que el éter astral o sideral, con las propiedades del azufre y las magnesias blanca y roja o *magnes,* es, tanto espiritual como materialmente, el *Anima mundi,* el laboratorio de la Naturaleza y del Cosmos. El "Gran Magisterio" se manifiesta por sí mismo en los fenómenos del hipnotismo, en la levitación del hombre y de objetos inertes, y puede llamarse éter en el aspecto espiritual.

La denominación *astral* es antigua, y ya la usaban algunos neoplatónicos. Porfirio dice que el cuerpo celestial está siempre unido al alma y es "inmortal, luminoso y semejante a una estrella". La raíz de la palabra astral es tal vez la voz escita *aist–aer* (estrella), o la asiria *istar,* que significa lo mismo. Como los rosacruces consideraban lo real directamente opuesto a lo aparente y enseñaban que la luz para la *materia* era obscuridad para el *espíritu,* decían que éste moraba en el océano astral de invisible fuego que rodea al mundo y pretendían haber descubierto el origen del también invisible espíritu divino, que desde el trono del invisible y desconocido Dios cobija a todo hombre y equivocadamente se le llama *alma.* Como la Causa primera es invisible é imponderable, únicamente podían los alquimistas probar sus afirmaciones por los efectos que, dimanantes del universo invisible, se manifiestan en el mundo físico. Demuestran los alquimistas que la luz astral penetra la totalidad del Cosmos y late hasta en la más ínfima partícula de roca, diciendo que la chispa del pedernal es el

perturbado espíritu de esta Piedra, qué, al tiempo de brotar, desaparece inmediatamente en las regiones de lo desconocido.

Paracelso la llamaba *luz sideral* y consideraba los astros (incluso nuestra tierra) como porciones *condensadas* de luz astral, "caídas en la generación y en la materia", pero cuyas emanaciones magnéticas o espirituales conservaban incesante comunicación con el origen patrio de la luz astral. A este propósito dice: "Los astros nos atraen hacia ellos; y nosotros los atraemos hacia nosotros. Madera es el cuerpo y fuego la vida que, como la luz, viene de las estrellas y los cielos. La magia es la filosofía de la alquimia"[40]. Todo lo del mundo espiritual, ha de llegarnos a través de las estrellas, y si estamos en armonía con ellas, obtendremos inmensos efectos *mágicos*.

"Así como el fuego pasa a través de una estufa de hierro, así también los astros pasan a través del hombre y le comunican sus propiedades, del mismo modo que la lluvia fertiliza la tierra en que penetra. Los astros *rodean a* la tierra, *como el cascarón al huevo*. A través del cascarón pasa el aire y penetra hasta el centro del mundo." El cuerpo humano, lo mismo que la tierra, los planetas y las estrellas, está sujeto a la doble ley de atracción y repulsión y saturado del influjo doblemente magnético de la luz astral. Todo es doble en la naturaleza: el magnetismo es positivo y negativo, activo y pasivo, masculino y femenino. La noche descansa al hombre de la actividad del día y restablece el equilibrio, tanto de la naturaleza humana como de la cósmica. Cuando el hipnotizador aprenda el secreto de polarizar la acción y dar a su fluido fuerza bisexual, será el mayor de los magos vivientes. Así, pues, la luz astral es andrógina porque el equilibrio resulta de dos fuerzas que eternamente actúan una sobre otra. El resultado de esta acción es la VIDA. *Cuando las dos fuerzas se gastan y permanecen largo tiempo inactivas, equilibrándose una con otra en reposo completo, sobreviene la condición de* MUERTE. Un ser humano puede expirar aliento caliente o frío, é inspirar aire frío o caliente. Todo niño sabe cómo regular la temperatura de su aliento; pero ningún fisiólogo ha explicado satisfactoriamente la manera de protegerse uno mismo del aire frío o caliente. La luz astral, principal agente de magia, puede únicamente descubrirnos los secretos de la naturaleza. La luz astral es idéntica al *akâsa* indo.

MÁGICO. – Antiguamente era título de nombradía y distinción, pero hoy se ha corrompido su verdadero significado. En otro tiempo fué sinónimo de honroso, respetable, instruido y docto. El clero ha convertido este título en epíteto degradante que el vulgo supersticioso aplica a los brujos embusteros, impostores y charlatanes que "venden el alma al diablo" y abusan de sus facultades psíquicas, sin advertir que Moisés fué mágico y al profeta Daniel se le llamó "príncipe de los magos, de los encantadores y agoreros"[41].

---

[40] *"De Ente Spirituali"*, lib. IV; *"De Ente Astrorum"*, lib. I; y *Opera Omnia* vol. I, págs. 634 y 699.

[41] Profecía de Daniel, cap. V. vers. II.

La palabra mágico se deriva etimológicamente de *magh, mah o mahâ* que significa grande y se aplicó a los sacerdotes versados en la ciencia esotérica.

MAGO. – Palabra derivada de *Mag o Maha,* que significa grande. El Mahatma (gran alma) tenía en la India sacerdotes en los tiempos prevédicos.

Los magos eran sacerdotes del fuego, en Asiria, Babilonia y Persia. Los tres reyes magos que, según se dice, ofrecieron al niño Jesús oro, incienso y mirra, adoraban al fuego y eran también astrólogos, pues vieron la estrella de Belén. Al Sumo sacerdote parsi, residente en Surat, se le llama *Mobed,* palabra que algunos derivan de *Megh o Meh–ab y significa* grande y noble. Según Kleuker, a los discípulos de Zoroastro se les llamó *meghestom.*

MANTICISMO. – Frenesí mántico o estado en que se actualiza el don de profecía, sinónimo de manticismo, pues tan honroso es el título de mántico como el de profeta. Pitágoras y Platón lo tuvieron en mucha estima y Sócrates aconsejó a sus discípulos el estudio del manticismo. Los Padres de la Iglesia, que tan severamente condenaron el frenesí mántico de los sacerdotes paganos y de las pitonisas, no tuvieron reparo en aprovecharse de él para sus fines particulares. Los montanistas[42] emulaban a los manteis o profetas. El autor de la obra *Profecías antiguas y modernas,* dice que Tertuliano, San Agustín y los mártires de Cartago estuvieron dotados de frenesí mántico y que los montanistas se parecían a las bacantes en el salvaje entusiasmo que caracterizaba, sus orgías.

Mucho discrepan las opiniones en lo concerniente al origen de la palabra *manticismo.* En tiempos de Melampo, rey de Argos, floreció el famoso vidente Mantis de cuyo nombre se derivaría la palabra, pero también pudo arrancar de la profetisa Manto, hija del profeta de Tebas.

Cicerón define el don de profecía o frenesí mántico, diciendo que en lo más recóndito de la mente está ocultamente recluida la profecía divina, el divino impulso cuya actuación parece furor, frenesí y locura.

Sin embargo, es posible que la palabra *mantis* tenga mucho más antigua etimología, no advertida por los filólogos, pues las dos copas empleadas en los ritos del misterio Soma, denominadas conjuntamente *grahâs,* se llamaban cada una de por sí *sukra y manti*[43]. En esta copa manti se dice que “despierta Brahmá”. Al beber sobriamente un sorbo del sagrado zumo, el “espíritu” de Brahmá, personificado en el dios Soma, se infunde en el cuerpo del iniciado y se posesiona de él. De aquí el éxtasis, la clarividencia y el don de profecía. El Soma estimula dos linajes de adivinación: la natural y la artificiosa. La copa *sukra* despierta las congénitas cualidades del hombre, é identifica el

[42] Prosélitos de Montano, obispo de Frigia, a quien se le atribuyó inspiración divina.

[43] *Aitareya brâhmana*, 3, I.

alma con el espíritu que, por ser de naturaleza divina, conoce lo futuro representado en sueños, visiones y presentimientos. El *manti o* zumo contenido en la copa *mantis* "despierta a Brahmâ", es decir, comunica al alma no sólo con los dioses menores[44], sino también con la suprema esencia divina. El alma recibe iluminación directamente irradiada de la presencia de su "dios"; pero como queda ignorante de lo que únicamente saben los cielos, le acomete al iniciado una especie de frenesí, del que, al recobrarse, sólo recuerda cuanto se le permite recordar.

Respecto a los adivinos o profetas que abusan de sus facultades para hacer de ellas un modo de vivir, dícese que están poseídos de un *gandharva,* divinidad escasamente venerada en la India.

MANTRA. – Palabra sánscrita equivalente a "nombre inefable". Cantados con la entonación prescrita en el *Atarva–Veda* producen algunos mantras instantáneo y maravilloso efecto. Generalmente, es el mantra una plegaria a los dioses y potestades celestiales, según enseñan los libros brahmánicos de acuerdo con Manú; pero también suele ser una fórmula mágica. En sentido esotérico, la frase mística o palabra del mantra es el vâch de los brahmanes. En sentido literal, significa el mantra la revelación directa y divina *(sruti)* de los libros sagrados.

MARABUTO. – Musulmán que ha cumplido la peregrinación a la Meca. Santo sepultado en un sarcófago abierto de propósito en las calles o plazas de las ciudades populosas de los países mahometanos. El Cuerpo del marabuto se coloca en la única tumba o hueco del sarcófago, y la devoción de los transeúntes mantiene perpetuamente encendida una lámpara a la cabecera del enterramiento. En El Cairo se ven hoy día muchos de estos sarcófagos, construidos de albañilería. Algunos sepulcros de marabuto tienen entre los musulmanes muchísima fama por los milagros que se atribuyen al santo allí enterrado.

MATERIALIZACIÓN. – Palabra con que los espiritistas expresan el fenómeno por el cual toma un espíritu forma material. Moisés Stainton propuso que a estos fenómenos se les diese el nombre menos discutible de "manifestación formal". Cuando se comprenda mejor la verdadera naturaleza de las materializaciones, se les dará seguramente un nombre más adecuado. No es propio llamarlas espíritus materializados, porque tan sólo son fotografías o esculturas animadas.

MAZDEÍSTAS. – De Ahura–Mazda[45]. Nombre dado a los antiguos persas que adoraban a Ormazd y prohibían el culto de las imágenes. De los mazdeístas tomaron los judíos el horror que tuvieron a toda representación plástica de la Divinidad.

---

[44] Espíritus veraces de sabiduría, aunque no omniscientes.

[45] Véase el *Yasna* de Spiegel, XL.

Según parece, en tiempo de Herodoto prevalecieron contra ellos los magos y sus prosélitos, entre quienes se cuentan con toda probabilidad los parsis y geberines a que alude el *Génesis*[46]. Por una extraña confusión etimológica identifican algunos eruditos a Zoroastro con Zarathustra[47].

METEMPSÍCOSIS. – El progreso del alma en los sucesivos grados de existencia. Para el vulgo era el renacimiento en cuerpos de animales. Por regla general, aun muchos que se precian de eruditos adulteran el significado de esta palabra. El *Mânava–dharma–zâstra* y otros libros brahmánicos interpretan el axioma cabalístico que dice: "La piedra se convierte en planta, la planta en animal, el animal en hombre, el hombre en espíritu y el espíritu en dios".

MISTERIOS – En. griego *teletai* (perfección) y por analogía *teleuteia* (muerte). Eran reglas secretas que desconocían los profanos y los no iniciados. Por medio de representaciones dramáticas y otros procedimientos se enseñaba en los misterios el origen de las cosas, la naturaleza del espíritu humano, sus relaciones con el cuerpo y el modo de purificarse para alcanzar la vida superior. Por el mismo método se enseñaban las ciencias naturales, la medicina, la música y la adivinación. El juramento hipocrático no era más que una obligación mística. Hipócrates fué sacerdote de Asclepios y algunas de sus obras vieron fortuitamente la luz pública. Los asclepiadeos estaban iniciados en el culto de la serpiente de Esculapio, como las bacantes en el de Dionisio, y ambos ritos quedaron con el tiempo incorporados a los misterios de Eleusis. Más adelante hablaremos con mayor extensión de los Misterios.

MÍSTICOS. – Los iniciados. Sin embargo, desde la Edad Media se dió esta denominación a cuantos, como el teósofo Böehme, el quietista Molinos, Nicolás de Basilea y otros, creían en la directa comunicación del alma con Dios, análogamente a la inspiración profética.

NABIA. – Lo mismo que videncia y vaticinio. El más antiguo y respetado fenómeno místico. La *Biblia* llama *nabia a* la profecía, y sin reparo se puede incluir esta facultad espiritual entre las de adivinación, visiones, éxtasis y oráculos. Pero así como los encantadores, adivinos y aun los astrólogos están explícitamente condenados en los libros de Moisés, la *nabia o* profecía y visión sobrenatural se consideran dones especiales del cielo. En un principio, todas estas facultades se comprendían colectivamente en el nombre de *epoptai* (profeta o vidente) y más tarde se les llamó *nebim,* plural de Nebo, dios babilonio de la sabiduría. Los cabalistas distinguen entre *nebirah o* vidente *y nebipoel o* mago. El primero es pasivo y tan sólo ve claramente el

[46] VI, X, 8.

[47] El nombre de Zoroastro se deriva de *Zero,* que significa *círculo, hijo o sacerdote,* y de *aster*, *ishtar* o *astarté,* estrella, en dialecto ariano. Era el título del Sumo Sacerdote de los magos, a quienes también se les llamaba Surya– ishtaras o adoradores del sol. Zarathustra fue el famoso apóstol del mazdeísmo.

porvenir; el segundo es activo y posee facultades mágicas. Sabemos que Elijah y Apolonio se envolvían en un manto de lana para aislarse de las perturbadoras influencias del ambiente, y tal vez recurrían a este medio por ser la lana muy mala conductora de la electricidad.

OCULTISTA. – El que estudia las diversas ramas de la ciencia oculta. Es término empleado por los cabalistas franceses, según se advierte, en las obras de Eliphas Levi. El ocultismo abarca todos los fenómenos psíquicos, biológicos, físicos, cósmicos y espirituales. Es sinónimo de *escondido o secreto y comprende* también el estudio de la cábala, astrología y alquimia.

PITRIS. – Es opinión general que esta palabra sánscrita significa colectivamente los espíritus de nuestros antepasados, y de aquí arguyen los espiritistas diciendo que los fakires y otros taumaturgos orientales son sencillamente *mediums,* pues ellos mismos confiesan que no podrían obrar tales prodigios sin el auxilio de los *Pitris,* de quienes son obedientes instrumentos. Esto es erróneo en muchos aspectos. Los *Pitris* no son los antepasados de la generación viviente, sino de toda la raza adámica, es decir, los espíritus de los hombres que constituyeron razas humanas muy superiores, tanto en lo físico como en lo espiritual, a nuestra raza de pigmeos. El *Mânava–dharma–zâstra los* llama *Pitris lunares.*

PITONISA. – Al definir Webster esta palabra, sale muy pronto del paso diciendo que era la mujer que daba los oráculos en el templo de Delfos y, por extensión, toda mujer que presuma de adivina, como por ejemplo las brujas y hechiceras. Esta definición es inexacta, apasionada é injusta.

Según Plutarco, Jámblico, Lamprías y otros filósofos, las pitonisas eran jóvenes delicadamente sensibles, de costumbres puras y familia humilde, que estaban adscritas a su respectivo templo, donde se les destinaba habitación rigurosamente aislada del mundo, en la que sólo podían entrar los sacerdotes y los videntes; de modo que la vida de las pitonisas superaba en ascetismo a la de las actuales monjas de clausura. Para ejercer su ministerio se sentaba la pitonisa en un trípode de bronce, colocado sobre una grieta del suelo que comunicaba con un subterráneo, en donde se quemaban ciertas drogas cuyos vapores subían por la grieta hasta envolver a la pitonisa en una atmósfera excitante que determinaba el frenesí *mántico;* y en tal estado daba el oráculo. También llamaban a la pitonisa *ventrilocua vates o* sea *profetisa ventrilocua*[48].

Los brahmanes colocaban la conciencia astral (ψυχή) en el ombligo, y lo mismo creyeron Platón y otros filósofos. El versículo cuarto del segundo himno del *Nâbhânedishtha* dice así: “Oíd, ¡oh hijos de los dioses!, al que habla por su ombligo *(nâbhâ)* y os saluda en vuestras viviendas”. Muchos orientalistas convienen en que ésta es una de las más antiguas creencias induistas. Los modernos fakires, lo mismo que los

[48] Pantheón, *Mitos*,31. – Aristófanes, *Vestas*, I, 28.

antiguos gimnósofos, concentran su pensamiento en el ombligo y permanecen inmóviles en la contemplación para identificarse con Âtmân y unirse a la Divinidad.

El moderno sonambulismo también considera el ombligo como "el círculo del sol y asiento de la divina luz interna"[49]. Muchos sonámbulos ven, oyen y huelen por el ombligo, y esto no es simple coincidencia con las primitivas prácticas, sino prueba evidente de que los sabios antiguos superaban a los modernos académicos en conocimientos de psicología y fisiología. Hoy día los hipnotizadores persas, a quienes el vulgo sigue llamando magos, manipulan sobre el ombligo para ponerse en estado de clarividencia y responder a las consultas que las gentes les hacen sobre robos, objetos perdidos y asuntos de intrincada resolución. Dice un traductor del *Rig Veda* que los modernos parsis creen que los adeptos de su religión tienen en el ombligo una llama, cuyo resplandor disipa toda obscuridad y les muestra las cosas lejanas del mundo físico y las invisibles del mundo espiritual. Llaman a esta llama la lámpara del *deshtur* (sumo sacerdote) y también la luz del *dikshita* (iniciado), con otras varias denominaciones.

SAMANOS. – Categoría sacerdotal de los budistas tártaros de Siberia, análogos, con toda probabilidad, a los filósofos llamados antiguamente *brachmanes,* que muchos han confundido con los brahmanes[50]. Todos ellos eran *mágicos*, ó, mejor dicho, *mediums* que desarrollaban artificiosamente sus facultades. Hoy día los sacerdotes y sacerdotisas samanos de Siberia son muy ignorantes y ni en cultura ni en saber pueden compararse con los fakires.

SAMOTRACIOS. – Dioses adorados en los misterios de Samotracia. Eran idénticos a los kabeiris, dioskuris y koribantes, y se les daban los nombres míticos de Plutón, Ceres, Proserpina, Baco, Esculapio y Hermes.

SOMA. – Bebida sagrada de la India, análoga en virtud y significado al néctar o ambrosia de los griegos. En el acto de la iniciación en los misterios eleusinos, el *mista* apuraba una copa de *kikeón* con intento de alcanzar fácilmente el *bradhna o* región del esplendor (mundo celeste).

El soma que han gustado los orientalistas europeos no es el auténtico, que sólo pueden beber los sacerdotes iniciados, sino un brebaje sucedáneo que consumen los no iniciados y los mismos rajás cuando sacrifican en aras de los dioses. Confiesa Hang, en

---

[49] El oráculo de Apolo estaba en Delfos cuyo nombre deriva de δελψος (útero o abdomen) y al recinto del templo se le llamaba *omphalos* (ombligo). Los símbolos eran femeninos y de significación lunar, lo cual nos recuerda que los arcadianos o prehelénicos fueron anteriores a la época en que se introdujo en la Jonia el culto lunar.

[50] Según Estrabón y Megasteno, que estuvieron relacionados con Palibothras, los llamados por éste samanos o brachmanes eran sencillamente sacerdotes budistas. A este propósito dice upham: "La singular sutileza de las réplicas de los filósofos samanos en su conferencia con el conquistador denota el espíritu de las enseñanzas budistas". – Véase la "Historia y Doctrina del Budismo" de Upham y la "Cronología" de Hale", III, 238.

su *Aitareya Brahmana,* que la bebida cuyo sabor le fué tan ingrato no era el *Soma,* sino el zumo de las raíces de un arbusto llamado *nyagradha,* que medra en las colinas de Poona. Sabemos con toda seguridad que la mayoría de los sacerdotes del Dekkan han olvidado la receta del verdadero soma, cuya confección no señalan los libros ritualísticos ni es posible adquirir por informe oral. Quedan ya muy pocos induistas ortodoxos de la primitiva religión védica que se consideren descendientes de los *Rishis,* legítimos agnihôtris o iniciados en los misterios mayores. En el Panteón indio se llama a esta bebida el Rey–Soma, porque quien la bebe se identifica con el Rey celestial, de la propia suerte que los apóstoles cristianos estaban llenos del Espíritu Santo por cuya virtud perdonaban los pecados. El Soma regenera al iniciado y le transforma en otro hombre, como si naciera de nuevo; sobrepone la naturaleza espiritual a la física; infunde el divino poder de la inspiración y actualiza en grado máximo la clarividencia.

Según la explicación exotérica, es el Soma a un tiempo planta y ángel, pues une íntimamente el angélico Yo del hombre con su alma irracional o cuerpo astral, por virtud de la mágica bebida, y así unidos prevalecen contra la naturaleza física y beatíficamente participan, aun en vida, de la inefable gloria de los cielos. Por lo tanto, bajo todos aspectos tiene el Soma indio la misma significación mística que la Eucaristía de los cristianos. La palabra sagrada de los mantras pronunciados en el acto del sacrificio, convierte el licor contenido en la copa, en el verdadero Soma angélico, esto es, en el mismo Brahmâ.

Muchos misioneros se han indignado al presenciar esta ceremonia, porque, por regla general, emplean los brahmanes en el sacrificio *un licor espirituoso* en substitución del verdadero Soma, sin advertir que también los cristianos creen en la transubstanciación del vino, más o menos espirituoso, en la sangre de Cristo. ¿No es idéntico el símbolo? Sin embargo, dicen los misioneros que Satanás está oculto en la copa del sacrificio induísta y se regocija cuando el sacerdote bebe el Soma[51].

TEÓSOFOS .– Nombre dado en el siglo XVI a los discípulos de Paracelso, que también se llamaban *philosophia per ignem* (filósofos del fuego). Como los platónicos, consideraban el alma (*ψυχή*) y el espíritu (*νοῦς*) partículas del gran Archos, o chispas emitidas por el eterno océano de luz.

La Sociedad Teosófica, a la que en prueba de cariñosa consideración está dedicada esta obra, se fundó en Nueva York el año 1875 con objeto de estudiar experimentalmente los poderes ocultos de la naturaleza y difundir por Occidente el conocimiento de las religiones de Oriente al par que extender por los países calificados

[51] En cambio, los brahmanes pudieran muy bien preguntar a los misioneros qué especie de diablo se ocultaba dentro del cáliz en que los sacerdotes de una misión cristiana pusieron cerveza en vez de vino para decir misa, según relato de un viajero inglés publicado por *El Independiente* , diario evangélico de Nueva York. Parece que las circunstancias modifican las costumbres.

de "gentiles é incultos" verídicos informes sobre el cristianismo, sobre todo en las comarcas donde actúan los misioneros. A este propósito, la Sociedad Teosófica se ha puesto en relación con varias asociaciones é individuos de Oriente a quienes transmite informes auténticos de la conducta del clero, cismas, herejías, controversias, disputas, revisiones é interpretaciones de la Biblia, con otros datos publicados por la prensa mundial. En los países cristianos se da por válido que el hinduismo, budismo y shintoismo han degradado y embrutecido a los pueblos orientales, y precisamente en estos falsos informes se apoyan los misioneros para recabar pingües subvenciones. La Sociedad Teosófica desea restablecer la justicia en este punto, procurando que en todos los países de Oriente se conozca la verdad, tergiversada y fingida por la parcialidad de los informes referentes a las enseñanzas cristianas. También pudiéramos decir algo sobre la conducta de los misioneros a cuantos contribuyen al sostenimiento de las misiones.

TEURGO. – Palabra compuesta de θεος (dios) y εργον (obra). Jámblico fundó la primera escuela experimental de teurgia entre los neoplatónicos alejandrinos, en los albores del cristianismo; pero ya desde muy remotos tiempos se llamaban *teurgos* los sacerdotes egipcios, asirios y babilonios que invocaban a los dioses en los Misterios con propósito de dar manifestación visible a las entidades espirituales. Los teurgos conocían las ciencias ocultas enseñadas en los templos. A los discípulos de la escuela neoplatónica de Jámblico se les llamaba teurgos, porque practicaban la magia ceremonial y evocaban los espíritus de los héroes, dioses y demonios δαιμόνια[52]. Cuando era preciso que un espíritu se manifestase visible y *tangiblemente,* el teurgo había de suministrar de su propio cuerpo la materia suficiente para la materialización, por el misterioso procedimiento llamado *theopœa,* que conocen perfectamente los fakires modernos y los brahmanes iniciados. Esto mismo dice el *Libro de las Evocaciones* que se conserva en las pagodas, como demostración de que los ritos y ceremonias de la teurgia alejandrina eran idénticos a los de la antiquísima teurgia brahmánica.

Del *Libro de las Evocaciones* copiamos el siguiente pasaje:

"El grihastha (brahmán evocador) ha de purificarse de toda mancha antes de evocar a los pitris. Arregla el pebetero con sándalo, incienso y otros perfumes para trazar los círculos mágicos que su maestro le enseñara, y ahuyenta a los espíritus malignos. Hecho esto, detiene la respiración y solicita la ayuda del *fuego* para que disgregue su cuerpo." Después pronuncia cierto número de veces la palabra sagrada y "su alma sale del cuerpo, el cuerpo desaparece y el alma del espíritu evocado, se infunde en el doble y lo anima". Vuelve luego el alma del grihastha a entrar en su cuerpo cuyas partículas sutiles se han agregado nuevamente, después de formar con sus emanaciones un cuerpo áreo para la manifestación del evocado espíritu.

---

[52] Daimonia o entidades de naturaleza divina.

El cuerpo del pitri queda constituido de este modo por las más puras y tenues partículas del cuerpo del evocador, y entonces puede éste, una vez cumplidas las ceremonias del sacrificio comunicarse verbalmente con las almas de los difuntos y de los pitris y preguntarles acerca de los misterios del *Ser* y de las transformaciones del *imperecedero.*

Antes de salir del santuario ha de apagar el pebetero y otra vez encenderlo para poner en libertad a los espíritus malignos que ahuyentó al trazar los círculos mágicos. La escuela neoplatónica de Jámblico discrepaba de la de Plotino y Porfirio en que si bien éstos creían en la teurgia, repugnaban su práctica por peligrosa.

Dice Bulwer Lytton: "Tanto la magia blanca o *teurgia,* como la negra o *goética,* estuvieron en mucho predicamento durante el primer siglo de la era cristiana"[53]. Los filósofos cuya fama ha llegado hasta nuestros días sin la más tenue mancha, nunca practicaron otra magia que la blanca o teúrgica.

A este propósito, dice Porfirio: "El que conoce la naturaleza de las *divinas y luminosas apariciones* ($\psi\alpha\sigma\mu\alpha\tau\alpha$) sabe cuanto importa abstenerse de comer aves (alimentación animal), sobre todo para quienes anhelan libertarse de las cosas terrenas y reunirse con los dioses celestiales"[54]. Aunque Porfirio repugnaba las prácticas teúrgicas, nos cuenta, en su *Vida de Plotino,* que un sacerdote egipcio materializó al demonio familiar, ó, como ahora se dice, ángel custodio de Plotino, en presencia de éste y a instancias de un amigo suyo que, según opina Taylor, sería tal vez el propio Porfirio.

En definitiva, podemos dejar sentado que los teurgos evocan los espíritus de los héroes y los dioses y obran otros prodigios por virtud sobrenatural.

YAJNA. – Dicen los brahmanes que el *Yajna* existe desde la eternidad y procede del Ser Supremo *(Brahmâ–Prajâpati),* en quien está latente "sin principio". Es el *Yajna* la clave de la *traividyâ* (ciencia tres veces sagrada), que contiene los versículos del Rig Veda, donde se enseñan *los yaajs* (misterios del sacrificio). "El *Yajna* existe en todo tiempo tan invisible como la energía almacenada en un acumulador eléctrico, cuya actualización requiere únicamente el debido manejo del aparato. Suponen los brahmanes que el *Yajna* se dilata desde el *ahavaniya* (fuego del sacrificio) hasta los cielos, en forma de puente o escala por la cual puede el sacrificador comunicarse con el mundo espiritual y aun elevarse en vida hasta las moradas de los dioses"[55].

El *Yajna* es una modalidad del akâsha, y para actualizarla es preciso que el sacerdote pronuncie mentalmente la *Palabra perdida* bajo el impulso del *Poder de la voluntad.*

---

[53] El último día de Pompeya,147.

[54] Obras escogidas,159.

[55] Aitareya Brahmana. – Introducción

ADVERTENCIA. – Conviene anteponer a la conclusión de este capítulo preliminar, unas cuantas palabras explicativas del plan de la obra, que en modo alguno lleva por objeto revolucionar el mundo científico ni tampoco imbuir en la mente del lector las opiniones y juicios personales de la autora, sino que más bien es un compendio de las religiones, filosofías y tradiciones del género humano en toda época, y su exégesis desde el punto de vista de las enseñanzas esotéricas, que los países cristianos no conocen ni siquiera en fragmentos que atestigüen su valía. Los infortunados filósofos de la Edad Media fueron los últimos que publicaron tratados sobre la doctrina secreta cuyo conocimiento asumían, y desde entonces, poquísimos autores se han atrevido en sus obras a ponerse enfrente de los prejuicios y arrostrar las persecuciones, pues tuvieron por norma no escribir para el público, sino tan sólo para quienes poseyeran la clave de su lenguaje. Pero como la muchedumbre del vulgo no comprendía sus enseñanzas, los motejó a *todos* ellos de charlatanes y visionarios. De aquí el creciente desdén con que se ha venido mirando la nobilísima ciencia del espíritu.

En lo tocante a la pretendida infabilidad de la ciencia y teología, la autora se ha visto en la precisión, aun a riesgo de parecer difusa, de comparar repetidamente las ideas, conclusiones y alegatos de los científicos y teólogos modernos con las de los antiguos filósofos y sacerdotes, porque la única manera dé fijar con certeza la prioridad de los descubrimientos científicos y de las enseñanzas religiosas es yuxtaponer paralelamente las ideas más alejadas en el tiempo. Para el presente estudio nos han servido de base los fracasos de la ciencia moderna en sus investigaciones experimentales y la facilidad con que los científicos eluden la explicación de cuantos fenómenos no les consiente comprender su ignorancia de las leyes del mundo causal.

Como quiera que el estudio de la psicología ha estado tan descuidado en occidente como atendido en oriente, donde dicha ciencia ha llegado a una altura que pocos investigadores europeos podrían alcanzar aunque allá mismo fueren a estudiarla, examinaremos también la actitud en que conspicuas autoridades científicas se han colocado respecto de los modernos fenómenos psíquicos que, desde Rochester, se han difundido por el mundo entero. Queremos demostrar cuán inevitables fueron sus numerosos fracasos y que reincidirán en ellos mientras no recurran a los brahmanes y lamas del lejano oriente, en solicitud de que *les enseñen el alfabeto de la verdadera ciencia*. Ningún cargo hacemos a los científicos que forzosamente no se infiera de sus propias opiniones; y si nuestras citas y referencias de la antigua sabiduría les despojan de laureles que creyeron bien ganados, no será culpa nuestra, sino de la verdad. Ningún filósofo digno de este nombre es capaz de ufanarse con ajenos merecimientos.

La titánica lucha, hoy más empeñada que nunca, entre el materialismo y el espiritualismo, nos ha determinado con preocupación constante a recopilar en los

capítulos de esta obra, como armas en arsenal, el mayor número posible de hechos favorables al triunfo del espiritualismo.

El materialismo de hoy, niño enfermizo y deforme, ha nacido del brutal ayer, y si no le atajamos los pasos, podría erigirse en nuestro dueño. Es el materialismo la bastarda progenie de la Revolución francesa, promovida por la mojigatería, la intolerancia y las persecuciones religiosas. Para evitar que se amortigüen las aspiraciones espirituales, que se desvanezca toda esperanza y se disipe la intuición que tenemos de Dios y la vida futura, es preciso dejar en completa desnudez la falsedad de la teología moderna y distinguir escrupulosamente entre la religión divina y los dogmas humanos.

Nuestra voz se levanta en pro de la libertad espiritual y en contra de toda tiranía científica o teológica.

Hemos de añadir ahora que en el transcurso de la obra llamaremos *arcaica* la época anterior a Pitágoras; *antigua* la comprendida entre Pitágoras y Mahoma; y m*edieval* la que transcurre entre Mahoma y Lutero. Sin embargo, también llamaremos antigua la época prehistórica.

EL VELO DE ISIS

CAPÍTULO PRIMERO

EGO SUM QUI SUM.

Axioma de la Filosofía hermética.

"Empezamos las investigaciones en donde las modernas conjeturas pliegan sus engañosas alas. Y con nosotros están los elementos científicos que los sabios del día desdeñan por quiméricos o con prevención los miran como arcanos insondables".

BULWER. ZANONI.

Hay en un lugar de este mundo un libro de tan remota antigüedad que los arqueólogos lo atribuirían a una época de incalculable cómputo y no acertarían a ponerse de acuerdo sobre la materia de que está compuesto. Es el único ejemplar manuscrito que de dicho libro se conserva. El más antiguo tratado hebreo de ciencia oculta, el *Siphra–Dzeniuta* es una compilación de aquel manuscrito, hecha en época en que ya se le consideraba como reliquia literaria. Uno de los dibujos que lo ilustran representa la Esencia divina al emanar de *Adam* [56] en traza de arco luminoso que tiende a cerrarse en circunferencia y, luego de llegado al culminante punto de la gloria inefable, retrocede hacia la tierra, envolviendo en su torbellino un tipo superior de humanidad. A medida que va acercándose a nuestro planeta, la Emanación es más sombría y al tocar en él es negra como la noche.

En toda época han tenido los filósofos herméticos el convencimiento, basado en *sesenta mil* años de experiencia[57], de que a través del tiempo, y por efecto del pecado, fué densificándose más groseramente el cuerpo físico del hombre cuya naturaleza era en un principio casi etérea y le permitía percibir claramente las cosas hoy invisibles del

[56] Tiene aquí este nombre el significado de la palabra griega αγθρωποϛ.

[57] Los cabalistas orientales afirman por tradición que su ciencia es todavía más antigua. Los eruditos modernos tal vez rechacen o pongan en duda esta afirmación, pero no probarán que sea falsa.

universo. Desde la caída del género humano, la materia es un espeso muro interpuesto entre el mundo terrestre y el mundo de los espíritus.

Las más antiguas tradiciones esotéricas enseñan asimismo que antes del Adam mítico existieron sucesivamente varias razas humanas. ¿Eran tipos más perfectos? ¿Pertenecían a alguna de estas razas los hombres alados que menciona Platón en *Fedro?* A la ciencia le incumbe resolver este problema, tomando por punto de partida las cavernas de Francia y los restos de la edad de piedra.

A medida que avanza el cielo se van abriendo los ojos del hombre hasta conocer el "bien y el mal" tan acabadamente como los mismos *Elohim*. Después de alcanzar el punto culminante comienza a descender el cielo. Cuando el arco llega al punto situado al nivel de la línea fija del plano terrestre, la naturaleza proporciona al hombre vestiduras de *piel* y el, Señor Dios "le viste con ellas".

En las más antiguas tradiciones de casi todos los pueblos se descubre la misma creencia en una raza de espiritualidad superior a la actual. El manuscrito quiché *Popol Vuh,* publicado por Brasseur de Bourbourg, dice que el primer hombre pertenecía a una raza dotada de raciocinio y de habla, con vista sin límites, que conocía todas las cosas a un tiempo. Según Filo Judeo, el aire está poblado de multitud de invisibles espíritus, inmortales y libres de pecado unos; y perniciosos y mortales otros. "De los hijos de EL descendemos, é hijos de EL, volveremos a ser". La misma creencia se trasluce en el pasaje del *Evangelio de San Juan,* escrito por un anónimo agnóstico, que dice: "Más a cuantos le recibieron les dió poder de ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre"[58]; es decir, que cuantos practicaran la doctrina esotérica de Jesús, se convertirían en hijos de Dios. "¿No sabéis que sois dioses?," dice Cristo a sus discípulos. Platón describe admirablemente, en *Fedro,* el estado primario del hombre al cual ha de volver de nuevo. "Antes de perder las alas vivía entre los dioses y él mismo era un dios en el mundo aéreo". Desde la más remota antigüedad enseñó la filosofía religiosa que el universo está poblado de divinos y espirituales seres de diversas razas. De una de éstas surgió con el tiempo ADAM, el hombre primitivo.

Los kalmucos y otros pueblos de Siberia describen también en sus leyendas, razas anteriores a la nuestra y dicen que aquellos hombres poseían conocimientos casi ilimitados, de lo que se engrieron hasta la audacia de rebelarse contra el Gran Espíritu, quien, para humillar su presunción y castigar su arrogancia, los encerró en *cuerpos* que limitaron sus facultades. Únicamente pueden salir de este encierro por medio de un perseverante arrepentimiento, de la purificación y desenvolvimiento interior. Creen que sus *shamanos* pueden ejercer a veces las divinas facultades que un tiempo poseyeron todos los hombres.

---

[58] *San Juan,* I, 12.

En la biblioteca Astort, de Nueva York, hay el facsímile de un tratado egipcio de medicina escrito en el año 1552 antes de J.C., cuando, según la cronología corriente, contaba Moisés veintiún años de edad. Los caracteres están trazados sobre una corteza interna del *Cyperus papyrus,* y el profesor Schenk, de Leipzig, no sólo atestigua su autenticidad, sino que lo diputa por el más perfecto de cuantos se conocen. Es una sola hoja de excelente papiro amarillento obscuro, de tres decímetros de ancho y más de veinte metros de largo, arrollado en ciento diez páginas cuidadosamente numeradas. Lo adquirió en 1872 el arqueólogo Ebers de manos de un árabe de Luxor. El periódico *La Tribuna,* de Nueva York, dijo, a propósito de este asunto, que del examen del papiro se infiere con toda probabilidad que es uno de los seis *Libros herméticos de Medicina* citados por Clemente de Alejandria. Dice el mismo periódico: "El año 363, en tiempo de Jámblico, los sacerdotes egipcios enseñaban cuarenta y dos libros atribuidos a Hermes (Thuti). Según Jámblico, de estos libros, treinta y seis trataban de todos los conocimientos humanos y los seis restantes se ocupaban especialmente en anatomía, patología, oftalmología, quirúrgica y terapéutica[59]. El *Papiro de Ebers* es seguramente uno de estos tratados herméticos."

Si el fortuito encuentro del arqueólogo alemán y del árabe de Luxor ha iluminado con tan viva luz la antigua ciencia de los egipcios, no cabe duda de que sí se repitiera el caso con un egipcio tan servicial como el árabe, se esclarecerían muchos puntos tenebrosos de la historia antigua.

Los descubrimientos de la ciencia moderna no invalidan en modo alguno las remotísimas tradiciones que atribuyen increíble antigüedad a la raza humana. La geología, que hasta hace pocos años no había descubierto las huellas del hombre más allá de la época terciaria tiene hoy pruebas incontrovertibles de que el hombre existía ya sobre la tierra mucho antes del último período glacial que se remonta a 250.000 años. Es un cómputo muy duro de roer para los teólogos. Sin embargo, así lo creyeron los antiguos filósofos.

Por otra parte, junto con restos humanos se han encontrado utensilios, en prueba de que en aquella remota época se ejercitaba ya el hombre en la caza y sabía edificar chozas. Pero la ciencia se ha detenido en su investigadora marcha, sin dar otro paso para descubrir el origen de la raza humana cuyas pruebas ulteriores han de aducirse todavía. Desgraciadamente, los antropólogos y psicólogos modernos son incapaces de reconstruir con los fósiles hasta ahora descubiertos el trino hombre físico, mental y espiritual. El hecho de que cuanto más hondas son las excavaciones arqueológicas, más toscos y groseros resultan los utensilios prehistóricos, parece una prueba científica de que el hombre es más salvaje y semejante a los brutos a medida que nos acercamos a

[59] Afirma Clemente de Alejandría que en su tiempo poseían los sacerdotes egipcios cuarenta y dos libros canónicos.

su origen. ¡Extraña lógica! ¿Acaso los restos hallados, por ejemplo, en la cueva de Devon, demuestran que no existieran entonces otras razas superiormente civilizadas?

Cuando hayan desaparecido los actuales pobladores de la tierra y los arqueólogos de la raza futura hallen en sus excavaciones los utensilios pertenecientes a los indios o a las tribus de las islas de Andamán, ¿podrían afirmar con razón que en el siglo XIX comenzaba la humanidad a salir de la Edad de piedra?

Hasta hace muy poco estaba de moda hablar de "los insostenibles conceptos de un pasado inculto", *¡como si fuera posible ocultar tras un epigrama las canteras intelectuales en que se labraron tantas reputaciones científicas!* Así como Tyndall propende fácilmente a mofarse de los antiguos filósofos con cuyas ideas se han pavoneado muchos sabios modernos, así también se inclinan de día en día los geólogos a suponer que las razas arcaicas estaban sumidas en profunda barbarie. Sin embargo, no todos los orientalistas son de esta opinión, pues algunos sostienen lo contrario, como, por ejemplo, Max Müller que dice: "Hay todavía muchas cosas incomprensibles para nosotros, y el lenguaje jeroglífico de los antiguos tan sólo expresa la mitad de los pensamientos. Sin embargo, la imagen del hombre se nos aparece cada vez más pura y noble en todos los países, según nos acercamos a su origen y comprendemos sus errores é interpretamos sus ensueños. Por lejanas que estén las huellas del hombre, aun en los más apartados confines de la historia, descubrimos desde un principio el divino don de la vigorosa y razonable inteligencia, de suerte que es imposible sostener que la raza humana haya surgido lentamente de las profundidades de la brutalidad animal" [60].

Como se ha dicho que no es filosófico inquirir las causas primeras, los sabios se ocupan tan sólo en estudiar los efectos físicos, y el campo de investigación científica no va más allá de la naturaleza física, en cuyos límites se detienen los investigadores para recomenzar su tarea y dar vueltas y más vueltas a la materia, como ardillas enjauladas, dicho sea con todo el respeto debido a los eruditos. Somos demasiado pigmeos para poner en tela de juicio la valía potencial de la ciencia; pero los científicos no encarnan la ciencia, como tampoco los habitantes del planeta son el planeta mismo. Ninguno de nosotros tiene autoridad ni derecho para forzar a los modernos filósofos a que acepten sin reparo la descripción geográfica del hemisferio de la luna oculto a las miradas de los astrónomos; pero si un cataclismo lunar lanzase a alguno de sus habitantes a la esfera de atracción de nuestro globo, de modo que sano y salvo cayera ante la puerta del doctor Carpenter, no podría éste, sin mengua de sus deberes profesionales, considerar el hecho más que desde el punto de vista físico. Pero el investigador científico no debe rehuir el estudio de ningún nuevo fenómeno, así fuera éste tan insólito como la caída de un hombre de la luna o la aparición de un espectro en su alcoba. Tanto da investigar por el método aristotélico como por el platónico; pero lo cierto es que los antiguos antropólogos conocían perfectamente las dos naturalezas interna y externa del

[60] *Chispas de un taller alemán,* II, 7. – "Mitología comparada".

hombre. A pesar de las vacilantes hipótesis de los geólogos empezamos a tener casi diariamente pruebas de las aserciones de aquellos filósofos, quienes *dividían la existencia del hombre sobre la tierra en dilatados ciclos, durante cada uno de los cuales alcanzaba gradualmente la humanidad el pináculo de la civilización para ir sumiéndose paulatinamente en la más abyecta barbarie.* De los maravillosos monumentos de la antigüedad todavía existentes y de la descripción que hace Herodoto de otros ya desaparecidos, puede inferirse, aunque no por completo, el eminente arado de progreso a que llegó la humanidad en cada uno de sus pasados ciclos. Ya en la época del célebre historiador griego eran montones de ruinas muchos templos famosos y pirámides gigantescas a que el padre de la historia llama "venerables testigos de las glorias de nuestros remotos antepasados". Elude Herodoto tratar de las cosas divinas y se contrae a describir, según referencias llegadas a sus oídos, los maravillosos subterráneos del laberinto que sirvieron de sepulcro a los reyes iniciados cuyos restos yacen todavía en lugares ocultos.

Sin embargo, los relatos históricos de la época de los Ptolomeos nos proporcionan elementos bastantes para juzgar de las florecientes civilizaciones de la antigüedad, pues ya entonces habían decaído las ciencias y las artes con pérdida de muchos de sus secretos. En las excavaciones recientemente efectuadas en Mariette–Bey, al pie mismo de las Pirámides, se han encontrado estatuas de madera y otros objetos artísticos cuyo examen muestra que muchísimo antes de las primeras dinastías habían llegado ya los egipcios al refinamiento de la perfección artística, hasta el punto de maravillar a los más entusiastas partidarios del arte helénico.

En una de sus obras describe Taylor dichas estatuas diciendo que es verdaderamente inimitable la belleza plástica de aquellas testas con. ojos de piedras preciosas y párpados de cobre.

A mucha mayor profundidad de la capa de arena en que yacían los objetos existentes hoy en el Museo Británico y en las colecciones de Lepsius y Abbott se encontraron posteriormente las pruebas tangibles de la ya referida doctrina hermética de los ciclos.

El entusiasta helenista doctor Schliemann halló en las excavaciones efectuadas no há mucho en el Asia menor, notorias huellas del progreso gradual de la barbarie a la civilización y del también gradual regreso de la civilización a la barbarie. Así, pues, si el hombre antediluviano era mucho más docto que nosotros en ciencias profanas y mucho más hábil en ciertas artes que ya damos por perdidas, ¿por qué no admitir que pudiera igualmente aventajarnos en el conocimiento de la psicología? Esta hipótesis debe prevalecer mientras no se aduzcan pruebas evidentes en contrario.

Todo sabio digno de este nombre reconoce que muchas ramas de la ciencia están todavía en mantillas. ¿Será porque nuestro ciclo haya principiado hace poco tiempo? Sin embargo, según la filosofía caldea, *los ciclos de evolución no abarcan a un tiempo a toda la humanidad,* y así lo corrobora espontáneamente Draper al decir que los

períodos en que a la geología le plugo dividir los progresos del hombre, no son tan exabruptos que comprendan simultáneamente a toda la humanidad, pues cabe poner por ejemplo los indios nómadas de América que en nuestros días están trascendiendo la para ellos Edad de piedra.

Los cabalistas versados en el sistema pitagórico de números y líneas saben perfectamente que las doctrinas metafísicas de Platón se fundan en rigurosos principios matemáticos. A este propósito, dice el *Magicón:* "Las matemáticas sublimes están relacionadas con toda ciencia superior; pero las matemáticas vulgares no son más que falaz fantasmagoría cuya encomiada exactitud dimana del convencionalismo de sus fundamentos."

Algunos filósofos de nuestra época ponderan el aristotélico método inductivo en perjuicio del deductivo de Platón, porque se figuran que aquél consiste tan sólo en ir a rastras de lo particular a lo universal. Draper lamenta[61] que los místicos especulativos como Amonio Saccas y Plotino suplantaran a los rigurosos geómetras de las escuelas antiguas; pero no tiene en cuenta que la geometría es entre todas las ciencias el más acabado modelo de síntesis y en toda su trama procede de lo universal a lo particular o sea el método platónico. Ciertamente que no fallarán las ciencias exactas mientras, recluidas en las condiciones del mundo físico, se contraigan al método aristotélico; pero como el mundo físico es limitado aunque nos parezca ilimitado, no podrán las investigaciones meramente físicas transponer la esfera del mundo material.

La teoría cosmológica de los números, que Pitágoras aprendió de los hierofantes egipcios, es la única capaz de conciliar la materia y el espíritu demostrando matemáticamente la existencia de ambos principios por la de cada uno de ellos.

Las combinaciones esotéricas de los números sagrados del universo resuelven el arduo problema y explican la teoría de la irradiación y el cielo de las emanaciones. Los órdenes inferiores proceden de los espiritualmente superiores y evolucionan en progresivo ascenso hasta que, llegados al punto de conversión, se reabsorben en el infinito.

La fisiología, como todas las ciencias, está sujeta a la ley de evolución cíclica, y si en el actual ciclo va saliendo apenas del arco inferior, algún día tendremos la prueba de que en época muy anterior a Pitágoras estuvo en el punto culminante del ciclo. Por de pronto, Pitágoras aprendió fisiología y anatomía de boca de los discípulos y sucesores del sidonio Mochus, que floreció muchísimos años antes que el filósofo de Samos, cuya solicitud por conservar las enseñanzas de la antigua ciencia del alma le hacen digno de vivir eternamente en la memoria de los hombres.

Las ciencias enseñadas en los santuarios estaban veladas impenetrablemente por el más sigiloso arcano. Esta es la causa del poco aprecio en que hoy se tiene a los filósofos

[61] *Conflictos entre la Religión y la Ciencia.*

antiguos, y más de un comentador acusó de incongruentes a Platón y Filo Judeo, por no advertir el propósito que se trasluce bajo el laberinto de contradicciones metafísicas cuya aparente absurdidad tan perplejos deja a los lectores del *Timeo*. Pero ¿qué comentador de los clásicos supo leer a Platón? Esto nos mueve a preguntar los juicios críticos que sobre el insigne filósofo encontramos en las obras de Stalbaüm, Schleiermacher, Ficino, Heindorf, Sydenham, Buttmann, Taylor y Burges, por no citar otros de menos autoridad. Las veladas alusiones de Platón a las enseñanzas esotéricas han puesto en extrema confusión a sus comentadores, cuya atrevida ignorancia llegó al punto de alterar muchos pasajes del texto, creídos de que estaban equivocadas las palabras. Así tenemos que respecto a la alusión órfica en que el autor exclama:

Del canto el orden de la *sexta raza* cierra,

cuya interpretación sólo cabe dar en el sentido de la aparición de la *sexta raza* en la consecutiva evolución de las esferas[62], opina erróneamente Burges que el pasaje "está sin duda tomado de una cosmogonía, según la cual fué *el hombre el último ser creado*"[63]. El que edita una obra ¿no tiene la obligación de por lo menos entender lo que dice el autor?

Es opinión, general, aun entre los críticos más serenos, que los sabios de la antigüedad no tuvieron de las ciencias experimentales el profundo conocimiento que tanto engríe a nuestro siglo.

Algunos comentadores han sospechado que ignoraban el fundamental apotegma filosófico: *ex nihilo nihil fit, y* dicen que si algo sabían de la indestructibilidad de la materia, no era por deducción dé principios firmemente establecidos, sino por intuición y analogía. Sin embargo, nosotros opinamos lo contrario, pues aunque las enseñanzas de los filósofos antiguos en lo concerniente a las cosas materiales fuesen públicas y estén sujetas a la crítica, sus doctrinas sobre las cosas espirituales fueron profundamente esotéricas, y movidos por el juramento de mantener en absoluto sigilo cuanto se refiriese a las relaciones entre el espíritu y la materia, rivalizaban unos con otros en ingeniosas trazas para encubrir sus verdaderas opiniones.

La doctrina de la metempsícosis, tan acerbamente ridiculizada por los científicos y con no menos dureza combatida por los teólogos, es un concepto sublime para quienes desentrañan su esotérica adecuación a la indestructibilidad de la materia é inmortalidad del espíritu. ¿No sería justo mirar la cuestión desde el punto de vista en

---

[62] Más adelante explicaremos detenidamente la doctrina secreta de la evolución de las esferas y sus diversas razas.

[63] Burges. – *Las obras de Platón,* p. 207, nota.

que los antiguos se colocaron, antes de burlarnos de ellos? Ni la superstición religiosa ni el escepticismo materialista pueden resolver el magno problema de la *eternidad*. La armónica variedad en la matemática unidad de la dual evolución del espíritu y de la materia está comprendida tan sólo en los números universales de Pitágoras, enteramente idénticos al "lenguaje métrico" de los Vedas, según ha demostrado el celoso orientalista Martín Haug en su por desgracia demasiado tardía traducción del *Aitareya Brâhmana* del *Rig Veda,* hasta ahora desconocido de los occidentales. Tanto el sistema pitagórico como el brahmánico entrañan en el número el significado esotérico. En el primero depende de la mística relación entre los números y las cosas asequibles a la mente humana; en el segundo, del número de sílabas de cada versículo de los mantras.

Platón, ferviente discípulo de Pitágoras, siguió con tal fidelidad las enseñanzas de su maestro que sostuvo que el Demiurgos sé valió del dodecaedro para construir el universo.

Algunas figuras geométricas tienen especial y profunda significación, como, por ejemplo, el cuadrado, emblema de la moral perfecta y la justicia absoluta, pues sus cuatro lados o límites son exactamente iguales. Todas las potestades y armonías de la naturaleza están inscritas en el cuadrado perfecto cuyo número 4 es la tercera parte del número 12 del dodecaedro, de suerte que el inefable nombre de Aquél se simboliza en la sagrada *Tetractys,* por quien juraban solemnemente los antiguos místicos.

Si después de estudiarla como es debido compacustomáramos las enseñanzas pitagóricas de la Metempsícosis con la moderna teoría de la evolución, hallaríamos en ella todos los eslabones perdidos en esta última; Pero ¿qué sabio se avendría a desperdiciar el tiempo en lo que llaman quimeras de los antiguos? Porque, a pesar de las pruebas en contrario, dicen que, no ya las naciones de las épocas arcaicas, sino que ni siquiera los filósofos griegos tuvieron la más leve noción del sistema heliocéntrico. San Agustín, Lactancio y el venerable Beda desnaturalizaron con su ignorante dogmatismo las enseñanzas de los teólogos precristianos; pero la filología, apoyada en el exacto conocimiento del sánscrito, nos coloca en ventajosa situación para vindicarlos. Así, por ejemplo, en los Vedas encontramos la prueba de que 2.000 años antes de J.C., los sabios indos conocían la esferoicidad de la tierra y el sistema heliocéntrico que tampoco ignoraba Pitágoras, por haberlo aprendido en la India, ni su discípulo Platón.

A este propósito copiaremos dos pasajes del *Aitareya Brâhmana* [64]:

"El *Mantra–Serpiente* es uno de los que vió *Sarparâjni* (la reina de las serpientes). Porque la tierra *(iyam)* es la reina de las serpientes puesto que es madre y reina de todo cuanto se mueve *(sarpat)*. En un principio, la tierra era una enorme cabeza calva[65].

---

[64] *Rig–Veda,* V, II , 23.

[65] Significa que era redonda y estaba desprovista de vegetación.

"Entonces vió la tierra este *Mantra* que confiere a quien lo conoce la facultad de asumir la forma que desee. La tierra "entonó el Mantra", esto es, sacrificó a los dioses y por ello tomó jaspeado aspecto y fué capaz de producir diversidad de formas y *mudarlas unas en otras*.

"Este *Mantra* comienza con las palabras: *Ayam gaûh pris'nír akramît"* (X–189).

La descripción de la tierra en forma de cabeza calva, al principio dura y después blanda, cuando el dios del aire (Vayu) sopló en ella, demuestra que los autores de los Vedas, no sólo conocían la esferoicidad de la tierra, sino también que en un principio era una masa gelatinosa que con el tiempo se fué enfriando por la acción del aire. Veamos ahora la prueba de que los indos conocían perfectamente el sistema heliocéntrico unos 2.000 años por lo menos antes de J.C.

El *Aitareya Brâhmana* enseña cómo ha de recitar el sacerdote los *shâstras* y explica el fenómeno de la salida y puesta del sol. A este propósito dice: "Agnisthoma es el dios que abrasa. El sol *no sale ni se pone*. Las gentes creen que el sol se pone, pero se engañan, porque no hay tal, sino que llegado el fin del día, deja en noche lo que está debajo y en día lo del lado opuesto. Cuando las gentes se figuran que sale el sol, es que llegado el fin de la noche, deja en día lo que está debajo y en noche lo del lado opuesto. Verdaderamente, nunca se pone el sol para quien esto sabe"[66].

El pasaje trascrito es tan concluyente, que el mismo traductor del Rig *Veda* llama la atención sobre su texto diciendo que en él se *niega* la salida y la puesta del sol, como si el autor estuviese convencido de que el astro conserva constantemente su elevada posición[67].

En uno de los *nividas* más antiguos, el rishi Kutsa, que floreció en muy remotos tiempos, explica alegóricamente las leyes a que obedecen los cuerpos celestes. Dice que "por hacer lo que no debió" fué condenada Anâhit[68] a girar alrededor del sol. Los *sattras, o* sacrificios periódicos, prueban, sin dejar duda, que diez y nueve siglos antes de la era cristiana estaban ya los indos muy adelantados en astronomía. Duraban estos sacrificios un año y correspondían a la aparente carrera del sol.

Según dice Haug "se dividían en dos períodos de seis meses de treinta días, con intervalo de un día llamado *vishuvan* (ecuador o día central) que partía el *sattras* en dos mitades"[69].

Aunque Haug remonta la antigüedad de los *Brâhmamas* tan sólo a unos 1.200 o 1400 años antes de J.C., reconoce que los himnos más antiguos corresponden al

---

[66] *Aitareya Brâhmana,* III, V, 44.

[67] *Aitareya Brâhmana,* II, 242.

[68] Anaitis o Nana, la Venus persa que simboliza la tierra en la leyenda inda.

[69] *Instituciones Septenarias,* 20.

comienzo de la literatura védica, entre los años 2.400 Y 2.000 antes de J.C., pues no ve razón para considerar los Vedas menos antiguos que las Escrituras chinas. Sin embargo, como está probado de sobra que el *Sku–King* (Libro de la Historia) y los cantos sacrificiales del Shi–*King* (Libro de las Odas) datan de 2.200 años antes de J.C., los filólogos modernos se verán forzados a confesar la superioridad de los indos en conocimientos astronómicos.

De todos modos, estos hechos demuestran que ciertos cómputos astronómicos de los caldeos eran tan exactos en tiempo de julio César como puedan serlo en nuestros días. Cuando el conquistador de las Galias reformó el calendario, las estaciones habían perdido toda correspondencia con el año civil, pues el verano se prolongaba a los meses de otoño y el otoño a los de invierno.

Las operaciones científicas de la corrección estuvieron a cargo del astrónomo caldeo Sosígenes, quien retrasó noventa días la fecha del 25 de Marzo para que coincidiese con el equinoccio de primavera y dividió el año en los doce meses distribuidos en días tal como aún subsisten.

El calendario de los aztecas mexicanos dividía el año en meses de igual número de días con tan escrupulosa exactitud calculados, que ningún error descubrieron las comprobaciones efectuadas posteriormente en la época de Moctezuma, al paso que al desembarcar los españoles el año 1519, advirtieron que el calendario Juliano, por el cual se regían, adelantaba once días con relación al tiempo exacto.

Gracias a las inestimables y fieles traducciones de los libros védicos y a los trabajos de investigación del doctor Haug, podemos corroborar las afirmaciones de los filósofos herméticos y reconocer la indecible antigüedad de la época en que floreció el primer Zoroastro. Los *Brâhmanas,* cuya fecha remonta Haug a 2.000 años, describen los combates entre los indos prevédicos simbolizados en los *devas y los* iranios en los *asuras.* ¿En qué época levantaría su voz el primer profeta iranio contra lo que llamaba la idolatría de los brahmanes a quienes calificó de *devas* ó, según él, demonios?

A ello responde Haug que estas luchas debieron parecerles a los autores de los *Brâhmanas* tan legendarias como les parecen las proezas del rey Arturo a los historiadores ingleses del siglo XIX.

Los más conspicuos filósofos reconocen que tanto los brahmanes como los budistas y los pitagóricos enseñaron esotéricamente, en forma más o menos inteligible, la doctrina de la metempsícosis, profesada asimismo por Clemente de Alejandría, Orígenes, Sinesio, Calcidio y los agnósticos, a quienes la historia diputa por los hombres más exquisitamente cultos de su tiempo[70]. Pitágoras y Sócrates sostuvieron las mismas ideas y ambos fueron condenados a muerte en pena de enseñarlas, porque el vulgo ha

[70] Gibbon. – *Decadencia y caída del Imperio romano.*

sido igualmente brutal en todo tiempo y el materialismo ofuscó siempre las verdades espirituales.

De acuerdo con los brahmanes, enseñaron Pitágoras y Sócrates que el espíritu de Dios anima las partículas de la materia en que está infundido; que el hombre tiene *dos almas* de distinta naturaleza, pues una (alma astral o cuerpo fluídico) es corruptible y perecedera, mientras que la otra *(augoeides o* partícula del Espíritu divino) es incorruptible é imperecedera. El alma astral, aunque invisible para nuestros sentidos por ser de materia sublimada, perece y se renueva en los umbrales de cada nueva esfera, de suerte que va purificándose más y más en las sucesivas transmigraciones. Aristóteles, que por motivos políticos se muestra muy reservado al tratar cuestiones de índole esotérica, declara explícitamente su opinión en este punto, afirmando que el alma humana es emanación de Dios y a Dios ha de volver en último término. Zenón, fundador de la escuela estoica, distinguía en la naturaleza dos cualidades coeternas: una activa, masculina, pura y sutil, el Espíritu divino; otra pasiva, femenina, la materia que para actuar y vivir necesita del Espíritu, único principio eficiente cuyo soplo crea el fuego, el agua, la tierra y el aire. También los estoicos admitían como los indos la reabsorción final. San Justino creía en la emanación divina del alma humana, y su discípulo Taciano afirma que "el hombre es inmortal como el mismo Dios"[71].

Es muy importante advertir que el texto hebreo del *Génesis,* según saben los hebraístas, dice así: "A todos los animales de la tierra y a todas las aves del aire y a cuanto se arrastra por el suelo les di *alma viviente*[72]. Pero los traductores han adulterado el original substituyendo la frase subrayada por la de: "*allí en donde hay vida"*.

Demuestra Drummond que los traductores de las Escrituras hebreas han tergiversado el sentido del texto en todos los capítulos, falseando hasta la significación del nombre de Dios que traducen por *El* cuando el original dice אל *Al* que, según Higgins, significa Mithra, el Sol conservador y salvador. Drummond prueba también que la verdadera traducción de *Beth–El* es *Casa del Sol* y no *Casa de Dios,* pues en la composición de estos nombres cananeos, la palabra *El* no significa *Dios,* sino Sol[73].

De esta manera ha desnaturalizado la teología a la teosofía antigua y la ciencia a la filosofía[74].

---

[71] Véase *Turner y el Anacalipsis* de Higgins.

[72] *Génesis*, I, 30.

[73] Drummond. – Edipo Judío, 250.

[74] Los Padres de la Iglesia y los teólogos de épocas posteriores hubieron de valerse de estos piadosos fraudes para que no se trasluciese la identidad del Sol con el Jehovah mosaico, como sin duda se hubiera evidenciado al dejar la palabra *Al* como estaba en el texto hebreo. El vulgo, ignorante de que los iniciados consideraban el sol físico visible, como emblema del espiritual é invisible, hubiera acusado a Moisés de sabeísmo, según le han acusado ya muchos comentadores contemporáneos.

El desconocimiento de este capital principio filosófico invalida los métodos de la ciencia moderna por seguros que parezcan, pues no sirven para demostrar el origen y fin de las cosas. En lugar de deducir el efecto de la causa inducen la causa del efecto. Enseña la ciencia que los tipos superiores proceden evolutivamente de los inferiores, pero como en esta laberíntica escala va guiada por el hilo de la materia, en cuanto se rompe no puede adelantar un paso y retrocede con espanto, y se confiesa impotente ante el *Incomprensible. No* procedían así Platón y sus discípulos, para quienes los *tipos inferiores eran imágenes concretas de los abstractos superiores.* El alma inmortal tiene un principio aritmético y el cuerpo lo tiene geométrico. Este principio, como reflejo del *Arqueos* universal, es semoviente y desde el centro se difunde por todo el cuerpo del microcosmos.

La triste consideración de esta verdad mueve a Tyndall a confesar cuán impotente es la ciencia aun en el mismo mundo de la materia, diciendo: "El primario ordenamiento de los átomos a que toda acción subsiguiente está subordinada, escapa a la penetración del más potente microscopio. Después de prolongadas y complejas observaciones, sólo cabe afirmar que la inteligencia más privilegiada y la más sutil imaginación *retroceden confundidas ante la magnitud del problema.* No hay microscopio capaz de reponernos de nuestro asombro, y no sólo dudamos de la valía de este instrumento, sino de si en verdad la mente humana puede inquirir las más íntimas energías estructurales de la naturaleza".

La fundamental figura geométrica de la cábala, que según la tradición, de acuerdo con las doctrinas esotéricas recibió Moisés en el monte Sinaí[75], encierra en su grandiosamente sencilla combinación la clave del problema universal. Esta figura contiene todas las demás y los capaces de comprenderla no necesitan valerse de la imaginación ni del microscopio, porque ninguna lente óptica supera en agudeza a la percepción espiritual. Para los versados en la *magna ciencia,* la descripción que un niño psicómetra pueda dar de la génesis de un grano de arena, de un pedazo de cristal o de otro objeto cualquiera, es mucho más fidedigna que cuantas observaciones telescópicas y microscópicas aleguen las ciencias experimentales.

Más verdad encierra la atrevida pangenesia de Darwin, a quien llama Tyndall "especulador sublime", que las cautas y restringidas hipótesis de este otro sabio, quien, como todos los de su linaje, recluyen su imaginación entre las, según ellos, "firmes fronteras del raciocinio". La hipótesis de un germen microscópico con suficiente vitalidad para contener un mundo de gérmenes menores, parece como si se remontara a lo infinito y trascendiendo al mundo material se internara en el espiritual.

Si consideramos la darviniana teoría del origen de las especies, advertiremos que su punto de partida está situado como si dijéramos frente a una puerta abierta, con

---

[75] *Éxodo*, XXV, 40.

libertad de atravesar o no el dintel a cuyo otro lado vislumbramos lo infinito, lo incomprensible, ó, por mejor decir, lo *inefable*. Si el lenguaje humano es insuficiente para expresar lo que vislumbramos en el *más allá,* algún día *habrá* de comprenderlo el hombre que ante sí tiene la inacabable eternidad.

No sucede lo propio en la hipótesis de Huxley acerca de los fundamentos fisiológicos de la vida. Contra las negaciones de sus colegas alemanes admite un *protoplasma* universal que al formar las células origina la *vida*. Este protoplasma es, según HuxIey, idéntico en todo organismo viviente, y las células que constituye entrañan el principio vital, pero excluye de ellas el divino influjo y deja sin resolver el problema. Con habilísima táctica convierte las *leyes* y *hechos* en centinelas cuyo santo y seña es la palabra *necesidad,* aunque al fin y a la postre desbarata toda la hipótesis calificándola de "vano fantasma de mi imaginación". "Las doctrinas fundamentales del espiritualismo, continúa diciendo HuxIey, trascienden toda investigación filosófica"[76]. Sin embargo, nos atreveremos a contradecir esta afirmación observando que mejor se avienen las doctrinas espiritualistas con las investigaciones filosóficas que con el protoplasma de HuxIey, pues al menos ofrecen pruebas evidentes de la existencia del *espíritu,* mientras que *una vez muertas* las células protoplásmicas, no se advierte en ellas indicio alguno de que sean los orígenes de la vida, como pretende el eminente pensador contemporáneo.

Los cabalistas antiguos no formulaban hipótesis alguna hasta que podían establecerla sobre la firmísima roca de comprobadas experiencias.

Pero la exagerada subordinación a los hechos físicos ocasiona la pujanza del materialismo y la decadencia del espiritualismo. Tal era la orientación dominante del pensamiento humano en tiempos de Aristóteles, y aunque el precepto délfico no se había borrado de la mente de los filósofos griegos, pues todavía algunos afirmaban que para conocer lo que es el hombre se necesita saber lo que fué, ya empezaba el materialismo a corroer las raíces de la fe. Los mismos *Misterios* estaban adulterados hasta el punto de ser especulaciones sacerdotales y fraudes religiosos. Pocos eran los verdaderos adeptos é iniciados, legítimos sucesores de los que dispersara la espada conquistadora del antiguo Egipto.

Ciertamente había llegado ya la época vaticinada por el gran Hermes en su diálogo con Esculapio; la época en que impíos extranjeros reconvinieran a los egipcios de adorar monstruosos ídolos, sin que de ella quedara más que los jeroglíficos de sus monumentos como increíbles enigmas para la posteridad. Los hierofantes andaban dispersos por la haz de la tierra, buscando refugio en las comunidades herméticas llamadas más tarde *esenios,* donde sepultaron a mayor hondura que antes la ciencia esotérica. La triunfante espada del discípulo de Aristóteles no dejó vestigio de la un

---

[76] Huxley. – Conferencia sobre los "*Fundamentos fisiológicos de la vida*".

tiempo pura religión, y el mismo Aristóteles, típico hijo de su siglo, aunque instruido en la secreta ciencia de los egipcios, sabía muy poco de los resultados dimanantes de milenarios estudios esotéricos.

Lo mismo que los que florecieron en los días de Psamético, los filósofos contemporáneos "alzan el velo de Isis" porque Isis es el símbolo de la naturaleza; pero sólo ven formas físicas y el alma interna escapa a su penetración. La Divina Madre no les responde. Anatómicos hay que niegan la existencia del alma, porque no la descubren bajo las masas de músculos y redes de nervios y substancia gris que levantan con la punta del escalpelo. Tan miopes son éstos en sus sofismas como el estudiante que bajo la letra muerta de la cábala no acierta a descubrir el vivificador espíritu. Para ver el hombre real que habitó en el cadáver extendido sobre la mesa de disección, necesita el anatómico ojos no corporales; y de la propia suerte, para descubrir la gloriosa verdad, cifrada en las escrituras hieráticas de los papiros antiguos, es preciso poseer la facultad de intuición, la vista del alma, como la razón lo es de la mente.

La ciencia moderna admite una fuerza suprema, un principio invisible, pero niega la existencia de un Ser supremo, de un Dios personal[77]. Lógicamente es muy discutible la diferencia entre ambos conceptos, porque, en *fuerza* y *esencia* son idénticas. La razón humana no puede concebir una fuerza suprema é inteligente sin identificarla con un *Ser* también supremo é inteligente. Jamás el vulgo tendrá idea de la omnipotencia y omnipresencia de Dios sin atribuirle, en gigantescas proporciones, cualidades humanas; sin embargo, para los cabalistas, siempre fué el invisible *En–Soph* una Potestad.

Vemos, por lo tanto, que los filósofos positivistas de nuestros días tuvieron sus precursores hace miles de años. El adepto hermético proclama que el simple sentido común excluye toda contingencia de que el universo sea obra del acaso, pues equivaldría este absurdo a suponer que los postulados de Euclides los dedujo un mono entretenido en jugar con figuras geométricas.

Muy pocos cristianos comprenden la teología hebrea, si es que algo saben de ella. El *Talmud* es profundamente enigmático, aún para la mayor parte de los mismos judíos; pero los hebraístas que lo han descifrado, no se engríen de su erudición. Los libros cabalísticos son todavía menos comprensibles para los judíos, y a su estudio se dedican, con mayor asiduidad que éstos, los hebraístas cristianos. Sin embargo, ¡cuán menos conocida todavía es la cábala universal de Oriente! Pocos son sus adeptos; pero estos privilegiados herederos de los sabios que "descubrieron las deslumbradoras verdades que centellean en la gran Shemaya del saber caldeo"[78] han solucionado lo "absoluto" y descansan ahora de su fatigosa tarea. No pueden ir más allá de la línea trazada por el dedo del mismo Dios en este mundo, como límite del conocimiento

[77] Draper. – *Conflictos entre la Religión y la Ciencia.*

[78] Bulwer. – *Zanoni.*

humano. Sin darse cuenta, han topado algunos viajeros con estos adeptos en las orillas del sagrado Ganges, en las solitarias ruinas de Tebas, en los misteriosamente abandonados aposentos de Luxor, en las cámaras de azules y doradas bóvedas cuyos misteriosos signos atraen sin fruto posible la atención del vulgo. Por doquiera se les encuentra, lo mismo en las desoladas llanuras del Sahara y en las cavernas de Elefanta, que en los brillantes salones la aristocracia europea; pero sólo se dan a conocer los desinteresados estudiantes cuya perseverancia no le permite volver atrás. El insigne teólogo é historiador judío Maimónides, a quien sus compatriotas casi divinizaron, para después acusarle de herejía, afirma que lo en apariencia más absurdo y extravagante del *Talmud,* encubre precisamente lo más sublime de su significado esotérico. Este eruditísimo judío ha demostrado que la magia caldea profesada por Moisés y otros taumaturgos, se fundaba en amplios y profundos conocimientos de diversas y hoy olvidadas ramas de las ciencias naturales, pues conocían por completo los recursos de los reinos mineral, vegetal y animal, aparte de los secretos de la química y de la física, con añadidura de las verdades espirituales que les daban tanta idoneidad en psicología como tuvieron en fisiología. No es maravilla, pues, que los adeptos educados en los misteriosos santuarios de los templos, obraran portentos en cuya explicación fracasaría la infatuada ciencia contemporánea. Es denigrante para la dignidad humana motejar de imposturas la magia y las ciencias ocultas, pues si hubiera sido posible que durante miles de años fuesen unas gentes víctimas de los fraudes y supercherías amañados por otras gentes, necesario sería confesar que la mitad de los hombres son idiotas y la otra mitad bribones. ¿En qué país no se ha practicado la magia? ¿En qué época se olvidó por completo?

Los Vedas y las leyes de Manú, que son los documentos literarios más antiguos, describen muchos ritos mágicos de lícita práctica entre los brahmanes[79]. Hoy mismo se enseña en el Japón y en China, sobre todo en el Tíbet, la magia caldea, y los sacerdotes de estos países corroboran con el ejemplo las enseñanzas relativas al desenvolvimiento de la clarividencia y actualización de las potencias espirituales, mediante la pureza y austeridad de cuerpo y mente, de que dimana la mágica superioridad sobre las entidades elementales, naturalmente inferiores al hombre. En los países occidentales es la magia tan antigua como en los orientales. Los druidas de la Gran Bretaña y de las Galias la ejercían en las reconditeces, de sus profundas cavernas, donde enseñaban ciencias naturales y psicológicas, la armonía del universo, el movimiento de los astros, la formación de la tierra y la inmortalidad del alma [80]. En las naturales academias edificadas por mano del invisible arquitecto, se congregaban los iniciados al filo de la

[79] Véase el *Código de Manú* traducido por W. Jones, IX. II.

[80] En varios pasajes de su *Historia Natural* se ocupa Plinio extensamente de los conocimientos de los druidas, y Pomponio asegura que estaban muy versados en las ciencias superiores.

media noche para meditar sobre lo que es y lo que ha de ser el hombre[81]. No necesitaban de iluminación artificial en sus templos, porque la casta diosa de la noche hería con sus rayos las cabezas coronadas de roble y los sagrados bardos de blancas vestiduras sabían hablar con la solitaria reina de la bóveda estrellada[82].

Pero aunque el ponzoñoso hálito del materialismo haya consumido las raíces de los sagrados bosques y secado la savia de su espiritual simbolismo, todavía medran con exuberante lozanía para el estudiante de ocultismo, que los sigue viendo cargados del fruto de la verdad tan frondosamente como cuando el archidruida sanaba mágicamente a los enfermos y tremolando el ramo de muérdago segaba con su dorada segur la rama del materno roble. *La magia es tan vieja como el hombre* y nadie acertaría en señalar su origen, de la propia suerte que no cabe computar el nacimiento del primer hombre. Siempre que los eruditos intentaron determinar históricamente los orígenes de la magia en algún país, desvanecieron sus cálculos investigaciones posteriores. Suponen algunos que el sacerdote y rey escandinavo Odín fué el fundador de la magia unos 70 años antes de J.C.; pero hay pruebas evidentes de que los misteriosos ritos de las sacerdotisas *valas* son muy anteriores a dicha época[83].

Otros eruditos modernos atribuyen a Zoroastro las primicias de la magia apoyados en que fué el fundador de la religión de los magos; pero Amiano Marcelino, Arnobio, Plinio y otros historiadores antiguos, prueban concluyentemente que tan sólo se le debe considerar como reformador de la magia, ya de muy antiguo profesada por los caldeos y egipcios[84].

Los más eminentes maestros de las cosas divinas convienen en que casi todos los libros antiguos están escritos en lenguaje sólo entendido de los iniciados, y ejemplo de ello nos da el bosquejo biográfico de Apolonio de Tyana, que, según saben los cabalistas, es un verdadero compendio de filosofía hermética con trasuntos de las tradiciones relativas al rey Salomón. Lo mismo que éstas, parece el bosquejo biográfico de Apolonio fantástica quimera, porque los acontecimientos históricos están cubiertos bajo el velo de la ficción. El viaje a la India, allí descrito, simboliza las pruebas del neófito, y sus detenidas conversaciones con los brahmanes, sus prudentes consejos y sus diálogos con el corintio Menipo, equivalen en conjunto, debidamente interpretados, a un catecismo esotérico. En su visita al país de los sabios, en la plática que sostuvo con el rey Hiarkas y en el oráculo de Anfiarao, se simbolizan muchos dogmas secretos de Hermes, cuya explicación revelaría no pocos misterios de la naturaleza. Eliphas Levi indica la sorprendente analogía entre el rey Hiarkas y el

[81] Julio César. – *De Bello gallico*, III, 14.

[82] Plinio. – *Historia Natural,* XXX.

[83] Munter. – *Sobre la antigua religión del Norte de Europa antes de Odín.* – Memorias de la Sociedad de Anticuarios de Francia, II, 230.

[84] Amiano Marcelino, XXVI, 6.

fabuloso Hiram, de quien recibió Salomón el cedro del Líbano y el oro de Ofir. Curioso fuera averiguar si los modernos masones, por mucha que sea su elocuencia y habilidad, saben quién es el *Hiram* cuya muerte juran vengar.

Si prescindiendo de las enseñanzas puramente metafísicas de la cábala, atendiéramos tan sólo al ocultismo fisiológico, podríamos obtener resultados beneficiosos para algunas ramas de la moderna ciencia experimental, tales como la química y la medicina. A este propósito, dice Draper: "A menudo descubrimos *ideas que orgullosamente diputábamos por privativas de nuestra época."* Esta observación a que dió pie el examen de los tratados científicos de los árabes, puede aplicarse con mucho mayor motivo a las obras esotéricas de los antiguos. La medicina moderna sabe de seguro más anatomía, fisiología y terapéutica, pero ha perdido el verdadero conocimiento por su encogido criterio, inflexible materialismo y dogmatismo sectario. Cada escuela médica desdeña saber lo que otras opinan y todas ellas desconocen el grandioso concepto que de la naturaleza y el hombre sugieren los fenómenos hipnóticos y los experimentos de los norteamericanos sobre el cerebro, cuyos resultados son la más acabada derrota del estúpido materialismo. Sería conveniente convocar a los médicos de las distintas escuelas para demostrarles que muchas veces se estrella su ciencia contra la rebeldía de enfermedades, vencidas después por saludadores hipnóticos o mediumnímios. Quienes estudien la antigua literatura médica, desde Hipócrates a Paracelso y Van Helmont, hallarán multitud de casos fisiológicos y psicológicos, perfectamente comprobados, con medicinas y tratamientos terapéuticos cuyo empleo desdeñan los médicos contemporáneos[85]. De la propia manera, los cirujanos del día confiesan su inferioridad respecto de la admirable destreza de los antiguos en el arte de vendar. Los más notables cirujanos parisienses han examinado el vendaje de las momias egipcias, sin verse capaces de imitar el modelo que ante sí tenían.

En el museo Abbott, de Nueva York, hay numerosas pruebas de la habilidad de los antiguos en varias artes, entre ellas, la de blondas y encajes y postizos femeninos. El periódico de Nueva York, *La Tribuna,* en su crítica del *Papiro de Ebers,* dice: "… verdaderamente no hay nada nuevo bajo el sol… Los capítulos 65, 66, 79 y 89 demuestran que los regeneradores del cabello, los tintes y polvoreras eran ya necesarios hace 3.400 años".

---

[85] Los sabios modernos pueden compararse en muchos aspectos con aquel sagaz, erudito y cumplido caballero de quien dice Hipócrates: "Me encontré con él un día y me participó que había descubierto cierta planta hasta entonces desconocida, cuyas maravillosas propiedades curativas vencían toda enfermedad aguda o crónica por maligna que fuese. Deseoso yo de corresponder a su confianza, le rogué me acompañara al herbario donde conservaba tan prodigiosa planta y allí pude ver que era el ajo, vulgarísima en toda Grecia y una de las menos empleadas en terapéutica". – Hipócrates. – *De óptima prædicandi ratione item judicii operum magni.* I.

En su obra *Conflictos entre la religión y la ciencia,* reconoce el eminente filósofo Draper, que a los sabios antiguos corresponde legítimamente la paternidad de la mayoría de descubrimientos que los modernos se atribuyen, y al efecto cita unos cuantos hechos que admiraron a toda Grecia. Calístenes envió a Aristóteles una serie de observaciones astronómicas computadas por los babilonios, que se remontaban a mil novecientos tres años. Ptolomeo, rey de Egipto y notable astrónomo, tenía una tabla de eclipses, también computada en Babilonia, en la que se predecían los de más de siete siglos antes de la era cristiana. A este propósito, dice muy oportunamente Draper: "Pacientes y precisas observaciones se necesitaron para obtener estos resultados astronómicos, cuya valía han corroborado nuestros tiempos. Los babilonios computaron el año tropical con veintisiete segundos de error, y el sideral con dos minutos de exceso. Conocieron la precesión de los equinoccios y predijeron y calcularon los eclipses con auxilio de su cielo llamado *saros,* que constaba de 6.585 días, con un error de diez y nueve minutos y treinta segundos. Todos estos cálculos son prueba incontrovertible de la paciente habilidad de los astrónomos caldeos, pues con imperfectos instrumentos lograron tan precisos resultados. Habían catalogado las estrellas y dividido el zodíaco en doce signos, el día en doce horas y la noche en otras tantas. Durante mucho tiempo estudiaron las ocultaciones de las estrellas detrás de la luna, según frase de Aristóteles, conocieron la situación de los planetas respecto del sol, construyeron cuadrantes, clepsidras, astrolabios y horarios y rectificaron los erróneos conceptos que sobre la estructura del sistema solar predominaban por entonces. El mundo permanente de las verdades eternas que interpenetra el transitorio mundo de ilusiones y quimeras no ha de ser descubierto por las tradiciones de los hombres que vivieron en los albores de la civilización ni por los *ensueños de los místicos que presumían de inspiración, sino que han de descubrirlo las investigaciones de la geometría y la práctica interrogación de la naturaleza."*

Estamos del todo conformes con esta conclusión que no podía inferirse más acertadamente. Parte de la verdad nos dice Draper en el pasaje trascrito, pero no *toda,* porque desconoce la índole y extensión de los conocimientos que en los Misterios se enseñaban. Ningún pueblo tan profundamente versado en geometría como los constructores de las Pirámides y otros titánicos monumentos antediluvianos y postdiluvianos, y ninguno tampoco que tan prácticamente haya interrogado a la naturaleza. Prueba de ello nos da el significado de sus innumerables símbolos, *cada uno de los cuales es plasmada idea que combina lo divino é invisible con lo terreno y visible,* de suerte que de lo visible se infiere lo invisible por estricta analogía, según el aforismo hermético: "como lo de abajo es lo de arriba". Los símbolos egipcios denotan profundos conocimientos en ciencias naturales y muy prácticos estudios de las fuerzas cósmicas.

Respecto a la eficacia de las investigaciones geométricas, ya no han de contraerse los estudiantes de ocultismo a nuevas conjeturas, sino que pueden seguir la orientación

señalada en nuestros días por el insigne geómetra norteamericano Jorge Felt, quien apoyado en los antecedentes sentados por los antiguos egipcios, ha inferido las siguientes consecuencias:

1.ª Determinar el diagrama fundamental de la geometría plana y del espacio.

2.ª Establecer proporciones aritméticas en forma geométrica.

3.ª Inferir la norma geométrica que de tan maravillosa y exacta manera siguieron los egipcios en todas sus construcciones arquitectónicas y escultóricas.

4.ª Comprobar que de esta misma norma geométrica se valieron los egipcios para los cómputos astronómicos sobre que fundaron casi todo su simbolismo religioso.

5.ª Descubrir las huellas de la norma geométrica de los egipcios en el arte y arquitectura de Grecia y en las Escrituras hebreas, cuya derivación egipcia resulta de ello evidente.

6.ª Demostrar que después de investigar durante miles de años las leyes de la naturaleza, llegaron los egipcios a conocer él sistema del universo.

7.ª Determinar con toda precisión problemas de fisiología, hasta hoy, tan sólo sospechados.

8.ª Que la primitiva ciencia y la primitiva religión, que serán también las últimas, estuvieron comprendidas en la filosofía masónica.

A esto podemos añadir por testimonio ocular que los escultores y arquitectos egipcios no forjaban en el yunque de su fantasía las admirables estatuas de sus templos, sino que de modelo les servían las "invisibles entidades del aire" y otros reinos de la naturaleza, cuya visión atribuían ellos, como atribuye también Felt, a la eficacia de alquímicos y cabalísticos procedimientos. Schweigger demuestra el fundamento científico de todos los símbolos mitológicos[86].

El descubrimiento de las energías electromagnéticas ha permitido a hipnotólogos tan eminentes como Ennemoser, Schweigger y Bart, en Alemania, Du Potet, en Francia, y Regazzoni, en Italia, señalar casi exactamente la analogía entre los mitos divinos y las energías naturales. El dedo *ideico,* que tanta importancia tuvo en la magia médica, significa un dedo de hierro, atraído y repelido alternativamente por las fuerzas magnéticas. En Samotracia se empleó con admirables resultados en la curación de enfermedades orgánicas.

Bart aventaja a Schweigger en la interpretación de los mitos antiguos que estudia bajo el doble aspecto espiritual y físico. Trata extensamente de los teurgos, cabires y dáctilos, de Frigia, que fueron magos saludadores. A este propósito, dice: "Cuando tratamos de la estrecha relación entre los dáctilos y las fuerzas magnéticas, no nos

[86] Schweigger. – *La mitología en la Historia Natural.*

referimos tan sólo a la piedra imán y a nuestro concepto de la naturaleza, sino que consideramos el magnetismo en conjunto. Así se comprende cómo los iniciados que se dieron el nombre de dáctilos asombraran a las gentes con sus artes mágicas y realizaran prodigiosas curaciones. A esto añadieron la preceptuación del cultivo de la tierra, la práctica de la moral, el fomento de las ciencias y de las artes, las enseñanzas de los Misterios y las consagraciones secretas. Si todo esto llevaron a cabo los sacerdotes cabires, *¿no recibirían auxilio y guía de los misteriosos espíritus de la naturaleza"* [87]? De la misma opinión es Schweigger, quien demuestra que los antiguos fenómenos teúrgicos derivaban de fuerzas magnéticas "guiadas por los espíritus".

No obstante su aparente politeísmo, los antiguos, por lo menos los de las clases ilustradas, eran ya monoteístas muchísimos siglos antes de Moisés. Así lo comprueba el siguiente pasaje entresacado de la primera hoja del *Papiro de Ebers:* "De Heliópolis vine con los magnates de Hetaat, los Señores de Protección, los dueños de la eternidad y de la salvación. De Sais vine con la Diosa–Madre que me otorgó su protección. El *Señor del Universo* me enseñó a librar a los dioses de toda enfermedad mortal". Conviene advertir que los antiguos daban título de dioses a los hombres eminentes, y por lo tanto, la divinización de los mortales y considerarlos como dioses no prueba que fuesen politeístas, de la propia suerte que tampoco sería justo calificar de politeístas a los cristianos porque veneran las imágenes de sus santos. Los norteamericanos de hoy día no merecen ciertamente que de aquí a tres mil años les tilde la posteridad de idólatras, por haber levantado estatuas a Washington. Tan secreta era la filosofía hermética, que a Volney le pareció que los antiguos adoraban como divinidades los símbolos materiales y groseros, siendo así que eran meras representaciones de principios esotéricos. También Dupuis, no obstante haber estudiado detenidamente este problema, equivoca la significación de los símbolos religiosos y los atribuye exclusivamente a la astronomía. Eberhart y otros autores alemanes de los siglos XVIII y XIX tratan de la magia con menores escrúpulos y la derivan de los mitos platónicos del *Timeo.* Pero ¿cómo era posible que estos eruditos, sin la agudísima intuición de un Champollión, descubrieran el significado esotérico de cuanto el velo de Isis no dejaba traslucir sino a los adeptos? Nadie regatea la valía de Champollión como egiptólogo. A su juicio, todo comprueba que los antiguos egipcios fueron esencialmente monoteístas, y gracias a sus indagaciones está demostrada en los más nimios pormenores la exactitud de los escritos de Hermes Trismegisto, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos. Sobre ello dice también Ennemoser: "Herodoto, Tales, Parménides, Empedocles, Orfeo y Pitágoras aprendieron en Egipto y demás países orientales filosofía natural y teología". Por nuestra parte recordaremos que en Egipto se instruyó Moisés y pasó Jesús los años de su primera juventud.

[87] Ennemoser. – *Historia de la Magia,* I, 3.

En aquel país se daban cita todos los estudiantes del mundo conocido antes de la fundación de Alejandría. A este propósito, pregunta Ennemoser: ¿Por qué se sabe tan poco de los Misterios al cabo de tanto tiempo y a través de tantos países? Por el universal y riguroso sigilo de los iniciados, aunque igualmente puede atribuirse a la pérdida de las obras esotéricas de la más remota antigüedad. Los libros de Numa, encontrados en la tumba de este monarca y descritos por Tito Livio, trataban de filosofía natural, pero se mantuvieron en secreto a fin de no divulgar los misterios de la religión dominante. El senado romano y los tribunos del pueblo mandaron quemarlos en público"[88].

La magia era una ciencia divina cuyo conocimiento conducía a la participación en los atributos de la misma Divinidad. Dice Filo Jadeo que "descubre los secretos de la naturaleza y facilita la contemplación de los poderes celestes"[89]. Con el tiempo degeneró por abuso en hechicería y se atrajo la animadversión general; pero nosotros hemos de considerarla tal como fué en los tiempos de su pureza, cuando las religiones se fundaban en el conocimiento de las fuerzas ocultas de la naturaleza. En Persia no introdujeron la magia los sacerdotes como vulgarmente se cree, sino los magos, cuyo nombre indica la procedencia. Los mobedos o sacerdotes parsis, los antiguos géberes, se llaman hoy día *magois* en dialecto pehlvi[90]. *La magia es coetánea de las primeras razas humanas.* Casiano menciona un tratado de magia muy conocido en los siglos IV y V que, según tradición, lo recibió Cam, hijo de Noé, de manos de Jared, cuarto nieto de Seth, hijo de Adán[91].

Moisés fué deudor de sus conocimientos a la iniciada Batria, esposa del Faraón y madre de la princesa egipcia Termutis, que lo salvó de las aguas del Nilo[92]. De él dicen las escrituras cristianas: "Y fué Moisés instruido en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en palabras y obras"[93]. Justino Mártir, apoyado en la autoridad de Trogo Pompeyo, afirma que José, hijo de Jacob, aprendió muchas artes mágicas de los sacerdotes egipcios[94].

En determinadas ramas de la ciencia, sabían los antiguos más de lo que hasta ahora han descubierto los modernos. Aunque muchos repugnen confesarlo, así lo reconocen algunos sabios. El doctor A. Todd Thomson, que publicó la obra *Ciencias ocultas,* escrita por Salverte, dice a este propósito: "Los conocimientos científicos de los primitivos tiempos de la sociedad humana eran mucho mayores de lo que los

---

88 Ennemoser. – *Historia de la Magia,* I, 9.

89 Filo Judeo. – *De Specialibus Legibus.*

90 *Zend–Avesta,* II, 506.

91 Casiano. – *Conferencia,* I, 21.

92 *De Vita et Morte Mosis,* 199.

93 *Los Hechos de los Apóstoles,* VII, 22.

94 Justino, XXXVI, 2.

modernos suponen, pero estaban cuidadosamente velados en los templos a los ojos del vulgo y tan sólo a disposición de los sacerdotes". Al tratar de la cábala, dice Baader que "no sólo debemos a los judíos la ciencia sagrada, sino también la profana".

Origenes, discípulo de la escuela platónica de Alejandría, afirma que además de la doctrina enseñada por Moisés al pueblo en general, reveló a los setenta ancianos algunas "verdades ocultas de la ley" con mandato de no transmitirlas más que a los merecedores de conocerlas.

San jerónimo dice que los judíos de Tiberiades y Lida eran singulares maestros en hermenéutica mística. Por último, Ennemoser se muestra firmemente convencido de que las obras del areopagita Dionisio están inspiradas en la cábala hebrea, lo cual nada tiene de extraño si consideramos que los agnósticos o cristianos primitivos fueron continuadores, con distinto nombre, de la escuela de los esenios. Molitor reivindica la cábala hebrea y dice sobre este punto: "Ha pasado ya el tiempo en que la teología y las ciencias eran esclavas de la vulgaridad y la incongruencia; pero como el racionalismo revolucionario no ha dejado otro rastro que su propia ineficacia con estropeamiento de las verdades positivas, hora es de reconvertir la mente a la misteriosa revelación de donde, como de vivo manantial, brota nuestra salvación… Los antiguos misterios de Israel, que contienen todos los secretos de hoy, debieran servir para establecer la teología sobre profundos principios teosóficos y dar *base firme a* las ciencias especulativas. De esta suerte se abrirían nuevos caminos en el laberinto de mitos, símbolos y organización política de las sociedades primitivas. Las tradiciones antiguas encierran el método de enseñanza seguido en las escuelas de profeta que Samuel no fundó, sino que tan sólo restauró, y cuyo objeto era instruir a los candidatos en conocimientos que les hicieran dignos de la iniciación en los Misterios mayores, una de cuyas enseñanzas era la magia distintamente separada en dos opuestos linajes: la blanca o divina y la negra o diabólica. Cada una de estas ramas se subdivide a su vez en dos modalidades: activa y contemplativa. Por la magia divina se relaciona el hombre con el mundo para conocer las cosas ocultas y realizar *buenas obras*. Por la magia diabólica se esfuerza el hombre en adquirir dominio sobre los espíritus y perpetrar diabólicas fechorías y delitos de lesa naturaleza"[95].

El clero de las tres principales iglesias cristianas, la griega, la romana y la protestante, se desconcierta ante los fenómenos espiritistas producidos por los médiums. Todavía no hace mucho tiempo, papistas y protestantes condenaban a la hoguera y a la horca, o cuando no, mandaban asesinar a los infelices médiums por cuyo organismo se comunicaban las entidades astrales y a veces las desconocidas fuerzas de la naturaleza. En esta persecución sobresalía la iglesia romana, cuyas manos están tintas en sangre de inocentes víctimas sacrificadas a un Moloch implacable, que tal parece el Dios de sus creencias. Ansía la iglesia romana reanudar tan cruenta labor, pero la ligan de pies y

[95] Molitor. – *Filosofía de la historia y de la tradición*. Traducida por Howitt, 285.

manos el espíritu del siglo y el universal sentimiento de libertad religiosa contra el que diariamente prorrumpe en invectivas. La iglesia griega es, por el contrario, de benigna condición y más conforme con las enseñanzas de Cristo por su sencilla aunque ciega fe; pero si bien hace muchos siglos que ocurrió el cisma de Oriente y no hay relación alguna entre las iglesias griega y latina, los pontífices romanos fingen ignorar este hecho y se arrogan audazmente la jurisdicción en todos les países de religión griega o protestante. A este propósito dice Draper: "La Iglesia insiste en que el Estado no debe inmiscuirse en la jurisdicción eclesiástica, y como el protestantismo es una rebeldía, no le cabe derecho alguno, ni siquiera en las diócesis de países protestantes donde *el prelado católico es el pastor legítimo y la única autoridad espiritual*"[96].

A pesar de no haber hecho caso ninguno los protestantes de los decretos y encíclicas del papa ni de las invitaciones a los concilios ecuménicos ni de las excomuniones despectivamente recibidas, persiste la iglesia romana en su temeraria conducta, que llegó a grado máximo de insensatez cuando en 1864 excomulgó Pío IX con público anatema al emperador de Rusia por cismático indigno de pertenecer al gremio de la Iglesia católica[97]. Sin embargo, desde la conversión de los eslavos al cristianismo, no han consentido ni los zares ni el pueblo ruso unirse a la iglesia de Roma. ¿Por qué no alega también el papa jurisdicción eclesiástica sobre los budistas tibetanos o sobre los espectros de los antiguos *hyk–sos*?

Los fenómenos mediumnímicos ocurren en todas partes sin distinción de religiones, nacionalidades é individuos, y la fuerza que los produce puede manifestarse igualmente en el monarca y en el mendigo. Ni siquiera el vicario de Dios, el pontífice Pío IX, logró rehuir la visita del incómodo huésped, pues desde los cincuenta años de su edad se vió acometido de frecuentes arrebatos y transportes, que en el Vaticano atribuían a *visiones divinas* y los médicos diagnosticaban de ataques epilépticos, no faltando entre el pueblo quienes los achacasen a la obsesión espectral de Peruggia, Castelfidardo y Menfana.

Se le podía aplicar la famosa execración de Shakespeare:

> Brillan las azuladas luces. Ya es media noche y frío temblor estremece mis carnes. Hacia mí llegan las almas de mis víctimas[98].

El príncipe de Hohenlohe tuvo mucha fama a principios del siglo XIX por sus dotes saludadoras, y era muy notable médium. Ciertamente, las aptitudes mediumnímicas y los fenómenos por su virtud producidos no son privativos de ninguna época ni país, sino cualidades inherentes a la naturaleza psicológica del microcosmos.

---

[96] Draper. – *Conflictos entre la religión y la ciencia,* 329.

[97] *Gazette du Midi y Le monde,* 3 de Mayo de 1864.

[98] *Ricardo III.*

Los que en Rusia llaman *klikuchy* (energúmenos) *y yourodevoy* (semiidiotas) se ven asaltados frecuentemente por perturbaciones nerviosas que el clero y el populacho atribuyen a posesión diabólica. Estos infelices se agolpan a las puertas de las catedrales sin atreverse a entrar por temor de que el demonio que les posee no los derribe al suelo. En Voroneg, Kiew, Kazan y en todas las poblaciones donde se veneran reliquias de santos milagrosos, abundan este línaje de médiums inconscientes de repugnante aspecto, que se agrupan en los vestíbulos y atrios de los templos. Durante la celebración del oficio divino, en el acto de alzar, o cuando el coro entona el *Ejey Cheruvim,* todos aquellos maniáticos empiezan a dar voces semejantes a aullidos, cacareos, ladridos, rebuznos y rugidos entre espantosas convulsiones. El clero y el vulgo explican piadosamente este fenómeno diciendo que el *espíritu inmundo* no puede resistir la santidad de la oración. Algunas almas caritativas acuden en socorro de aquellos infelices, con pócimas calmantes y oportunas limosnas. A menudo solicita el público la intervención de un sacerdote para exorcizar a los poseídos, y así lo hace aquél, unas veces por caridad y otras mediante el estipendio de unas cuantas monedas de plata. Sin embargo, entre los supuestos energúmenos hay tal o cual clarividente y vaticinador, aunque por lo general trafican con sus aptitudes, sin que nadie les moleste al ver el lastimero estado en que les pone el arrebato. Mas, por otra parte, ¿qué razón habría para que el clero concitase contra ellos los ánimos de las gentes diciendo que son brujos? Es de sentido común y al par de justicia, que en todo caso el culpable no es la víctima poseída, sino el demonio poseedor. Si el exorcismo no tiene otras consecuencias que proporcionar al paciente un fuerte resfriado, entonces se le abandona en manos de Dios y de la caridad pública. Sin embargo, por muy ciega y supersticiosa que sea la fe conducente a semejantes extravíos, no entraña ofensa para el hombre ni para el *verdadero* Dios. No sucede lo mismo en los cleros romano y protestante, de los que nos ocuparemos en el transcurso de esta obra, con excepción de algunos eminentes pensadores de ambas confesiones. Necesitamos saber en qué se fundan para tratar como infieles predestinados al infierno eterno a los indos, chinos, espiritistas y cabalistas.

Lejos de nosotros el intento, no ya de blasfemia, sino ni siquiera de irreverencia contra el divino Poder, por el que existen todas las cosas visibles é invisibles y ante cuya majestad y perfección absoluta se abisma la mente. Nos basta el convencimiento de que El existe y que El es la sabiduría infinita. Nos basta tener como las demás criaturas una centella de su esencia. Reverenciamos al supremo infinito é ilimitado poder, al *céntrico* SOL ESPIRITUAL, cuya luz nos ilumina y cuya voluntad nos circunda. Es el Dios de los profetas antiguos y de los profetas modernos; el Dios cuya naturaleza sólo cabe vislumbrar en los mundos evocados a la existencia por su potente FIAT; el Dios cuya revelación está cifrada por su propia mano en los imperecederos símbolos de la armonía universal del Cosmos. El es el único evangelio *infalible.*

Dice Plutarco en el *Teseo,* que los geógrafos antiguos llenaban las márgenes de sus mapas con el trazado de comarcas desconocidas cuyos epígrafes advertían que más allá sólo había arenales poblados de fieras y quebrados por ciénagas infranqueables. Poco menos hacen los modernos científicos y teólogos, pues mientras éstos pueblan el mundo invisible de ángeles y demonios, aquéllos afirman sentenciosamente que *nada* hay más allá de la *materia.*

Sin embargo, muchos de nuestros empedernidos escépticos pertenecen a las logias masónicas. Todavía existen, aunque sólo de nombre, los rosacruces que tanto sobresalieron en las artes curativas durante la Edad Media. Podrán derramar lágrimas sobre la tumba de su respetable maestro Hiram Abiff, pero en vano buscarán el sitio donde estuvo la rama de acacia. Sólo queda la letra muerta; el espíritu se desvaneció. Parecen coristas ingleses o alemanes que en el cuarto acto de *Hernani* bajan a la cripta de Carlomagno para entonar el coro de la conspiración en lengua extraña. Así los modernos caballeros del sagrado Arco, aunque bajen todas las noches "por los nueve arcos a las entrañas de la tierra", jamás descubrirán el sagrado Delta de Enoch. Los caballeros del Valle del Norte y del Valle del Sur, tal vez se figuren que la iluminación despunta en su mente y que según adelanten en la masonería irá rasgándose el velo de la superstición, la tiranía y el despotismo; pero todo esto serán vanas palabras mientras renieguen de su madre la magia y desconozcan a su hermano gemelo el espiritismo. En verdad que podéis dejar vuestros sitiales, ¡oh Caballeros de Oriente!, y sentaros en el suelo con la cabeza entre las manos en apostura triste, porque valor os sobra para deplorar vuestra suerte. Desde que Felipe el Hermoso de Francia abolió la orden de los Templarios, nadie ha venido a resolver vuestras dudas, no obstante tantas pretensiones en contrario. Verdaderamente, venís errantes de Jerusalén en busca del perdido tesoro del lugar santo. ¿Lo hallasteis? ¡Ay!, no; porque el lugar santo está profanado y abatidas cayeron las columnas de sabiduría, fuerza y belleza. En adelante vagaréis en tinieblas y caminaréis humildemente por selvas y montes en busca de la palabra perdida. ¡Andad! No la encontraréis mientras reduzcáis vuestras jornadas a *siete* ni aún a siete veces siete, porque camináis en tinieblas que sólo puede disipar la fulgurante antorcha de la verdad, sostenida por los legítimos descendientes de Ormazd. Tan sólo ellos pueden enseñaros a pronunciar correctamente el nombre revelado a Enoch, Jacob y Moisés. ¡Pasad! Hasta que vuestro R.S.W. sepa multiplicar 333 de modo que resulten 666, el número de la bestia apocalíptica, debéis ser prudentes y manteneros *sub–rosa.*

Para demostrar que no estaban desprovistas de fundamento científico las nociones de los antiguos respecto de los ciclos humanos, concluiremos este capítulo con una de las más remotas tradiciones referentes a la evolución de nuestro planeta.

Al término de cada "año máximo", como llamaron Censorino y Aristóteles al período de siete saros[99], sufre nuestro planeta una total revolución física. Las zonas glaciales y tórrida cambian gradualmente de sitio; las primeras se mueven poco a poco hacia el Ecuador y la segunda con su exuberante vegetación y su copiosa vida animal, reemplaza los helados desiertos polares. Esta alteración de climas va necesariamente acompañada de cataclismos, terremotos y otras perturbaciones cósmicas[100]. Como quiera que cada diez milenios y cerca de un nero, se altera el lecho del océano, sobreviene un diluvio análogo al del tiempo de Noé. Los griegos daban a este año el sobrenombre de heliaco, pero únicamente los iniciados conocían su duración y demás condiciones astronómicas. Al invierno del año heliaco le llamaban *cataclismo* o *diluvio*, y al verano le denominaban *ecpirosis*. Según tradición popular, la tierra sufría alternativamente catástrofes plutónicas (por el agua) y volcánicas (por el fuego) en estas dos estaciones del año heliaco. Así consta en los fragmentos *Astronómicos* de Censorino y Séneca; pero tanta incertidumbre hay entre los comentadores acerca de la duración del año heliaco, que ninguno se aproxima a la verdad excepto Herodoto y Lino, quienes respectivamente lo computan en 10.800 y 13.984 años[101]. En opinión de los sacerdotes babilonios, corroborada por Eupolemo[102], la ciudad de Babilonia fué fundada por los que se salvaron del diluvio, quienes eran hombres de gigantesca talla y edificaron la torre llamada de Babel[103]. Estos gigantes, que eran expertos astrónomos y además habían recibido enseñanzas secretas de sus padres "los hijos del Dios", instruyeron a su vez a los sacerdotes y dejaron en los templos recuerdos del cataclismo que habían presenciado. De este modo computaron los sacerdotes la duración de los años máximos. Por otra parte, según dice Platón en el *Timeo, los* sacerdotes helenos reconvinieron a Solón por ignorar que aparte del gran diluvio de Ogyges, habían

---

[99] Supone erróneamente Webster que los caldeos llamaban saro al ciclo de los eclipses cuya duración era de unos 6.586 años solares equivalentes a la revolución de un nodo lunar. Sin embargo, el astrónomo Berosio, sacerdote del templo de Belo en Babilonia, dice que el saro tiene 3.600 años. El nero 600 y el soso 60. – Berosio de Abideno. – *De los reyes caldeos y el diluvio*. – Véase también Eusebio y el Manuscrito de Cary. Ex. Cod. reg. gall. gr. Nº 2.360, fol. 154.

[100] Antes de que los geólogos rechacen esta teoría fundada en la traición, han de explicar satisfactoriamente por qué al fin del período terciario descendió en el hemisferio septentrional la temperatura hasta el grado de convertir la zona tórrida en un clima siberiano. Conviene recordar que *los antiguos indos conocían ya el sistema heliocéntrico* y de ellos lo aprendió Pitágoras junto con los fundamentos de la astronomía. Mientras no se demuestre matemáticamente lo contrario, tan lícito es admitir esta hipótesis como otra cualquiera.

[101] Censorino. – *De Natal Die*. Séneca. – Nat. Quaest. III, 29.

[102] Eusebio. – Prep. Evan. – *De la torre de Babel y de Abraham*.

[103] Esto contradice evidentemente el relato bíblico, según el cual, sólo, Noé y su familia escaparon del diluvio enviado precisamente para castigo de los *gigantes*. Los sacerdotes babilónicos *no* tenían interés alguno en falsear la verdad.

ocurrido otros igualmente copiosos, lo cual demuestra que en todos los países tenían los sacerdotes iniciados conocimiento del año heliaco.

Los períodos llamados *yugas, kalpas, nerosos y vrihaspatis* son arduos problemas de cronología que ponen cejijuntos a eminentes matemáticos. El *Sâtya–yuga* y los ciclos budistas nos asustan con sus cifras. El mahakalpa o edad máxima se remonta mucho más allá de la época antediluviana y su duración es de 4.320.000.000 de años solares, que se distribuyen como vamos a ver:

En primer lugar tenemos los cuatro yugas siguientes:

1.º Sâtya– yuga	....	1.728.000 años
2.º Trêtya– yuga	....	1.296.000 años
3.º Dvâpa– yuga	....	864.000 años
4º Kali– yuga	....	432.000 años
		4.320.000 años

Estos cuatro yugas constituyen un mahâ–yuga o yuga máximo y setenta y un mahâ–yugas comprenden, por lo tanto, 4.320.000 x 71 = 306.720.000 años. A este cómputo hay que añadir un *sandhyâ o* duración de los crepúsculos matutino y vespertino, en todo este tiempo, equivalente a un sâtya–yuga o I.728.000 años, con lo que tendremos: 306.720.000 + 1.728.000 = 308.448.000 años o sea el período llamado *manvántara*[104]. Catorce manvántaras componen 308.448.000 x 14 = 4.318.272.000 años y añadiendo un *sandhya* tendremos 4.318.272.000 + 1.728.000 = 4.320.000.000 años o sea el Mahâkalpa o edad máxima, según vimos al principio de este cómputo. Como quiera que nos hallamos en el kali–yuga de la época vigésimo–octava del séptimo manvántara, aún nos falta algún trecho que recorrer antes de llegar siquiera a la mitad de la vida del planeta. Estos guarismos no son fantásticos, sino que, por el contrario, derivan de cálculos astronómicos según ha demostrado Davis[105]. Muchos eruditos, entre ellos Higgins, no pudieron averiguar, no obstante sus indagaciones, cuál era el *ciclo secreto*. Bunsen ha demostrado que los sacerdotes egipcios mantenían en el más profundo misterio las rotaciones cíclicas[106]. Tal vez provenga la dificultad de que los antiguos lo mismo aplicaban el cálculo al progreso

[104] Por error de imprenta aparece el manvántara en los cómputos de Coleman con sesenta millones de años más, o sea por haber puesto un seis en vez del primer cero.

[105] Davis, *Ensayo de investigaciones asiáticas.* – Higgins, *Anacalipsis.* – Coleman, *Mitología de los indos.* Prefacio, XIII.

[106] Bunsen. – *Egipto*, I.

espiritual que al material de la humanidad, y así no será difícil descubrir la íntima relación establecida por los antiguos entre los ciclos cronológicos y los de la humanidad, si recordamos la suma importancia que daban a la constante y omnipotente influencia de los planetas en el destino de los hombres. Higgins acertó al suponer que el cielo indo de 432.000 años es la verdadera clave del cielo secreto, pero bien se echa de ver que no fué capaz de descifrarlo, pues este cielo es el más impenetrable de todos, porque atañe al misterio de la creación. Está representado con guarismos simbólicos en el *Libro de los números* de los caldeos, cuyo texto original no se halla en biblioteca alguna, si acaso se conserva, ya que era uno de los tantos libros de Hermes[107].

Algunos cabalistas matemáticos y arqueólogos, desconocedores de los cómputos secretos, amplían de 21.000 a 24.000 años la duración del año máximo, pues estaban creídos de que el último período de 6.000 años sólo debía aplicarse a la renovación de nuestro globo. Explica Higgins este error de cómputo, diciendo que la precesión de los equinoccios se efectuaba en 2.000 años y no en 2.160 para cada signo, de lo que suponían en 24.000 años la duración del año máximo dividido en cuatro períodos de 6.000. De aquí debieron proceder, en opinión de Higgins, los prolongadísimos ciclos de los antiguos astrónomos, porque el año máximo, como el año común, estaba trazado por la circunferencia de un inmenso círculo. Esto supuesto, computa Higgins los 24.000 años de la manera siguiente: "Si el ángulo que el plano de la eclíptica forma con el plano del ecuador fué decreciendo gradualmente, como se supone que ocurrió hasta hace poco, ambos planos hubieron de haber coincidido al cabo de 6.000 años. Transcurridos otros 6.000 años, el sol hubiera estado situado respecto del hemisferio sur como ahora lo está respecto del septentrional; después de 6.000 años más, volverían a coin-

[107] Los cuarenta y dos libros sagrados egipcios que según Clemente de Alejandría había en su tiempo, eran tan sólo una parte de la colección hermética. Jámblico, apoyado en la autoridad del sacerdote egipcio Abammon atribuye a Hermes 1.200 de estos libros y Manethon afirma que fueron 36.000. Sin embargo, la crítica moderna desdeña el testimonio de Jámblico por neoplatónico, y respecto del de Manethon, vale advertir que Bunsen lo diputa por el más insigne historiador de su país, pero le cae del concepto en cuanto sus ideas se oponen a los prejuicios de la ciencia moderna contra la sabiduría de los antiguos. A pesar de todo, ningún arqueólogo duda ya de la increíble antigüedad de los libros herméticos. Champolllión está seguro de su autenticidad, corroborada por los más antiguos monumentos, y Bunsen aduce pruebas irrefutables de su antigüedad. Las investigaciones de este sabio demuestran que antes de Moisés hubo en Egipto sesenta y un reyes que mantuvieron la civilización del país durante miles de años, y por lo tanto resulta evidente que las obras de Hermes Trismegisto son muy anteriores al nacimiento del legislador judío. En los monumentos de la cuarta dinastía se han encontrado los estilos y tinteros más antiguos del mundo, según atestigua Bunsen, quien no obstante rechazar el período de 48.863 años antes de Alejandro, a que Diógenes Laercio remonta la existencia del antiguo Egipto, no tiene más remedio que confesar que de los resultados de las observaciones astronómicas se infiere que éstas abarcan un período de 10.000 años. Reconoce, además, que uno de los mas antiguos tratados de cronología demuestra que las tradiciones referentes al período mitológico comprenden miríadas de años. (Egipto, I, p. 15).

cidir los dos planos, y al término de otros 6.000 años se situaría el eje de la tierra en la posición actual. Todo este proceso representa un transcurso de 24.000 años. Cuando el sol llegó al ecuador finalizaría el período de 6.000 años y el mundo quedaría destruido *por el fuego*, mientras que al llegar al punto meridional, lo habría sido por el agua. De esta suerte tendríamos un cataclismo total cada 6.000 años, o sean diez nerosos"[108].

Este sistema de computación, prescindiendo del secreto en que los sacerdotes tenían sus conocimientos, está expuesto a gravísimos errores y tal fué la causa de que los judíos y algunos cristianos neoplatónicos vaticinaran el fin del mundo a los 6.000 años. También se origina de ello que la ciencia moderna menosprecie las hipótesis de los antiguos, y que se formen algunas sectas, que, como la de los adventistas, viven en continua espera del fin del mundo.

Así como el movimiento de rotación de la tierra determina cierto número de ciclos comprendidos en el ciclo mayor del movimiento de traslación, análogamente cabe considerar los ciclos menores comprendidos en el saros máximo. La rotación cíclica del planeta es simultánea con las rotaciones intelectual y espiritual, igualmente cíclicas. Así vemos en la historia de la humanidad un movimiento de flujo y reflujo semejante a la marea del progreso. Los imperios políticos y sociales ascienden al pináculo de su grandeza y poderío para descender de acuerdo con la misma ley de su ascensión, hasta que llegada la sociedad humana al punto ínfimo de su decadencia, se afirma de nuevo para escalar las próximas alturas que por ley progresiva de los ciclos son ya más elevadas que las que alcanzó en el cielo anterior.

Las edades de oro, plata, cobre y hierro no son ficción poética. La misma ley rige en la literatura de los diversos países. A una época de viva inspiración y espontánea labor literaria, sigue otra de crítica y raciocinio. La primera proporciona materiales al espíritu analítico de la segunda.

Así, todos aquellos caracteres que gigantescamente despuntan en la historia de la humanidad, como Buda y Jesús en el orden espiritual y Alejandro y Napoleón en el material, son reflejadas imágenes de tipos humanos que existieron miles de años antes, reproducidos por el misterioso poder regulador de los destinos del mundo, y por ello no hay personaje histórico eminente sin su respectivo antecesor en las tradiciones mitológicas y religiosas, entreveradas de ficción y verdad, correspondientes a pasados tiempos. Las imágenes de los genios que florecieron en épocas antediluvianas se reflejan en los períodos históricos, como en las serenas aguas del lago la luz de la estrella que centellea en la insondable profundidad del firmamento.

Como lo de arriba es lo de abajo. Como en el cielo, así en la tierra. Lo que fué, será.

---

[108] Higgins. – *Anacalypsis.*

Siempre ha sido el mundo ingrato con sus hombres insignes. Florencia ha levantado una estatua a Galileo, y apenas si se acuerda de Pitágoras. Al primero le sirvieron de segura guía las obras de Copérnico, que hubo de luchar contra la general preocupación del sistema de Ptolomeo; pero ni Galileo ni los astrónomos modernos han descubierto la verdadera posición de los planetas, porque miles de años antes la conocían los sabios del Asia central, de donde trajo Pitágoras el definido conocimiento de esta verdad demostrada. Dice Porfirio que los números de Pitágoras son símbolos jeroglíficos de que se valía el ilustre filósofo para explicar las ideas relativas a la naturaleza de las cosas[109]. De esto se infiere que para investigar su origen, hemos de recurrir a la antigüedad. Así lo corrobora acertadamente Hargrave Jennings en el siguiente pasaje:

"¿Sería razonable deducir que los *apenas creíbles* fenómenos físicos llevados a cabo por los egipcios fueron efecto del error en una época de tan floreciente sabiduría y de facultades prodigiosas en comparación de las nuestras? ¿Acaso cabe suponer que los numerosísimos pobladores de las márgenes del Nilo laboraron estúpidamente en tinieblas, que la magia de sus hombres eminentes era impostura y que sólo nosotros, los que menospreciamos su poderío, somos los sabios? ¡No por cierto! Hay en aquellas antiguas religiones mucho más de lo que pudiera suponerse, a pesar de las audaces negaciones del escepticismo de estos descreídos tiempos… Así vemos que es posible conciliar las enseñanzas paganas con las clásicas, las de los gentiles con las de los hebreos y las cristianas con las mitológicas en la común creencia basada en la Magia, cuya posibilidad informa la moral de esta obra"[110].

Verdaderamente es posible la conciliación. Hace treinta años que los primeros fenómenos psíquicos de Rochester llamaron la dormida atención de las gentes hacia la realidad del mundo invisible, y cuando la menuda lluvia de golpes se convirtió en torrente cuya impetuosidad estremeció al mundo, los espiritistas hubieron de contender con dos adversarios: la teología y la ciencia. Pero los teósofos han de combatir con todas las preocupaciones del mundo, y más acerbamente todavía con la de les espiritistas.

Por una parte, los teólogos cristianos anatematizan a quien no cree en la existencia del Dios *Personal* y del diablo también personal, mientras que para los materialistas no hay más Dios que la substancia gris del cerebro, y tienen por tres veces idiotas a cuantos creen en el diablo. Entretanto, los ocultistas y filósofos merecedores de este nombre perseveran en su labor sin hacer caso de unos ni de otros. Ninguno de ellos tiene de Dios el absurdo, pasional y veleidoso concepto que la superstición forjara, pero todos distinguen entre el bien y el mal. La razón humana, emanada de nuestra finita mente, no alcanza a comprender la infinita inteligencia de la ilimitada entidad divina, y como lógicamente no puede existir para nosotros lo que cae más allá de

[109] *Vida de Pitágoras*.

[110] Hargrave Jennings. – *Los Rosacruces*.

nuestro entendimiento, de aquí que la razón finita coincida con la ciencia en negar a Dios. Pero por otra parte, el *Ego* que piensa, siente y quiere independientemente de la envoltura mortal en que alienta, no sólo *cree,* sino además *sabe* que existe Dios, la vida de nuestras vidas en Quien todos vivimos y El vive en nosotros. Ni la fe dogmática es capaz de robustecer este convencimiento, ni las demostraciones físicas logran quebrantarlo una vez nacido en la recatada intimidad de la conciencia.

La naturaleza humana tiene el mismo horror al vacío que los experimentadores del Renacimiento supusieron en la naturaleza física. La humanidad advierte instintivamente la presencia del Poder supremo, porque sin Dios poseería el universo un cuerpo sin alma. Como quiera que las multitudes desconocían el único camino donde hubieran podido hallar las huellas de Dios, llenaron el desolador vacío con el personal Dios plasmado de propósito por la teología con materiales exotéricamente entresacados de mitos y filosofías paganas. ¿Cómo, sino, se hubieran derivado tantas sectas, de las cuales llegaron algunas al último extremo del absurdo? El género humano anhela satisfacer sus necesidades espirituales con una religión que pueda relevar ventajosamente a la dogmática é indemostrable teología cristiana, y le dé pruebas de la inmortalidad del alma. A este propósito dice Sir Thomas Browne: “El más ponzoñoso dardo con que el escepticismo puede atravesar el corazón del hombre es decirle que no hay otra vida más allá de la presente ni otro estado, con posibilidades de ulterior progreso, que perfeccione su actual naturaleza.” La religión que probara científicamente la inmortalidad del alma pondría a las dominantes en la alternativa de reformar sus dogmas en este sentido, o de perder la adhesión de sus prosélitos. Muchos teólogos cristianos se han visto en la precisión de reconocer que no hay ninguna *prueba auténtica* de la vida futura; y sin embargo, ¿cómo se explica la continuidad de esta creencia a través de los siglos y en todos los países civilizados o salvajes, sin *pruebas* que la demostraran? ¿Acaso la universalidad de esta creencia, no es ya por sí misma una prueba de que tanto el eminente pensador como el inculto salvaje se han visto impulsados a reconocer el testimonio de sus sentidos? Si los fenómenos espectrales pudieron ser, en algunos casos aislados, ilusiones derivadas de causas físicas, ¿es justo achacar a mentes enfermizas los innumerables casos en que, no ya una sola, sino varias personas a la vez, vieron y hablaron a los aparecidos?

Los más eminentes pensadores de Grecia y Roma no dudaron de la realidad de las apariciones que clasificaban en *manes, ánima y umbra.* Los *manes* descendían al mundo inferior; el *ánima o* espíritu puro, subía a los cielos; y el *umbra* vagaba alrededor del sepulcro, atraído por su afinidad con el cuerpo físico.

“Terra legit *carnem* tumulum circumvolet *umbra,*

Orcus habet *manes, spiritus* astra petit.”

Así dice Ovidio al tratar de la trina naturaleza del alma humana. Sin embargo, todas estas definiciones han de someterse al escrupuloso análisis de la filosofía, porque, por desgracia, muchos eruditos olvidan que la modificación de los idiomas y la terminología simbólica empleada por los antiguos místicos han inducido a error a gran número de traductores é intérpretes que leyeron literalmente las frases de los alquimistas medioevales, del mismo modo que los modernos eruditos no advierten el simbolismo de Platón. Algún día lo comprenderán debidamente y echarán de ver que la filosofía antigua, como también la moderna, se valió del método de extrema necesidad, y que desde los orígenes de la especie humana estuvo la verdad bajo la salvaguarda de los adeptos del santuario. Entonces se convencerán de que tan sólo eran aparentes las diferencias de credos y ceremonias, pues los depositarios de la primitiva revelación divina; que habían resuelto cuantos problemas caen bajo el dominio de la mente humana, formaban una comunidad universal, científica y religiosa, que en continua cadena circuía el globo. A la filosofía y a la psicología les toca buscar los eslabones extremos, y luego de hallados, siquiera uno solo, seguir escrupulosamente el encadenamiento que nos eleve a desentrañar el misterio de las antiguas religiones.

La negligencia en el examen de estas pruebas condujo a hombres de tan preclaro talento, como Hare y Wallace, al redil del moderno espiritismo, mientras que a otros les llevó, por falta de espiritual intuición, a las diversas modalidades del grosero materialismo. Pero ya no es necesario insistir en este punto, porque ni valor ni esperanza han de faltarnos, aunque la mayoría de los eruditos contemporáneos opinen que sólo ha habido en el mundo una época de florecimiento intelectual, a cuyos albores pertenecen los filósofos antiguos y en cuyo cenit brillan los modernos, y aunque los científicos del día pretendan invalidar el testimonio de los pensadores de otro tiempo, como si la humanidad hubiera empezado a existir el primer año de la era cristiana y todo cuanto sabemos fuese de época reciente. El momento es más propicio que nunca para la restauración de la filosofía antigua, pues arqueólogos, fisiólogos, astrónomos, químicos y naturalistas se acercan al punto en que hayan de recurrir a ella. Las ciencias físicas tocan ya los límites de la investigación, y la teología dogmática ve agotadas las fuentes de que en otro tiempo bebiera. Si no mienten las señas, se acerca el día en que el mundo tenga pruebas de que únicamente las religiones antiguas estuvieron en armonía con la naturaleza, y de que la ciencia de los antiguos abarcaba todo conocimiento asequible a la mente humana. Se revelarán secretos durante largo tiempo velados; volverán a ver la luz del día olvidados libros de épocas remotas y perdidas artes de tiempos pretéritos; los pergaminos y papiros arrancados de las tumbas egipcias andarán en manos de intérpretes que los descifren, junto con las inscripciones de columnas y planchas cuyo significado aterrorice a los teólogos y confunda a los sabios. ¿Quién conoce las posibilidades del porvenir?

Pronto ha de empezar, o mejor dicho, ha empezado ya la era restauradora. El ciclo está por terminar su carrera, y vamos a entrar en el siguiente. Las páginas de la historia

futura contendrán pruebas evidentes de que si en algo hemos de creer a los antiguos es en que los espíritus descendieron de lo alto para conversar con los hombres y enseñarles los secretos del mundo oculto.

CAPÍTULO II

¡Orgullo! Cuando la razón desfallezca, acude en nuestro auxilio y llena hasta los bordes el enorme vacío de la mente.

POPE

Pero ¿á qué alterar las obras de la naturaleza? La filosofía más profunda será la que nos revele los Secretos de la naturaleza y nos permita penetrar en ella sin trastornarla.

BULWER

Le basta al hombre con saber que existe? ¿Le basta tener forma humana para engalanarse con el título de hombre? Estamos en la firme convicción de que para llegar a ser una entidad genuinamente espiritual en el verdadero significado de ésta palabra, debe el hombre regenerarse eliminando de su mente toda impureza egoísta y con ellas la superstición y las preocupaciones, que conviene distinguir de las *simpatías* y *antipatías*. Al principio nos vemos arrastrados dentro del negro círculo de la poderosa oleada magnética que emana así de los objetos materiales como de las ideas, y de esta suerte nos invaden los respetos humanos y el temor a la opinión de las gentes.

Raramente acepta el hombre una idea por la libre acción del propio juicio, sino que, al contrario, se inclina a la opinión dominante en la colectividad. Así tenemos, por ejemplo, que un devoto no pagará exorbitantemente un asiento cómodo en una función religiosa, ni un materialista irá dos veces a escuchar las conferencias de Huxley sobre la evolución porque tal sea su voluntad definida, sino porque tanto a uno como a otro acto asisten personas distinguidas en sociedad, con las que el buen ver exige alternar. Lo mismo sucede en todo lo demás. Si la psicología hubiese tenido su Darwin, de seguro considerara la descendencia moral del hombre invariablemente paralela a su descendencia orgánica, pues en sus serviles manías de remedo ofrece el hombre más semejanza con el mono que en los rasgos exteriores señalados por el insigne antropólogo. Las múltiples variedades de cuadrumanos, burlescas imitaciones del

hombre, parecen haber evolucionado con objeto de proporcionar a las gentes de buena ropa los materiales necesarios para el trazado de su árbol genealógico.

La ciencia se enriquece de día en día con nuevos descubrimientos químicos, físicos, fisiológicos y antropológicos. Los eruditos y doctos han de estar libres de toda preocupación y prejuicio; pero no obstante la libertad de que actualmente disfrutan el pensamiento y las opiniones, los científicos no han modificado su temperamento intelectual. Utópico es presumir que el hombre cambie por la evolución y desenvolvimiento de nuevas ideas. Podemos abonar un campo para que cada año dé más copiosos y sazonados frutos; pero si cavamos en lo hondo, encontraremos la misma clase de tierra que al abrir el primer surco.

No hace todavía muchos años era anatematizado por hereje quien dudaba de los dogmas teológicos. La ciencia ha vencido *Vœ victis!...* Pero el vencedor se atribuye a su vez la misma infalibilidad que debelara en el vencido, si bien tampoco puede probar su derecho a ella. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis,* dijo Lotario con apropiada aplicación a este caso. Sin embargo, nos creemos con algún derecho para interrogar a los pontífices de la ciencia.

Durante muchos años hemos seguido de cerca la marcha del espiritismo moderno, familiarizándonos con sus dos literaturas, europea y norteamericana, presenciando sus interminables controversias y comparando sus contradictorias hipótesis. Muchos espiritistas disidentes, que quisieron profundizar las causas de los fenómenos llegaron a la conclusión de que, ya fuese por ineptitud de los investigadores, ya por lo misterioso de las fuerzas actuantes, cuanto más frecuentes y diversas eran las manifestaciones psíquicas, más impenetrablemente oculta quedaba su causa.

Los fenómenos psíquicos, que erróneamente sin duda se llaman espiritistas, están hoy perfectamente comprobados y fuera inútil negarlos. Aún prescindiendo de los casos de fraude é impostura, todavía queda mucho para las investigaciones de la ciencia. No es necesario el valor de Galileo para lanzar al rostro de los académicos el famoso *e pur si muove,* porque los fenómenos psíquicos han tomado ya la ofensiva.

Opinan los modernos científicos que, si bien son para ellos un misterio los fenómenos mediumnímicos, nada prueba que no deriven de anormales condiciones nerviosas de los médiums, y hasta tanto que no se dilucide esta cuestión, es inadmisible atribuirlos a espíritus humanos. Verdaderamente, quienes afirman la intervención de los espíritus han de probar su afirmación; pero si los científicos quisieran estudiar el asunto de buena fe, con sincero deseo de esclarecer tan hondo misterio, en vez de desdeñarlo, no habrían de temer censura alguna. Ciertamente, la mayoría de las comunicaciones mediumnímicas parecen dadas a propósito para despertar recelos en los investigadores menos sagaces, porque, aun en los casos en que no hay impostura, suelen ser vulgares y chabacanas. En los últimos veinte años vimos escritas, de mano de distintos médiums, comunicaciones dictadas, al decir del comunicante, por Shakespeare, Byron, Franklin,

Pedro el Grande, Napoleón, Josefina y Voltaire; pero nos causaron el efecto de que Napoleón y su esposa habían olvidado la ortografía, de que Shakespeare y Byron eran unos fatuos y Voltaire un imbécil. Disculpable es, por lo tanto, juzgar del aparente embaucamiento, que si tan palpable es el fraude en la superficie, no será fácil hallar la verdad en el fondo. La ridícula suplantación de personajes célebres, cuyos nombres aparecen al pie de vulgarísimas comunicaciones, ha empachado de tal modo a los científicos, que no pueden digerir la verdad subyacente en los fenómenos psíquicos, como si juzgaran del fondo del océano por la superficie de las aguas cubiertas de espuma y escorias. Pero si por una parte no cabe vituperar a quienes al primer indicio de falsedad entran en recelo, tenemos el derecho de censurarlos por no llevar adelante sus investigaciones. Tan neciamente proceden estos tales, como si un buzo repugnara tomar una concha al verla sucia y viscosa, sin tener en cuenta que con sólo abrirla encontraría la perla. Ni siquiera las negaciones de las eminencias científicas valen en este caso, pues la repugnancia que sienten hacia un asunto tan impopular, parece como si hubiera contagiado a la generalidad de las gentes. *Los fenómenos ahuyentan a los científicos y los científicos rehuyen los fenómenos,* dice Aksakof en un notable artículo sobre mediumnidad, de acuerdo con la comisión científica de San Petersburgo, encargada de investigar los fenómenos psíquicos, cuyo informe estaba tan poco meditado y lleno de prejuicios, que aun los mismos escépticos protestaron despectivamente contra su notoria parcialidad.

El profesor Fisk delata en su obra *El Mundo invisible,* la falta de lógica de sus colegas científicos al criticar la filosofía genuinamente espiritualista, diciendo que según las exactas definiciones de los conceptos de *materia y espíritu,* la existencia del espíritu es indemostrable por los sentidos, y que por lo tanto, no es posible fundamentar la filosofía espiritualista en *pruebas científicas.* A este propósito transcribiremos el siguiente pasaje de la citada obra:

> "El testimonio de la existencia del espíritu es inasequible en las condiciones de la vida terrena, puesto que escapa a toda experimentación, y por numerosas que sean sus pruebas, no cabe esperanza de hallarías. Por lo tanto, nuestro fracaso en este empeño no es seguramente de valía contra la existencia del espíritu. En este concepto, la creencia en la vida futura carece de base científica, porque en manera alguna lo necesita ni es posible someterla a la crítica de los científicos. Los adelantos de la ciencia física, por rápidos que sean, no podrán en lo futuro impugnar esta creencia, que lejos de ser contraria a la razón, en nada afecta a la mentalidad científica ni para nada influye en las conclusiones de las ciencias experimentales.
>
> "Si los científicos reconocieran que el espíritu no es materia ni está regido por las leyes de la materia, y refrenaran las especulaciones a que les mueve su conocimiento de las cosas materiales, eliminarían la principal causa de disgusto que solivianta los sentimientos religiosos de las gentes."

Pero no harán tal, seguramente, porque por una parte les ha exasperado la noble, franca y leal rendición al espiritualismo de un hombre tan eminente como Wallace, y por otra repugnan adoptar una conducta de prudente expectativa como la de Crookes.

Contra las opiniones expuestas en la Presente obra, se levanta la única objeción de que están basadas en el sostenido estudio de la magia antigua y de su moderna forma el espiritismo. Aun ahora que se han vulgarizado los fenómenos de análoga naturaleza, confunden muchos la magia con la prestidigitación y el ilusionismo. En cuanto a los fenómenos espiritistas, va que no sea posible negarlos por su abrumadora evidencia, se los tiene por alucinación de cuantos los presencian. Al cabo de muchos años de fomentar el trato de magos, ocultistas, hipnotizadores y demás profesores del arte en sus dos modalidades blanca y negra, nos creemos con sobrada idoneidad en tan controvertido y complejo asunto. Nos hemos relacionado con los fakires de la India y hemos presenciado sus comunicaciones con los *pitris.* Hemos observado los procedimientos y actuaciones de los derviches de la danza aullante; hemos tenido amistoso trato con los marabutos o santones musulmanes y con los encantadores de serpientes de Damasco y Benares, cuyos secretos pudimos sorprender. Por consiguiente, nos apena que científicos desconocedores de todos estos fenómenos y sin oportunidad para estudiarlos, los achaquen a meras habilidades de prestidigitación. Debieran suspender todo juicio hasta analizar por completo las fuerzas de la naturaleza, pues resulta de manifiesta incongruencia, por no decir mala fe, desdeñar asuntos que al fin y al cabo son de índole psicológica o fisiológica y rechazar sin más ni más la posibilidad de tan sorprendentes fenómenos.

No cejaremos en nuestro empeño, aunque hubiese de repetirse en nuestros días el insulto lanzado por Faraday, al decir con más espontaneidad que cultura cívica: "muchos perros aventajan en lógica a algunos espiritistas"[111]. Los insultos no son argumentos y mucho menos pruebas. Porque hombres como Huxley y Tyndall califiquen el espiritismo de "creencia degradante" y la magia de "prestidigitación", no por ello dejará la verdad de serlo. El escepticismo, ya dimane de un ignorante o de un erudito, es incapaz de invalidar la inmortalidad del alma. "La razón está sujeta a error", dice Aristóteles, y así puede ocurrir que la opinión del más ilustre filósofo sea más equivocada que el vulgar sentido común de su analfabeto cocinero. En los *Cuentos del Califa impío,* el sabio árabe Barrachias–Hassan–Oglu, dice prudentemente: "Guárdate, ¡oh hijo mío!, de la alabanza propia, porque embriaga con deleite. Aprovéchate de tu saber, pero respeta asimismo la sabiduría de tus padres. Y acuérdate, ¡oh amado mío!, de que la luz divina de la verdad de Allah alumbra a veces más fácilmente una mente rasa que otra que, por estar repleta de conocimientos, no da cabida al argentino rayo… Tal es el caso de nuestro sapientísimo cadí."

[111] Crookes. – *Investigación de los fenómenos espiritistas.*

Cuando Crookes emprendió en Londres la investigación de los fenómenos mediumnímicos, recrudecieron las acritudes y desdenes de los científicos europeos y americanos hacia tan misterioso problema. El insigne físico fué el primero en presentar al público uno de aquellos supuestos centinelas que guardaban las puertas cuyo dintel estaba prohibido atravesar. Después de Crookes, hubo otros científicos que tuvieron el heroico valor, dada la impopularidad del asunto, de ocuparse en serio de los fenómenos psíquicos.

Mas por desgracia la flaqueza de la carne no correspondió a la voluntad del espíritu, y retrocedieron ante la pesada carga del ridículo, que cayó por entero sobre los hombros de Crookes. En cuanto al provecho obtenido por este sabio de sus investigaciones y al agradecimiento de sus propios colegas, basta leer las *Investigaciones de los fenómenos espiritistas.*

Al cabo de algún tiempo, los individuos designados para comprobar los experimentos de Crookes, hubieron de atestiguar, de acuerdo con éste, las siguientes conclusiones:

1.ª Que los fenómenos presenciados personalmente por ellos mismos, eran auténticos y de imposible simulación, por lo que no había más remedio que admitir la actuación de una fuerza desconocida.

2.ª Que no les era posible afirmar si los fenómenos tenían por causa la acción de espíritus desencarnados, o entidades análogas; pero que eran innegables y contrariaban muchas hipótesis establecidas, así como también las leyes naturales[112].

3.ª Que no obstante la combinación de esfuerzos para invalidar los fenómenos, hubieron de cerciorarse de su indisputable realidad, vislumbrando en ellos una fuerza natural, de ley todavía ignorada[113].

Esto es precisamente lo que no satisfizo a los escépticos, porque antes de publicar el informe se había vaticinado la derrota de los espiritistas, y tal confesión por parte de los comisionados, hería en lo más vivo el amor propio de cuantos rehuyeron timoratamente las investigaciones. Era ya demasiado que burlasen las pesquisas de tan expertos físicos, unos vulgares y nefandos fenómenos tenidos hasta entonces, en opinión general de los doctos, por consejas de ayas o entretenimiento de criadas histéricas, y relegados al olvido por el Instituto de Francia. Una oleada de indignación cubrió el informe de los comisionados, según el mismo Crookes relata en su folleto *La fuerza psíquica,* encabezado muy hábilmente con la siguiente cita de Galvani: "Dos opuestas sectas me combaten: la de los que saben algo y la de los que no saben nada; pero estoy seguro de haber descubierto una de las mayores fuerzas naturales".

---

[112] Muchos de estos fenómenos habían ocurrido entre las propias familias de los dictaminadores.

[113] Crookes. – *Experimentos de la fuerza psíquica,* 25. Puede aplicárseles la frase del conde de Gabalis diciendo que "no encontraron la cabeza ni la cola del asunto".

Después dice Crookes:

"Tenían por seguro que el resultado de mis experimentos coincidiría con sus prejuicios y no deseaban la *verdad,* sino la corroboración de sus preconcebidas afirmaciones; pero al ver que los hechos resultantes de mis experiencias diferían de su opinión, se retractaron de sus anteriores excitaciones para la investigación de los fenómenos, diciendo: "Home es un hábil hechicero que nos ha engañado a todos". "De la misma manera podía Crookes investigar las artimañas de un prestidigitador indo". "Crookes debiera presentar testigos más fidedignos para que le creyéramos". "La cosa es demasiado absurda para tomada en serio". "Si es imposible, no puede ser". (Nunca declaré yo que fuera imposible, sino que era cierto). "A los investigadores se les ha sugestionado y por ello imaginaron ver lo que jamás hubo". Así otros subterfugios por el estilo"[114].

Todos cuantos de este modo se expresaron, redarguyeron además con hipótesis tan pueriles como la "cerebración inconsciente", la contracción muscular involuntaria y la archirridícula del "chasquido de la rótula", ansiosos de quitar toda importancia "la aparición de la nueva fuerza, hasta que al cabo de ignominiosos tropiezos se resolvieron al silencio, envueltos en el manto de la dignidad, no sin sacrificar a sus colegas en el altar de la opinión pública; pero al salir del palenque de la investigación, donde quedan campeones no tan temerosos, es muy posible que no vuelvan a entrar en él estos infortunados experimentadores[115].

Es mucho más cómodo negar la realidad de los fenómenos psíquicos desde abrigadas posiciones, que señalarles lugar apropiado entre los fenómenos naturales clasificados por las ciencias de observación. ¿Pero cómo podrán lograrlo si dichos fenómenos corresponden a la psicología que con sus ocultas y misteriosas fuerzas es país desconocido para la ciencia moderna? Así es que impotentes para explicar cuanto directamente procede de la naturaleza del alma humana, cuya existencia niegan los más de ellos, é incapaces por otra parte de confesar su ignorancia, arremeten vengativamente los científicos contra quienes sin presumir de sabios creen en el testimonio de sus sentidos.

"Un puntapié tuyo, ¡oh Júpiter!, es suave", dice el poeta Tretiakowsky en una antigua tragedia rusa. Lo mismo podemos decir respecto de los vastos conocimientos de los dioses mayores de la ciencia, en cuestiones menos abstrusas; mas aunque no imitemos su conducta, tampoco hemos de desconceptuarlos ante la opinión pública. Pero por desgracia, no son los dioses quienes más alto claman.

---

114 Crookes. – *"El espiritismo a la luz de la ciencia moderna".*

115 Aksakof. – *Fenómenos mediumnísticos.*

El elocuente Tertuliano llama a Satán y sus retoños “monos de Dios”, porque remedan las obras del Creador. Suerte tienen los filosofastros del día que no haya un nuevo Tertuliano para inmortalizarlos despectivamente como los “monos de la ciencia”.

Pero volvamos a los verdaderos científicos. Dice Aksakof: “Los fenómenos de carácter meramente objetivo demandan la investigación de científicos que los expliquen; pero los pontífices de la ciencia quedan desconcertados ante una cuestión tan sencilla a primera vista, pues parece como si al tratar de ella se vieran en la precisión de faltar, no sólo a la suprema ley moral: la verdad, sino a la suprema ley científica: la experimentación… Advierten que algo muy importante hay en el fondo de todo ello, pues los casos de Hare, Crookes, Morgan, Varley, Wallace y Butleroff sembraron entre ellos el pánico y temen que, de retroceder un paso, se vean precisados a abandonar todo el terreno. Los principios consagrados por el tiempo, las especulativas contemplaciones de toda una vida, de toda una generación, dependen de un sencillo vuelco de la suerte”[116]. Ante experimentos tales como los de Crookes, Wallace, Hare y de la Sociedad Dialéctica, ¿qué cabe esperar de las lumbreras de erudición? La actitud respecto de fenómenos innegables es ya, por sí misma, otro fenómeno sencillamente incomprensible, a menos que admitamos una enfermedad psíquica tan contagiosa como la hidrofobia que, sin exigir nada por el descubrimiento, llamaríamos *psícofobia científica*. Deben de haber aprendido ya a estas horas en la amarga escuela de la experiencia, que las ciencias experimentales tienen su límite, pues mientras haya en la naturaleza un solo misterio inexplicado, es muy peligroso pronunciar la palabra *imposible*.

En su *Investigación de los fenómenos del espiritismo,* somete Crookes a sus lectores las ocho hipótesis siguientes, respecto de los fenómenos observados:

1.ª Los fenómenos son resultado de tretas, fraudes, combinaciones mecánicas y juegos de manos. Los médiums son impostores, y los concurrentes imbéciles.

2.ª Los concurrentes son víctimas de alucinación é imaginan presenciar fenómenos sin realidad objetiva.

3.ª Los fenómenos son resultado de la acción cerebral, ya consciente, ya inconsciente.

4.ª El espíritu del médium se compenetra con el de todos o parte de los concurrentes.

5.ª El espíritu maligno asume la personalidad que le place, con propósito de perjudicar a la religión y perder las almas de los hombres[117].

6.ª Los fenómenos resaltan de la acción de entidades no pertenecientes a la especie humana, pero que viven en la tierra y son capaces de manifestar su presencia en algunas ocasiones. En todo tiempo, y según la época, recibieron estas entidades los diversos

---

[116] Aksakof. – *Fenómenos mediumnísticos.*

[117] Esta es la hipótesis de los teólogos.

nombres de gnomos, hadas, salamandras, sílfides, ondinas, ogros, duendes, trasgos, genios, diablos, enanos, etc.[118].

7.ª Los fenómenos se deben a la acción de las almas de los difuntos[119].

8.ª La energía psíquica opera, por medio de las entidades aludidas, en las cuatro hipótesis inmediatamente precedentes.

La primera hipótesis sólo es válida en casos, por desgracia demasiado frecuentes, pero no tiene importancia alguna con relación a los fenómenos de por sí. Las segunda y tercera son los últimos reductos en que se guarecen los escépticos y materialistas, a quienes puede aplicarse el aforismo jurídico: *Adhuc sub judice lis est.* Por lo tanto, sólo hemos de analizar las otras cuatro hipótesis en las que podremos incluir la octava.

En prueba de lo muy expuesta a error que está toda opinión científica, compararemos los diversos artículos que sobre los fenómenos espiritistas escribió Crookes desde 1870 a 1875. De uno de ellos entresacamos el siguiente pasaje:

"El perfeccionamiento y difusión de los métodos científicos facilitarán la exactitud de las observaciones, con estímulos de mayores anhelos de verdad, en los investigadores futuros, cuyos descubrimientos lanzarán los vanos residuos del espiritismo al desconocido antro de la magia y de la nigromancia."

Sin embargo, en 1875 describía el mismo Crookes, con profusión de pormenores, los fenómenos producidos por el materializado espíritu llamado Catalina King[120]. No cabe suponer que durante dos o tres años seguidos estuviera Crookes sujeto a alguna sugestión extraña o alucinado por completo, pues la materializada forma de Catalina King se le aparecía en su propio despacho en circunstancias incompatibles con todo fraude, y la vieron y oyeron centenares de testigos. Sin embargo, dice Crookes que jamás creyó que Catalina King fuera un espíritu desencarnado. Aun admitiendo la afirmación de Crookes bajo su sola palabra, tendríamos que la materializada forma había de ser forzosamente una de las entidades enumeradas en la sexta hipótesis, según opina el mismo Crookes[121]. Y por cierto, que tan sólo a una hada pudiera aplicarse la poética descripción del insigne físico cuando de ella dice:

"Aparece rodeada de un ambiente de vida, y sus dulces y serenos ojos, tan bellos como los pensamientos celestiales, acrecientan con su mirada la diafanidad del aire. Ante su avasalladora presencia, sentimos que no fuera idolatría hincarnos de rodillas"[122]. Así es que después de haber escrito en 1870 tan acerbas frases contra el

---

[118] Esta es la hipótesis de los cabalistas.

[119] Hipótesis de los espiritistas.

[120] Crookes. – *Lo más reciente acerca de Catalina King*, folleto núm.3, pág.119.

[121] Crookes. – *Lo más reciente acerca de Catalina King*, folleto núm. 1, 7.

[122] Crookes. – *Lo más reciente acerca de Catalina King*, folleto núm. 3, 112.

espiritismo y la magia, después de declarar que todo le parecía cosa de superstición, o por lo menos de inexplicable fraude o alucinación de los sentidos, dice Crookes cinco años más tarde:

"Mayor repugnancia siente mi razón, por contrario al sentido común, a creer que la Catalina King de estos tres pasados años, sea ilusorio efecto de fraudes é imposturas que creer que sea lo que ella afirma ser"[123].

Esta observación demuestra concluyentemente:

1.º Que si bien Crookes tenía el pleno convencimiento de que la forma materializada Catalina King era una entidad, no creía que fuese el médium, ni difunto alguno, sino, por el contrario, una desconocida fuerza de la naturaleza, propensa a las expansiones del amor y de la alegría retozona.

2.º Que a pesar de su absoluta certeza de la existencia de aquella nueva fuerza, no variaba el eminente investigador su escéptica actitud respecto de la cuestión. En una palabra: creía firmemente en el fenómeno, pero negaba que lo produjera la acción del espíritu de un difunto.

Nos parece que por lo concerniente a los *prejuicios del vulgo,* esclarece Crookes un misterio para sumir a las gentes en otro todavía mayor, es decir, que le resulta el *obscurum per obscurius,* pues al rechazar los *despreciables residuos del espiritismo,* se sumerge temerariamente el audaz científico en el *desconocido limbo de la magia y la nigromancia.*

Las leyes hasta ahora conocidas de las ciencias físicas, apenas intervienen en los fenómenos espiritistas, por muy objetivos que sean, y aunque de ellos se infieran visiblemente los efectos de una fuerza desconocida, no han podido todavía los científicos comprobarlos a su sabor ni descubrir las condiciones necesarias y suficientes para su producción, porque ello requiere un estudio tan profundo de la trina naturaleza física, psíquica y espiritual del hombre, cual en otro tiempo lo hicieron los magos, teurgos y taumaturgos.

Hasta ahora, aun los mismos que, a ejemplo de Crookes, han investigado atenta é imparcialmente los fenómenos psíquicos, prescindieron de la causa como si de antemano la diputaran por investigable y les conturbase lo mismo que la causa primera de los fenómenos cósmicos, cuyos infinitos efectos tan cachazudamente observan y clasifican. Sus procedimientos de investigación igualan en insensatez a aquel que para encontrar las fuentes de un río, caminase hacia la desembocadura.

Tan mezquino concepto tienen de la posible acción de las leyes naturales, que, o niegan aun las más sencillas modalidades de fenómenos psíquicos, o han de atribuirlos a milagros que la ciencia rechaza por absurdos, resultando de todo ello desprestigiados

[123] Crookes. – *Investigación de los fenómenos espiritistas*, 45.

los científicos. Si éstos hubieran estudiado los llamados “milagros”, en vez de negarlos, de seguro que ya conocerían muchas leyes naturales que los antiguos conocieron. Como dice Bacón: “El convencimiento no dimana de los argumentos, sino de la experimentación”.

Los antiguos, y sobre todo los magos y astrólogos caldeos, se distinguieron siempre por su ardiente anhelo de inquirir la verdad en las diversas ramas de la ciencia, pues se esforzaban en penetrar los secretos de la naturaleza, por los mismos métodos de observación y experimentación a que recurren los modernos investigadores; y si éstos se resisten a creer que aquéllos ahondaran mucho más en los misterios del universo, no por ello es justo negar que poseyeran vastos conocimientos, ni tampoco acusarles de superstición, pues lejos de haber prueba de estas imputaciones, cada nuevo descubrimiento arqueológico es un testimonio a su favor. Nadie les ha superado aún en conocimientos químicos, y a este propósito dice Wendell en su famosa conferencia acerca de *Las Artes perdidas,* que “la química llegó en tiempos antiguos a una altura *no alcanzada ni siquiera bordeada por nosotros”.* Conocieron el vidrio maleable que, suspendido de un extremo, se iba distendiendo por su propio peso, hasta adelgazarse en forma de cinta flexible que podía arrollarse a la muñeca, y cuyo secreto de fabricación fuera para nosotros tan difícil como volar hasta la luna. Está históricamente comprobado, que un extranjero llevó a Roma, en tiempo de Tiberio, una copa de cristal que al caer sobre el pavimento de mármol no se rompía, sino que tan sólo se abollaba y era fácil restituirle su primitiva forma a martillazos. Si los modernos dudan de ello es porque no saben hacerlo. En Samarcanda y en algunos monasterios del Tíbet, pueden verse hoy día copas y otros objetos de cristal maleable, con añadidura de haber allí quienes afirman que pueden fabricarlos, gracias a su conocimiento del tan ridiculizado *alkahest o* disolvente universal que, según Paracelso y Van Helmont, es un agente natural “capaz de reducir todos los cuerpos sublunares, así homogéneos como heterogéneos, a su *ens primum o* substancia primaria, convirtiéndolos en un licor uniforme y potable, que aun mezclado con agua ú otro zumo cualquiera no pierde su virtud, y si otra vez se mezcla consigo mismo se convierte en agua pura y elemental”. ¿Qué inconveniente hay en admitir la posibilidad de todo esto? ¿Por qué ha de ser utópico este disolvente? ¿Acaso porque los químicos modernos no lo han descubierto? Sin mucho esfuerzo podemos concebir que todos los cuerpos dimanan de una substancia primaria que de acuerdo con la astronomía, geología y física, debió de ser flúida en su originario estado. ¿Por qué no puede el oro, cuya génesis desconocen los químicos modernos, haber sido primitivamente una *substancia básica del oro,* un flúido pesado que, como dice Van Helmont, “por su propia naturaleza y por la firme cohesión de sus partículas tomó el estado sólido”? No es, por lo tanto, despropósito creer que haya una *substancia* universal que reduzca todos los cuerpos a su *genérica substancia.* Van Helmont la califica de “la sal más poderosa y principal que en su grado máximo de simplicidad, pureza y sutilidad, no se altera al reaccionar sobre otras

materias, y tiene suficiente energía para disolver el cuarzo, las piedras preciosas, el vidrio, la sílice, el azufre y los metales, formando una sal roja de peso equivalente, al de las materias disueltas con tanta facilidad como el agua caliente disuelve la nieve".

Este es el flúido que aún hoy se emplea para sumergir el vidrio común y darle maleabilidad.

Tenemos una prueba palpable de semejantes posibilidades. Un corresponsal extranjero de la Sociedad Teosófica, famoso médico que hace más de treinta años se dedica al estudio de las ciencias ocultas, ha obtenido el primario elemento del oro al que llama *legítimo aceite de oro,* que analizado por muchos químicos, se han visto precisados a confesar que no acertaban con el procedimiento de obtención. No debe extrañarnos que este médico se resista a publicar su nombre, pues el ridículo y las preocupaciones vulgares son a veces más peligrosas que la Inquisición antigua. La *tierra adámica* es de linaje emparentado con el *alkahest y uno* de los más importantes secretos alquímicos, que ningún cabalista divulgará, pues como dice muy bien en lenguaje simbólico: "daría explicación de las *águilas* de los alquimistas y las águilas tienen las alas cortadas". Es un secreto que Tomás Vaughan (Eugenio Filaleteo), tardó veinte años en aprender.

A medida que la aurora de las ciencias físicas fué acrecentándose en luz diurna, las ciencias espirituales se sumergieron en cada vez más densas sombras, hasta el punto de negarlas muchos muy rotundamente. A los eminentes psicólogos de otras épocas se les tiene hoy por ignorantes y supersticiosos, cuando no por saltimbanquis y prestidigitadores, pues el sol de la ciencia brilla en nuestros días con tal esplendor, que parece axiomático que los antiguos nada sabían y estaban envueltos en las brumas de la superstición. Pero olvidan sus detractores que el sol de nuestro tiempo será obscura noche en comparación del luminar futuro, y que así como los científicos de nuestro siglo tildan de ignorantes a sus antepasados, tal vez sus descendientes digan de ellos que *nada sabían.*

La marcha del mundo es cíclica. Las razas futuras serán reproducción de otras hace siglos desaparecidas, mientras que la nuestra acaso reproduce la existente diez mil años atrás. Tiempo ha de llegar en que reciban su merecido cuantos hoy detractan públicamente a los herméticos, pero que en privado consultan sus polvorientos volúmenes para plagiar sus ideas. A este propósito exclama honradamente Pfaff: "¿Quién ha tenido tan claro concepto de la naturaleza como Paracelso? Fué el audaz fundador de la química médica y de innovadoras escuelas, victoriosas en la controversia, y uno de los pensadores que dieron más acertada orientación al estudio de la naturaleza de las cosas. Lo que en sus obras dice acerca de la piedra filosofal, de los pigmeos y gnomos, de los homúnculos, del elixir de larga vida y demás temas hoy

aducidos por sus detractores para regatearle méritos, no puede debilitar nuestro agradecimiento y admiración por sus obras y por su noble vida"[124].

Muchos médicos, químicos y magnetizadores nutrieron su mente en las obras de Paracelso. De él tomó Hufeland su teoría de las enfermedades infecciosas, a pesar de que Sprengel le llama "el charlatán de la Edad Media", si bien en cambio reivindica Hemman la teoría del insigne filósofo diputándole noblemente por el químico más ilustre de su época"[125]. Lo mismo dicen Molitor[126] y el eminente psicólogo alemán Ennemoser[127], de cuyos estudios sobre Paracelso se infiere que este hermético fué "el más admirable talento de su tiempo". Pero las lumbreras modernas presumen de aventajarle en sabiduría, y han hundido en el " limbo de la magia" las ideas de los rosacruces acerca de los espíritus elementales, duendes y hadas como si fueran cuentos infantiles[128].

Concedemos de buen grado a los escépticos que en la mitad y más de los fenómenos psíquicos interviene el fraude más o menos hábilmente dispuesto, según prueban recientes manifestaciones de médiums materializados; pero quedan todavía muchísimos otros fenómenos perfectamente auténticos, en espera de comprobación por parte de los científicos que se verán precisados a efectuarla con toda sinceridad, cuando los espiritistas sean lo suficientemente razonables para no proporcionar armas a sus adversarios.

¿Qué concepto formarán los espiritistas sensibles del espíritu guía que después de haberse servido año tras año, de un pobre médium, lo abandona de repente cuando más necesita de su auxilio? Tan sólo seres sin *alma ni conciencia* pueden hacerse reos de tamaña injusticia. ¿Es acaso por la fuerza de las circunstancias? Mero sofisma. ¿Qué espíritus son esos qué no convocan si es necesario un ejército de espíritus amigos para salvar al inocente médium del abismo abierto bajo sus plantas? Lo que sucedió en pasados tiempos puede también suceder en los nuestros. *Apariciones hubo antes del espiritismo moderno y fenómenos análogos a los de hoy se produjeron en toda época.* Si las presentes manifestaciones psíquicas son ciertas é indudables, también debieron serlo los milagros y proezas taumatúrgicas de la antigüedad, porque los de ayer no

---

[124] Pfaff. – *Astrología.*

[125] *Ensayos médico–quirúrgicos.*

[126] *Filosofía de la Historia.*

[127] De Teofanía. Magia de Paracelso.

[128] Dice Kemshead en su *Química inorgánica,* que Paracelso menciona por vez primera el hidrógeno cuya existencia apenas se sospechaba. Pero ¿por qué no confesar al mismo tiempo con franqueza que Paracelso redescubrió el hidrógeno así como también las propiedades del imán y con ellas el magnetismo animal? Es fácil comprender que el obligado sigilo de los rosacruces alquimistas, impedía a Paracelso divulgar sus conocimientos. No fuera tarea muy ardua para un químico versado en las obras de Paracelso demostrar que los alquimistas conocieron el oxígeno cuyo descubrimiento se atribuye a Priestley.

tienen mejor testimonio que los de hoy. Pero aun cuando admitamos la impostura de los dos tercios de manifestaciones psíquicas que torrencialmente van derramándose de uno a otro extremo del globo, ¿qué decir de las indudablemente auténticas? Entre los fenómenos comprobados, hay sublimes, magnas y divinas comunicaciones dadas por médiums, ya profesionales, ya espontáneos. A veces son niños y personas sencillas de cuya boca recibimos enseñanzas, máximas filosóficas, poesías, oraciones inspiradísimas, composiciones musicales y obras pictóricas dignas de los comunicantes. Con frecuencia se han cumplido sus vaticinios, y a veces se elevaron a disquisiciones morales de positiva eficacia. ¿Quiénes son estos espíritus, estas inteligentes potestades, externas sin duda alguna al médium, y con entidad *per se*. Verdaderamente, son *inteligencias* tan distintas de los trasgos y duendes, como el día de la noche.

Reconocemos la gravedad del caso. Cada vez va generalizándose más la sujeción de los médiums a esos "espíritus" falaces con *apariencia* diabólica, cuyos efectos se multiplican perniciosamente. Algunos de los mejores médiums se han retirado de las sesiones públicas y el movimiento espiritista toma cariz de iglesia. Nos atrevemos a pronosticar que si los espiritistas no aprenden en la filosofía a distinguir de espíritus y precaverse de los de mala índole, antes de veinticinco años se habrán refugiado en la iglesia romana huyendo de los "guías y directores a que por tanto tiempo estuvieron aficionados". Ya empiezan a manifestarse las señales de esta catástrofe. En el reciente Congreso de Filadelfia hubo quienes propusieron fundar una secta de espiritistas *cristianos*. Esto se deriva de que, separados de la Iglesia é ignorantes de la filosofía de los fenómenos y de la naturaleza de las entidades espirituales, están sumidos en un mar de incertidumbres como buque sin timón ni brújula. No pueden substraerse al dilema: o con Porfirio o con Pío IX.

Aunque científicos tan legítimos como Wallace, Crookes, Wagner, Butlerof, Varley, Buchanan, Hare, Reichenbach, Thury, Perty, Morgan, Hoffmann, Goldschmidt, Gregory, Flammarion, Cox y algunos otros creen firmemente en los fenómenos psíquicos, hay entre ellos quienes rechazan la hipótesis de que tengan por causa los espíritus de los difuntos. Por lo tanto, es lógico suponer que si la Catalina King, de Londres, de tan notoria autenticidad, no es el espíritu de un difunto, había de ser forzosamente el condensado fantasma astral de alguna entidad, o bien uno de los duendes de los rosacruces ó, en último término, una fuerza natural todavía desconocida. Pero poco importa que sea espíritu angélico o maligno desde el momento en que, según rigurosas comprobaciones, no era una forma sólida y densa, sino una aparición, un *aliento,* un espíritu. Es una inteligencia que actúa externamente al organismo del médium y, por lo tanto, forzoso es reconocerle existencia, aunque invisible. Pero ¿qué es este alguien impalpable que piensa y habla, si no es persona humana?; ¿cómo manifestaría emoción, remordimiento, temor, alegría y demás afectos anímicos si de por sí no sintiese?; ¿por qué algunas de estas misteriosas manifestaciones se gozan en burlar al investigador sincero y menosprecian los más nobles sentimientos humanos? Tan sólo el

verdadero psicólogo es capaz de desentrañar este misterio si cuida de consultar las polvorientas obras de los desdeñados herméticos y teurgos.

Dice el famoso platonista[129] Enrique More al replicar a un escéptico de su época llamado Webster, que negaba los fenómenos psíquicos:

"Respecto a la opinión sustentada por la mayor parte de los predicadores reformados, de que el demonio tomó la figura de Samuel al aparecerse a Saúl, no merece tenerla en cuenta. Sin embargo, yo creo que en muchas de estas apariciones nigrománticas intervienen *espíritus burlones, pero de ningún modo se aparecen las almas de los difuntos*. Respecto de la aparición del alma de Samuel, y lo mismo en otros casos de nigromancia, creo que pueden ser debidos a espíritus como los que Porfirio describe, los cuales asumen las más variadas formas y aspectos, de modo que unos aparecen en figura de demonios y otros en la de ángel o en la de algún difunto. Un espíritu de este linaje pudo muy bien *personificar a* Samuel, por más que Webster lo niegue con burdos y endebles argumentos".

Cuando tan insigne filósofo como Enrique More da semejante testimonio, bien vale decir que fundamos sólidamente nuestra opinión. Investigadores muy eruditos, pero también muy escépticos en lo referente a los espíritus en general y a los de los difuntos en particular, se han devanado los sesos durante los últimos veinte años para dar nombres nuevos a una idea antiquísima. Según Crookes, Sergeant y Cox, la causa de los fenómenos es la "fuerza psíquica"; Thury la llama *psícoda o* fuerza *ecténica;* Balfour Stuart, fuerza electro–biológica; Faraday, tan insigne físico como torpe psicólogo, "acción muscular inconsciente" y "cerebración inconsciente", con otras denominaciones por el estilo; Hamilton, un pensamiento latente; Carpenter, "idea motora capital". Tantos científicos, tantos nombres.

Hace años, el filósofo alemán Schopenhauer afirmó la coexistencia de la materia y de la fuerza, diciendo que el universo es la voluntad manifestada en fuerzas cuyas modalidades corresponden a los diferentes grados de objetividad. Esta doctrina aceptó Vallace al convertirse al espiritualismo, y fué precisamente la expuesta por Platón al decir que "todas las cosas visibles proceden de la invisible y eterna voluntad que las modela, y que los cielos están plasmados en el eterno modelo del "mundo ideal" contenido en el dodecaedro o arquetipo geométrico de la Divinidad"[130]. Según Platón, la substancia primaria emanó de la mente demiúrgica *(nous)* donde desde la eternidad reside la *idea del mundo que ha de ser* y que *es* en cuanto la idea emana de la divina mente[131]. Las leyes de la naturaleza no son ni más ni menos que las relaciones entre la

---

[129] Dícese de los comentadores é intérpretes de las obras de Platón, así como en España llamamos cervantista al versado en las obras de Cervantes. – *N. Del T.*

[130] *Timeo.*

[131] Movers. – *Interpretaciones.*

idea demiúrgica y sus diversas formas de manifestación[132] cuyo número cambia de continuo dentro del tiempo y del espacio.

Sin embargo, distan mucho de ser estas enseñanzas originales de Platón, pues en los *Oráculos caldeos* se lee: "Las obras de la naturaleza coexisten con la intelectual (νοέρῳ) y espiritual luz del Padre. Porque el alma (ψυχή) adorna el inmenso cielo y lo embellece según voluntad del Padre"[133].

Por su parte dice Filón, a quien erróneamente se le supone discípulo de Platón: "El mundo incorpóreo estaba ya entonces fundamentado en la mente divina"[134].

La *Teogonía* de Mochus admite dos principios: el éter y el aire, de los que procede el Dios *manifestado* (νοητός) el dios Ulom o universo material y visible[135].

En los *Himnos Orficos,* el *Eros–Phanes* nace del huevo espiritual fecundado por el viento etéreo, símbolo del "espíritu de Dios" que desde toda eternidad cobija la *ideación* divina[136].

En el *Kathopanishada,* el Espíritu divino (Purusha) es preexistente a la substancia primordial con la que se une para engendrar el *Mahâ–Atmâ o Brâhmâ,* es decir, el *Espíritu de vida*[137], el *Anima Mundi,* equivalente a la *Luz Astral* de los teurgos y cabalistas.

Pitágoras aprendió sus doctrinas en los santuarios de Oriente, encubriéndolas bajo simbolismos numéricos; pero su discípulo Platón las expuso en forma más inteligible, de modo que las comprendieran los no iniciados, aunque manteniendo todavía las fórmulas esotéricas. Así dice que el *Pensamiento* divino es el padre, la *Materia* la madre y el Cosmos el hijo[138].

Según afirma Dunlap[139], en la religión egipcia había un Horus mayor, hermano de Osiris, y un Horus menor, hijo de Osiris y de Isis. El primero simbolizaba la *idea* del universo, contenida en la mente demiúrgica, la idea "surgida en la obscuridad antes de la creación del mundo"; y el segundo era la misma *idea* ya emanada del Logos, revestida de materia y actualizada en existencia[140].

---

[132] Para Schopenhauer las formas fundamentales son tres: tiempo, espacio y causalidad.

[133] Cory. – *Oráculos Caldeos*, 243.

[134] Filo Judeo. – *De la Creación.*

[135] Movers. – *Phoinizer*, 282.

[136] K. O. Müller, 236.

[137] Weber. – *Akd. Vorles*, 213 y sig

[138] Plutarco. – *Isis y Osiris,* I– VI.

[139] *Historia del espíritu del hombre*, p.88.

[140] Movers. – *Phoinizer*, 268.

Dicen los *Oráculos Caldeos:* "El Dios del mundo es eterno, ilimitado, joven y viejo y de forma sinuosa"[141].

La frase "forma sinuosa" es símbolo de la vibración de la luz Astral que los sacerdotes de la antigüedad conocían perfectamente, aunque no tuvieran del éter el mismo concepto que los modernos, pues por éter significaban la *Idea* eterna, compenetrada en el universo, es decir, la *Voluntad* que actualizada en *energía* organiza la *materia.*

Dice Van Helmont: "La voluntad es la potencia capital y superior de todas. La voluntad del Creador puso en movimiento todas las cosas. La voluntad es atributo de todas las entidades espirituales y se desenvuelve con tanta mayor actividad cuanto más libre está de la materia".

Y Paracelso, por sobrenombre "el divino", añade: "La fe ha de ser la corroboradora de la imaginación, pues por la fe se establece la voluntad… En todas las obras mágicas , es requisito indispensable la firmeza de voluntad… Las artes no tienen reglas fijas y ciertas, porque los hombres no saben imaginar ni creer en el resultado eficaz de lo que imaginan". La negativa energía de la incredulidad y el escepticismo, aplicada en la misma dirección, pero en sentido contrario y con igual intensidad, es la única potencia capaz de resistir a la positiva energía del espiritualismo y de equilibrarla dinámicamente. No les ha de maravillar, por lo tanto, a los espiritistas que la presencia de escépticos empedernidos o de quienes asistan a las sesiones con preconcebida animosidad, sea impedimento para la manifestación fenoménica, pues si no hay en la tierra ningún poder *consciente* sin otro opuesto a su acción, ¿qué tiene de extraño que el poder *inconsciente* de un médium quede paralizado de pronto por otro poder opuesto y también inconscientemente ejercido? Tyndall y Faraday se engrieron de que no ocurriera fenómeno alguno mientras estuvieron presentes en las sesiones. Sin embargo, esto debiera haber demostrado a tan eminentes físicos la existencia de una fuerza merecedora de su atención, pues si las manifestaciones hubiesen sido fraudulentas en grado bastante para engañar a los concurrentes, no se librara del engaño ni el mismo Tyndall, a pesar de su valía científica, no acorde por cierto con su falta de maliciosa observación. Nadie ha superado en obras milagrosas a Jesús, y sin embargo, la corriente de su voluntad tropezó a veces con el escepticismo de las gentes, según corrobora aquel pasaje que dice: "Y no obró allí prodigios a causa de la incredulidad de las gentes".

En la filosofía de Schopenhauer se vislumbran estos mismos conceptos, y no harían mal los modernos investigadores si la estudiaran, pues en ella encontrarían singulares hipótesis basadas en ideas antiguas, aparte de especulaciones acerca de los *nuevos* fenómenos psíquicos que les ahorraran el trabajo de pergeñar otras. Las fuerzas psíquica, ecténica y electro–biológica, el pensamiento latente, la cerebración

[141] Cory. – *Fragmentos*, 240.

inconsciente y todas las hipótesis forjadas por los modernos investigadores, pueden resumirse en dos palabras: la *luz astral* de los cabalistas.

Los valientes conceptos de Schopenhauer difieren completamente de los de la mayoría de experimentadores. Dice el ilustre filósofo: "En realidad no cabe distinguir entre *materia y espíritu.* La gravitación de una piedra es tan inexplicable como el pensamiento en el cerebro humano. Si no sabemos *por qué* cae al suelo un objeto material, tampoco sabremos si este objeto es o no capaz de pensar… Aun en las mismas ciencias físicas, tan pronto como pasamos de lo experimental a lo especulativo, de lo físico a lo metafísico, nos atajan el paso las enigmáticas fuerzas de cohesión, afinidad, gravitación, etc., cuyo misterio es para nuestros sentidos tan profundo como la voluntad y el pensamiento humanos. Entonces nos vemos frente a frente de las inescrutables fuerzas de la naturaleza. ¿Dónde esta, pues, esa *materia* que presumís de conocer tan bien y con la que os creéis familiarizados hasta el punto de deducir de ella todas vuestras teorías y de atribuirle cuanto os parece? Nuestra razón y nuestros sentidos sólo son capaces de conocer lo superficial, pero jamás penetrarán en la íntima substancia de las cosas. Tal era la opinión de Kant. Si admitís algo *espiritual* en el hombre, forzosamente habéis de admitirlo también en la piedra. Si vuestra muerta y pasiva materia tiene la propiedad de gravitar, atraer, repeler y fulgurar, no es razón negarle la de pensar como piensa el cerebro. En suma: cada partícula del llamado espíritu puede substituirse equivalentemente por otra de materia, y cada partícula de materia, por otra de espíritu… Así resulta que la cartesiana división de las cosas en materia y espíritu es filosóficamente inexacta, y conviene diferenciarlas en volun*tad* y *manifestación,* con la ventaja de espiritualizar todas las cosas, pues lo real y objetivo, los cuerpos y la materia de la división cartesiana, los consideramos como manifestación dimanante de la voluntad"[142].

Estas opiniones corroboran lo que ya dijimos acerca de las diversas denominaciones dadas a una misma cosa, como si los adversarios disputaran sobre palabras. Llámese fuerza, energía, electricidad, magnetismo, voluntad o potencia espiritual a la causa del fenómeno, siempre será la parcial manifestación del *alma,* encarnada o desencarnada, de una partícula de la inteligente, omnipotente é individual *Voluntad* que llena la naturaleza toda y a que, por insuficiencia de lenguaje humano para expresar los conceptos psicológicos, llamamos Dios.

Las ideas que sobre este punto exponen algunos filósofos modernos son erróneas en muchos aspectos, desde el punto de vista cabalístico. Hartmann califica sus propias opiniones de *prejuicio instintivo* y afirma que la experimentación no ha de tener por objeto la materia propiamente dicha, sino las fuerzas que en ella actúan, de lo cual infiere que la llamada materia es tan sólo agregación de fuerzas atómicas, pues de lo contrario sería la materia una palabra sin sentido científico. Mas a pesar de su sincera

[142] *Parerga*, II, 111 y 112

confesión, de que nada saben con seguridad acerca de ella[143], los experimentadores físicos, fisiólogos y químicos *divinizan la materia*. Todo fenómeno con cuya explicación no aciertan, sirve de incienso en el altar de la diosa predilecta de la ciencia.

Nadie trata tan magistralmente este asunto como Schopenhauer en su *Parerga*. Estudia detenidamente el magnetismo animal, la terapéutica simpática, la profecía, la magia, las agüeros, las apariciones espectrales y otros fenómenos psíquicos, respecto de lo cual dice: "Todas estas manifestaciones son ramas del mismo árbol y prueban irrefutablemente la existencia de una categoría de seres pertenecientes a un orden de la naturaleza muy distinto del que se basa en las leyes del espacio, del tiempo y de la adaptación. Este otro orden es mucho más profundo porque es el originario y directo, y de nada valen las comunes leyes de la naturaleza que tan sólo atañen a la forma. Por lo tanto, bajo el régimen de este orden superior, ni el tiempo, ni el espacio pueden separar a las entidades individuales, y la separación determinada por las formas corpóreas no son barreras infranqueables para el intercambio de pensamientos y la inmediata acción de la voluntad. De este modo pueden ocurrir cambios por procedimientos completamente diferentes de la causalidad física, es decir, mediante la voluntad manifestada en acción, externamente al individuo. Así resulta que el carácter peculiar de las antedichas manifestaciones es la *visión* y *acción a distancia,* tanto respecto del tiempo como del espacio. Esta acción a distancia es precisamente la característica fundamental de la llamada magia, porque es la acción inmediata de nuestra voluntad, una acción independiente de las condiciones causales de la acción física, es decir, del contacto material.

"Además, estas manifestaciones contradicen lógica y esencialmente el materialismo, y aún el naturalismo, porque de ellas se infiere que el orden de cosas consideradas por estas dos últimas escuelas como absolutas y exclusivamente legítimas, resultan, por el contrario, superficiales y fenoménicas, en cuyo fondo hay algo *aparte y del* todo independiente de sus propias leyes. Por lo tanto, estas manifestaciones psíquicas son las más importantes de cuantas se han ofrecido al estudio de observación, por lo menos desde el punto de vista puramente filosófico, y todo científico está obligado, a conocerlas"[144].

La comparación entre los filosóficos conceptos de Schopenhauer y las superficiales generalidades de algunos académicos franceses, nos servirá tan sólo para acreditar la valía intelectual de ambas escuelas. Ya hemos visto que la alemana trata profundamente las cuestiones filosóficas y ahora podemos cotejarla con lo mejor de cuanto el astrónomo Babinet y el químico Boussingault nos dicen de los fenómenos psíquicos. En el curso de 1854 a 1855, presentaron estos dos distinguidos intelectuales a la Academia de Ciencias de París, una memoria en la que corroboraban y al mismo

---

[143] Huxley. – *Fundamentos físicos de la vida.*

[144] Schopenhauer. – *Parerga. – La Voluntad en la Naturaleza.*

tiempo aclaraban la demasiado compleja hipótesis con que el doctor Chevreuil explicaba el fenómeno de las mesas rotatorias, investigado por la comisión científica de que formaba parte. Dice así:

"Respecto a los supuestos movimientos y oscilaciones de ciertas mesas no puede atribuírseles otra causa que las *invisibles* é involuntarias vibraciones del sistema muscular del experimentador, de modo que la continuada contracción de los músculos acaba por establecer una serie de vibraciones que determinan un *temblor visible* cuyo efecto es la rotación de la mesa, con energía bastante para acelerar el movimiento y para transmutarlo en resistencia cuando se le quiere detener. De aquí que no ofrezca dificultad alguna la clara explicación física del fenómeno"[145].

Ciertamente que esta hipótesis resulta tan clara como una nebulosa de las observadas por el astrónomo Babinet en noche de niebla. Pero, no obstante su claridad, le falta la importantísima condición del sentido común. No sabemos si Babinet acepta o no como último recurso la afirmación de Hartmann respecto a que "los *visibles electos* de la materia son *efectos de la fuerza",* y que para tener claro concepto de la materia debemos tenerlo previamente de la fuerza. La escuela a que pertenece Harmann, cuyos principios aceptan en parte los sabios alemanes, enseña que el problema de la materia sólo puede resolverlo aquella fuerza a cuyo conocimiento llama Schopenhauer "ciencia mágica" o "acción de la voluntad". Por lo tanto, es preciso saber ante todo si las "vibraciones involuntarias del sistema muscular del experimentador" que al fin y al cabo son "efectos de la materia" están determinadas por una voluntad *externa* al experimentador o *propia* de él. Si lo primero, sería un epiléptico inconsciente, según Babinet; si lo segundo, atribuye las respuestas inteligentes dé la mesa parlante a un "ventriloquismo inconsciente". Sabemos que, según la escuela alemana, toda acción de la voluntad se manifiesta en fuerza, y las manifestaciones de las fuerzas atómicas son acciones individuales de la voluntad, que dan por resultado la espontánea precipitación de los átomos en imágenes concretas, ya forjadas subjetivamente por la voluntad. De acuerdo con su maestro Leucipo, enseñaba Demócrito que los átomos *en el vacío* fueron el principio de todas las cosas existentes en el universo, entendiendo por *vacío,* en sentido cabalístico, la Divinidad *latente* cuya primera manifestación es la *voluntad* que comunica el primer impulso a los átomos que, al cohesionarse, constituyen la materia. Sin embargo, el nombre de *vacío* es menos apropiado que su sinónimo caos, porque, según los peripatéticos, "la naturaleza tiene horror al vacío".

Las alegorías, aparte de otros elementos de juicio, demuestran que, mucho antes de Demócrito, estaban ya familiarizados los antiguos con la idea de la indestructibilidad de la materia. Movers define el concepto fenicio de la ideal luz solar, diciendo que era la espiritual influencia emanada del supremo Dios, *Iao,* la luz tan sólo concebible por la mente, el principio así físico como espiritual de todas las cosas del cual emana el alma.

[145] *Revista de Ambos Mundos*, 15 de Enero de 1885, p.108.

Es la esencia masculina o sabiduría, mientras que el caos es la esencia femenina. Así tenemos, que la materia y el espíritu eran ya para los fenicios los dos principios coeternos é infinitos. Esta teoría es tan antigua como el mundo, y no fué Demócrito su autor, pues la intuición del hombre precedió al ulterior desenvolvimiento de su razón. Las escuelas materialistas son incapaces de explicar los fenómenos ocultos, porque niegan a Dios, en quien reside la Voluntad. Su desconocimiento de los fenómenos psíquicos, y lo absurdo de las hipótesis con que pretenden explicarlos, dimanan de que a *priori* desdeñan cuanto puede empujarles a transponer los límites de las ciencias experimentales y entrar en los dominios de la psicología o de la que no fuera incongruente llamar fisiología metafísica. Los filósofos antiguos afirmaban que todas las cosas visibles é invisibles surgían a la existencia por manifestación de la Voluntad, a que Platón llamó *Idea divina*, y que así como esta Idea da existencia objetiva a la materia con sólo enfocar su voluntad en un centro de fuerzas localizadas, así también el hombre, el microcosmos respecto del macrocosmos, da forma objetiva a la materia en proporción del vigor de su voluntad. Los átomos imaginarios[146] son como operarios movidos automáticamente a influjo de la Voluntad universal que en ellos se enfoca y, manifestada en fuerza, los pone en actividad. El proyecto del futuro edificio está en la mente del Arquitecto y es reflejo de su voluntad que, abstracta desde el momento de concebirlo, se concreta en cuanto los átomos imaginarios obedecen a los puntos, líneas y formas trazadas en la mente del divino geómetra.

Como Dios crea, así crea el hombre. Dadle voluntad lo suficientemente vigorosa y subjetivará las formas mentales, que muchos llaman alucinaciones, aunque para quien las forja sean tan reales como los objetos tangibles. Si aumenta el vigor de la voluntad é inteligentemente la dirige, condensará las formas en objetos visibles. Este es el secreto de los secretos, y quien lo aprende, merece el título de *mago*.

Los materialistas nada pueden argüir contra esto, desde el punto en que para ellos es materia el pensamiento. Si tal supusiéramos, tendríamos que el ingenioso mecanismo proyectado por el inventor, las encantadoras escenas surgidas de la mente del poeta, los soberbios lienzos pintados por la viva imaginación del artista, la incomparable estatua cincelada en el pensamiento del escultor, los palacios y castillos planeados por el arquitecto, debieran existir objetivamente, a pesar de ser subjetivos é invisibles, porque el pensamiento, según los materialistas, es materia plasmada en forma. ¿Cómo negar entonces que haya hombres de voluntad lo bastante potente para transportar al mundo visible estas creaciones mentales y revestirlas de materia tangible?

Si los científicos franceses no han cosechado laureles en el nuevo campo de investigación, tampoco los cosecharon los científicos ingleses hasta que Crookes se ofreció en holocausto por los pecados del mundo científico. Al cabo de veinte años de desdenes, consiente Faraday en hablar un par de veces de este asunto, no obstante

[146] Figura de dicción empleada por Demócrito y tomada al pie de la letra por los materialistas.

servir su nombre de conjuro contra los hechizos del espiritismo entre cuantos discuten los fenómenos psíquicos, y de ser ya notorio que en su vida vió una mesa giratoria el ilustre físico, que se avergonzaba de haber publicado sus investigaciones sobre tan degradante creencia. No tenemos más que desdoblar unos cuantos olvidados números del *Journal des Debats,* correspondientes a la época en que actuaba en Inglaterra un notable médium escocés, para restituir a pasados acontecimientos su primitiva lozanía. En uno de dichos números se erige Foucault en campeón del famoso físico inglés, diciendo: "No vaya a creerse que el insigne físico se ha olvidado de sí mismo hasta el extremo de sentarse prosaicamente junto a una mesa rotatoria". Entonces, ¿de qué se avergonzaba el caudillo de la filosofía experimental? Aprovecharemos esta coyuntura para hablar del indicador de Faraday, el famoso aparato que inventó para *atrapar a los médiums,* es decir, para sorprender los fraudes mediumnímicos, según describe el marqués de Mirville, en *La cuestión de los espíritus,* esta complicada máquina cuyo recuerdo turba el sueño de los médiums impostores.

Para comprobar la impulsión del médium, colocaba Faraday varios discos de cartón adheridos tangencialmente uno con otro por medio de cola, que se desprendían por efecto de una presión continuada. Ahora bien: luego de girar la mesa, si es que a tanto se había atrevido en presencia de Faraday, lo cual no deja de ser significativo, se examinaban los discos y al ver que habían resbalado en la misma dirección que el giro de la mesa, resultaba de ello la prueba incontrovertible de que el médium había *empujado* el mueble.

Otro aparato de comprobación de los fenómenos psíquicos consistía en un pequeño dinamómetro que delataba el más leve impulso del médium, ó, según decía el mismo Faraday, " indicaba el paso del estado pasivo al activo". Este dinamómetro, indicador del impulso, demostraba tan sólo la acción de una fuerza que emanaba de los observadores o los dominaba. Pero ¿quién ha negado jamás la existencia de una fuerza en estos fenómenos? Todos admitimos que esta fuerza pasa a través del médium, como generalmente sucede o actúa con entera independencia del mismo, según ocurre bastantes veces. A este propósito, dice de Mirville: "El verdadero misterio está en la desproporción entre la fuerza desplegada por los médiums (que empujaban porque a ello se veían forzados) y los efectos de rotación cuya índole es realmente prodigiosa. En presencia de tan pasmosos efectos, ¿cómo suponer que las liliputienses experiencias de esta índole tengan valor alguno en la tierra de gigantes hace poco descubierta?"[147],

Con mayor mala fe procedió el profesor Agassiz, cuya reputación científica corría parejas en América con la de Faraday en Inglaterra. El notable antropólogo Buchanan, que ha tratado mejor que nadie en América del espiritismo, habla de Agassiz con justa indignación, pues no tenía motivo para escarnecer los fenómenos que en sí mismo había

[147] *La cuestión de los espíritus.*

experimentado. Pero como Faraday y Agassiz están ya *desencarnados,* vale más ocuparnos de los vivos que de los muertos.

Resulta, por lo tanto, que los modernos escépticos niegan una fuerza del todo familiar a los antiguos tiempos. En épocas antediluvianas tal vez jugarían con esta fuerza los chiquillos, como los que describe Bulwer Lytton en *La raza futura,* juegan con el tremendo *vril o agua de Phtha. Los* antiguos llamaron a la antedicha fuerza *Anima mundi* y los herméticos medioevales le dieron los nombres de *luz sidérea, leche de la Virgen, magnes y otros* varios. Pero los modernos eruditos repudian tales denominaciones, porque tienen sabor de magia, que, según ellos, es grosera superstición.

Apolonio y Jámblico afirman que el poderío del hombre que anhela superar a los demás, "no consiste en el conocimiento de las cosas *externas,* sino en la perfección del alma interna"[148].

Así llegaron ellos al conocimiento de sus almas divinas cuyos poderes emplearon con toda la sabiduría alcanzada por el estudio esotérico del hermético saber heredado de sus antecesores. Pero los filósofos del día no pueden o no se atreven a llevar sus tímidas miradas más allá de lo *comprensible*. Para ellos no hay vida futura ni divinos ensueños, que desdeñan por contrarios a la ciencia. Para ellos los antiguos son "ignorantes antepasados", y miran con despectiva compasión a todo autor que crea inherentes al ser humano las misteriosas ansias de ciencia espiritual.

Dice un proverbio persa: "Cuanto más obscuro está el cielo, más brillan las estrellas." Así, en el negro firmamento de la Edad Media aparecieron los misteriosos Hermanos de la Rosa Cruz, que no organizaron asociaciones ni instituyeron colegios, porque, acosados por todas partes como fieras, los tostaba sin escrúpulo la iglesia católica en cuanto caían en sus manos. A este propósito dice Bayle: "Como la religión prohíbe el derramamiento de sangre en su máxima *Ecclesia non novit sanguinem,* quemaban a las víctimas, cual si al quemarlas no vertiesen su sangre".

Varios de estos místicos, guiados por las enseñanzas aprendidas en manuscritos secretamente conservados de generación en generación, llevaron a cabo descubrimientos que no desdeñarían hoy las ciencias experimentales. El monje Rogerio Bacón, vituperado de charlatán y tenido por aprendiz de artes mágicas, pertenece de derecho, sino de hecho, a la Fraternidad de los estudiantes de ocultismo. Floreció en el siglo XIII con Alberto el Magno y Tomás de Aquino, y sus descubrimientos de la pólvora, de las lentes ópticas y varios mecanismos, fueron atribuidos a hechicería por pacto demoníaco, y de ellos se aprovechan hoy mismo quienes más le escarnecen.

---

[148] Bulwer lytton. – *Zanoni*.

En un drama de la época de Isabel de Inglaterra, escrito por Roberto Green y basado en la historia legendaria de Rogerio Bacón, se dice, que habiendo sido presentado al rey, le pidió éste que demostrase algo de su saber ante la reina, y que él entonces movió la mano y oyóse al punto una música tan armoniosa como jamás la oyera ninguno de cuantos la escuchaban. Fué la música en crescendo y de pronto aparecieron cuatro figuras que danzaron un buen espacio, hasta desvanecerse en el aire. Movió de nuevo el monje la mano y súbitamente se difundió por la estancia tan exquisito perfume que parecía hábilmente preparado con los más finos y delicados aromas del mundo. Aseguró después Bacón a uno de los caballeros allí presentes, que iba a presentarle la mujer de quien andaba enamorado, y descorriendo las cortinas de la cámara regia, apareció a los ojos de los circunstantes una cocinera cucharón en mano que desapareció con igual presteza. Encolerizado el orgulloso caballero por aquella humillación, amenazó al monje con su venganza, pero él repuso tranquilamente: “No me amenace vuestra gracia, porque mayor pudiera ser su vergüenza, y ande alerta en decir otra vez que los letrados mienten”.

Un historiador moderno[149] comenta este relato, diciendo: “Puede considerarse esto como ejemplo de la clase de manifestaciones resultantes, sin duda, de un conoci*miento profundo* de las ciencias naturales”. Nadie ha dudado nunca que resultaran de semejantes conocimientos, y no otra cosa dijeron los herméticos, magos, astrólogos y alquimistas. A la verdad, no es culpa suya que las masas ignorantes, excitadas sin escrúpulo por el clero fanático, hayan atribuido a diabólicas influencias los fenómenos psíquicos; y por otra parte, las terribles torturas inquisitoriales retrajeron de la manifestación de sus facultades a los filósofos ocultistas, quienes dijeron en sus obras esotéricas, que da magia es la aplicación de causas naturales y activas a las cosas pasivas, para determinar efectos prodigiosos, pero completamente naturales”.

El fenómeno de la música y de los aromas que Rogerio Bacón operó en la corte de Inglaterra, se ha repetido con frecuencia en nuestra época. Prescindiendo de nuestras personales experiencias, diremos que, según informes de los corresponsales ingleses de la Sociedad Teosófica, hubo casos en que oyeron músicas y percibieron fragancias, sin que nada señalase su procedencia, por cual motivo atribuyeron el fenómeno a la influencia de los espíritus. Uno de dichos corresponsales informó diciendo, que en cierta ocasión la casa donde se celebraban reuniones espiritistas de carácter íntimo quedó impregnada durante muchas semanas de intenso aroma de sándalo. Otro corresponsal describe el fenómeno que llama *toque musical*. Las mismas potencias capaces de producir hoy estos fenómenos debieron existir y tener idénticas facultades en la época de Bacón. Respecto a las apariciones espectrales, baste decir que también hoy ocurren en las sesiones espiritistas y, por lo tanto, no cabe dudar de los prodigios atribuidos a Bacón en este punto.

[149] T. Wright. – *Narraciones de brujería y magia.*

En su tratado de *Magia Natural,* enumera Bautista Porta un catálogo de fórmulas secretas para obtener extraordinarios efectos de las fuerzas ocultas de la naturaleza, pues aunque los magos creían tan firmemente como los espiritistas de hoy en los espíritus invisibles, no fiaban las operaciones mágicas a su entera dirección y auxilio, pues de sobra sabían cuán difícil es ahuyentar a los elementales una vez se les hayan abierto las puertas de par en par. Aun la misma magia de los antiguos caldeos consistía tan sólo en el profundo conocimiento de las propiedades químicas de las substancias minerales, y únicamente se comunicaban, mediante ceremonias religiosas, con las puras entidades espirituales, cuando el teurgo requería el divino auxilio en asuntos de moral o material interés. Pero tan sólo *subjetivamente y por* efecto de su pureza de vida y continuadas oraciones podían evocar los espíritus invisibles que despiertan les extáticos sentidos de clarividencia y clariaudiencia. Producían los fenómenos psíquicos mediante la aplicación de las fuerzas naturales y en modo alguno por las artes de prestidigitación de que se valen hoy día los hechiceros.

Quienes conocen las secretas fuerzas naturales y emplean con paciente parsimonia las facultades dimanantes de tal conocimiento, laboran por algo superior a la deleznable gloria de una fama efímera, pues sin apetecerla logran la inmortalidad reservada a cuantos olvidándose de sí mismos se entregan por entero al bien del género humano. Iluminados por la luz de la verdad eterna, aquellos rico–pobres alquimistas iban más allá de la común penetración, y sólo diputaban por inescrutable la Causa primera. Su norma constante estaba trazada de consuno por la intrepidez, el deseo de saber, la firme voluntad y el *absoluto sigilo.* Sus espontáneos impulsos eran la beneficencia, el altruismo y la moderación. La sabiduría era para ellos de mayor estima que el logro mercantil, el lujo, riqueza, pompa y poderío mundano, al paso que no les asustaban ni hambres ni pobrezas ni fatigas ni desprecios humanos, con tal de llevar a cabo su tarea. Pudieron haber reposado en blandos lechos de aterciopeladas colchas, y prefirieron morir en los hospitales y en las márgenes de los caminos, antes que envilecer sus almas cediendo a la nefanda concupiscencia de quienes intentaban hacerles quebrantar sus sagrados votos. Ejemplo de ello nos dan las vidas de Paracelso, Cornelio Agripa y Filaleteo.

Si los espiritistas quieren mantener la recta noción del mundo espiritual, no deben consentir que los científicos investiguen fenómenos con estricto propósito de experimentación, pues seguramente daría por resultado un parcial redescubrimiento de la magia de Moisés y Paracelso. Bajo la engañosa belleza de sus apariciones espectrales, podrían encubrirse las sílfides y ondinas de los rosacruces, jugueteando en las corrientes de fuerza *psíquica* y de fuerza *ódica.*

Crookes reconoce que la aparición espectral de Catalina King es una *entidad,* pero recela que *no tenga alma* y esté animada aquella figura de hermoso cutis por el médium y los concurrentes. También los eruditos autores de *El universo invisible* dan

de mano a su hipótesis electrobiológica y vislumbran la *posibilidad* de que el éter universal sea el álbum fotográfico de *En–Soph,* el infinito Ser.

Muy lejos estamos de asegurar que todos los espíritus comunicantes de las sesiones espiritistas pertenezcan a los órdenes de elementales y elementarios, pues muchos de ellos, sobre todo los que hablan por boca y escriben por mano del médium, aparte de otras operaciones, son espíritus de difuntos cuya bondad o malicia depende del carácter moral del médium, del ambiente colectivo de los circunstantes y, mucho más todavía, de la intensidad é índole del propósito. Nada serio puede esperarse cuando la sesión no tiene otro objeto que satisfacer la curiosidad y pasar el tiempo; pero tampoco crea nadie que un espíritu sea capaz de materializarse en carne y hueso, pues lo más que pueden hacer es proyectar su imagen etérea en las ondas atmosféricas, de modo que tanto el cuerpo como el traje cansarán al tacto una sensación semejante a la brisa y no la de un objeto densamente material. Es inútil atribuir naturaleza humana a los "espíritus materializados" en quienes se advertían los latidos del corazón, y que hablaban con voz sonora, unas veces valiéndose de trompetilla y otras sin haber de recurrir a este instrumento. Difícilmente se olvidan una vez oídas las voces, si cabe darles este nombre, de las apariciones espectrales. La voz de los espíritus puros semeja el trémulo murmullo de una lejana arpa eólica. La voz de un espíritu en pena, y por lo tanto impuro, si no maligno, puede compararse a la voz humana que saliese del fondo de un tonel vacío.

Esta filosofía no es *nuestra,* sino la de muchísimas generaciones de magos y teurgos que la fundaron en la experiencia. El testimonio de la antigüedad es irrecusable en este punto: *Δαιμονίων ψωναὶ ἄναρθροι εἰσί*[150]. Las voces de los espíritus son inarticuladas. La voz de los espíritus consiste en una serie de sonidos de efecto semejante al de una columna de aire comprimido que, ascendiendo de abajo arriba, se derramara en torno del oyente. En el caso de Isabel Eslinger, todos cuantos presenciaron la aparición[151], atestiguaron que habían visto como una *columna de nubes.* Durante once semanas seguidas observaron diariamente esta aparición, el doctor Kerner y sus hijos, varios sacerdotes luteranos, el abogado Fraas, el grabador Düttenhöfer, los dos médicos Siefer y Sicherer, el juez Heyd, el barón de Hugel y muchas otras personas. Mientras se manifestaba el espectro, permanecía Isabel en su celda orando sin cesar en voz alta, y como al propio tiempo hablaba la aparición, no podía ser un caso de ventriloquismo, aparte de que, según los testigos, nada tenía aquella voz de humana ni nadie era capaz de imitar su timbre.

Más adelante daremos copiosas pruebas entresacadas de autores antiguos acerca de esta evidente verdad. Por ahora repetiremos que ningún espíritu de los llamados

[150] Dea Mousseaux. – *Dodone – Dios y los dioses,* 326.

[151] Entre los testigos de vista se cuentan : el alcalde de la carcel de Weinsberg, los señores Mayer. Eckhart, Theurer, Knorr, Düttenhöfer y el matemático Kapff.

humanos por los espiritistas ha demostrado suficientemente su condición. Los espíritus *desencarnados* pueden comunicar su influencia *subjetivamente a* los médiums y producir manifestaciones *objetivas a* través de éstos, pero no por sí mismos. Pueden disponer del cuerpo del médium y expresar sus conceptos y deseos por los diversos procedimientos del fenomenalismo psíquico, pero no *materializar* lo inmaterial, es decir, su *divina esencia*. Así es que toda materialización genuina está determinada o por la voluntad del espíritu aparecido, o por los espíritus duendísticos que son generalmente demasiado groseros para merecer el nombre de diablos. Rara vez son capaces los espíritus de dominar a estos seres sin alma, siempre dispuestos a tomar nombres pomposos, pero cuando los dominan, quedan sujetos como polichinelas a cuanto les dicta el alma inmortal. Sin embargo, este dominio requiere condiciones generalmente desconocidas aún de los espiritistas más asiduos concurrentes a las sesiones, pues no a todo el que quiere le es dable evocar espíritus humanos. Uno de los más poderosos estímulos de los difuntos, es el intenso amor a sus deudos en la tierra, que irresistiblemente los empuja hacia la corriente de luz astral, cuyas vibraciones enlazan el alma del ser amado con el alma universal. Otro requisito importantísimo es la armonía y pureza mental de los circunstantes.

Si este razonamiento es erróneo, si las formas materializadas que aparecen en obscuros aposentos, salidas de estancias aún más obscuras, fuesen espíritus de difuntos, ¿á qué establecer diferencias entre ellas y los fantasmas que de súbito aparecen sin gabinete de preparación ni médium comunicante? ¿Quién no ha oído hablar de las *almas en pena* que vagan por los lugares donde se perpetró algún crimen o vuelven movidas de irresistibles ansias de necesidad no satisfecha y cuyas manos tienen el tacto de la *carne viva* de modo que apenas cabe distinguirlas de los vivos?

Conocemos casos auténticos de súbitas apariciones espectrales, sin analogía alguna con las incipientes materializaciones de nuestros días. El periódico *Medium and Day Break,* del 8 de Septiembre de 1876, publicó una carta de una señora que durante sus viajes por el continente presenció un fenómeno en una casa encantada. Dice uno de sus párrafos: “En el obscuro rincón de la biblioteca resonó un extraño ruido y al volver la vista eché de ver una nube de vapor luminoso… el espíritu apegado a la tierra vagaba por el lugar maldito de sus fechorías”.

Este espíritu era indudablemente un elemental auténtico que por espontánea determinación se hizo visible, como lo son todos los espectros, pero impalpable, ó, a lo sumo, dando al tacto una sensación como si se metiera de pronto la mano en el agua o se palpara una nube de vapor acuoso. Según la descripción, era luminoso y vaporoso, por lo que bien podemos colegir que sería la *sombra* personal del espíritu apegado a la tierra por el remordimiento de crímenes propios , o a consecuencia de los ajenos. La muerte encierra profundos misterios y las modernas materializaciones sólo sirven para ridiculizarlos a los ojos de los indiferentes. A esto pueden replicar los espiritistas diciendo que, por declaración explícitamente pública, hemos presenciado

personalmente dichas *formas mate*rializadas. No tenemos reparo en reiterar el testimonio y decir que en tales formas reconocimos la representación visible de conocidos, amigos y aun parientes, y escuchamos de ellos palabras en idiomas orientales desconocidos del médium y de todos los circunstantes, excepto de nosotros mismos. Nadie dejó de considerar este hecho como prueba concluyente de las facultades del médium, un zafio labriego llamado Vermont; pero aquellas formas no eran de las personalidades que aparentaban ser, sino sencillamente simulaciones suyas, plasmadas vívidamente por espíritus elementales y elementarios. No habíamos tocado hasta ahora este punto, porque la masa general de espiritistas no estaba preparada ni para escuchar siquiera, cuanto menos para creer en los espíritus elementales y elementarios. Desde entonces se ha discutido públicamente este punto y ya no resulta tan aventurado entregar a la voracidad de la crítica la canosa filosofía de los antiguos, porque la cultura general ha evolucionado lo bastante para tomarla en consideración y estudiarla sin apasionamiento. Dos años de agitación mental han mejorado notablemente la mentalidad colectiva.

Asegura Pausanias que cuatro siglos después de la batalla de Maratón, se oían en el campo los relinchos de los caballos y el vocerío de los combatientes. Suponiendo que vagasen por aquel lugar los espíritus de los soldados muertos en la batalla, resultaría que aparecieron en figura espectral o fantástica, y no en forma materializada. Pero ¿qué causa tenían los relinchos? ¿Eran los espíritus de los caballos? Si admitimos, contra toda verdad, que los caballos no tienen alma, habremos de confesar que el alma inmortal de los soldados muertos relinchaba para reproducir con mayor y más dramática viveza la bélica escena. Repetidas veces se han visto aparecer fantasmas de animales domésticos, y el testimonio en este caso es tan fidedigno como el referente a las apariciones de espectros humanos. ¿Quién simula entonces la figura espectral de estos animales? ¿Los espíritus humanos? La cuestión está encerrada en un dilema: o los animales tienen alma y espíritu como el hombre, o forzosamente hemos de aceptar con Porfirio la existencia en el mundo invisible de una especie de demonios maliciosos y embusteros, una clase de seres intermedios entre el hombre y los dioses, que se complacen en asumir cuantas formas les viene bien remedar, desde la del hombre a la de los animales[152].

Pero antes de resolver la cuestión de si los espectros zoóticos, con tanta frecuencia aparecidos, están animados por el espíritu del animal, conviene examinar cuidadosamente su manera de conducirse. ¿Proceden estos espectros en armonía con las costumbres, instintos y características de sus congéneres en vida? ¿Muestran los fieros su natural acometividad y los mansos su peculiar timidez, o bien se descubre en éstos contrariamente a su índole la maligna disposición de molestar al hombre en vez de rehuir su presencia? Muchas víctimas de estas obsesiones, como por. ejemplo en el

[152] Porfirio. – *De Abstinentia,* etc.

caso de Salem y otros hechizos igualmente comprobados, afirmaron haber visto entrar en sus aposentos fantasmas de perros, gatos, cerdos y otros animales, que se les subían a la cama y *les hablaban incitándoles al suicidio y otros crímenes*. En el auténtico caso de Isabel Eslinger, descrito por Kerner, el espectro del cura de Wimmenthal[153] iba acompañado de un enorme perro negro, que, según declaración de numerosos testigos, saltaba a las camas de los presos. En cierta ocasión se apareció el cura con un cordero y en otra con dos. Además, la mayor parte de los acusados en el proceso de Salem confesaron que por encargo de la hechicera habían hecho sortilegios y maquinado maldades valiéndose de unos pájaros amarillos que se les posaban en los hombros y en las vigas del techo[154].

Por lo tanto, so pena de invalidar los múltiples testimonios de todo país y época y atribuir el monopolio de la clarividencia a los modernos médiums, hemos de reconocer que los espectros de animales denotan los peores rasgos de la más depravada naturaleza humana, a pesar de no ser en modo alguno humanos. ¿Qué serán, entonces, sino elementales? Descartes fué uno de los pocos que se atrevieron a decir que a la medicina oculta se le deberían descubrimientos destinados a dilatar los dominios de la filosofía; y Brierre de Boismont, no sólo compartía esta esperanza, sino que explícitamente manifestaba sus simpatías por el supernaturalismo a que llamaba el "magno credo universal". Dice a este propósito: "Creo, de acuerdo con Guizot, que la existencia de la sociedad está íntimamente ligada a lo sobrenatural y es inútil que el racionalismo moderno lo rechace por no saber explicar las íntimas causas de los fenómenos a pesar del *positivismo* de que alardea. Lo sobrenatural está universalmente arraigado en el fondo de todos los corazones. Los hombres de mayor talento son sus más ardorosos discípulos"[155].

Colón descubrió el continente americano, y Américo Vespucio le usurpó la nombradía del descubrimiento. Paracelso redescubrió las secretas propiedades del imán (el hueso de Horus, como le llamaban los antiguos, que doce siglos atrás se valían de él en los Misterios, teúrgicos) y fundó la escuela teúrgico–magnética de la Edad Media. Sin embargo, Mesmer, que tres siglos después de Paracelso continuó su escuela, usurpó la fama al insigne filósofo ígneo, que acabó sus días en un hospital. Tal es el mundo. Los nuevos descubrimientos son hijos de la ciencia antigua. Los hombres se suceden sin alteración de la naturaleza humana.

---

[153] Crowe. – *De las apariciones*, p. 398.

[154] Upham. – *Brujerías de Salem.*

[155] Brierre de boismont. – *De las alucinaciones,* p.60.

CAPÍTULO III

El espejo del alma no puede reflejar a la vez la tierra y el cielo. La tierra desaparece de la superficie tan luego como el cielo se retrata en el fondo.

ZANONI

¿Quién te dió el encargo de anunciar al pueblo que no hay Dios?¿Qué ventaja hallas en convencer a las gentes de que una fuerza preside sus destinos y al azar igualmente flagela el crimen y la virtud?

ROBESPIERRE. – Discurso del 7 de Mayo de 1794

Creemos que muy pocos de estos fenómenos, cuando son auténticos, pueden atribuirse a espíritus humanos, y aun los derivados de las ocultas fuerzas naturales a través de verdaderos médiums y de los fakires de la India y Egipto, requieren cuidadosa y detenida comprobación científica, sobre todo desde que respetables autoridades atestiguan la imposibilidad de fraude en muchos casos. Nadie niega que haya hechiceros de oficio cuya destreza alcance a producir fenómenos más estupendos que todos los "John King" habidos y por haber. Sirva de ejemplo Roberto Houdin, que tenía habilidad para ello y, no obstante, se burlaba luego en la misma cara de los académicos, porque le instaban a declarar con su firma en los periódicos que para hacer girar una mesa o que respondiera *sin contacto de manos*, era indispensable prepararla convenientemente para ello con la debida antelación[156]. Prueba del erróneo juicio que atribuye a impostura todo fenómeno psíquico, nos la da el no haber aceptado un famoso prestidigitador londinense la apuesta de mil libras esterlinas con que Algernón Joy[157] le incitó a producir los fenómenos psíquicos en las mismas condiciones que los médiums, bajo la vigilancia de una comisión nombrada al efecto. Por hábil que sea un prestidigitador no podrá llevar a cabo en *igualdad de circunstancias* los fenómenos operados por los más vulgares fakires indos. Entre los

[156] Mirville. *La cuestión de los espíritus.* – Gasparín. *Fenómenos espiritistas.*

[157] Secretario honorario de la "Asociación nacional de espiritistas de Londres".

requisitos de prueba habrían de constar indispensablemente: por una parte, que la comisión investigadora designase el lugar del experimento, en el mismo instante de empezar el acto, sin que el fakir tuviera el más leve indicio de la designación; y por otra, que el experimento se efectuase en pleno día, sin otro ayudante que un chiquillo en cueros vivos, cuyo traje sería también, o poco más, el del fakir. En estas condiciones escogeríamos las tres suertes más repetidas por los fakires y presenciadas no hace mucho por varios personajes del séquito del príncipe de Gales, conviene a saber:

1º Convertir en serpiente cobra, de mordedura mortal, una rupia fuertemente retenida en la mano cerrada, por un circunstante escéptico.

2º. Lograr que en menos de quince minutos brote, crezca, fructifique y madure una simiente escogida arbitrariamente por los espectadores y plantada en el tiesto que ellos mismos proporcionen.

3º. Tenderse el fakir sobre tres espadas hincadas por el puño en el suelo, punta arriba, y al deshincarlas una tras otra, quedarse el fakir tendido en el aire a un metro del suelo. Cuando hagan lo mismo los prestidigitadores, empezando por Houdin y acabando por el último impostor que recabó éxitos con sus ataques al espiritismo, entonces, y sólo entonces, creeremos que el género humano procede de la pezuña del *orohippus* eocénico de Huxley.

Nuevamente afirmamos con entera seguridad que no hay en los otros tres puntos cardinales hechicero profesional capaz de emular a los desastrados é incultos fakires de Oriente, que no necesitan estancias egipcias ni preparación ni ensayo para realizar sus experimentos, pues siempre están prontos a invocar en su auxilio a las ocultas fuerzas de la naturaleza, que son libro de siete sellos tanto para los prestidigitadores como para los científicos europeos. Acertadamente dice Elihu: "No siempre son sabios los hombres eminentes, ni la edad es prueba de discernimiento"[158]. Repetiremos a este propósito lo que dice el teólogo inglés More: "A la verdad, si los hombres no hubiesen perdido la modestia, los relatos bíblicos les probarían plenamente la existencia de espíritus y ángeles… Me parece providencial que los recientes casos de apariciones despierten en nuestras entorpecidas y aletargadas mentes el convencimiento de que hay otros seres inteligentes, además de los revestidos de grosera arcilla… Porque si estas pruebas nos demuestran la existencia de espíritus malignos, forzosamente hemos de creer en los espíritus buenos, y por lo tanto en Dios". El ejemplo ya citado entraña una lección moral, no sólo para los científicos, sino también para los teólogos. Tanto los predicadores como los catedráticos delatan continuamente su incompetencia en psicología, menospreciando las coyunturas de estudio que se les ofrecen y poniéndose en ridículo a los ojos del estudiante sincero. La opinión pública, en este punto, está amañada por impostores é ignorantes indignos de consideración.

---

[158] *Job.*

Tardíamente ha evolucionado la psicología, más bien por el ridículo en que se pusieron sus profesores, que por dificultades propias de su estudio. El huero desdén de los sabios en mantillas y de los necios a la moda ha contribuído a mantener al hombre en la ignorancia de sus latentes facultades, con mayor fuerza que las tenebrosidades, riesgos é impedimentos propios del asunto. Este es precisamente el caso de los fenómenos espiritistas cuya investigación ha estado hasta ahora en manos profanas, a causa del temor que los científicos tenían de las burlas, dicterios y preocupaciones de gentes indignas de atarles la correa del zapato, pues también anida la poquedad de ánimo en las universidades.

La vitalidad del espiritismo moderno resiste victoriosamente al desprecio de la ciencia y a la bulliciosa jactancia de sus presumidos expositores. Desde los padres graves de la ciencia, como Faraday y Brewster, hasta los informes del afortunado imitador de los fenómenos de Londres, no encontramos ni el más leve argumento sólido contra la autenticidad de los fenómenos espiritistas. El imitador aludido dice en su titulado informe: "Mi opinión es que Williams simulaba las personalidades de John King y Peter. Nadie podrá demostrar lo contrario". A pesar de la arrogancia de la afirmación, no pasa de ser una hipótesis, por lo que los espiritistas pueden exigir a su vez del informante la prueba de cuanto dice.

Pero los más inveterados y acerbos enemigos del espiritismo pertenecen a una clase por fortuna poco numerosa, pero que alzan mucho la voz para publicar sus opiniones con estrépito digno de mejor causa. Son los eruditos a la violeta que, en la América del Norte, presumen de sabios por tener una máquina eléctrica en su despacho o haber publicado tal o cual memoria pueril sobre la locura y la mediummanía. Se creen estos hombres pensadores profundos y fisiólogos eminentes, y desdeñan la para ellos absurda metafísica, porque son positivistas de la escuela de Augusto Comte, cuyo más vivo anhelo es levantar a la ilusa humanidad del negro abismo en que la superstición la tiene sumida, y reconstruir el Cosmos sobre mejores fundamentos. Su irascible psicofobia llega al extremo de considerar imperdonable ofensa que les supongan dotados de espíritu inmortal, y si les hubiéramos de hacer caso, los hombres sólo pueden tener alma *científica o* alma *anticientífica,* según su grado de mentalidad[159].

Unos treinta o cuarenta años atrás, Augusto Comte, alumno de la *Escuela Politécnica* de París y auxiliar de las cátedras de Cálculo diferencial é integral y Mecánica racional en el mismo establecimiento docente, se despertó una mañana con la ventolera de ser profeta. En los Estados Unidos se encuentra un profeta en cada esquina, y en Europa escasean como cisnes negros; pero Francia es país de novedades y Comte fué profeta con tanto éxito, que aun la grave Inglaterra lo diputó durante algún tiempo por el Newton del siglo XIX. Difundióse el contagio mental hasta invadir cual devorador incendio Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. La flamante filosofía ganó algunos

[159] Marvin. – *Conferencias sobre la mediummania y la locura.*

prosélitos en Francia, cuyo entusiasmo no fué duradero, porque se negaron a proporcionar los recursos que necesitaba el profeta, y el fervoroso entusiasmo despertado en un principio por aquélla religión sin Dios se entibió con rapidez igual a su enfervoramiento. De los ardientes apóstoles del profeta sólo quedó uno notable: el famoso filólogo Littré, miembro del Instituto de Francia y candidato perpetuo a la Academia Imperial de Ciencias, cuya entrada le obstruía maliciosamente el obispo de Orleáns[160].

El matemático–filósofo, el sumo pontífice de la "religión" del porvenir, predicaba su doctrina al estilo de todos los profetas contemporáneos. Divinizaba a la mujer y la ponía sobre un altar, pero la "diosa" quedaba en la obligación de pagarse la peana. Los racionalistas que tanto se burlaron de las extravagancias de Fourier y de Saint Simón y con tanto desprecio ridiculizaron el espiritismo, se vieron presos como incautos gorriones en la liga retórica del nuevo profeta. Como ni los más empedernidos ateos son extraños al anhelo congénito en el hombre de reconocer una Divinidad, al ansia de lo desconocido, los discípulos de Comte le siguieron atraídos por el aparente brillo de este fuego fatuo, hasta hundirse en un pantano sin fondo. Encubiertos bajo la máscara de una falsa erudición, los positivistas se propusieron acabar con el espiritismo, mientras por otra parte alardeaban de investigar sin prejuicio alguno los fenómenos psíquicos. Demasiado tímidos para arremeter contra las iglesias cristianas, procuraron minar la fe del hombre en Dios y en la inmortalidad del alma, principios fundamentales de toda religión. Su táctica consiste en ridiculizar el espiritismo fenoménico, que tantas pruebas suministra de la supervivencia del alma, y para atacarlo en su punto más flaco, se apoyan por un lado en la falta de método inductivo y en las exageraciones de las doctrinas espiritistas, y por otro en la prevención con que las gentes miran el fenomenalismo. De esta suerte se muestran quijotescos y benéficos debeladores de la tan, según el vulgo, monstruosa superstición.

Veamos hasta qué punto aventaja al espiritismo la ponderada religión del porvenir instituida por Comte, y nos percataremos de que con mayor motivo merecen sus prosélitos el manicomio, donde aconsejaban recluir a los médiums con quienes se habían mostrado tan solícitos. Ante todo conviene advertir que por lo menos las tres cuartas partes de los rasgos repulsivos del espiritismo moderno derivan de los materialistas que aventureramente se pasaron al campo contrario. Comte ha descrito repugnantemente la fecundación artificial de la mujer del porvenir, hermana mayor del venusto ideal de los partidarios del amor libre. Las futuristas enseñanzas de los lunáticos discípulos de Comte han contagiado a algunos pseudo–espiritistas hasta el punto de inducirles a formar comunidades societarias, aunque ninguna duradera, pues

---

[160] Vapereau. *Biografías contemporáneas. Artículo: Littré.* – Des Mousseaux. *Los fenómenos de la magia superior,* cap. 6.

su carácter distintivo era una especie de animismo materialista recubierto de una tenue capa de filosofía similar, esmaltada de enrevesados nombres griegos.

Propuso Platón[161] que para mejorar la especie humana se eliminaran los individuos enfermizos y deformes, y se fomentasen los matrimonios entre los más robustos ejemplares de la raza. No era de esperar que el "genio de nuestro siglo", no obstante sus presunciones de profeta, forjase nuevos planes en su cerebro y, como buen matemático, combinó hábilmente unas cuantas utopías antiguas, dióles matiz plástico, y apoyado en el pensamiento de Platón, engendró la mayor monstruosidad nacida de cerebro humano.

Es preciso advertir que no atacamos a Comte como filósofo, sino tan sólo como innovador. En la notoria confusión de sus ideas sociales, filosóficas y religiosas, resplandecen con frecuencia algunas observaciones y juicios tan lógicos en el fondo, como brillantes en la forma, cuyo fulgor, parecido al del relámpago en noche tenebrosa, acrecienta las tinieblas luego de extinguido. De sus obras podría entresacarse un volumen de aforismos verdaderamente originales, que definen con sumo acierto la mayor parte de los males de la sociedad; pero ni en su pesado *Curso de filosofía positiva* ni en su paródico *Catecismo de la religión positivista* se encuentra la más ligera insinuación del posible remedio. Los discípulos de Comte vienen a suponer que las doctrinas de su maestro son demasiado sublimes para que las comprenda el vulgo; pero comparando los dogmas del positivismo con la interpretación que les dan sus apóstoles, se echan de ver las contradicciones del fondo, pues mientras el pontífice dice que "la mujer ha de dejar de ser la *hembra* del hombre"[162] y los legisladores positivistas afirman que en el matrimonio y en la familia debe ser la mujer "consocia del hombre, dispensada de toda función materna"[163], a cuyo efecto proyectan una futura institución en que las funciones de la maternidad queden substituidas por "la aplicación a la casta esposa de una fuerza latente"[164], no faltan sacerdotes laicos del positivismo que preconizan la poligamia y aseguran que sus doctrinas contienen la quinta esencia de la filosofía espiritualista.

Según los teólogos católicos cuya eterna pesadilla es el demonio, la mujer futura, descrita por Comte, caerá en poder de los íncubos[165]; pero a juicio de más zumbones autores, la *Divinidad* del positivismo será una yegua de dos patas. También Littré hace prudentes restricciones al aceptar el apostolado de tan maravillosa religión. Decía así en 1859:

---

161 *República*, V.

162 Comte. – *Sistema de política positiva,* I, 203 y sigs.

163 Idem.

164 Idem.

165 Des Mousseaux. – *Fenómenos de la Magia Superior*, cap. 6.

"Asegura Comte que no sólo ha establecido los principios, trazado los perfiles y descubierto el método, sino también las consecuencias necesarias para levantar el edificio social y religioso del porvenir. En esta segunda parte nos reservamos la opinión, al propio tiempo que aceptamos sin reparo en herencia el conjunto de la primera"[166].

Pero más adelante añade:

"En su magistral obra: *Sistema de filosofía Positiva,* establece Comte las bases de una filosofía que, con el tiempo, ha de suceder a la teología y a la metafísica. En esta obra expone, como no podía menos, su directa aplicación al gobierno de las sociedades. Como quiera que no advierto nada arbitrario en estas doctrinas, y en cambio encuentro verdadera ciencia, mi adhesión a los principios se extiende a sus esenciales consecuencias".

Littré se ha mostrado digno discípulo del profeta, pues todo el sistema de Comte nos parece basado sobre equívocos. Donde dice *positivismo* se ha de leer *nihilis*mo; donde *castidad,* leed *impudicia, y así* de lo demás. Como quiera que es una religión fundada sobre bases negativas, difícilmente pueden llevarla sus prosélitos a la práctica, sin decir que lo negro es blanco. Sigue Littré: "La filosofía positiva no acepta el ateísmo, porque el ateo no tiene la mente emancipada, sino que, a su modo, es un teólogo que explica como le place la esencia de las cosas; y presume conocer su origen… El ateísmo es sinónimo de panteísmo y este sistema también es todavía enteramente teológico y pertenece a la escuela antigua"[167].

Perderíamos el tiempo si prosiguiéramos citando más pasajes de estas paradójicas disertaciones. Comte llegó al colmo del absurdo al dar el nombre de religión a su nueva filosofía y, como suele acontecer en estos casos, sus discípulos sobrepujaron el absurdo. Filósofos postizos que brillan en las academias positivistas de Norte América, como una luciérnaga en comparación de una estrella, delatan con toda amplitud sus opiniones al cotejar "el sistema de pensamiento y vida" planeado por el apóstol francés con "las necedades del espiritismo" que, por supuesto, sale malparado del cotejo. "Para destruir es necesario reedificar", exclama Comte citando a Cassaudiere, sin conformarse con su pensamiento; y sus discípulos explanan el aborrecible sistema con que pretenden substituir el cristianismo, el espiritismo y aun los métodos científicos. Uno de ellos dice: "El positivismo es una doctrina integral que repudia por completo toda creencia teológica y metafísica, toda modalidad sobrenatural y, por consiguiente, el espiritismo. El verdadero criterio positivista substituye el estudio de las leyes invariables de los fenómenos por el de sus causas inmediatas. En este concepto también repudia el ateísmo, porque al fin y al cabo *el ateo es un teólogo en el fondo,* pues no difiere de los teólogos en el planteamiento, sino en la solución del problema, y

---

[166] Littré. – *Algo de Filosofía positiva.*

[167] Littré. – *Algo de Filosofía positiva,* VII, 57.

por lo tanto, es inconsecuente. Los positivistas rechazamos todo problema inaccesible a la mente humana, pues de lo contrario malgastaríamos nuestras fuerzas en la imposible indagación de las causas primeras. Por lo tanto, el positivismo da satisfactoria explicación del mundo y de los deberes del destino del hombre”[168].

Mitiguemos el brillo de este programa con el juicio crítico del insigne Hare, quien dice a este propósito: “ La filosofía positivista de Comte es, en último término, puramente negativa, pues afirma la inutilidad de perder tiempo en indagar los inescrutables orígenes de las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, esta doctrina se funda en la ignorancia de las causas y medios de las leyes en que forzosamente ha de permanecer el hombre, a pesar de las pruebas referentes al mundo espiritual. Así es que, mientras el ateísmo queda recluido en los dominios de la materia, el espiritismo se mueve en un campo de tan dilatado espacio como la eternidad con relación a una vida humana y como las insondables regiones sidéreas respecto al, área habitable de nuestro planeta”[169].

En suma, el positivismo arremete igualmente contra la teología, la metafísica, el espiritismo, el ateísmo, el materialismo y la ciencia, con amenaza de invalidarse a sí mismo. Opina De Mirville que, según la filosofía positivista, “la mente humana no logrará equilibrarse hasta que la psicología se considere como un *laxante cerebral* y la historia como un *laxante social”*. El Mahoma moderno empieza por despojar al hombre del alma y de la fe en Dios, para hundir, después inadvertidamente en las entrañas de su propia doctrina la afiladísima espada de la metafísica, cuyos golpes presumiera evitar. De este modo no quedan en su sistema ni vestigios de filosofía.

De un discurso pronunciado en 1864 por Pablo Janet, miembro del Instituto de Francia, sobre el positivismo, entresacamos el siguiente párrafo:

“Hay algunos talentos educados y nutridos en las ciencias exactas y experimentales, que sienten instintiva inclinación a la filosofía, pero sin que puedan satisfacerla más que con elementos ajenos, y su ignorancia de las ciencias psicológicas les lleva precisamente a combatirlas, con lo cual presumen haber fundado una nueva filosofía positiva que, bien mirada, no es ni más ni menos que una incompleta y mutilada hipótesis metafísica. Se arrogan la infalible autoridad, propia tan sólo de las ciencias de experimentación y cálculo, siendo así que su defectuoso sistema es del mismo orden mental que los que combaten. De aquí lo deleznable de su posición y el descrédito de sus ideas, que muy luego serán esparcidas a cuatro vientos”[170].

Los positivistas norteamericanos se han esforzado incesantemente en derrumbar el espiritismo. Para que se vea hasta dónde llega su imparcialidad, recordaremos que

---

[168] *Espiritismo y Charlataneria.*

[169] Hare. – *Del Positivismo,* 20.

[170] *Journal des Débats, 1864.* – Des Mousseaux. *Fenómenos de la magia superior.*

preguntan si los dogmas de la Inmaculada Concepción, de la Trinidad y la Eucaristía, resisten al examen de la fisiología, de las matemáticas y de la química, para decir después que más absurdas todavía son las quimeras del espiritismo. Perfectamente. Pero ¿hay absurdo teológico ni quimera espiritista que aventaje en depravada imbecilidad al positivista concepto de la fecundación artificial? Por una parte declaran incognoscibles las causas primeras, y por otra suplantan en el porvenir la vívida é inmortal compañera del hombre con un tipo de mujer imposible, semejante, al fetiche indio de Obéah, día tras día repleto de huevos de serpiente para que el sol los empolle.

En nombre del sentido común cabe preguntar por qué ha de motejar de supersticiosos a los místicos cristianos y de orates a los espiritistas una titulada *religión* que con tan repulsivos absurdos tiene partidarios entre los mismos académicos y pone en boca de su propio fundador, para admiración de sus discípulos, rapsodias tan extravagantes como la siguiente:

"Me admira cada día más la creciente coincidencia entre el advenimiento social del *misterio femenino* y la disminución de la fe en el sacramento de la Eucaristía. La Virgen ha suplantado a Dios en la mente de los católicos meridionales. El positivismo realizará la utopía medioeval que consideraba la raza humana nacida de una *virgen madre"*. Después de exponer el *modus operandi,* prosigue Comte diciendo: "La difusión del nuevo procedimiento produciría muy luego una raza sin los inconvenientes de la herencia y más a propósito que la procreación vulgar para el nacimiento de caudillos espirituales y aun temporales, cuya autoridad dimanara de un origen verdaderamente superior *que no retrocedería ante ninguna investigación"*[171].

Cabe preguntar, después de leído esto, si en las "quimeras" del espiritismo, o en los "misterios" del cristianismo, hay algo tan descabellado como esa descripción de la humanidad futura. Si los positivistas que predican públicamente la poligamia no desmienten con su conducta la tendencia de la escuela al materialismo, mucho tememos que, haya o no haya una estirpe sacerdotal así engendrada, no veamos los vástagos de las vírgenes madres.

Natural es que una filosofía entre cuyos ideales está la procreación de semejante casta de doctores íncubos, mueva la pluma de uno de sus más gárrulos tratadistas, para escribir lo siguiente: "Estamos en una muy triste época abundante en creencias muertas o moribundas, y llena de frívolos devotos que en vano ruegan los caídos dioses. Pero también es una época gloriosamente iluminada por los áureos rayos del naciente sol de la ciencia. ¿Qué tenemos que ver con quienes, *perdida la fe y extraviado*

[171] Comte. – *Filosofía positiva*, IV, 279.

el entendimiento, se refugian en el *espejuelo del espiritismo,* en los engaños del trascendentalismo o en *las abulias* del hipnotismo"[172]?

El *fuego fatuo,* como se complacen hoy en llamar los filósofos pigmeos al fenomenalismo psíquico, ha tenido que luchar para darse a conocer. No hace mucho tiempo, los ya familiares fenómenos psíquicos tuvieron enérgica negativa en boca de un corresponsal de *The Times,* de Londres, cuya opinión subsistió como valedera hasta que dirimió la cuestión la obra de Phipson, apoyada en el testimonio de Beccaria y Humboldt[173].

Los positivistas debieron exigir otro símil más feliz y al mismo tiempo estar mejor enterados de los descubrimientos científicos, pues en cuanto al hipnotismo lo practican con éxito, en algunos hospitales de Alemania, eminencias médicas cuya fama y sabiduría está muy lejos de igualar el presuntuoso conferenciante sobre la mediumnidad y la locura. Pocas palabras diremos antes de acabar este enojoso asunto. Hay positivistas que se vanaglorian de contar por correligionarios a los más ilustres científicos de Europa. Sin embargo, no entran en este número Huxley ni Mausley, de nombradía universal. Por lo que toca a Huxley, en una conferencia dada en 1868 en Edimburgo, sobre *Los fundamentos fisiológicos de la vida,* se muestra muy sorprendido dé la ligereza con que el arzobispo de York le atribuyó filiación positivista, y dice: "Por lo que a mí toca, bien pudiera el respetable prelado desmenuzar polémicamente a Comte como un nuevo Agag, sin que yo le detenga la mano. M examen de la filosofía positivista me ha convencido de que poco o nada tiene de valía científica, pues en su mayor parte *es tan opuesta a la verdadera ciencia, como pueda serlo el catolicismo ultramontano.* En la práctica, la filosofía positivista es un *catolicismo despojado del espíritu del cristianismo".* Más adelante se indigna Huxley con los filósofos escoceses, y les reconviene por haber consentido que el arzobispo de York atribuyese a Comte la fundación de la escuela filosófica de Hume, y a este propósito exclama: "Bastaba para remover en su tumba los huesos de David Hume, que, no lejos de ella, un auditorio parcial escuchara sin protesta cómo se atribuían sus doctrinas a un escritor francés de hace cincuenta años, en cuyas verbosas y áridas páginas se echa de menos el vigor de pensamiento y la claridad de expresión"[174].

¡Pobre Comte! Ahora resulta que, por lo menos en los Estados Unidos, sus más conspicuos discípulos quedan reducidos a un físico, un médico y un abogado, a quienes

---

[172] Marvin. – *Conferencia sobre la locura.*

[173] Howitt. – *Historia de lo sobrenatural,* II.

[174] Huxley. – *Fundamentos fisiológicos de la vida.*

un crítico socarrón motejó de "triunvirato anómalo cuyas arduas tareas no les dejan tiempo para aprender a escribir"[175].

Los positivistas no perdonan medio de combatir al espiritismo en provecho de su religión. Sus prelados soplan sin cesar las trompetas como si a su estrépito hubieran de caer los muros de la nueva Jericó; pero ni con sus singularísimas paradojas ni con sus deleznables ataques al espiritismo lograrán su propósito. Para muestra de estos ataques, basta entresacar de una reciente conferencia[176] el párrafo que sigue: "La exclusiva satisfacción del instinto religioso es incentivo de lujuria. Sacerdotes, frailes, monjas, santos, *médiums,* místicos y devotos han sido siempre famosos por sus concupiscencias".

Nos complacemos en observar que mientras el positivismo se erige alborozadamente en religión, el espiritismo no ha pretendido jamás ser otra cosa que una ciencia, una filosofía incipiente ó, más bien, el estudio indagativo de las fuerzas naturales. Los verdaderos científicos reconocen la realidad de los fenómenos psíquicos, que sólo se atreven a negar los monos remedadores de la ciencia. Los positivistas se burlan del fenomenalismo psíquico y en cambio no saben abrir la boca sin que, como al retórico Butler, no se les escape un tropo. Quisiéramos contraer las censuras al círculo de necios y pedantes que usurpan el título de científicos; pero es innegable que cuando las eminencias tratan algún nuevo punto, pasan sus decisiones sin réplica, aun cuando la merezcan. La cautela propia de los hábitos de investigación experimental, los prejuicios establecidos y el peso de la autoridad científica contribuyen paralelamente a petrificar el pensamiento en dogmas intangibles, y con demasiada frecuencia la ciencia progresa a costa del martirio o del ostracismo del innovador. Los experimentadores de laboratorio deben, por decirlo así, tomar a la bayoneta el reducto de la preocupación y la rutina, pues no será fácil que una mano amiga deje entornada la poterna. No han de hacer caso de las ruidosas protestas y la impertinente crítica de los publicistas de quinta fila que se arremolinan en la antesala de la ciencia, pues deben reservar sus fuerzas para dar en rostro a la hostilidad de los conspicuos y vencerla. La ciencia progresa rápidamente, pero los científicos no se percatan del progreso, pues casi siempre arremeten contra los nuevos inventos. El triunfo es de quien valerosa y perseverantemente resiste la embestida parapetado en su intuición. Pocas son las leyes naturales cuya primera enunciación no suscitara burlas y fuera generalmente tenida por absurdamente contraria a la ciencia. Pero no obstante el orgullo de quienes nada descubren, no es posible desoir por mucho tiempo el clamoreo de los innovadores que, desgraciadamente para la pobre y egoísta humanidad, se convierten a su vez en

---

[175] Alude el crítico a un remitido publicado tiempo atrás en un periódico de Nueva York con la firma de los antedichos físico, médico y abogado, manifestando estar comisionados desde dos años antes para investigar los fenómenos espiritistas. La crítica de este remitido apareció en la revista ilustrada: *New Era.*

[176] Marvin. – *Conferencia sobre la locura.*

rémoras de cuantos indagan nuevamente la acción de las leyes naturales. Así, poco a poco, va pasando la humanidad por sucesivos ciclos de conocimientos cuyos errores corrige de continuo la ciencia para rehabilitar hoy las hipótesis desechadas por erróneas ayer. Esto ha sucedido no sólo en cuestiones psicológicas, tales como el hipnotismo desde el doble punto de vista fisiológico y psíquico, sino también en descubrimientos relativos a las ciencias de observación.

¿Qué hemos de hacer? ¿Evocar un pasado desagradable? ¿Decir que los científicos medioevales negaban con el clero el sistema heliocéntrico por temor de oponerse a las enseñanzas de la Iglesia? ¿Recordaremos que algunos naturalistas del siglo XVIII negaron autenticidad zoológica a las conchas fósiles, diciendo que tan sólo eran simulaciones artificiosas, mientras otros sostenían acaloradamente lo contrario en discusiones salpicadas de insultos, hasta que Buffón sentenció el pleito con prueba plena en favor de los segundos? Seguramente que si tan discordes andan los científicos respecto al origen y naturaleza de las conchas fósiles, tan fácilmente observables, a duras penas cabe esperar que crean en las formas espectrales de las sesiones espiritistas, cuando el médium es genuinamente sincero.

Los escépticos podrían entretener provechosamente los ratos de ocio en la lectura de la obra de Flourens, secretario perpetuo de la Academia francesa, titulada: *Historia de las investigaciones de Buffón,* en la que describe cómo el insigne naturalista desbarató la hipótesis de la simulación artificial, cuyos partidarios persistieron en negar todo cuanto no comprendían y se mofaron sarcásticamente de los experimentos eléctricos de Franklin, de las tentativas de Fulton, de los proyectos ferroviarios de Perdonnet, de las nuevas orientaciones de Harvey y de las heroicas pruebas de Palissy.

En la ya citada obra: *Conflictos entre la religión y la ciencia,* se muestra Draper algo distanciado de la justicia, al achacar tan sólo al clero los impedimentos con que tropieza el progreso de las ciencias; pero sin menoscabo de la admiración debida al insigne escritor, observaremos que, aparte de la enemiga mostrada por el clero a los descubrimientos enumerados en la obra, no debió pasar por alto la oposición que todo inventor hubo de encontrar en los científicos. Dice bien Draper en pro de la ciencia, que “saber es poder”; pero los abusos del poder son igualmente perniciosos, ya provengan del extravío de la sabiduría, ya de las obcecaciones de la ignorancia. Además, el clero no tiene hoy la fuerza que tuvo en otras épocas, y sus protestas no harían mella en el mundo científico. Sin embargo, mientras los teólogos se mantienen tras cortina, los científicos han empuñado a dos manos el cetro del despotismo y lo blanden como espada del querubín puesto a la entrada del Edén, para alejar a los hombres del árbol de vida mortal, y retenerlos en el mundo de perecedera materia.

El periódico londinense *El Espiritista,* en su réplica a la crítica de Gully sobre la hipótesis de Tyndall, llamada de la neblina ígnea, dice que, gracias a la ciencia, no mueren hoy todos los espiritistas en las hogueras inquisitoriales. Admitamos esta

gracia, aun teniendo en cuenta que ya pasaron de moda los autos de fe, y preguntemos si en el caso de que Faraday, Tyndall, Huxley, Agassiz y otros dispusieran del poder de la Inquisición, se encontrarían los espiritistas tan seguros como están hoy día; pues mueve a preguntarlo la actitud de dichos científicos respecto del espiritismo, ya que a falta de hogueras donde abrasar a quienes creen en el mundo de los espíritus, les llaman locos, maniáticos, alucinados, fetichistas y demás vituperios por el estilo.

A la verdad, no acertamos a descubrir las razones que habrá tenido el director de *El Espiritista,* de Londres, para mostrarse tan agradecido a la benevolencia de los científicos, pues el reciente proceso Lankester–Donkin–Slade, seguido en Londres, debiera haber abierto los ojos a los espiritistas demasiado confiados, para darles a entender que el materialismo pertinaz es mucho más refractario a la razón que el fanatismo religioso. Uno de los mejores escritos de Tyndall es el folleto titulado: *Martineau y el Materialismo,* aunque tal vez con el tiempo enmiende el autor algunos excesos de lenguaje. Pero dejando por de pronto esto aparte, fijémonos en lo que dice sobre la ciencia. En boca de Martineau pone la pregunta siguiente: “Cuando un hombre piensa, siente y quiere, ¿cómo actúa la conciencia?” Y responde: “No es posible concebir el transporte del funcionamiento cerebral a los correspondientes hechos de conciencia. Suponiendo que un pensamiento definido coincida simultáneamente con una acción molecular en él cerebro, no poseemos, ni rudimentariamente siquiera, el órgano intelectual que nos permita descubrir por el raciocinio el enlace entre el pensamiento y la acción cerebral que coinciden *sin que sepamos por qué.* Aun cuando nuestra mente y nuestros sentidos fuesen capaces de percibir las moléculas cerebrales, de atisbar todos sus movimientos, agrupaciones y descargas eléctricas, si acaso las hay; aunque conociéramos perfectamente su correspondencia con los pensamientos y emociones, no podríamos resolver el problema de cómo el proceso fisiológico se enlaza con los hechos de conciencia. La hondonada entre ambos fenómenos quedaría tan intelectualmente infranqueable como antes”[177].

Esta hondonada, que a Tyndall. le parece tan infranqueable como la neblina ígnea en que envuelve la causa agnoscible, no es obstáculo alguno para la intuición espiritual. El profesor Buchanan, en sus *Bosquejos de conferencias sobre el sistema neurológico en Antropología,* escritos en 1854, señala el modo de echar un puente sobre tan temerosa hondonada. Aquí tenemos una de aquellas trojes donde se almacena parcamente la semilla mental de futuras y copiosas cosechas. Pero el edificio del materialismo se basa enteramente sobre los toscos sótanos de la razón. *Cuando los maestros de la ciencia hayan llegado al límite extremo de su capacidad, podrán a lo sumo revelarnos un mundo de moléculas animadas por secreto impulso.* El más acertado diagnóstico de la enfermedad que aqueja a los científicos, lo encontraremos con sólo una ligera substitución de palabras, en la crítica a que Tyndall somete la mentalidad del clero

[177] Tyndall. – *Fragmentos de Ciencia.*

ultramontano. En vez de "sacerdotes" pongamos "científicos"; en lugar de "pasado precientífico" leamos "presente materialista", y reemplacemos "ciencia" por "espíritu". El pasaje siguiente nos traza un vivo retrato, pintado por mano maestra, del científico moderno:

> "... Sus sacerdotes viven tan apegados al precientífico pasado, que aun los más poderosos talentos son refractarios a las verdades recientes. Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen; porque ojos y oídos se convierten a visiones y sonidos de otros tiempos. Desde el punto de vista científico, el cerebro de los ultramontanos es poco menos que infantil. Pero no obstante ser tan niños en conocimiento científico, tienen suficiente poderío espiritual entre los ignorantes para inducirles a prácticas que sonrojan a los de más claro juicio"[178].

El ocultista les dice a los científicos que se miren en este espejo.

Desde los albores de la historia, todos los pueblos exigieron en su legislación el testimonio de, por lo menos, dos testigos para aplicar la pena de muerte. "Por boca de dos o tres testigos sea condenado el reo de muerte"[179] dice el legislador del pueblo hebreo. "Las leyes que condenan a un hombre a muerte por la declaración de un solo testigo son contrarias a la libertad. La razón exige, por lo menos, dos testigos"[180]. Todos los pueblos han aceptado, por lo tanto, el valor de la prueba, pero los científicos rechazarían un millón de testimonios contra uno. En vano doscientos mil testigos dan fe de los hechos. Los científicos tienen ojos y no ven, como si persistieran en ceguedad y sordera. Treinta años de pruebas irrecusables y el testimonio de algunos millones de creyentes en Europa y América tienen derecho a que se les considere y respete, sobre todo cuando el veredicto de un jurado compuesto de doce espiritistas, influído por las pruebas aducidas por los testigos, pudiera condenar a muerte a un científico que hubiere perpetrado un crimen por efecto de la conmoción de las moléculas cerebrales, no refrenadas por el convencimiento de una futura retribución moral.

La ciencia, en síntesis considerada como divina meta, es digna de que el mundo entero la respete y venere, porque sólo por la ciencia podemos comprender a Dios en sus obras.

Según Webster, "la ciencia es la comprensión de la verdad ante los hechos, la investigación de la verdad en sí misma, la adquisición del conocimiento puro". Si la definición es exacta, tendremos que la mayoría de los científicos modernos han falseado a su diosa. ¡La verdad en sí misma! ¿Pues dónde hemos de buscar la clave de las verdades de la naturaleza sino en los inescrutados misterios de la psicología?

---

178 Tyndall. – *Fragmentos de Ciencia,* Prefacio.

179 *Deuteronomio,* XVII, 6.

180 Montesquieu. – *Espíritu de las leyes,* I, XII. 3.

Desgraciadamente muchos experimentadores sólo escogen los hechos más a propósito para cohonestar sus prejuicios.

La psicología no tiene peores enemigos que los médicos de la escuela alopática. No es preciso recordar que, entre las ciencias de experimentación, es la medicina la menos merecedora de este calificativo, pues prescinde del estudio de la psicología, que debiera ocupar gran parte de su atención para que el ejercicio de la medicina no degenere en tanteador empirismo de dudoso éxito. Todo cuanto discrepa de las doctrinas establecidas, se repudia por herético, y aunque un nuevo sistema terapéutico haya salvado miles de vidas, se aferran a las prescripciones tradicionales para condenar al innovador y la innovación, hasta que les place darle sello oficial. Entretanto, pueden morir miles de enfermos, con tal de que el honor profesional quede a salvo.

Teóricamente parece la medicina la ciencia más benéfica, pero ninguna otra ha dado tantas muestras de materialismo y obstinada preocupación. Pocas veces han patrocinado los médicos famosos un descubrimiento útil. La sangría, las ventosas y la lanceta tuvieron su época de popularidad, hasta caer en desuso. A los calenturientos se les deja beber hoy el agua que antes se les negara, los baños fríos han suplantado a los calientes, y durante algún tiempo fué la hidroterapia una verdadera manía. La corteza de quina que Warring, el defensor de la autoridad de la Biblia, identifica con el paradisíaco "árbol de la vida", fué importada en España el año 1632 y estuvo en olvido durante mucho tiempo. La Iglesia demostró, por una vez al menos, más penetración que la ciencia, pues a instancias del cardenal de Lugo, patrocinó Inocencio X el nuevo medicamento.

El autor de una obra antigua titulada: *Demonología,* cita muchas medicinas que volvieron a emplearse después de largos años de olvido, de suerte que la mayor parte de los descubrimientos terapéuticos vienen a ser sencillamente la rehabilitación de antiguos remedios. En el siglo XVIII, una curandera llamada Nouffleur encomiaba las virtudes que para la expulsión de la tenia posee la raíz del helecho macho, y vendió el secreto a Luis XV por una cuantiosa suma; pero los médicos averiguaron que ya lo había empleado Galeno en el tratamiento de la misma enfermedad. Los famosos polvos del duque de Portland, contra la gota, eran el *diacentaureón* de Celio Aureliano, y luego se vió que ya lo mencionaron los primitivos médicos en sus obras, tomándolo de los autores griegos. Lo mismo sucede con el agua medicinal de Husson, famoso remedio de la gota, que, no obstante su nuevo disfraz, es el *Colchicum autumnale,* o villorita, muy semejante a una planta llamada *Hermodactylus,* cuyas propiedades antigotosas ponderaron Oribario, famoso médico del siglo IV y Etio Amideno, que floreció en el siglo V. Después cayó en desuso tan sólo porque era medicamento demasiado *antiguo* para tenido en cuenta por los médicos del siglo XVIII.

El sabio fisiólogo Magendie no descubrió nada que ya no conocieran los médicos de la antigüedad. Su específico contra la tisis, en que entraba como ingrediente el ácido

prúsico, está descrito en las obras de Lumeo[181], donde afirma que la infusión de laurel se empleaba con excelentes resultados en el tratamiento de tan terrible enfermedad. Plinio asegura que el extracto de almendras y huesos de cereza curaba las toses más pertinaces. Concluye diciendo el autor de *Demonología,* que puede afirmarse con toda seguridad, que las diversas preparaciones secretas a base de opio, tenidas por descubrimientos de la moderna farmacopea, están descritas en las obras de los autores antiguos, tan desdeñados en nuestros días.

Nadie niega ya que, desde tiempo inmemorial, estuvo concentrada en el lejano Oriente la sabiduría humana, hasta el punto de que ni en Egipto se cultivaban las ciencias naturales tan asiduamente como en el Asia central. El mismo Sprengel, no obstante su cautelosa prevención contra todo indicio, lo reconoce así en su *Historia de la Medicina, y cuando* discute los puntos relacionados con la magia, deja a salvo la de la India por menos conocida que la de cualquier otro país de la antigüedad, pues entre los indios era más esotérica, si cabe, que entre los egipcios, y por tan sagrada se la tenía que el vulgo apenas sospechaba su existencia y sólo se ejercía públicamente en las graves crisis nacionales o en circunstancias de temerosa trascendencia. Era la magia una ciencia divina que más intensamente resplandecía en los ascetas gimnósofos, cuya austeridad de vida, pureza de costumbres y desprendimiento de las cosas mundanas aventajaba a la de los más ejemplares hierofantes egipcios y eran tenidos en mayor veneración que los magos caldeos. Vivían solitarios[182] en yermo, mientras que los sacerdotes egipcios formaban comunidades y, no obstante las preocupaciones históricas contra magos y adivinos, poseían valiosos secretos médicos y sobresalían insuperablemente en el arte de curar, según se infiere de los numerosos tratados que todavía se conservan en los monasterios de la India. No nos detendremos a dilucidar si los gimnósofos fueron los primeros magos de la India o si recibieron este conocimiento en herencia de los *rishis*[183], porque los científicos experimentales lo tendrían por estéril especulación.

Un autor moderno dice al hablar de los gimnósofos: “Les honra sobremanera el celo con que educaban a los jóvenes en la virtud, despertando en sus corazones generosos, sentimientos; y sus máximas y pláticas, transmitidas por los historiadores, demuestran lo muy versado que estaban en filosofía, astronomía, religión y moral. Mantuviéronse dignamente independientes de la soberanía temporal de los príncipes más poderosos, cuyo favor jamás solicitaban ni tampoco iban a lisonjearles con visitas de adulación, y

---

[181] *Amenitates Academica,* IV.

[182] Amiano Marcelino, XXIII, 6.

[183] Los rishis eran siete y florecieron en el período prevédico. Tenían fama de sabios y se les reverenciaba como a semidioses. Demuestra Hang que los rishis ocupan en la religión induista el mismo lugar de los doce hijos de Jacob en la religión judaica. Los brahmanes se consideran descendientes directos de los rishis.

cuando el príncipe necesitaba de sus oraciones o de consejos, no tenía más remedio que ir en persona a consultarles o enviar mensajeros en su busca. Conocían las propiedades útiles de minerales y plantas, pues estaban familiarizados con los secretos de la naturaleza, y tanto la fisiología como la psicología eran para ellos libros abiertos en que libaban la ciencia mágica llamada entonces *machagiotia.*

Es muy extraño que los cristianos estén obligados a creer como artículo de fe los milagros bíblicos, y no sólo no crean, sino que se mofen de los prodigios relatados en el *Atharva Veda y los* atribuyan al demonio. Sin embargo, contra la malévola opinión de algunos sanscritistas, podemos demostrar, bajo varios aspectos, la identidad esencial entre ambas taumaturgias, con la particularidad de que no pueden haber plagiado los Vedas a la Biblia, puesto que las escrituras hebreas son muy posteriores a las indas.

Primeramente, la cosmogonía induista desvanece el error, durante tanto tiempo sustentado por los occidentales, de que Brahmâ era la divinidad suprema de los indos, cuando tan sólo es un aspecto inferior, análogo al Jehovah hebreo, "el espíritu semoviente sobre las aguas", el dios creador, el demiurgos, el arquitecto del mundo, cuya imagen simbólica tiene cuatro rostros correspondientes a los cuatro puntos cardinales.

A este propósito dice Polier:

"En el principio, el embrionario universo reposaba sumergido en las aguas, en el seno del Eterno. De las caóticas tinieblas surgió Brahmâ, el arquitecto del universo, y sobre una hoja de loto flotaba entre las aguas y las tinieblas"[184].

Idéntico es el relato de la cosmogonía egipcia, en que *Athtor,* la *Madre Noche,* símbolo de las tinieblas, cubría en un principio la inmensidad del abismo de las aguas sobre que flotaba el espíritu del Eterno. También las Escrituras hebreas hablan del espíritu de Dios, y de su emanación creadora simbolizada en otra divinidad[185].

Pero continuemos el relato de la cosmogonía inda: "Al ver el caótico estado de las cosas, se pregunta Brahmâ a sí mismo lleno de consternación: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? Entonces oye una voz que le dice: "Eleva tus plegarias a Bhagavad"[186]. Brahmâ se sentó en la hoja de loto en actitud contemplativa, con la mente enfocada en el Eterno, quien, complacido de aquella muestra de piedad, disipa las tinieblas y descorre el velo de su mente. Al punto surge el radiante Brahmâ del huevo del universo, y henchido del divino espíritu que le ha despertado la mente, empieza a actuar y se *mueve* sobre las aguas. Es *Narayana."*

---

[184] *Mitología inda.*

[185] No aludimos a la vulgar interpretación de la Biblia sinó a la *verdadera* Biblia judía de los kabalistas.

[186] El señor Eterno o Parâbrahm.

El loto, la flor sagrada de indos y egipcios, simboliza a Brahmâ entre los primeros y a Horus entre los segundos. Todos los templos del Tíbet y del Nepal ostentan la flor de loto, cuyo sugestivo significado es idéntico al del lirio que el arcángel Gabriel ofrece a María en las representaciones pictóricas de la Anunciación[187]. Para los indos es el loto emblema de la potencia creadora de la naturaleza, por la compenetración del fuego (espíritu) con el agua (materia). Un versículo del *Bhagavad Gîtâ,* dice: "¡Oh Eterno! Entronizado en ti veo al creador Brahmâ sobre el loto". Según Jones, la simiente del loto contiene ya antes de germinar el embrión de las futuras hojas; y como dice Gross[188], la naturaleza nos da en el loto un ejemplo de la anteformación de sus productos, pues la simiente de todas las plantas fanerógamas contiene la futura planta con su propia configuración.

Lo mismo significa el loto para los budistas. El Bodhisat (Espíritu del Buddha) se aparece con el loto en la mano junto al lecho de Mahâmayâ o Mahâdeva, la madre de Gautama Buddha, y le anuncia el nacimiento de su hijo. De la propia suerte, la flor de loto estaba invariablemente unida en Egipto a todas las representaciones de Osiris y Horus.

Todo esto demuestra el común parentesco del símbolo en las religiones induista, egipcia y judía, pues en todas ellas la flor de loto o lirio de agua simboliza el tránsito de lo subjetivo a lo objetivo, del pensamiento abstracto de la Divinidad desconocida a las formas concretas y visibles de la creación. Disipadas las tinieblas, surgió la luz y Brahmâ vió en el mundo ideal, hasta entonces sumido en la mente divina, los arquetipos de las cosas que habían de tomar forma visible en la manifestación del universo. Porque, como arquitecto del universo, ha de dar existencia objetiva a los tipos ideales ocultos en el seno del Eterno, del mismo modo que en la simiente del loto se ocultan las futuras hojas de la planta. A esto se refiere el versículo del Génesis que dice: "Produzca la tierra árbol de fruto que dé fruto, según su especie, y cuya *semilla esté en él"*. En todas las religiones antiguas el "Hijo del Padre" es el Dios creador, es decir, su manifiesto y visible pensamiento. Antes de la era cristiana, desde la Trimurti inda hasta la triada de las Escrituras hebreas, según la interpretación cabalística, todas las naciones velaron simbólicamente la trina naturaleza de su Divinidad suprema. En la religión cristiana, el misterio de la Trinidad no es ni más ni menos que el artificioso injerto de una rama nueva en tronco viejo, y el mismo significado simbólico que el loto tiene el lirio de la Anunciación en las iglesias latina y griega.

Por otra parte, como el loto se cría en el agua al calor del sol, los antiguos lo consideraron hijo del fuego y del agua; de aquí que simbolice también la dualidad de espíritu y materia. Brahmâ, Jehovah, Adam–Kadmon y Osiris o más bien Pymander, representan la segunda persona de la Trinidad. Por esta razón es Pymander, en la

---

[187] Jones. – *Disertaciones sobre Asia.*

[188] *La Religión pagana*, 195.

teogonía egipcia, el progenitor de todos los dioses solares. El Eterno es el espíritu ígneo que educe, plasma y desenvuelve todo cuanto al calor de Brahmâ nace en las aguas, de suerte que Brahmâ es el universo y el universo es Brahmâ. Tal es la filosofía de Spinoza aprendida de Pitágoras y también la de Giordano Bruno que, por sostenerla, murió en la hoguera. Para demostrar los extravíos de la teología cristiana, baste advertir que Giordano Bruno murió a manos del fanatismo intolerante por la explicación del mismo símbolo que expusieron los apóstoles y aceptaron los primitivos cristianos. El lirio del Bodhisat y de Gabriel, que simboliza el agua y el fuego o el concepto de la creación, se pone de manifiesto en el primitivo sacramento del bautismo.

Las doctrinas de Bruno y Spinoza son virtualmente idénticas, aunque éste las exponga de un modo más cauto y velado que el autor de *Causa Principio et Uno o* sea *Infinito Universo e Mondi*. Pero tanto Bruno, que declara haberse inspirado en Pitágoras, como Spinoza, que sin declararlo lo deja traslucir, tienen el mismo concepto de la Causa primera. Según elles, Dios es entidad *per se,* el infinito Espíritu, el único Ser independiente de toda otra causa y efecto, que por su voluntad produjo todas las cosas y estableció las leyes del universo cuya ordenada existencia mantiene perpetuamente. De acuerdo con los *swâbhâvikas* indos, erróneamente tildados de ateos, quienes dicen que todas las cosas y todos los seres, hombres dioses y espíritus proceden del *Swabhâva o* su propia naturaleza[189], Spinoza y Bruno afirman que *es preciso buscar a Dios en la naturaleza y no fuera de ella*. Porque siendo la creación proporcional al poder del creador, el universo ha de ser tan infinito y eterno como el creador, y cada forma engendra de su propia esencia otra forma. Los críticos modernos afirman que Giordano Bruno prefirió dar la vida a ceder en sus convicciones, porque *no le sostenía la esperanza en otro mundo mejor,* de lo que parece inferirse que Giordano Bruno no creía en la inmortalidad del alma, y así lo asegura Draper al decir con referencia a la multitud de víctimas de la intolerancia clerical: "El tránsito de esta vida a la otra, aun en circunstancias aflictivas, era entonces el paso de temporánea pena a eterna felicidad… El mártir cree que una mano invisible le conduce a través del tenebroso valle… Bruno no cree en semejante auxilio. Las opiniones filosóficas porque sacrificó su vida no podían prestarle consuelo alguno"[190]. Sin embargo, Draper demuestra conocer muy superficialmente la doctrina de Bruno, dejando de lado a Spinoza cuya cautelosa exposición de ideas las encubre a quien no sepa descifrar la metafísica pitagórica. Pero desde el momento en que Bruno declaraba explícitamente su conformidad con las doctrinas pitagóricas, por fuerza había de creer en la inmortalidad del alma y no verse privado de la consoladora esperanza de mejor vida.

[189] Brahmâ no creó la tierra, como tampoco el resto del universo, sino que surge del alma del mundo luego de emanar de la Causa primera y emana de sí a su vez la naturaleza toda. No queda independiente, sino entremezclado con ella, de modo que Brahmâ y el universo forman un solo ser y cada partícula del universo es en esencia el propio Brahmâ, quien procede de sí mismo. Burnouf. – *Introducción*, 118.
[190] *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 180.

Su proceso, referido por Berti en la *Vida de Bruno,* en vista de documentos originales recientemente publicados, no deja duda respecto de las verdaderas doctrinas del ilustre filósofo. De conformidad con los neoplatónicos y los cabalistas, sostenía que Jesús era mago, en el sentido que Porfirio, Cicerón y Filo Judeo dan a la palabra magia, o sea de *sabiduría divina,* capaz de investigar los secretos de la naturaleza. Según Filo Judeo, los magos son hombres de santidad que, apartados de las cosas de este mundo, contemplan las virtudes divinas, comprenden claramente la naturaleza de los dioses y los espíritus é inician a otros hombres en los misterios cuyo conocimiento les permite relacionarse continuamente en vida con los seres invisibles.

Pero mejor se inferirán las ideas de Giordano Bruno de la acusación entablada contra él por Mocenigo, que dice así:

> "Yo, Zuanio Mocenigo, hijo del muy ilustre señor Marco Antonio, pongo en vuestro conocimiento, reverendísimos padres, por impulso de mi conciencia y mandato de mi confesor, que oí decir muchas veces a Giordano, conversando con él en mi casa, que era blasfemia afirmar la transubstanciación del pan en carne; que no le satisfacía ninguna religión; que era contrario a la misa; que Cristo era un pobre hombre cuyas perversas obras para seducir a las gentes justificaban su crucifixión; que en Dios no puede haber distinción de personas, so pena de tenerle por imperfecto; que el mundo es eterno y que hay infinitos mundos que Dios crea continuamente, porque puede hacer cuanto quiere; que Cristo hizo milagros tan sólo aparentes, pues era mago como lo fueron los apóstoles, y que él, es decir, Bruno, tiene poder sobrado para hacer más de cuanto ellos hicieron; que Cristo repugnaba la muerte é hizo cuanto pudo para evitarla; que no hay castigo para los pecados, y que las almas creadas por obra de la naturaleza pasan de un animal a otro; y que así como los brutos animales han nacido de la corrupción, así también los hombres han de nacer otra vez después de morir[191].
>
> "Ha expresado Bruno su deseo de propagar una secta con el título de *Nueva Filosofía.* Dice que la Virgen no pudo haber parido sin dejar de serlo y que la fe católica está llena de blasfemias contra la majestad de Dios; que los frailes han de ser despojados de sus bienes y del derecho de controversia, porque corrompen el mundo y son unos borricos en todas sus opiniones; que los católicos no tenemos prueba alguna de que nuestra fe sea meritoria a los ojos de Dios; que el no querer para los demás lo que no queremos para nosotros es suficiente a la buena conducta, y que se ríe de los demás pecados y se admira de que Dios consienta tantas herejías en los católicos. Dice que quiere dedicarse al arte de la adivinación y lograr que todo el mundo le siga; que Santo Tomás y todos los doctores de la Iglesia, nada saben comparados con él, pues podría preguntar a los más insignes teólogos del mundo cosas a que ninguno fuera capaz de responder".

[191] No obstante la insidia de esta acusación, se revela en este párrafo la creencia de Giordano Bruno en la metempsícosis pitagórica que, bajo la grosera forma de expresión, encubre la idea de la supervivencia del alma.

A esta acusación respondió Giordano Bruno con la siguiente profesión de fe, idéntica a la de los antiguos maestros:

"Creo que el universo es infinito como obra del divino é infinito poder, porque hubiera sido indigno de la omnipotencia y de la bondad de Dios crear un solo mundo finito pudiendo crear, además de este mundo, infinitos otros. Por lo tanto, declaro que hay infinitos mundos parecidos al nuestro, el cual, de acuerdo con el sentir de Pitágoras, creo que es una estrella de naturaleza análoga a la luna, a los otros planetas y demás astros, cuyo número es infinito, y que todos estos cuerpos celestes son mundos innumerables que constituyen el universo infinito en el espacio infinito, y esto es lo que llamo universo infinito con innumerables mundos; y así tenemos dos linajes de grandeza infinita en el universo y una multitud de mundos. Esto parece a primera vista contrario a la verdad, si se compulsa con la fe ortodoxa.

"Además, en este universo hay una providencia universal por cuya virtud todos los seres viven, se mueven y perseveran en su perfeccionamiento. Esto lo entiendo en dos sentidos: primero, a la manera como el alma está en todo el cuerpo y en cada una de sus partes, a lo que llamo la naturaleza, sombra o huella de la Divinidad; y segundo, a la manera como está Dios en todo y sobre todo, por esencia, presencia y potencia, no como parte ni como alma, sino de modo inefable.

"Además, creo que todos los atributos de Dios son uno solo y el mismo. De acuerdo con los más eminentes teólogos y filósofos concibo tres atributos principales: poder, sabiduría y bondad, ó, mejor dicho, voluntad, conocimiento y amor. La voluntad engendra todas las cosas; el conocimiento las ordena; y el amor las concierta y armoniza. Así comprendo la existencia de todas las cosas, pues nada hay que no participe de la existencia ni ésta es posible sin esencia, de la propia manera que nada es bello sin belleza, y por lo tanto nada puede escapar a la divina presencia. Así es que por raciocinio y no por verdad substancial entiendo distinción en Dios.

"Creo que el universo con todos sus seres procede de una Causa primera, por lo que no debe desecharse el nombre de creación a que, según colijo, se refiere Aristóteles al decir que Dios es aquello de que el universo y la naturaleza dependen. Así es que, según el sentir de Santo Tomás, sea o no eterno el universo, considerado en razón de sus seres, depende de una Causa primera y nada hay en él independiente.

"Con respecto a la verdadera fe, prescindiendo de la filosofía, ha de creerse en la individualidad de las divinas personas, y que la sabiduría, el Hijo de la Mente, llamada por los filósofos inteligencia y por los teólogos Verbo, tomó carne humana. Pero a la luz de la filosofía, dudo de estas enseñanzas ortodoxas, aunque no recuerdo haberlo dado a entender explícitamente, ni de palabra ni por escrito, sino de un modo indirecto, al hablar de otras cosas que con toda sinceridad creo que pueden demostrarse por natural juicio. Así, en lo referente al Espíritu Santo o tercera persona, no lo comprendo de otra manera que como lo entendieron Salomón y Pitágoras, es decir, como Alma del universo compenetrado con el universo, pues según Salomón: "El espíritu de Dios llena toda la tierra y contiene todas las cosas". Y esto concuerda asimismo con la doctrina pitagórica expuesta por Virgilio en el texto de la *Eneida,* cuando dice:

> Principio coelum ac terras camposque liquentes,
> Lucentemque globum Lunæ, Titaniaque astra
> Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
> Mens agitat molem…

> "De este Espíritu, vida del universo, procede, a mi entender, la vida y el alma de todo cuanto tiene alma y vida. Además, creo en la inmortalidad del alma lo mismo que en la del cuerpo, pues en lo que a su substancia se refiere también el cuerpo es inmortal, ya que no hay otra muerte que la disgregación, según parece inferirse de la sentencia del *Ecclesiastes,* que dice: "Nada hay nuevo bajo el sol. Lo que es será".

Tenemos, por lo tanto, que Bruno no comprende el dogma de la Trinidad ni el de la Encarnación, según la fe ortodoxa, pero cree firmemente en los milagros de Cristo, de conformidad con las enseñanzas pitagóricas. Si bajo la implacable férula de la inquisición se retractó como Galileo, implorando clemencia de sus verdugos, hemos de considerar que la naturaleza física flaquea en el tormento ante la perspectiva de la hoguera.

Sin la oportuna publicación del valioso trabajo de Berti, hubiésemos seguido venerando a Giordano Bruno como un mártir, cuyo busto, coronado de laureles por mano de Draper, había de ocupar preferente lugar en el panteón de la ciencia experimental; pero bien vemos que el héroe de una hora no fue ateo ni materialista ni positivista, sino sencillamente un filósofo de la escuela pitagórica, que profesaba las doctrinas del Asia Central y poseía las facultades mágicas tan menospreciadas por la escuela de Draper. Es verdaderamente jocoso que les haya sobrevenido a los científicos este contratiempo, después de haber descubierto arqueólogos poco reverentes, que la estatua de San Pedro era nada menos que la de Júpiter Capitolino, y que el Josafat de los católicos es el mismo Buda. Resulta, por lo tanto, que ni aun escudriñando los escondrijos de la historia, encontraremos ni un ápice de filosofía moderna, sea de Newton, Descartes o Huxley, que no esté entresacado de las antiguas enseñanzas orientales. El positivismo y el nihilismo tienen su prototipo en la filosofía exotérica de Kapila, según observa Max Müller. La inspiración de los sabios indos desentrañó los misterios del *Prajnâ Paramitâ* (perfecta sabiduría)y sus manos mecieron la cuna del progenitor de ese débil pero bullicioso niño, a que llamamos *ciencia moderna.*

CAPÍTULO IV

Prefiero la noble conducta de Emerson cuando tras varios desengaños exclama: "Anhelo la verdad". Quien realmente es capaz de hablar así, siente en su corazón el gozo del verdadero heroísmo.

TYNDALL

Para que un testimonio sea suficiente se requieren las siguientes condiciones:

1.ª Gran número de testigos muy perspicaces que convengan en haber visto bien lo que han visto.

2.ª Que los testigos estén sanos de cuerpo y mente.

3.ª Que sean imparciales y desinteresados.

4.ª Que haya entre ellos asentimiento unánime.

5.ª Que solemnemente atestigüen el hecho.

VOLTAIRE.– *Diccionario filosófico*

El fervoroso protestante Agenor de Gasparín ha sostenido larga y porfiada lucha con Des Mousseaux, De Mirville Y otros fanáticos que atribuyen todos los fenómenos espiritistas a la influencia de Satanás. El resultado de esta contienda han sido dos volúmenes de más de mil quinientas páginas, en que se prueban los *efectos* y se niega la *causa* de los fenómenos, tras sobrehumanos esfuerzos para explicarlos.

Toda Europa leyó la severa réplica enviada por Gasparín al *Journal des Débats* [192] cuando este periódico motejó de locos rematados a cuantos después de leer el estudio sobre las "alucinaciones espiritistas" publicado por Faraday, persistiesen en dar crédito a los fenómenos que Gasparín había descrito minuciosamente como testigo presencial. Dice Gasparín en su réplica: "Hay que andar con cuidado, porque los representantes de las ciencias de experimentación van en camino de convertirse en *inquisidores* modernos.

[192] *Des Tables,* I, 213.

Los hechos son más poderosos que las academias y no dejan de ser hechos, aunque se les menosprecie, niegue y ridiculice"[193].

Además, en la misma obra da Gasparín la siguiente descripción de los fenómenos por él observados en compañía del profesor Thury. Dice así:

> "Vimos con frecuencia que los pies de la mesa quedaban fuertemente pegados al suelo, sin que bastaran a levantarla los esfuerzos aunados de todos los circunstantes. En otras ocasiones presenciamos un fenómeno de vigorosa y perfectamente definida levitación, así como hemos oído golpes unas veces tan violentos que amenazaban romper la mesa en pedazos y otras tan tenues que era preciso escuchar con cuidado para percibirlos… Respecto a las *levitaciones sin contacto* hubo medio de obtenerlas fácilmente, con buen éxito, y no en casos aislados, sino unas *treinta* veces[194].

> "En cierta ocasión la mesa continuó volteando y levantando los pies a pesar de haberse sentado encima un hombre que pesaba ochenta y siete kilogramos. Otra vez la mesa quedó inmóvil, sin que nadie la pudiera menear, no obstante el poco peso de la persona, que apenas llegaba a diez y seis kilogramos[195]. Un día volteó del revés con los pies al aire sin que nadie la tocara"[196].

A este propósito, dice De Mirville:

> "Ciertamente que un hombre que repetidas veces ha presenciado el fenómeno, no puede aceptar el sutil análisis del físico inglés"[197].

Desde el año 1850, Des Mousseaux y De Mirville, católicos a macha martillo, han publicado muchas obras de títulos muy a propósito para llamar la atención pública, que revelan la no disimulada alarma de sus autores, pues si los fenómenos no hubiesen sido auténticos no se tomara de seguro la iglesia romana la pena de combatirlos.

La opinión pública, escépticos aparte, se dividió en la manera de apreciar los fenómenos. El solo hecho de que la teología temiese mucho más a las posibles revelaciones obtenidas por medio de este misterioso agente, que a cuantos conflictos pudieran suscitarle las negaciones de la ciencia, debiera haber abierto los ojos a los más escépticos. La iglesia romana no ha sido nunca crédula ni cobarde, como de sobras lo prueba el maquiavelismo peculiar de su política. Además, nunca le han preocupado los prestidigitadores, porque sabe hasta dónde pueden llegar sus artimañas, y así deja dormir tranquilos a Roberto Houdin, Comte, Hamilton y Bosco, mientras que persigue

---

193 *Des Tables*, I, 216.

194 Id., I, 48.

195 Id. 24.

196 Id. 35.

197 *De los espíritus,* 26.

a los filósofos herméticos, a los místicos, a Paracelso, Cagliostro y Mesmer, y se deshace de los médiums para entorpecer manifestaciones que considera peligrosas.

Los incapaces de creer en Satanás y en los dogmas de la Iglesia deben recordar que el clero es lo suficientemente astuto para no comprometer su reputación ocupándose de manifestaciones fraudulentas. Pero uno de los más valiosos testimonios de la realidad de los fenómenos psíquicos es el del famoso prestidigitador Roberto Houdin, quien nombrado perito por la Academia de Ciencias para informar sobre las maravillosas facultades clarividentes que, entremezcladas de ocasionales equivocaciones, demostraban los movimientos de una mesa, dijo: "Los prestidigitadores no nos equivocamos nunca y hasta ahora no ha fallado mi segunda vista".

El distinguido astrónomo Babinet no tuvo mejor fortuna al elegir al célebre ventrílocuo Comte como perito para informar sobre un caso de voces y golpes, pues se echó a reír delante del mismo Babinet por haber éste supuesto que el fenómeno tenía por causa el *ventriloquismo inconsciente,* hipótesis dignamente gemela de la *cerebración inconsciente* que, por lo evidentemente absurda, sonrojó a académicos más escépticos.

A este propósito dice Gasparín:

> "Nadie niega la suma importancia y magnitud del problema de lo sobrenatural, según se planteó en la Edad Media y está planteado hoy día… Todo en él es profundamente serio: el mal, el remedio, la recrudescencia de la superstición y el fenómeno físico que ha de extirparla"[198].

Mas adelante expone su definición sobre la materia, convencido por las manifestaciones presenciadas, según él mismo afirma. Dice así:

> "Son ya tan numerosos los hechos sacados a la luz de la verdad, que de hoy más se ha de dilatar el campo de las ciencias naturales o se extenderá el de lo sobrenatural más allá de todo límite"[199].

De las muchas obras escritas por los autores católicos y protestantes en contra del espiritismo, ningunas causaron tan tremendo efecto como las de De Mirville y Des Mousseaux[200] que constituyen una verdadera enciclopedia biográfica del diablo y sus retoños, para íntima delectación de los buenos católicos desde los tiempos medioevales. Según estos dos autores, "el espíritu maligno, embustero y asesino desde un principio, es el instigador de los fenómenos espiritistas, que después de haber presidido durante miles de años la teurgia pagana, ha reaparecido en nuestro siglo a

[198] Prefacio, 12 y 16.

[199] Tomo I, 244.

[200] Las principales son: *La magia en el siglo XIX; Costumbres y prácticas de los demonios; Fenómenos de la Magia superior, Los Medianeros de la magia; De los espíritus y sus manifestaciones.*

favor del incremento de las herejías, de la incredulidad y del ateísmo". La Academia francesa lanzó al oír esto un grito de indignación y Gasparín lo tuvo por insulto personal, diciendo:

> "Esto es una declaración de guerra, un llamamiento a las armas. La obra de De Mirville es un verdadero manifiesto. Me hubiera alegrado de ver en ella la expresión estricta de personales opiniones; pero es imposible, porque el éxito de la obra, las explícitas adhesiones recibidas por el autor, la reproducción de su tesis en los periódicos católicos, la solidaridad de los ultramontanos en esta materia, todo contribuye a dar a la obra el carácter de un acto y de una labor colectiva. Por consiguiente, me considero en el deber de recoger el guante é izar la bandera del protestantismo contra el estandarte ultramontano"[201].

Como era de esperar, los médicos, asumiendo el papel de los coros griegos, asentían a cuantas reconvenciones se lanzaban contra los dos escritores demonólogos. La revista *Anales Médico–Psicológicos,* dirigida por Brierre de Boismont y Cerise, publicó un artículo en el que se leía el siguiente párrafo: "Dejando aparte las luchas políticas, jamás se había atrevido un escritor en nuestro país a tan agresivas acometividades contra el sentido común. Entre ruidosas carcajadas por una parte y encogimiento de hombros por otra, el autor se presenta resueltamente ante los miembros de la Academia para entregarles lo que modestamente titula: *Memoria sobre el Diablo*[202].

No cabe dada de que esta *Memoria* era un punzante insulto a los académicos, ya acostumbrados desde 1850 a excesivas humillaciones. ¡Peregrina idea fué llamar la atención de los inmortales sobre las travesuras del diablo! Juraron vengarse unánimemente forjando una hipótesis que aventajase, en lo absurda, a la misma demonología de De Mirville. Dos médicos famosos, Royer y Jobart de Lamballe, presentaron al Instituto un alemán cuyas habilidades daban la clave de los fenómenos psíquicos.

A este propósito dice De Mirville:

> "Nos sonroja decir que todo el fraude consistía en la dislocación de uno de los tendones de la pierna, según se demostró ante el Instituto de Francia en pleno, cuyos miembros agradecieron tan *interesante* comunicación, y pocos días después un catedrático de la Facultad de Medicina daba públicas seguridades[203] de que, puesto que los académicos habían expuesto su opinión, ya estaba descubierto el misterio[204].

---

[201] Tomo II, 524.

[202] *Anales médico– psicológicos,* 1º Enero de 1854.

[203] *El Constitucional*, 16 de Junio 1854.

[204] De Mirville. – *De los espíritus.*

Pero estas *científicas* explicaciones no entorpecían el curso de los fenómenos psíquicos ni embarazaban la pluma de los dos escritores católicos en la exposición de sus ortodoxas teorías demonológicas. Des Mousseaux dijo que la Iglesia nada tenía que ver con sus libros, y al propio tiempo presentaba a la Academia un trabajo[205] del que entresacamos el siguiente párrafo:

> "El diablo es la principal columna de la fe. Su historia está íntimamente relacionada con la de la Iglesia y seguramente no hubiese caído el hombre sin las sugestivas palabras que pronunció por boca de su medianera la serpiente. De modo que a no ser por el diablo, el Salvador, el Redentor, el Crucificado, hubiese sido un ente ridículo y la cruz un agravio al sentido común".

Conviene advertir que este autor es eco fiel de la Iglesia, que igualmente anatematiza a quien niega la existencia de Dios que la del diablo.

Pero el marqués De Mirville lleva más allá las relaciones entre Dios y el diablo, considerándolas como una sociedad mercantil en que Dios accede resignadamente a cuanto el diablo le propone con miras de exclusivo provecho. Así parece inferirse del siguiente pasaje:

> "Al sobrevenir la irrupción espiritista de 1853, con tanta indiferencia mirada, nos atrevemos a decir que era síntoma amenazador de una catástrofe. Bien es verdad que el mundo está en paz, pero no todos los desastres tienen los mismos antecedentes, y presentimos el cumplimiento de la ley expresada por Goërres al decir que "estas misteriosas apariciones han precedido invariablemente a los castigos de Dios"[206].

Estas escaramuzas entre los campeones del clero y la materialista Academia de Ciencias demuestran la poca eficacia de los esfuerzos de la docta corporación para desarraigar el fanatismo, aun de los mismos que presumen de cultos. *La ciencia no ha vencido, ni siquiera ha refrenado a la teología,* y tan sólo prevalecerá contra ella cuando reconozca en los fenómenos psíquicos algo más que alucinación y charlatanería. Pero ¿cómo lograrlo si no se los investiga? Si por ejemplo, hubiese padecido Oersted de *psicofobia y receloso* de que las gentes supersticiosas empleaban las agujas magnéticas para hablar con los espíritus, no se hubiera detenido a observar las variaciones de dichas agujas en sentido perpendicular a la corriente eléctrica que pasaba por un alambre colocado junto a ella, de seguro que no enriqueciera el sabio danés las ciencias experimentales con los principios referentes al electro–magnetismo. Babinet, Royer y Jobert de Lamballe son los tres miembros del Instituto que más se han distinguido, aunque sin lauro, en la contienda entre el escepticismo y el supernaturalismo. Babinet, el famoso astrónomo, se aventuró imprecavidamente en el campo de los fenómenos y

[205] *Costumbres y prácticas de los demonios,* X.

[206] De Mirville. – *De los Espíritus,* 4.

quiso explicarlos científicamente; pero aferrado a la vana opinión tan general en los científicos, de que las manifestaciones psíquicas no resistirían más allá de un año a un examen minucioso, cometió la imprudencia de exponerlo así en los artículos que, como acertadamente observa De Mirville, apenas llamaron la atención de sus colegas y en modo alguno la del público.

Babinet admite desde luego sin dudar en lo más mínimo la rotación de las mesas, que según dice "es capaz de manifestarse enérgicamente con movimiento velocísimo, que ofrece vigorosa resistencia cuando se intenta detenerlo"[207].

El insigne astrónomo explica el hecho del modo siguiente: "Los débiles y concordados impulsos de las manos puestas encima de la mesa la empujan suavemente hasta oscilar de derecha a izquierda... Cuando al cabo de un rato se inicia en las manos un estremecimiento nervioso y se armonizan los impulsos individuales de los experimentadores, empieza la mesa a moverse"[208].

Babinet considera esta explicación muy sencilla, "porque el esfuerzo muscular obra como en las palancas de tercer orden, en que el punto de apoyo está muy cerca de la potencia que comunica gran velocidad al objeto, a causa de la corta distancia que ha de recorrer la fuerza motora... Algunos se maravillan de que una mesa sujeta a la acción de varios individuos sea capaz de *vencer poderosos obstáculos* y que se rompan las patas cuando se la detiene bruscamente; pero esto nada de particular tiene en comparación de la energía desarrollada por la *armonía y concordancia de los impulsos individuales*... Repetimos que no ofrece dificultad alguna la explicación física del fenómeno"[209].

De este informe se infieren claramente dos conclusiones: la realidad del fenómeno y lo ridículo de su explicación. Babinet dió con ello motivo a que alguien se riera de él, pero como buen astrónomo sabe que también el sol tiene manchas.

Además, aunque Babinet lo niegue, hemos de tener en cuenta la levitación de la mesa sin contacto. De Mírville dice que la tal levitación es "sencillamente imposible, tan imposible como el movimiento continuo"[210].

¿Quién se atreverá después de esto a creer en las *imposibilidades* científicas?

Pero las mesas no se contentan con oscilar, bailar y voltear, sino que también resuenan con golpes, a veces tan fuertes como pistoletazos. Sin embargo, la explicación científica no llega más que a suponer *ventrílocuos a* los testigos y a los investigadores.

---

[207] *Revista de Ambos mundos,* 15 Enero 1854, 108.

[208] Esta hipótesis es una variación de la de Faraday.

[209] *Revista de Ambos mundos,* 410.

[210] *Revista de Ambos Mundos,* Enero 1854, 414.

Babinet publicó a este propósito, en la *Revista de Ambos Mundos*, un soliloquio dialogado a la manera del En Soph de los cabalistas. Dice así:

> – ¿Qué podemos inferir en definitiva de los fenómenos sometidos a nuestra observación? ¿Se producen tales golpes?
>
> – Sí.
>
> – ¿Responden a preguntas?
>
> – Sí.
>
> – ¿Quién produce estos golpes?
>
> – Los médiums.
>
> – ¿Cómo?
>
> – Por el ordinario método acústico del ventriloquismo.
>
> –¿Pero no podrían proceder estos golpes del crujido de los dedos de manos y pies?
>
> – No, porque entonces procederían siempre del mismo punto, y no sucede así[211].

A este propósito dice De Mirville:

> "Ahora bien, ¿qué pensar de los norteamericanos y de sus *millares de médiums,* que producen los mismos golpes ante millares de testigos? De seguro que Babinet lo achacará a ventriloquismo. Pero ¿cómo explicar semejante imposibilidad? Oigamos a Babinet, para quien es la cosa más fácil del mundo: "La primera manifestación observada en los Estados Unidos, se debió en resumen a un muchacho callejero que golpeó la puerta de un vecino, atraído tal vez por una bala de plomo pendiente de un hilo; y si el señor Weekman, el primer creyente de América, al notar por tercera vez los golpes, no oyó risas en la calle, fué por la esencial diferencia entre un francés medio árabe y un inglés aquejado de lo que llamamos *alegría fúnebre*"[212].

En su famosa réplica a los ataques de Gasparín, Babinet y otros escritores, dice De Mirville: "Según los insignes físicos que han informado sobre el particular, las mesas voltean rápida y vigorosamente, ofrecen resistencia y, como ha demostrado Gasparín, *se levantan sin que nadie las toque*. Así como un juez decía que le bastaban tres palabras de puño y letra de un hombre para condenarlo a muerte, del mismo modo con las anteriores líneas nos empeñamos en confundir a los más famosos físicos del mundo

[211] *Revista de Ambos Mundos*, Iº Mayo 1854, 531.

[212] *Revista de Ambos Mundos*, Iº Mayo 1854, 511

y aun a revolucionar el globo, a menos que Babinet no hubiese tomado la precaución de indicar, como Gasparín, alguna ley o fuerza todavía desconocida. Porque esto zanjaría definitivamente la cuestión"[213].

Pero en las notas relativas a los fenómenos é hipótesis físicas llega a su colmo la insuficiencia de Babinet para explorar el campo del espiritismo.

Parece que De Mirville se muestra muy sorprendido de la maravillosa índole del fenómeno ocurrido en el *Presbiterio de Cideville*[214] hasta el punto de rehusar la responsabilidad de su publicación, no obstante haber sido presenciado por jueces y testigos. Consistió dicho fenómeno en que en el preciso instante pronosticado por un hechicero, se oyó un ruidoso trueno encima de la casa rectoral, y al punto penetró en ella un flúido a manera de rayo que derribó por el suelo a cuantos allí estaban al amor de la lumbre, tanto a los que creían como a los que no en el poder del hechicero. Después de llenar el aposento de animales fantásticos, subió por la chimenea y desapareció, no sin producir un estruendo tan espantoso como el primero. Sin embargo, añade De Mirville que como ya tenía sobradas pruebas de los fenómenos psíquicos, no quiso añadir esta nueva enormidad a otras tantas"[215].

Pero Babinet que con sus eruditos colegas tanto se había mofado de los dos demonólogos, y que por otra parte estaba resuelto a demostrar la falsedad de semejantes relatos, no quiso dar crédito al fenómeno de Cideville y en cambio relató otro mucho más inverosímil, según comunicación dirigida a la Academia de Ciencias, el 5 de julio de 1852, reproducida sin *comentario alguno* y tan sólo como ejemplo de *rayo esferoidal,* en las obras de Arago[216].

Dice así literalmente:

> "Un aprendiz de sastre, que vivía en la calle de Saint–Jacques, estaba acabando de comer cuando oyó un fortísimo trueno y poco después vió que caía la pantalla de la chimenea como empujada por el viento, é inmediatamente salió pausadamente del interior de la chimenea un globo de fuego del tamaño de la cabeza de un niño, que dió la vuelta por la habitación sin tocar al suelo. El aspecto de este globo era como de un gato que anduviese sin patas, y parecía más bien brillante y luminoso que caliente é inflamado, porque el aprendiz no notaba sensación de calor. Se aproximó el globo a los pies del muchacho, a manera de los gatos cuando se restriegan contra las piernas de una persona; pero el aprendiz se apartó para evitar el contacto con aquel meteoro, aunque pudo examinarlo a su sabor mientras se fué moviendo alrededor de sus pies. Después de vacilar en opuestas direcciones, desde el centro de la habitación se elevó el globo hasta la altura de la cabeza del aprendiz, quien se echó hacia atrás para que no le diese en la cara. Al llegar a cosa de un metro del suelo, se

[213] De Mirville. – *De los Espíritus*, 33.

[214] De Mirville. – *De los Espíritus*, 33.

[215] De Mirville. – *De los Espíritus*. Notas, 38

[216] Tomo I, 52.

> dilató el globo ligeramente, tomando una dirección oblicua hacia un agujero de la pared, a un metro de altura sobre la campana de la chimenea, con la particularidad de que este agujero se había practicado para dar paso al cañón de la estufa en invierno, y como estaba entonces empapelado como el resto de la pared no *podía verlo el globo,* según dijo ingenuamente el aprendiz. Sin embargo, el globo se dirigió directamente al agujero, *despegó el papel sin estropearlo* y salióse por la chimenea, hasta que al cabo de buen rato llegó al extremo superior del tiro, a una altura de diez y ocho metros sobre el nivel del suelo, y produjo un estallido todavía más espantoso que el primero, que derribó parte de la chimenea".

A este propósito, observa De Mirville en su crítica: "Podemos aplicar a Babinet lo que cierta señora muy mordaz le dijo en una ocasión a Raynal: Si no es usted cristiano no será por falta de fe"[217].

Aparte de los polemistas católicos, el doctor Boudin se maravillaba de la credulidad de Babinet en lo tocante al llamado meteoro que cita con toda seriedad en un estudio que sobre el rayo publicaba a la sazón, donde dice: "Si estos pormenores son exactos como parecen serlo, desde el momento en que los admiten Babinet y Arago, difícilmente podremos seguir llamando a dicho fenómeno rayo esférico. Sin embargo, dejaremos que otros expliquen, si pueden, la naturaleza de un globo de fuego que no da calor y tiene aspecto de un gato que se pasea tranquilamente por la habitación y halla medios de escapar por el tubo de la chimenea a través de un agujero tapado con el papel de la pared que despega sin estropearlo"[218].

Añade De Mirville:

> "Somos de la misma opinión que el erudito médico, en cuanto a la dificultad de definir exactamente el fenómeno, pues de la misma manera podríamos ver algún día rayos en forma de perro o de mono. Verdaderamente espeluzna la idea de toda una meteorológica colección de fieras que, gracias al rayo, se metieran sin más ni más en nuestras habitaciones para pasearse a su antojo".

Dice Gasparín en su enorme volumen de refutaciones:

> "En cuestiones de testimonio no puede haber certidumbre desde que atravesamos los límites de lo sobrenatural"[219].

Como quiera que no están suficientemente determinados estos límites, ¿cuál de ambos antagonistas reúne mejores condiciones para emprender tan difícil tarea?; ¿cuál de los dos ostenta mayores títulos para erigirse en árbitro público?; ¿no será acaso el

[217] De Mirville. – *Fenómenos é hipótesis físicos*, 46.

[218] Boudin. – *"Del rayo considerado desde el punto de vista de la Medicina legal y la Higiene pública".*

[219] Gasparín. – Tomo I, 288.

bando de la llamada superstición, que cuenta con el apoyo de miles de testigos que durante dos años presenciaron los prodigiosos fenómenos de Cideville? ¿Daremos crédito a este múltiple testimonio o asentiremos a lo que dice la ciencia, representada por Babinet, quien, por el aprendiz de sastre, admite el rayo esférico, o *meteoro felino,* y lo considera como uno de tantos fenómenos naturales?

En un artículo periodístico[220] cita Crookes la obra de Gasparín titulada: *La ciencia hacia el espiritismo,* y dice a este propósito: "El autor concluye por afirmar que todos estos fenómenos derivan de causas naturales, sin que haya en ellos milagro alguno ni tampoco intervención de espíritus ni diabólicas influencias. Gasparín considera comprobado por sus experimentos, que en determinadas condiciones fisiológicas la voluntad puede actuar a distancia sobre la inerte materia, y la mayor parte de su obra está dedicada a determinar las leyes y condiciones bajo las cuales se manifiesta dicha acción".

Ciertamente es así; pero en cambio, hay en la obra de Gasparín muchos otros puntos, como contestaciones, réplicas y memorias demostrativas de que, aunque pío calvinista, no cede en fanatismo religioso a Des Mousseaux ni a De Mirville, católicos ultramontanos. El mismo Gasparín denota su espíritu de partido al decir: "Me considero en el deber de izar la bandera protestante frente al estandarte ultramontano"[221]. En lo tocante a los fenómenos psíquicos, sólo pueden ser válidos los testigos serenos é imparciales y el dictamen de los científicos que no tengan determinado interés en el asunto. La verdad es una, é innumerables las sectas religiosas que presumen de poseerla por entero; y si para los ultramontanos el diablo es el más firme sostén de la iglesia católica, para Gasparín ya no ha vuelto a haber milagros desde el tiempo de los apóstoles. Pero Crookes cita asimismo a Thury, profesor de Historia Natural en la Universidad de Ginebra y colaborador de Gasparín en la investigación de los fenómenos de Valleyres, aunque contradice terminantemente las afirmaciones de su colega. Dice Gasparín que "la principal y más necesaria condición para producir el fenómeno es la voluntad del experimentador, pues sin voluntad nada podrá lograrse, aunque se mantenga formada la cadena durante veinticuatro horas seguidas"[222]. Esto demuestra que Gasparín no distingue entre los fenómenos psíquicos y los simplemente magnéticos, dimanantes de la persistente voluntad de los experimentadores, entre quienes tal vez no haya uno solo con aptitudes mediumnísticas desenvueltas ni latentes. Los fenómenos magnéticos resultan siempre de la acción conscientemente voluntaria de quienes se esfuercen en obtenerlos, al paso que los fenómenos psíquicos obran sobre el sujeto receptivo independientemente de él y muchas veces contra su propia voluntad. El hipnotizador logra cuanto está al alcance

[220] Revista trimestral de Ciencia, 1º de Octubre de 1871. *Fuerza física,* 26.

[221] Gasparín. – *La ciencia hacia el espiritismo,* I, 313.

[222] Gasparín. – *La ciencia hacia el espiritismo*, I, 313.

de su fuerza volitiva. El médium, por el contrario, será instrumento tanto más a propósito para la producción del fenómeno cuanto menos ejercite su voluntad, y las probabilidades de logro estarán en razón inversa del ansia que sienta de producirlo. El hipnotizador requiere temperamento activo y el médium pasivo. Esto es el abecé del espiritismo y lo saben todos los médiums. Dijimos que Thury discrepaba de Gasparín en lo referente a la hipótesis de la voluntad, y así lo demuestra la siguiente carta dirigida a su colega en respuesta a la súplica que éste le hizo para que rectificara la última parte de su informe. Dice así: "Comprendo la justicia de vuestras observaciones referentes a la última parte de mi informe, que acaso concite contra mí la animadversión de los científicos; pero no obstante lo mucho que deploro que mi resolución le haya disgustado tanto, persisto en ella porque la considero hija del deber a que sin traición no puedo faltar.

"Por lo que a la ciencia se refiere, declaro que *todavía no está demostrada científicamente la imposibilidad de la intervención de los espíritus en estos fenómenos, pues* tal es la conclusión de mi informe, y si así no lo dijese me expondría a empujar por vías de múltiples y equívocas salidas, en el caso de que contra toda esperanza hubiese algo de verdad en el espiritismo, a cuantos después de leído mi informe quisieren estudiar estos fenómenos.

> "Sin salirme de los fenómenos de la ciencia, según yo la entiendo, cumpliré mi deber por completo sin segundas intenciones de amor propio, y como a vuestro juicio puede ocasionar esto un escándalo mayúsculo, no quiero avergonzarme de ello. Además, insisto en que *mi opinión es tan científica como otra cualquiera*. Aunque quisiera demostrar la hipótesis de la intervención de espíritus desencarnados no podría hacerlo por insuficiencia de los fenómenos observados; pero estoy en situación de resistir victoriosamente todas las objeciones. Quieran o no, han de aprender los científicos por experiencia propia y por sus propios errores a suspender su juicio en cosas que no hayan examinado suficientemente. Conviene que no se pierda la lección que les disteis sobre este particular."

Ginebra, 21 de Diciembre de 1854.

Analicemos esta carta para ver si descubrimos, no precisamente lo que el autor opina, sino lo que no opina acerca de la nueva fuerza. Por lo menos es indudable que el distinguido físico y naturalista demuestra científicamente la realidad de algunas manifestaciones psíquicas; pero, de acuerdo con Crookes, no las atribuye a los espíritus de los difuntos, pues no ve demostración de esta hipótesis, ni tampoco cree en los diablos del catolicismo[223].

[223] El mismo De Mirville, al citar esta carta como prueba contraria a la hipótesis naturalista de Gasparín, dice que *tal vez* no fueran producidos por el diablo los fenómenos de Valleyres, aunque sí todos los demás, con lo cual denota que Thury negaba esta intervención.

Pena nos causa decir que Gasparín cae en muchas contradicciones y absurdos, pues mientras por una parte vitupera acerbamente a los adictos a Faraday, por otra atribuye a causas naturales fenómenos que llama mágicos. Dice a este propósito: “Si no hubiéramos de tener en cuenta otros fenómenos que los explicados por el ilustre físico, cerraríamos los labios; pero nosotros hemos ido aún más allá, y ¿de qué han de servirnos esos aparatos que todo lo explican por la *presión inconsciente?* Sin embargo, la mesa resiste a la presión y al impulso, y a pesar de que nadie la toca, sigue el movimiento de los dedos que hacia ella señalan, sé levanta sin contacto alguno y gira de arriba abajo”[224].

Pasa después Gasparín a explicar los fenómenos por su cuenta y dice: “Las gentes los atribuirán a milagro y no faltará quien los crea obra de magia. Cada nueva ley les parece un prodigio. Pero yo me encargo de calmar los ánimos, porque en presencia de semejantes fenómenos no hemos de transponer los límites de las leyes naturales”[225].

Por nuestra parte no los hemos transpuesto. ¿Pero están seguros los científicos de poseer la clave de estas leyes? Gasparín presume poseerla, como vamos a ver. Dice así:

> “No me arriesgo a dar explicación alguna, porque no es asunto de mi incumbencia. Mi propósito no va más allá de atestiguar los hechos y sostener una verdad que la ciencia intenta sofocar. Sin embargo, no puedo resistir a la tentación de manifestar a quienes nos confunden con los iluminados o con los brujos, que las manifestaciones en cuestión pueden explicarse de acuerdo con los principios generales de la ciencia.
>
> “En efecto; si suponemos que de los experimentadores, y más particularmente de algunos de ellos, emana un flúido cuya dirección esté determinada por la voluntad del individuo, no será difícil comprender cómo gira o se levanta la mesa por la acción del flúido acumulado sobre ella. Supongamos también que el vidrio es mal conductor de dicho flúido y tendremos explicado el por qué un vaso puesto en medio de la mesa interrumpe la rotación, mientras que si lo ponemos a un lado, se acumula todo el flúido en el opuesto, que por esta razón la levanta en alto”.

Aparte de algunos pormenores no desdeñables, podríamos aceptar esta explicación si todos los circunstantes fuesen hábiles hipnotizadores, y mucho también pudiéramos admitir respecto a la intervención de la voluntad, de acuerdo con el erudito ministro de Luis Felipe; pero ¿qué decir de la inteligencia denotada por la mesa en sus respuestas? Con seguridad que estas respuestas no podían ser colectivo reflejo cerebral de los circunstantes, según opina Gasparín, porque las ideas de ellos discrepaban no poco de la en extremo liberal filosofía expuesta por la maravillosa mesa. Sobre esto nada dice Gasparín, como si a cualquier explicación recurriera con tal de no admitir la influencia de los espíritus, ni humanos, ni satánicos, ni elementales.

---

[224] *Des Tables*, I, 213.

[225] *Des Tables* , I, 217.

Resalta, por lo tanto, que la “simultánea concentración del pensamiento” y “la acumulación de flúido” no son más satisfactorias explicaciones que la “fuerza psíquica” de otros científicos. Preciso es buscar nuevas soluciones que de antemano calificamos de insuficientes, por numerosas que sean, hasta que la ciencia reconozca por causa de los fenómenos psíquicos una fuerza externa a los circunstantes y más inteligente que todos ellos.

El profesor Thury rechaza a un tiempo la hipótesis de los espíritus desencarnados, la de las influencias diabólicas y la de los teurgos y herméticos sintetizada en la sexta de Crookes[226] y expone otra, a su entender, más prudente, con desconfianza respecto de las demás, si bien admite hasta cierto punto “la acción inconsciente de la voluntad”, de acuerdo con Gasparín. A este propósito dice Thury: “Respecto a los fenómenos de levitación sin contacto y el empuje de la mesa de un sitio a otro por manos invisibles, no cabe demostrar a *priori* su imposibilidad, y en consecuencia, nadie tiene derecho a calificar de absurdas las pruebas efectuadas”.

Por lo qué toca a la hipótesis de Gasparín, la juzga Thury muy severamente, según puede colegirse del siguiente pasaje de De Mirville: “Admite Thury que en los fenómenos de Valleyres estaba la *fuerza* en el *individuo,* mientras que nosotros decimos que era a un tiempo intrínseca y extrínseca y que, por regla general, es precisa la acción de la voluntad. Después de todo repite Thury lo que ya había dicho en el prefacio de su obra, conviene a saber: “El barón de Gasparín nos presenta hechos escuetos de cuyas explicaciones no responde, tal vez por ser tan endebles que *se desvanecen de un soplo* sin que apenas quede nada de ellas. Respecto a los hechos *no es posible dudar en adelante de su autenticidad.”*

Según nos dice Crookes, el profesor Thury “refuta las explicaciones de Gasparín y atribuye los fenómenos psíquicos a una substancia fluídica, a un agente que, como el éter lumínico de los científicos, interpenetra todos los cuerpos materiales orgánicos é inorgánicos. A este agente le llama *psícodo*, y después de discutir las propiedades de este. estado o forma de materia, propone que se denomine *fuerza ecténica a* la ejercida cuando la mente actúa a distancia por influencia del psícodo”[227]. Más adelante observa Crookes que la fuerza ecténica de Thury es idéntica a la fuerza psíquica por él apuntada.

Fácilmente podríamos demostrar que tanto la fuerza ecténica como la fuerza psíquica, además de ser iguales entre sí, lo son a la luz astral o sidérea de los alquimistas[228] y al *akâsha o* principio de vida, la omnipenetrante fuerza que desde hace miles de años conocieron los gimnósofos, los magos indos y los adeptos de todos los

[226] Véase pág.111.

[227] Crookes. – *Fuerza psíquica*, I, 26–27.

[228] Esta mismo concepto mantiene Eliphas Levi en su obra *Dogma y Ritual de la alta Magia*.

países, y aun hoy se valen de ella los lamas del Tíbet, los fakires taumaturgos y algunos prestidigitadores indos.

En muchos casos de rapto provocado artificialmente por sugestión hipnótica, es posible y aun probable que el "espíritu" del sujeto actúe influido por la voluntad del hipnotizador; pero cuando el médium permanece consciente mientras se producen fenómenos psíquicofísicos que denoten una dirección inteligente, el agotamiento físico se traducirá en postración nerviosa, a menos que el médium sea mago capaz de proyectar su doble. Por lo tanto, parece concluyente la prueba de que el médium es pasivo instrumento de entidades invisibles que disponen de fuerzas ocultas. Pero no obstante la identidad de la fuerza *ecténica* de Thury y la psíquica de Crookes, sus respectivos mantenedores discrepan en cuanto a las propiedades que les atribuyen, pues mientras Thury admite que los fenómenos son producidos con frecuencia por voluntades *no humanas,* corroborando con ello la sexta hipótesis de Crookes, éste se reserva su opinión respecto a la causa de los fenómenos, cuya autenticidad no pone en duda. Así vemos que ni Gasparín y Thury, que investigaron los fenómenos psíquicos en 1854, ni Crookes, que se convenció de su realidad en 1874, les han dado explicación definitiva, a pesar de sus conocimientos en ciencias físico–químicas y de haber dedicado toda su atención a tan arduo problema. El resultado es que en veinte años ningún científico ha dado ni un paso en la solución del enigma que sigue tan inexpugnable como castillo de hadas.

¿Sería impertinencia sospechar que los científicos modernos se mueven en un círculo vicioso? Agobiados sin duda por la pesadumbre del materialismo y la insuficiencia de las llamadas ciencias experimentales para demostrar tangiblemente la existencia del mundo espiritual, mucho más poblado que el visible, no tienen otro remedio que arrastrarse por el interior del círculo vicioso, sin querer, más bien que sin poder, salir del hechizado recinto para explorar lo que fuera de él existe. Sus preocupaciones son el único embarazo que les impide reconocer la causa de hechos innegables y relacionarse con hipnotizadores tan expertos como Du Potet y Regazzoni.

Preguntaba Sócrates:

> "¿Qué engendra la muerte? –La vida– le respondieron[229]… ¿Puede el alma, puesto que es inmortal, dejar de ser imperecedera?"[230] El profesor Lecomte dice: "La semilla no puede germinar sin que en parte se consuma".

Y San Pablo exclama:

> "Para que la simiente se avive es preciso que muera".

---

[229] Platón. – *Fedro*.44.

[230] Id. 128.

Se abre la flor, se marchita y muere; pero deja tras sí el aroma que perdura en el ambiente cuando ya sus pétalos están hechos polvo. Nuestros sentidos corporales no lo advierten y sin embargo existe. El eco de la nota emitida por un instrumento perdura eternamente. Jamás se extingue por completo la vibración de las invisibles ondas del mar sin orillas del espacio. Siempre viven las energías transportadas del mundo de la materia al mundo del espíritu. Y el hombre, preguntamos nosotros, el hombre, entidad que vive, piensa y razona, la divinidad residente en la obra maestra de la naturaleza, ¿habría de abandonar su estuche para no vivir jamás? ¿Cómo negar al hombre cuyas cualidades fundamentales son la conciencia, la mente y el amor, el principio de continuidad que reconocemos en la llamada inorgánica materia del flotante átomo? No cabe más descabellada idea. Cuanto mayor es nuestro conocimiento, mayor es también la dificultad de concebir el ateísmo científico. Se comprende que un hombre ignorante de las leyes de la naturaleza, sin noción alguna de las ciencias físico–químicas, pueda caer funestamente en el materialismo, empujado por la ignorancia o por la incapacidad de comprender la filosofía de la ciencia, ni de colegir ninguna analogía entre lo visible y lo invisible. Un metafísico por naturaleza, un soñador ignorante, pueden despertar bruscamente y atribuir a ilusión y ensueño todo cuanto imaginaron sin pruebas tangibles; pero un científico familiarizado con las modalidades de la energía universal no puede sostener que la vida es tan sólo un fenómeno de la materia, so pena de confesar su incapacidad para analizar y debidamente comprender el alfa y el omega de la misma materia.

El escepticismo sincero respecto a la inmortalidad del alma es una enfermedad, una deformación cerebral, que ha existido en toda época. Así como algunas criaturas nacen envueltas en el omento, así también hay hombres incapaces de desprenderse durante toda su vida de la membrana que embota sus espirituales sentidos. Pero la *vanidad* es el verdadero sentimiento que les mueve a rechazar los fenómenos mágicos y espirituales, sin otro argumento que el siguiente: "Nosotros no podemos producir ni explicar estos fenómenos; por lo tanto, *no existen* ni *nunca han existido.* Hace unos treinta años, Salverte sorprendió a los "crédulos" con su obra: *Filosofía de la magia,* en la que pretendía explicar la causa operante de los milagros bíblicos y de los santuarios paganos. En resumen, los atribuye a largos años de observación, aparte de un profundo conocimiento de las ciencias físicas y metafísicas, en cuanto lo permitía la ignorancia de la época, con su secuela de imposturas, prestidigitación, ilusiones ópticas y fantasmagoría, que a fin de cuentas, convierten, según el autor, a los taumaturgos, profetas y magos, en pícaros y bribones, y al resto de los mortales en necios y bobos.

De la índole y valía de las pruebas podrá colegir el lector por la que aduce el pasaje siguiente: "Aseguraban los entusiastas discípulos de Jámblico, que al orar se levantaba a diez codos del suelo, y engañados por esta metáfora han tenido los cristianos la

candidez de atribuir el mismo milagro a Santa Clara y a San Francisco de Asís"[231]. Según Salverte, los centenares de viajeros que atestiguan haber visto idéntico fenómeno en los fakires, serían todos unos embusteros o estarían alucinados. Sin embargo, hace poco tiempo, el eminente Crookes atestiguó un fenómeno de esta índole en condiciones que imposibilitaban todo fraude; y de la propia suerte habían aseverado lo mismo mucho tiempo antes infinidad de testigos, a quienes sistemáticamente se les niega crédito.

Paz a tus científicas cenizas ¡oh crédulo Salverte! ¿Quién sabe si antes de concluir el presente siglo la sabiduría popular habrá inventado este nuevo proverbio: "Tan increíblemente crédulo como un científico".

¿Por qué ha de parecer imposible que una vez separado el espíritu del cuerpo pueda animar una forma imperceptible, creada por la fuerza mágica, psíquica, ecténica o etérea, como quiera llamársela, con el auxilio de entidades elementarias que al efecto proporcionen la sublimada materia de un cuerpo? La única dificultad está en no darse cuenta de que el espacio no está vacío, sino repleto de los arquetipos de cuanto fué, es y será, y poblado de seres pertenecientes a diversas estirpes distintas de la nuestra.

Muchos científicos han reconocido la autenticidad de fenómenos en apariencia sobrenaturales, porque como el citado caso de levitación, contrarían la ley de la gravedad; pero al investigarlos, se enredaron en inextricables dificultades por su desgraciado intento de darles explicación con hipótesis basadas en las leyes conocidas de la naturaleza.

En el resumen de su obra, concreta De Mirville la argumentación de los científicos adversarios del espiritismo en cinco paradojas a que llama confusiones, conviene a saber:

Primera confusión. – La de Faraday, quien explica el fenómeno de la mesa diciendo que ésta *empuja* al experimentador a causa de la resistencia que *la hace retroceder*.

Segunda confusión. – La de Babinet, quien explica los golpes diciendo que de buena fe y con perfecta conciencia los producen *ventrílocuos,* cuya facultad implica necesariamente *mala fe*.

Tercera confusión. – La de Chevreuil, quien explica la facultad de mover los muebles sin tocarlos, por la previa adquisición de esta facultad.

Cuarta contusión. – La del Instituto de Francia, cuyos miembros aceptan los milagros con tal que no contraríen las conocidas leyes de la naturaleza.

[231] *Filosofía de la Magia.* Traducción inglesa, 47.

Quinta contusión. – La de Gasparín, que supone fenómenos sencillos y elementales, los que todos niegan porque nadie vió otros iguales[232].

Mientras los científicos de fama admiten tan fantásticas hipótesis, algunos neurópatas de menor cuantía explican los fenómenos psíquicos por medio de un efluvio anormal, dimanante de la epilepsia[233]. Otro hay que quisiera tratar a los médiums (y suponemos que también a los poetas) con asafétida y amoníaco[234], y califica de lunáticos o de místicos alucinados a cuantos creen en las manifestaciones psíquicas. A este médico y conferenciante, se le podría aplicar la frase del Nuevo Testamento: "Sánate a ti mismo"; porque, en verdad, ningún hombre de cabal juicio se atrevería a tachar de locos a los cuatrocientos cuarenta y seis millones de personas que en las cinco partes del mundo creen en las relaciones de los espíritus con los hombres.

Considerando todo esto, maravilla la osadía de los presumidos pontífices de la ciencia al clasificar fenómenos que en absoluto desconocen. Seguramente, los millones de compatriotas a quienes de tal manera engañan, les merecen tanta consideración como si fueran gorgojos de patata o cigarrones, porque el Congreso norteamericano, a instancia de la Asociación americana para el progreso de las ciencias, promulga estatutos constituyentes de comisiones nacionales para el estudio de los insectos; los químicos se ocupan en cocer ranas y chinches; los geólogos entretienen el ocio en la observación de ganoides cónquidos y en discutir el sistema dentario de las diversas especies de dinictios; y los entomólogos llevan su entusiasmo hasta el extremo de cenarse saltamontes cocidos, fritos y en salsa[235]. Entretanto, millones de americanos quedan abandonados "á la confusión de locas ilusiones", según frase de los ilustres enciclopedistas, o sucumben a los "desórdenes nerviosos" dimanantes de la "diatesis mediumnística".

Tiempo hubo en que cabía esperar que los científicos rusos se tomaran el trabajo de estudiar atenta é imparcialmente los fenómenos psíquicos. La Universidad de San Petersburgo nombró una comisión presidida por el insigne físico Mendeleyeff, con objeto de poner a prueba en cuarenta sesiones consecutivas a los médiums que quisieran someterse a experimentación. La mayor parte rehusaron la invitación temerosos de alguna celada, y al cabo de ocho sesiones, cuando los fenómenos iban siendo más interesantes, la comisión prejuzgó el caso con frívolos pretextos y dió informe contrario a los médiums. En vez de proceder digna y científicamente, se valieron de espías que atisbaban por los ojos de las cerraduras. El presidente de la comisión declaró en una conferencia pública que el espiritismo, como cualquiera otra creencia en la inmortalidad del alma, era una mezcolanza de superstición, alucinaciones

---

232 De Mirville. – *De los Espíritus,* 159.

233 Gerry Fairfield. – *Diez años con médiums espiritistas.* Nueva York, 1875.

234 Marvin. – *Conferencia sobre la Mediummanía.*

235 *Revista Scientific American,* 1875.

é imposturas, y que las manifestaciones de esta índole, tales como la adivinación del pensamiento, el rapto y otros fenómenos psíquicos, se producían con el auxilio de ingeniosos aparatos y mecanismos que los médiums llevaban ocultos entre las ropas. Ante semejante prueba de ignorancia y prejuicio, el doctor Butlerof, catedrático de química de la Universidad de San Petersburgo, y el señor Aksakof, consejero de Estado que habían sido invitados a las sesiones, evidenciaron su disgusto en la protesta publicada bajo su firma en los periódicos, cuya mayoría se puso en contra de Mendeleyeff y de su oficiosa comisión, al paso que más de ciento treinta personas de la aristocracia sanpetersburguense, sin determinada filiación espiritista, avaloraron con su firma la protesta.

El resultado fué que la atención pública se convirtiera hacia el espiritismo, constituyéndose en todo el imperio numerosos círculos. La prensa liberal empezó a discutir el asunto, y se nombró otra comisión encargada de proseguir las interrumpidas investigaciones.

Pero tampoco es fácil que la nueva comisión cumpla con su deber, pues tiene oportunísimo pretexto en el informe dado por el profesor Lankester, de Londres, acerca del médium Slade, quien, contra las prejuiciosas y circunstanciales aseveraciones de Lankester y de un amigo de éste llamado Donkin, opuso el testimonio de gran número de investigadores entre los que se contaban Wallace y Crookes. A este propósito, el *London Spectator* publicó un artículo del que extractamos los siguientes párrafos:

> "Es pura superstición el presumir de tan completo conocimiento de las leyes de la naturaleza, que hayamos de repudiar por falsos unos fenómenos cuidadosamente examinados por detenidas observaciones, sin otro fundamento que su aparente discrepancia con principios ya establecidos. Asegurar, como según parece asegura el profesor Lankester, que porque en algunos casos haya habido fraude y credulidad en estos fenómenos, como también los hay en las enfermedades nerviosas, forzosamente haya de haberlos contra toda escrupulosidad de las investigaciones, equivale a aserrar las ramas del árbol del conocimiento en que arraigan las ciencias inductivas y demoler toda la fábrica del edificio científico".

Pero ¿qué les importa esto a los doctores? El torrente de superstición que, a su decir, arrastra a millones de inteligencias claras, no puede alcanzarles; el nuevo diluvio llamado espiritismo, no es capaz de anegar sus robustas mentes; y las cenagosas oleadas de la corriente han de romper la furia sin ni siquiera mojar la correa de su zapato. Tal vez la tradicional terquedad del Creador les impide confesar el poco éxito que sus milagros tienen en nuestros días contra la ceguera de los profesionales de la ciencia, aunque de seguro sabe que desde hace tiempo resolvieron poner en el frontispicio de sus colegios y universidades, el siguiente aviso:

De orden de la ciencia se le prohíbe a Dios hacer milagros en este sitio[236].

Espiritistas y católicos parecen haberse coligado contra los iconoclásticos intentos del materialismo, y al incremento del número de escépticos ha correspondido otro incremento proporcional del número de creyentes. Los campeones de los milagros "divinos" de la Biblia emulan a los panegiristas de los fenómenos psíquicos, y la Edad Media revive en el siglo XIX. De nuevo vemos a la Virgen María ponerse en correspondencia epistolar con los fieles hijos de su iglesia, mientras que por conducto de los médiums garrapatean mensajes los espíritus amigos. El santuario de Lourdes se ha convertido en gabinete de materializaciones espiritistas, al paso que los gabinetes de los más famosos médiums norteamericanos parecen santuarios a donde Mahoma, el obispo Polk, Juana de Arco y otros espíritus de nota acuden desde la "negra orilla", para materializarse a la luz del día. Y si a la Virgen María se la ha visto pasear cotidianamente por las cercanías de Lourdes, ¿por qué no creer también al fundador del islamismo y al difunto prelado de la Luisiana? No cabe otro remedio que admitir o rechazar por igual la posibilidad o la impostura de entrambas manifestaciones milagrosas: las divinas y las espiritistas. Al tiempo ponemos por testigo. Pero mientras la ciencia no quiera alumbrar con su mágica lámpara la obscuridad del misterio, irán las gentes dando tropezones con riesgo de caer en el lodo.

A consecuencia de la desfavorable opinión sustentada por la prensa londinense acerca de los recientes "milagros" de Lourdes, monseñor Capel publicó en *The Times* el criterio de la Iglesia romana sobre el particular, en los siguientes términos:

> "Por lo que toca a las curaciones milagrosas, pueden consultar los lectores la juiciosa obra: *La Gruta de Lourdes,* escrita por el doctor Dozous, eminente facultativo de la localidad, inspector de higiene del distrito y médico forense, quien enumera al pormenor varios casos de curaciones milagrosas estudiadas por él con cuidadosa detención, para concluir diciendo: "Declaro que todo hombre de buena fe ha reconocido el carácter sobrenatural de las curaciones logradas en el santuario de Lourdes, sin otra medicina que el agua de la fuente. Debo confesar que mi entendimiento, nada propenso a la credulidad en milagros de ninguna clase, difícilmente se hubiese convencido de la verdad de una aparición tan notable bajo varios aspectos, a no ser por las curaciones que presencié personalmente y me dieron luz bastante para estimar la importancia de las visitas de Bernardita a la Gruta y la realidad de las apariciones con que se vió favorecida".
>
> "Digno de respetuosa consideración, por lo menos, es el testimonio del distinguido médico que desde un principio observó cuidadosamente a Bernardita y tuvo ocasión de presenciar las curaciones. A esto he de añadir que acuden a la gruta infinidad de gentes para

[236] Paráfrasis de un pasquín puesto en las tapias de un cementerio de Francia en tiempo de los milagros jansenistas prohibidos por la policía, el cual era de este tenor:

De par le roi defense a Dieu
De faire miracle en ce lieu.

> arrepentirse de sus culpas, acrecentar su piedad, rogar por la regeneración de su patria y dar público testimonio de su fe en el Hijo de Dios y en su inmaculada Madre. Muchos van a curarse de sus dolencias corporales, y algunos vuelven curados según aseveran testigos oculares. El achacar falta de fe, como hace vuestro artículo, a los que después se van a tomar las aguas de los Pirineos, es tan poco razonable como si tacháramos de incrédulos a los magistrados que penan la negligencia en la prestación de auxilios médicos. Quebrantos de salud me forzaron a pasar en Pau el invierno durante los años de 1860 a 1867, y con ello tuve coyunturas de investigar minuciosamente cuanto se relacionaba con las apariciones de Lourdes. Después de haber observado con todo detenimiento a Bernardita y de estudiar algunos de los milagros ocurridos, me he convencido de que *si el testimonio humano es válido para comprobar la realidad de un hecho, forzosamente se ha de admitir la autenticidad de las apariciones de Lourdes.* Al fin y al cabo no es dogma de fe este punto, que cualquier católico puede aceptar o negar sin esperanza de elogio ni temor de censura".

Si el lector se fija en las frases subrayadas, advertirá como al clero católico, a pesar de la infabilidad pontificia y de su franquicia postal con el cielo, le satisface el testimonio humano para avalar los milagros *divinos.* Ahora bien, si atendemos a las conferencias dadas recientemente por Huxley, en Nueva York, acerca de la evolución, oiremos que dice: "La mayor parte de nuestro conocimiento de los hechos pasados se basa en las pruebas históricas del testimonio humano". Y en otra conferencia sobre biología añade: "Todo hombre que de corazón anhele la verdad, no ha de temer, sino desear la crítica serena y justa; pero es esencial que el crítico sepa de qué habla". Esto mismo debiera tener en cuenta su autor al tratar de asuntos psicológicos, pues si lo añadiese a sus antedichos conceptos ¿qué mejor pedestal sobre que alzarlo?

Vemos como el materialista Huxley y el prelado católico coinciden en considerar suficiente el testimonio humano para la comprobación de hechos que cada cual puede o no creer según sean sus preocupaciones. Por lo tanto, ¿no es razón que así el ocultista como el espiritista se encastillen en el argumento tan perseverantemente sostenido de que no cabe negar la autenticidad de los fenómenos psíquicos de los antiguos taumaturgos probados de sobra por el testimonio humano? Si la Iglesia y las Academias han aducido pruebas humanas, no pueden negar a los demás el mismo derecho. Uno de los frutos de la reciente agitación notada en Londres, con motivo de los fenómenos mediumnímicos, es que la prensa seglar ha expuesto ideas liberales. El *Daily News,* de Londres, decía en 1876: "En todo caso, nos parece que debemos considerar el espiritismo como una de tantas creencias tolerables, y dejarle, por lo tanto, en paz, pues tiene muchos prosélitos tan inteligentes como quien más, que hace tiempo hubiesen echado de ver cualquier superchería palpable y notoria. *Algunos hombres eminentes por su sabiduría han creído en las apariciones* y continuarían creyendo, aunque unos cuantos se entretuvieran en amedrentar a las gentes con fingidos fantasmas".

No es la primera vez en la historia que el mundo invisible ha tenido que luchar contra el materialista escepticismo de la ceguera espiritual de los saduceos. Platón deplora en sus obras y alude más de una vez a la incredulidad de ciertas gentes. Desde Kapila, el filósofo indo que muchos siglos antes de J.C. dudaba ya de que los yoguis en éxtasis pudiesen ver a Dios cara a cara y conversar con las más elevadas entidades, hasta los volterianos del siglo XVIII que se burlaban de lo más sagrado, en toda época hubo Tomases incrédulos. Pero ¿han conseguido atajar los pasos de la verdad? Tanto como los ignorantes é hipócritas jueces de Galileo lograron detener el movimiento de la tierra. No hay teoría capaz de influir decisivamente en la estabilidad é instabilidad de una creencia heredada de las razas primitivas que, si tenemos en cuenta el paralelismo entre las evoluciones espiritual y física del hombre, recibieron la verdad de labios de sus antepasados, *los dioses de sus padres* que "estaban al otro lado de las aguas". Algún día se demostrará la identidad de los relatos bíblicos con las leyendas indas y la cosmogonía de distintos países, para ver cómo *las fábulas de las edades míticas son alegorías de los fundamentales principios geológicos y antropológicos.* A esas fábulas de tan ridícula expresión habrá de recurrir la ciencia para encontrar los "eslabones perdidos".

Por otra parte, ¿qué denotan las raras coincidencias observadas en la historia respectiva de pueblos tan distantes? ¿De dónde proviene la identidad de los conceptos primitivos que se advierten en las llamadas fábulas y leyendas, donde se encierra el meollo de los sucesos históricos, de una verdad profundamente encubierta bajo la capa de poéticas ficciones populares, pero que no deja de ser verdad? Comparemos, por ejemplo, el Génesis con los Vedas en los pasajes siguientes:

> Y habiendo comenzado los hombres a multiplicarse sobre la tierra y engendrado hijas, viendo los hijos de Dios las hijas de los hombres que eran hermosas, tomáronse mujeres, las que escogieron entre todas… Y había *gigantes sobre la tierra en aquellos días* [237]…
>
> "El primer brahmán se queja de estar *solo* y sin mujer entre sus hermanos. A pesar de que el Eterno le aconseja que dedique sus días al estudio de la ciencia sagrada, el primer nacido insiste en la queja. Enojado por tamaña ingratitud, el Eterno da al brahmán una mujer de la estirpe de los *daityas o gigantes,* de quien todos los brahmanes descienden por generación materna". Así es que la casta sacerdotal desciende por una línea de las entidades *superiores, los* hijos de Dios, y por otra, de *Daintany,* la hija de los gigantes de la tierra, los hombres primitivos[238]. "Y ellas les dieron hijos a ellos y llegaron a ser hombres poderosos del tiempo viejo; varones de nombradía"[239].

---

[237] *Génesis* , VI, 1–2–4.

[238] Polier . – *Mitología inda.*

[239] *Génesis,* VI, 4.

La misma alegoría encierra el pasaje análogo de la cosmogonía del *Edda* escandinavo. Har, compañero de Jafuhar y Tredi, describe a Gangler la formación del primer hombre llamado Bur, padre de Bör, quien tomó por mujer a Besla, hija del gigante Bölthara, de la estirpe de los *primitivos* gigantes[240].

El mismo fundamento tienen las fábulas griegas de los titanes y la leyenda mexicana de las cuatro estirpes sucesivas del *Popol–Vuh*. Esta alegoría de los gigantes es uno de los cabos de la enredada y al parecer inextricable madeja de la psicología del género humano, pues de otro modo no cupiera explicar la creencia en lo sobrenatural, ya que decir que ha brotado, crecido y desarrollado a través de las edades sin base de sustentación, cual frívola fantasía, fuera equiparable al absurdo teológico de que Dios creó el mundo de la nada.

Es demasiado tarde para negar la evidencia que se manifiesta con luz meridiana. Los periódicos, así religiosos como seglares, protestan ya unánimemente contra el dogmatismo y los estrechos prejuicios de la erudición apócrifa. El *Christian World* une su voz a la de sus escépticos colegas y dice:

> "Aun cuando pudiera demostrarse que todos los médiums son impostores, todavía censuraríamos la propensión de algunas autoridades científicas a mofarse y estorbar las investigaciones de índole semejante a las expuestas por Barrett ante la Asociación Británica. Si los espiritistas han caído en muchos absurdos, no por ello deben diputarse por indignos de examen sus fenómenos. Sean hipnóticos, clarividentes o como quiera, que digan los científicos qué son en vez de tratarnos como a muchachos preguntones a quienes se les da la cómoda pero poco satisfactoria respuesta: "los niños no preguntan nada"[241].

Parece que en nuestra época no le cuadra a ningún científico aquel verso de Milton: "¡Oh, tú que por atestiguar la verdad sufriste universal vituperio!" La decadencia presente trae a la memoria las palabras de aquél físico que después de escuchar la historia del tambor de Tedworth y de Ana Walker, exclamó: "*Si eso es cierto, estuve hasta ahora engañado y he de abrirme cuenta nueva*"[242].

Pero en nuestro siglo, a pesar de la valía reconocida por Huxley al testimonio humano, hasta el mismo Enrique More se ha convertido en entusiasta visionario, cualidades que fuera desvarío ver reunidas en una persona[243].

---

[240] El pasaje íntegro se encuentra en la obra de Mallet: *Antigüedades del Norte,* edición de Bohn, 401–405.

[241] En la *Revista Trimestral* de 1859 publica Graham un singular informe acerca de algunas ciudades de Oriente, hoy despobladas, cuyas puertas tienen piedras enormes en frecuente desproporción con la fábrica arquitectónica, como si llevaran la huella de una antiquísima raza de gigantes.

[242] Dr. More. – *Carta a Glanvil, el autor de Saducismus Triumphatus.*

[243] J. S. Y. – *Demonologia o Ciencia natural ravelada,* 219. – 1827.

No han faltado hechos, pues los hay en abundancia, para que la psicología pudiera dar a comprender sus misteriosas leyes y aplicarlas a los casos ordinarios y extraordinarios de la vida. Hubiera sido necesario que idóneos observadores científicos los ordenaran analíticamente. Desgracia fué para las gentes, y baldón para la ciencia que el error prevaleciese y la superstición anduviera desenfrenada entre los pueblos cristianos durante tantos siglos. Las generaciones se suceden unas a otras con su tributo de mártires de la conciencia y del denuedo moral, de modo que ya se comprende la psicología algo mejor que cuando el férreo guante del Vaticano sentenciaba inicuamente a los desgraciados héroes cuya memoria infamaba con el estigma de nigrománticos y herejes.

CAPÍTULO V

Yo soy el espíritu que siempre niega.

Mefistófeles, en FAUSTO.

El espíritu de verdad a quien el mundo no pudo recibir porque no le vió ni conoció.

SAN JUAN, XIV–17.

Millones de seres espirituales recorren la tierra y no los vemos ni cuando estamos dormidos ni cuando despiertos.

MILTON.

La mente no basta por sí sola para abarcar lo espiritual. De la propia manera que el sol ofusca la luz de una llama, así el espíritu ofusca la luz de la mente.

W. HOWITT.

Infinidad de nombres se han dado a las manifestaciones o efectos de la misteriosa energía que anima la materia. Es el *caos* de los antiguos; el *antusbyrum o* fuego sagrado de los parsis; el *fuego* de Hermes; el *elmes* de los antiguos germanos; el *rayo* de Cibeles; la *antorcha* de Apolo; el *fuego sagrado* de los altares de Pan y Vesta; la *centella* (πῦρ ἄσβεστος) del yelmo de Plutón, del capacete de Dioscuri, de la cabeza de Gorgona, del casco de Palas y del caduceo de Mercurio; el *phtha o ra* egipcio; el Αρχαῖος y el *Zeus cataibates* (el que desciende)[244] de los griegos; las *lenguas de fuego* de la Pentecostés; la *zarza ardiente* de Moisés; la *columna de fuego* del Éxodo; la *lámpara ardiente* de Abraham; el *fuego eterno* del abismo sin fondo; los *vapores* del oráculo délfico; la *luz sidérea* de los rosacruces; el *akâsha* de los adeptos indos; la luz *astral* de los cabalistas; *el flúido nervioso* de los magnetizadores; el *od* de Reichenbach;

---

[244] Pausanias. – *"Eliæ",* I, XIV.

el *globo ígneo* de Babinet; el *psicodo* y la *fuerza étnica* de Thury; la *fuerza psíquica* de Cox y Crootes; el *magnetismo atmosférico* de algunos físicos; el *galvanismo; y finalmente* la *electricidad.*

Bulwer Lytton en su *Raza futura* le llama *vril* [245] y supone ficciosamente que se valían de ella las poblaciones subterráneas. Dice, al efecto, que estas gentes creen que el vril unifica y resume la energía de todos los agentes naturales y demuestra después como Faraday presintió ya la unidad de las fuerzas en el siguiente pasaje:

> "Hace mucho tiempo que estoy convencido, y conmigo muchos otros amantes de la naturaleza, de que las diversas modalidades de las fuerzas de la materia *tienen origen* común, es decir, que están relacionadas con tan directa interdependencia que pueden transmutarse una en otra con equivalente potencia de actuación".

Por absurdo y anticientífico que parezca, sólo cabe, en verdadera definición de la energía primaria de Faraday y del vril de Lytton, identificarlos con la luz astral de los cabalistas, según van corroborando uno tras otro los descubrimientos de la ciencia.

Hace poco tiempo anunciaron los periódicos que Edison había descubierto una fuerza de modalidad distinta a la eléctrica, excepto en la conductibilidad. Si la noticia se confirma veremos cómo, no obstante las denominaciones científicas que se le den, resultará al fin y al cabo uno de tantos hijos engendrados desde el origen del tiempo por nuestra cabalística madre la *Virgen Astral.* En efecto, el descubridor asegura que la nueva fuerza es tan distinta y obedece a tan regulares leyes como el calor, el magnetismo y la electricidad. El periódico que primeramente publicó la noticia añade que Edison supone la nueva fuerza relacionada con el calor, aunque también pudiera generarse por medios independientes *y no conocidos todavía.*

Otro reciente y admirable descubrimiento es la posibilidad de hablar desde muy lejos por medio de un aparato llamado *teléfono* que acaba de inventar Graham Bell. La nueva invención tuvo por precedente los tubos acústicos, consistentes en dos pequeñas bocinas de estaño recubiertas de terciopelo y enlazadas por un bramante. Entre Boston y Cambridgeport se ha sostenido por teléfono una conversación durante la cual se oyeron distintamente todas las palabras con la peculiar modulación de voz. Las ondas sonoras recibidas por un imán, se transmiten eléctricamente a lo largo del alambre en cooperación con dicho imán. El buen funcionamiento del aparato depende de la regularidad de la corriente eléctrica y de la potencia del imán que ha de cooperar a su acción.

"El aparato –dice un periódico– consiste en una especie de bocina con una membrana muy delicada en la que repercuten las ondas sonoras cuando se aplica el habla a la bocina. Al otro lado de la membrana hay una pieza metálica que al vibrar aquélla se

[245] Contracción de la palabra latina *virile.*

pone en contacto con un imán y éste con el circuito eléctrico gobernado por el operador. No se sabe cómo, pero lo cierto es que la corriente eléctrica transmite con toda exactitud de uno a otro aparato la voz del que habla sin pérdida de la más leve modulación".

Ante los prodigiosos descubrimientos de nuestra época, tales como la nueva fuerza de Edison y el teléfono de Graham Bell, aparte de las posibilidades todavía latentes en el reino sin límites de la naturaleza, no será exagerado suplicar a cuantos intenten combatir nuestra afirmación que esperen a ver si los nuevos descubrimientos la invalidan o la corroboran.

La invención del teléfono dará tal vez alguna insinuación tocante a lo que las historias antiguas dicen del secreto poseído por los sacerdotes egipcios, quienes durante la celebración de los misterios podían comunicarse instantáneamente de un templo a otro, aunque fuese de ciudad distinta. La leyenda atribuye estos mensajes a las "invisibles tribus del aire". El autor de *El hombre preadámico* cita un ejemplo que no sabe a punto fijo si lo da Macrino ú otro autor, pero que podemos, considerar por lo que valga. Dice que "durante su estancia en Egipto, una de las Cleopatras mandó noticias por un alambre a todas las ciudades del alto Nilo, desde Heliópolis a Elefantina"[246].

No hace mucho tiempo nos reveló Tyndall un nuevo mundo poblado de hermosísimas figuras aéreas. Según dice, el descubrimiento consiste en "someter los vapores de ciertos líquidos volátiles a la concentrada acción de la luz solar o a los enfocados rayos de la eléctrica". Los vapores de algunos yoduros, nitratos y ciertos ácidos se sujetan a la acción de la luz en un tubo de ensayo colocado horizontalmente, de modo que su eje coincida con los rayos paralelos dimanantes de la lámpara. Los vapores forman nubes de soberbios matices y se agrupan en forma de vasos, botellas, conos, conchas, tulipanes, rosas, girasoles, hojas y volutas. Dice Tyndall que "la nubecita toma en breve rato la forma de cabeza de sierpe con su boca y lengua".

Por último, como remate de tantas maravillas, dice que en cierta ocasión tomaron los vapores figura de pez, con sus ojos, aletas y escamas, *tan estrictamente simétrico que no había señal en un lado que no estuviese también en el otro.*

Este fenómeno puede explicarse en parte por la acción mecánica de los rayos lumínicos, según Crookes ha demostrado recientemente, pues cabe suponer que el haz horizontal de rayos luminosos disgregue las moléculas de los vapores y vuelva a agruparlos en forma de globos y husos. Pero ¿cómo explicar la formación de vasos, flores y conchas? Esto es para la ciencia tan enigmático como el meteoro felino de Babinet, aunque no sospechamos que Tyndall dé a aquel fenómeno la absurda explicación que Babinet al suyo.

[246] P. B. Randolph. – *El hombre preadámico,* 48.

Quienes no hayan estudiado el asunto, tal vez se sorprendan de ver lo mucho que en la antigüedad se conocía del omnipenetrante y sutilísimo principio hace poco bautizado con el nombre de *éter universal*.

Pero antes de pasar adelante, conviene enunciar, según insinuamos ya, dos categóricas proposiciones, que para los antiguos teurgos fueron leyes demostradas.

1.º Los llamados milagros, empezando por los de Moisés y acabando por los de Cagliostro, estuvieron en perfecta concordancia con las leyes naturales, como acertadamente dice Gasparín, y por lo tanto, no fueron tales milagros. La electricidad y el magnetismo intervinieron sin duda alguna en muchos de estos prodigios; pero tanto ahora como entonces cabe admitir que las personas suficientemente sensitivas sirvan de *conductores inconscientes y actúen* en virtud de estos flúidos tan poco conocidos todavía por las ciencias. Esta fuerza posee infinidad de atributos y propiedades en su mayor parte ignoradas de los físicos.

2.º Los fenómenos de magia natural, presenciados en Siam, India, Egipto y otros países de Oriente, no tienen nada de común con la prestidigitación, pues los primeros son efecto de fuerzas naturales ocultas, y la segunda es artificio ilusionante obtenido por medio de hábiles manipulaciones en connivencia con otras personas[247].

Los taumaturgos de toda época obraban prodigios por estar familiarizados con las ondulaciones imponderables en sus efectos, pero perfectamente tangibles, de la luz astral, cuyas corrientes guiaban con la fuerza de su voluntad. Los prodigios tenían doble carácter físico y psíquico, con sus correspondientes efectos materiales y mentales. Estos últimos son de índole análoga a los producidos por Mesmer y sus sucesores, entre quienes se cuentan en nuestros días dos hombres de no común cultura, Du Potet y Regazzoni, cuyas maravillosas facultades les dieron bien atestiguada nombradía en Francia y otros países. El hipnotismo es la más importante modalidad de la magia, cuyos efectos tienen por causa el agente universal propio de las obras mágicas que en todo tiempo se denominaron milagros.

Los antiguos llamaron *caos a* este agente; Platón y los pitagóricos el *alma del mundo, y según* los indos la Divinidad en forma de éter penetra todas las cosas. Es un flúido invisible, y sin embargo, sumamente tangible. A este universal Proteo, a que De Mírville llama burlonamente el *omnipotente nebuloso,* lo denominaron los teurgos

[247] Por lo menos en este punto estamos en terreno firme, pues el testimonio de Crookes corrobora nuestras aserciones. Dice en su obra: *Espiritismo fenoménico*: "Los centenares de hechos que estoy en disposición de atestiguar y cuyo remedo por artificios mecánicos desafiaría la habilidad y destreza de un Houdin, un Bosco o un Anderson, ocurrieron en m propia casa, a horas fijadas por mi mismo y en circunstancias que imposibilitaban absolutamente el empleo del más sencillo instrumento.

fuego viviente[248], *espíritu de luz y magnes,* cuya denominación denota sus propiedades magnéticas y naturaleza mágica, porque, como dice uno de nuestros adversarios, μὰγος y μὰγνης son dos ramas de un mismo tronco que dan iguales frutos.

Para averiguar la etimología de la palabra magnetismo, hemos de remontarnos a época inconcebiblemente remota. Muchos creen que la piedra imán deriva su nombre del de la ciudad de Magnesia, en Tesalia, donde abunda en extremo; pero diputamos por única acertada la opinión de los herméticos. La palabra mago se deriva del sánscrito *mahaji,* que significa *grande o sabio,* el ungido con la sabiduría divina. A este propósito dice Dunlap: "Eumolpo es el mítico fundador de los eumólpidos o sacerdotes que atribuían su saber a la inteligencia divina"[249]. Las cosmogonías de los diversos pueblos identificaban el *alma árquea universal* con la mente del Demiurgos, la *Sophía* de los agnósticos o el *Espíritu Santo* en su aspecto fenoménico; y como los magos derivaban su nombre de este principio, se llamó a la piedra imán *magnes,* en honor de los que primeramente descubrieron sus maravillosas propiedades. Los templos de los magos abundaban en todas partes y entre ellos había algunos dedicados a Hércules[250], por cual razón se le dió a la piedra imán el nombre de magnesiana o heráclea, cuando se supo que los sacerdotes la empleaban en sus operaciones terapéuticas y mágicas. Sobre este particular dice Sócrates: "Eurípides la denomina piedra magnesiana, pero el vulgo la llama heráclea"[251]. De modo que los magos dieron nombre a la comarca tesaloniense de Magnesia y a la piedra imán que allí abundaba y no al contrario. Plinio dice que los sacerdotes romanos magnetizaban el anillo nupcial antes de la ceremonia. Los historiadores paganos guardan cuidadoso silencio acerca de los misterios mágicos, y Pausanias declara que en sueños le conminaron a no revelar los sagrados ritos del templo de Demetrio y Perséfona en Atenas[252].

La ciencia moderna no ha tenido más remedio que admitir el magnetismo animal después de negarlo durante mucho tiempo; pero aunque nadie lo pone en duda como propiedad del organismo animal, todavía lo combaten las Academias más encarnizadamente que nunca, en cuanto a su secreta influencia psicológica. Es

---

[248] Esta denominación nos descubre el significado de la enigmática frase del Zendavesta que dice: "por el fuego se sabe lo futuro y se adquiere ciencia y elocuencia" pues, en efecto, da extraordinaria facilidad de palabra a las personas muy receptivas.

[249] *Misterios de Musah,* III.

[250] A Hércules se le llamaba rey de los musianos (Schwab, II–44) y *musiana* era la fiesta del "espíritu y la materia" simbolizados por Adonis y Venus, Baco y Ceres. (Dunlap, Misterio de Adonis, 95). Dice Dunlap que Juliano y Anthon identificaban a Esculapio "el Salvador de todas las cosas" con Phtha (Mente creadora, sabiduría divina), Apolo, Baal, Adonis y Hércules. Phtha es el "Anima Mundi" de Platón, el Espíritu santo de los egipcios y la luz astral de los cabalistas. Sin embargo, Michelet opina que el Heracles griego era el adversario de las orgías báquicas con sus consiguientes sacrificios humanos.

[251] Platón. – "Ion" (Burgess), tomo IV, 294.

[252] Atica, I, XIV.

deplorablemente asombroso que las ciencias experimentales no acierten a dar una hipótesis razonable sobre la potencia magnética. Diariamente aparecen pruebas de que esta modalidad energética intervenía en los misterios teúrgicos y por su influencia se explican fácilmente las secretas facultades de los taumaturgos para realizar tantos prodigios. De esta índole fueron los dones otorgados por Jesús a sus discípulos, pues en el momento del milagro sentía el Nazareno una fuerza dimanante de él. En su diálogo con Theages[253], habla Sócrates de su *daimon o* dios familiar y de la facultad que poseía de transmitir o retener los conocimientos y virtudes de modo que las gentes de su trato recibiesen o no beneficio de su compañía, y al efecto cita el siguiente ejemplo, para corroborar sus palabras, con estas otras puestas en boca de Arístides: "He de declararte, Sócrates, una cosa increíble, pero que por los dioses te aseguro cierta. Allego mucho beneficio cuando estoy contigo en la misma casa; y el beneficio es todavía mayor si estamos *en el mismo aposento* y todavía más si *te veo a mi lado,* pero sube de punto cuando *me pongo en toque contigo".*

Este es el moderno magnetismo é hipnotismo de Du Potet y otros experimentadores, que luego de someter al sujeto a su influencia fluídica pueden transmitirle el pensamiento desde cualquier distancia y moverle irresistiblemente a obedecer sus mandatos mentales. Sin embargo, los antiguos filósofos conocían mucho mejor esta energía psíquica, según se infiere de los informes bebidos sobre el particular en las primitivas fuentes. Pitágoras enseñaba que la *Menté* divina está difundida é infundida en todas las cosas, de modo que por su universalidad cabe transportarla de un objeto a otro y servir de instrumento a la voluntad para formar todas las cosas. Según Platón la Mente divina o *Nous* es el *Kurios* de los griegos. A este propósito, dice: "Kurios simboliza la pura y simple naturaleza de la mente, la sabiduría"[254]. Así tenemos que Kurios es Mercurio o sabiduría divina y Mercurio es el Sol[255], de quien Thot o Hermes recibió la sabiduría transmitida al mundo por mediación de sus obras. Hércules es también el Sol, considerado como depósito celeste del magnetismo universal[256] ó, mejor dicho, Hércules es la luz magnética que transmitida a través del "ojo abierto en los cielos" penetra en las regiones de nuestro planeta para convertirse en el Creador. El valeroso titán Hércules ha de sufrir doce pruebas. Se le llama "Padre de todas las

---

[253] Platón. – "*Theages*". Cicerón traduce la palabra *δαιμόνιον* por *quid divinum*, algo divino y no personal.

[254] Cratilo, 79.

[255] Arnobio, VI. XII.

[256] Según veremos en los capítulos siguientes, los antiguos no consideraban el sol como directo manantial de luz y calor, sino tan sólo como agente transmisor de la luz. Por esta razón los egipcios le llamaban "el ojo de Osiris", o sea del Logos, del unigénito o luz manifestada al mundo, la Mente del Absoluto. Esta luz nos da a conocer el demiurgo, el Creador de nuestro planeta y de cuantas cosas contiene. Los dioses solares o Logos no tienen nada que ver con el invisible y desconocido universo diseminado por el espacio. Los "Libros de Hermes" expresan claramente este concepto.

cosas" "el nacido por sí mismo" *(autophues)*[257]. El diablo Tifón[258] mata a Hércules, identificado en este caso con Osiris, padre y hermano de Horus[259]. Se le da el epíteto de *Invicto* cuando desciende al Hades (jardín subterráneo) y después de arrancar las "manzanas de oro" del "árbol de la vida", mata al dragón[260]. El rudo poder titánico, bajo el que se encubre el dios solar, se opone en forma de materia ciega al divino y magnético espíritu que propende a la armonía de la naturaleza.

Los dioses solares simbolizados en el sol visible son los creadores de la naturaleza *física,* pues la naturaleza *espiritual* es obra del Supremo Dios, del oculto y céntrico Sol espiritual, por mediación de su Demiurgo, la Mente divina de Platón, la Sabiduría divina de Hermes Trismegisto[261], la sabiduría dimanante de Ulom o Kronos. Según dice Anthon[262], en los Misterios de Samotracia, después de la distribución del fuego puro, empezaba una nueva vida. Este era el nuevo nacimiento a que Jesús aludía en su plática con Nicodemo. Y sobre lo mismo, dice Platón: "Iniciaos en el más bendito misterio y sed puros… para llegar a ser justos y santos con sabiduría"[263]. A lo cual añade el Evangelista: "Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo"[264].

Este simple acto de la voluntad bastaba para transmitir el don de profecía en su más alta modalidad, si tanto el iniciador como el iniciado eran dignos de ello. A este propósito dice el reverendo Gross: "Sería tan injusto como antifilosófico menospreciar este don, cual si en su presente modalidad fuese corrompido retoño o consumida reliquia de una época de ignorante superstición. En todo tiempo intentó el hombre levantar el velo que oculta a sus ojos lo futuro y, por lo tanto, siempre se tuvo la profecía por don concedido por Dios a la mente humana… Zwinglio, el reformador suizo, daba por fundamento a su fe en la providencia del Ser Supremo, la cosmopolita enseñanza de que el Espíritu Santo inspiraba también a la más digna porción del mundo pagano. Admitida esta verdad, no es posible suponer que los paganos dignos de él no pudieran recibir el don de profecía" [265].

---

[257] Hermann, *Himnos órficos* , XII. – Dunlap. *Misterios de Musak*, 91.

[258] Movers, 525. – Dunlap*, Misterios de Adonis,* 94.

[259] Conviene tener en cuenta que al imán se le llamaba "hueso de Horus" y al hierro "hueso de Tifón".

[260] Preller, II, 153. – Este es el origen del dogma cristiano de la bajada de Cristo a los infiernos.

[261] Este simbolismo explica admirablemente el grosero politeísmo de las masas y el refinado y filosófico concepto de la *unidad* de Dios, que se enseñaba tan sólo en los santuarios de los templos llamados paganos.

[262] *Cabeiria.*

[263] *Fedro.* – Traducción de Cary.

[264] *San Juan,* XX, 22.

[265] *Religión pagana,* 104.

Ahora bien; ¿qué es esta mística y primordial substancia? El Génesis la simboliza en "la haz de las aguas sobre que flotaba el espíritu de Dios". El libro de Job [266], dice que "abajo de las aguas fueron formadas las cosas sin alma que habitan allí"; pero en el texto original, en vez de "cosas inanimadas" se lee los "muertos *rephaim*"[267]. En la mitología egipcia el Absoluto está simbolizado por una serpiente enroscada alrededor de una vasija, sobre cuyas aguas planea la cabeza en actitud de fecundarlas con su aliento. La serpiente es, en este caso, emblema de la eternidad y representa a *Agathodaimon o* espíritu del bien, cuyo opuesto aspecto es *Kakothodaimon o* espíritu del mal. *Los Eddas* escandinavos dicen que durante la noche, cuando el ambiente está impregnado de humedad, cae el rocío de miel, alimento de los dioses y de las creadoras abejas *yggdrasillas*. Esto simboliza el pasivo principio de la creación del universo *sacado de las aguas,* y el rocío de miel es una modalidad de la luz astral con propiedades creadoras y destructoras. En la leyenda caldea de Berosio, el hombre pez, Oännes o Dagón, instruye a las gentes y les muestra el niño–mundo recien salido *de las aguas* con todos los seres procedentes de esta primera substancia. Moisés enseña que sólo la tierra y el agua pueden engendrar alma viviente, y en las Escrituras hebreas leemos que las hierbas no crecieron hasta que el Eterno derramó lluvia sobre la tierra. En el *Popol–Vuh* de los americanos, se dice que el hombre fué formado del limo de las aguas. Según los Vedas, Brahmâ sentado en el loto forma a Lomus (el gran muni o primer hombre) de agua, aire y tierra, después de dar existencia a los *espíritus* que, por lo tanto, tienen prelación sobre los mortales. Los alquimistas enseñaban que la tierra primordial o preadámica *(alkahest)* [268] es como el agua clara, en la *segunda* etapa de su transmutación en substancia primaria, que contiene todos los elementos constitutivos del hombre, no solo por lo que atañe a su naturaleza orgánica, sino también el latente "soplo de vida" dispuesto a la actuación vital ó, lo que es lo mismo, "el Espíritu de Dios flotante sobre las aguas" o "el caos", que de este modo se identifica con la substancia primaria. Por esta razón aseguraba Paracelso que era capaz de formar homúnculos, y el insigne filósofo Thales decía que el agua es el principio de todas las cosas de la naturaleza.

¿Qué es el caos primordial sino el éter de los físicos modernos tal como lo conocieron los filósofos antiguos mucho antes de Moisés? El caos es el éter de ocultas y misteriosas propiedades que contiene en sí mismo los gérmenes de la creación universal; el éter es la virgen celeste, madre espiritual de todas las formas y seres existentes, de cuyo seno, fecundado por el Espíritu Santo, surgen a la existencia la materia y la fuerza, la vida y la acción. A pesar de los recientes descubrimientos que van

---

[266] XXVI, 5.

[267] Gigantes poderosos, hombres primitivos en quienes la evolución descubrirá algún día el origen de nuestra raza.

[268] Palabra inventada por Paracelso para denotar el disolvente de todas las substancias.

ensanchando los límites del saber humano, todavía se conocen muy incompletamente la electricidad, el magnetismo, el calor, la luz y la afinidad química. ¿Quién presume dónde termina la potencia o cuál es el origen de ese proteico gigante llamado éter? ¿Quién no echará de ver el espíritu que en él actúa y de él arranca las formas visibles?

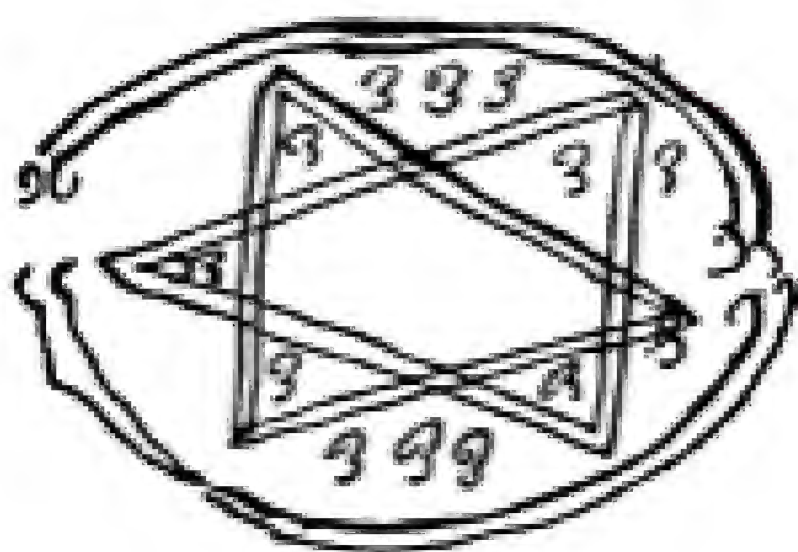
Fácil tarea es demostrar que todas las cosmogonías se fundan en los conocimientos de nuestros antepasados, en las ciencias que hoy día parecen haberse coligado en pro de la doctrina de la evolución; y tampoco es difícil demostrar que los antiguos conocían mucho mejor que nosotros la evolución en sus dos órdenes, físico y espiritual. Para los antiguos filósofos, la evolución era una doctrina axiomática, un principio que abarcaba el conjunto del universo, mientras que los científicos modernos aceptan la evolución bajo hipótesis especulativas de carácter *particular* cuando no *negativo*. Es inútil que los jerarcas de la ciencia moderna rehuyan el debate diciendo que la enigmática fraseología del relato mosaico no concuerda con la definida exégesis de las ciencias experimentales.

Por lo menos está fuera de duda que todas las cosmogonías contienen el símbolo de las aguas y del espíritu que las fecunda, cuyo significado está de acuerdo con el concepto científico de que el mundo no ha podido ser creado de la nada. Todas las leyendas cosmogónicas dicen que en el principio los vapores nacientes y las tinieblas cimerianas reposaban sobre las aguas dispuestas a ponerse en actividad apenas recibido el soplo del Irrevelado, a quien los sabios primitivos presentían, aunque no viesen, porque su espiritual intuición no estaba tan entenebrecida como ahora, por sutiles sofismas. Si no determinaban con toda precisión el tránsito del período silúrico al de los mamíferos, pongamos por caso, y si la época cenozoica estaba representada por las diversas alegorías del hombre primitivo, del Adán de nuestra raza, no por ello hemos de inferir que los sabios de entonces y los caudillos de pueblos no supieran tan bien como nosotros la sucesión de las épocas geológicas.

En los días de Demócrito y Aristóteles, ya había comenzado el descenso del ciclo, por lo que si estos dos filósofos expusieron tan acertadamente la teoría atómica, y fijaron el punto físico del átomo, bien pudieron llegar sus antecesores más lejos todavía, y transponer en la génesis del átomo los límites donde Tyndall y otros parecen haberse atascado sin atreverse a cruzar la frontera de lo incomprensible. Las *artes perdidas* prueban suficientemente que si cabe hoy duda respecto a los progresos de nuestros primitivos antepasados en ciencias naturales, a causa de lo deficiente de sus tratados, eran mucho más expertos que nosotros en el aprovechamiento útil de plantas y minerales. Además, es probable que en aquellos tiempos de misterios religiosos conocieran a fondo la física del globo y no divulgaran su saber entre las ignorantes muchedumbres.

Sin embargo, no sólo de los libros mosaicos podemos extraer pruebas en apoyo de ulteriores argumentos, porque los judíos tomaron su ciencia sagrada y profana de los pueblos con quienes desde un principio estuvieron en contacto. Su más antigua ciencia,

la cábala o doctrina secreta, descubre en todos los pormenores su origen de la primitiva fuente del Turkestán, donde ya se cultivaba mucho antes de la época en que se deslindaron las naciones arias de las semitas. El rey Salomón, tan celebrado por su sabiduría y ciencia mágica[269], recibió este saber de la India por conducto dé Hiram rey de Ofir y de la reina de Saba. Igualmente de origen indio es el anillo o "sello de Salomón", al que las leyendas populares atribuyen potísima influencia en los genios y demonios. El reverendo Samuel Mateer, individuo de la "Sociedad Misionera de Londres", al tratar de la presuntuosa y abominable habilidad de los "adoradores del diablo", de Travancore, dice que posee un antiquísimo manuscrito en lengua malaya con infinidad de fórmulas é invocaciones mágicas para obtener gran variedad de resultados, en su mayoría de tenebrosa maldad.



En la misma obra publica Mateer el facsímil de varios amuletos con trazos y figuras mágicas, uno de los cuales lleva inscrita la siguiente fórmula:

> Para quitar el temblor de la posesión diabólica, dibuja esta figura en una planta que tenga jugo lechoso, atraviésale un clavo y cesará el temblor[270].

La figura de que se habla es idéntica al sello de Salomón o doble triángulo de los cabalistas, por lo que cabe preguntar si éstos lo recibieron en herencia de Salomón, quien a su vez lo tomó de los indos, o si éstos se lo apropiaron de los judíos cabalistas[271]. Pero no emprendamos esta frívola discusión y continuemos tratando de la luz astral cuyas desconocidas propiedades revisten mucho mayor interés.

---

[269] Josefo. – *Antigüedades*, VIII, 2–5.

[270] *La tierra de caridad*, 210.

[271] Las exploraciones de los misioneros cristianos corroboran sin darse cuenta la opinión de los adeptos que contra el parecer de los cabalistas judíos asignan origen indo a la doctrina secreta. De India pasó este conocimiento a Caldea y de aquí a los hebreos tanaímes. Los piadosos y eruditos misioneros han venido en nuestro auxilio. El doctor Caldwell (*Gramática comparada de las lenguas dravidianas*, p. 66) y el doctor Mateer (*Tierra de caridad*, p. 83) están de completo acuerdo con nosotros en que el sabio rey Salomón derivó de la India toda su ciencia cabalística, según comprueba la anterior figura mágica. Dice Caldwell que el árbol llamado baobab, originario según parece, no de la India, sino de África, donde medra en comarcas frecuentadas por los mercaderes extranjeros entre ellas Travancore, fue importado en la India por los vasallos de Salomón. La prueba que aduce Mateer es todavía más concluyente. Dice este misionero al describir la comarca de Travancore bajo el aspecto de las ciencias naturales: "Hay un hecho muy curiosamente relacionado con las Escrituras respecto al nombre del pavo real. El rey Salomón envió sus naves a Tarsis (I Reyes X, 22), de donde regresaron al cabo de tres años trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales. Ahora bien; la Biblia designa el pavo real con la palabra *tukki*, pues los judíos no tenían palabra propia para un ave que no conocían; y así resulta indudable la similitud entre el *tukki* de la

Admitiendo que este mítico agente es el éter, veamos que sabe de él la ciencia moderna.

Roberto Hunt, de la "Sociedad Real de Londres", dice a propósito de la acción de los rayos solares: "Los rayos amarillos y anaranjados, que son los de *mayor* potencia lumínica, no alteran el cloruro argéntico, mientras que los rayos azules y violetas, cuya potencia lumínica es *menor,* alteran dicha sal en poco tiempo… El cristal amarillo apenas se opone al paso de la luz; pero el azul, si la intensidad de color es mucha, sólo admite muy corta cantidad de rayos lumínicos"[272]. Además, vemos que la vida se manifiesta lozana bajo la influencia de los rayos azules y languidece bajo la de los amarillos. Por lo tanto, no cabe explicar estos fenómenos sino por la hipótesis de que la vida orgánica queda diversamente modificada bajo la influencia electro–magnética, cuya índole aún desconoce la ciencia.

Hunt echa de ver que la teoría de las ondulaciones no concuerda con el resultado de sus experimentos. Sir David Brewster demuestra[273] que los colores de las plantas se deben a la específica atracción ejercida por las partículas del vegetal sobre los diversos rayos lumínicos y que la luz solar elabora los coloreados jugos de las plantas, así como también determina el cambio de color de los cuerpos. Al propio tiempo expone el mismo autor que no es fácil admitir que estos efectos provengan tan sólo de las vibraciones del éter, y por lo tanto, se ve precisado a creer que la luz es *materia.* El profesor Cooke de la Universidad de Harvard, disiente de los que aceptan definitivamente la teoría de las ondulaciones[274]. Si es cierto el principio de Herschel, según el cual la intensidad de la luz en cada ondulación está en razón inversa del cuadrado de las distancias, contraría si acaso no invalida la teoría de las ondulaciones. La verdad de este principio se ha demostrado repetidas veces por medio del fotómetro, y sin embargo todavía subsiste la teoría de las ondulaciones, aunque algún tanto quebrantada.

El general Pleasanton, de Filadelfia, es uno de los más resueltos adversarios de esta anti–pitagórica teoría, según puede ver el lector en su obra *De los rayos azules,* contra cuya argumentación habrá de defenderse Tomás Young, quien, según refiere Tyndall, consideraba inmutablemente establecida la teoría de las ondulaciones.

Biblia y la voz del antiguo idioma tamil *toki* que significa pavo real. Por otra parte, los hebreos llamaban *koph* al mono, cuyo nombre indio es *kaphi.* El marfil abunda en la India meridional y el oro en los ríos que desembocan en la costa occidental, de lo que se infiere que esta costa era la Tarsis de la Biblia y que las naves de Salomón iban tripuladas por indos. En consecuencia, cabe asegurar que además del oro, plata, monos y pavos reales, el rey Salomón y su amigo Hiram, de masónica nombradía, recibieron de la India la sabiduría y la magia.

272 *Investigaciones sobre las propiedades químicas de la luz.*

273 *Tratado de óptica.*

274 *Nueva química,* 22.

Eliphas Levi, el mago moderno, concreta el concepto de la luz astral en la siguiente frase: "Para adquirir facultades mágicas se necesitan dos cosas: redimir la voluntad de toda servidumbre y ejercitarse en regularla".

La voluntad soberana está simbolizada por la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente y por el arcángel que mata bajo sus pies al dragón infernal. Las antiguas teogonías representaron en figura de serpiente con cabeza de toro, carnero o perro, el agente mágico, la doble corriente lumínica, el *fuego* viviente y astral de la tierra, cuyos símbolos diversos son: la doble serpiente del caduceo; la serpiente del paraíso; la serpiente de bronce de Moisés enroscada en el *tau o lingam* generador; el macho cabrío de los aquelarres sabatinos; el *bafomete* de los templarios; el *hylé* de los agnósticos; la doble cola de serpiente del gallo solar de Abraxas; y finalmente el diablo de los católicos. Pero en su verdadero significado es la fuerza ciega contra la cual ha de prevalecer el alma para libertarse de las ligaduras terrenas, porque si su voluntad no las libra de "esta *fatal atracción,* quedarán absorbidas en la corriente de fuerza que las produjo y *volverán al juego central y eterno"*.

Esta cabalística figura de dicción, no obstante su extraño lenguaje, es la misma que empleaba Jesús, para quien no podía tener significado distinto del que le daban agnósticos y cabalistas; pero los teólogos cristianos lo desvirtuaron para forjar el dogma del infierno. Literalmente significa dicho fuego la luz astral o principio generador y destructor de las formas. A este propósito dice Levi:

> "Todas las operaciones mágicas consisten en desprenderse de los anillos de la serpiente y ponerle el pie encima de la cabeza para dominarla a voluntad. En el mito evangélico dice la serpiente: "Te daré todos los reinos de la tierra si postrado me adoras". A lo que responde el iniciado: "No me postraré, antes bien tú caerás a mis pies. Nada puedes darme y haré de ti lo que me plazca. *Porque yo soy tu señor y dueño"*. Este es el verdadero significado de la ambigua respuesta de Jesús al tentador… Así, pues, el diablo no es una entidad, sino una fuerza errática como su nombre indica; una corriente *ódica o magnética* formada por una cadena de voluntades malignas, productora del espíritu diabólico, llamado *legión* en el Evangelio, que animaba a la piara de cerdos precipitados en el mar. Este pasaje es una alegoría de cómo las fuerzas ciegas del error y el pecado arrastran precipitadamente a la naturaleza inferior"[275].

El filósofo y naturalista alemán Maximiliano Perty ha dedicado a las modernas formas de la magia un capítulo entero de su extensa obra acerca de las manifestaciones místicas de la naturaleza humana. Dice en el prefacio: "Las manifestaciones de la magia tienen parcial fundamento en un orden de cosas completamente distinto del que conocemos por el tiempo, espacio y causalidad. Estas manifestaciones apenas pueden someterse a experimentación, ni cabe provocarlas arbitrariamente, pero sí es posible

[275] Eliphas Levi. – *Dogma y ritual de la alta magia.*

observarlas con cuidadosa atención, siempre que ocurran en presencia nuestra, para agruparlas por analogía en determinadas clases é inducir de ellas sus leyes y principios generales".

Tenemos, por lo tanto, que para el profesor Perty, afiliado sin duda a la escuela de Schopenhauer, son perfectamente posibles y naturales, por ejemplo, los fenómenos producidos por el fakir Kavindasami y descritos por el orientalista Jacolliot. Este fakir era hombre que por el completo dominio de su naturaleza inferior había llegado a purificarse hasta aquel punto en que casi del todo libre de su prisión puede el espíritu obrar verdaderas maravillas[276]. Su voluntad y aun su solo anhelo eran potencia creadora capaz de gobernar los elementos y fuerzas de la naturaleza. El cuerpo no le servía ya de estorbo para hablar de "espíritu a espíritu" y alentar de "vida a vida". Este fakir, con sólo extender las manos hizo germinar una semilla[277], de la que brotó una planta que en menos de dos horas creció prodigiosamente en presencia de Jacolliot, contra todas las aceptadas leyes fitológicas, hasta una altura que en circunstancias ordinarias hubiese requerido algunas semanas. ¿Fué milagro? Ciertamente lo fuera con arreglo a la definición de Webster, según la cual es milagro todo suceso contrario a la *establecida* constitución y marcha de las cosas, en pugna con las leyes *conocidas* de la naturaleza. ¿Pero están seguros los naturalistas de que lo *establecido* por la observación es inmutable o de que conocen todas las leyes de la naturaleza? El caso del fakir resulta algo más notablemente milagroso que los experimentos llevados a cabo en Filadelfia por el general Pleasanton, pues si éste lograba acrecentar la lozanía y fertilidad de sus viñas hasta puntos increíbles, por los rayos violetas de luz artificial, el flúido magnético que emanaba de las manos del fakir estimuló el más rápido crecimiento de la semilla índica, concentrando en ella el *akâsa* o principio vital[278] cuya

---

[276] Platón alude a una ceremonia de los Misterios en que se les enseñaba a los neófitos que el hombre está *en esta vida* como en una cárcel y se les declaraban los medios a propósito para *escapar temporáneamente de ella*. Según costumbre, los eruditísimos traductores desfiguran este pasaje, porque en parte no *pueden* y en parte no *quieren* comprenderlo. Véase *Fedo*, 16 y los comentarios del famoso místico platónico Enrique More.

[277] El mismo Jacolliot escogió esta semilla de entre las muchas que había en un saco y después de marcada la plantó por su propia mano en una maceta.

[278] *Akâsa* es una palabra sánscrita que significa firmamento y también designa el imponderable é incoercible principio de vida o combinación de las luces astral y celeste que engendran el *anima mundi* de que nacen el alma y espíritu del hombre. La luz celeste forma el *nous, pneuma* o espíritu divino; la astral el *ψυχή* o alma. Las partículas más groseras de esta alma astral forman el cuerpo externo. *Akâsa* es el misterio fluido que los escolásticos llamaban "omnipenetrante éter" y entra en todas las operaciones mágicas de la naturaleza así como también en los fenómenos psíquicos. En Siria, Palestina é India la palabra *As* significa a un tiempo *cielo, vida y sol* y este último era considerado por los antiguos como el gran manantial magnético del universo. Dice Dunlap que la pronunciación suavizada de esta palabra era *Ah* porque de Grecia a Calcuta la *s* iba suavizandose gradualmente hasta convertirse en *h*. Así *Ah* es lo mismo que *Iah, Ao* y *Iao*. Moisés dice de Dios "Yo soy quien soy" (*Ahiah* reduplicativo de *Ah o Iah)*. La

corriente pasaba en flujo continuo de las manos del fakir a la planta, cuyas células avivaba con estupenda actividad, hasta terminar su crecimiento.

El principio de vida es una fuerza ciega y sumisa a la influencia capaz de dominarla. Con arreglo al ordinario curso del crecimiento vegetal, el protoplasma hubiera concentrado este principio para desenvolverse, según la norma establecida, con sujeción a las circunstancias atmosféricas (luz, calor, humedad), de las cuales hubiesen dependido su más o menos rápido crecimiento y su mayor o menor altura. Pero el fakir, con su poderosa voluntad y su espíritu purificado de los contactos materiales[279], auxilia la acción de la naturaleza y condensando, por decirlo así, en el germen el principio de vida vegetal acelera su desenvolvimiento. Esta fuerza vital obedece ciegamente a la voluntad del fakir, quien hubiera podido convertir la planta en un monstruo con sólo forjarlo mentalmente, pues la forma plástica y concreta se ajusta con invariable exactitud al tipo subjetivamente trazado en la mente del fakir, de la propia suerte que la mano y el pincel del pintor reproducen la imagen ideada por el artista. La voluntad del fakir en éxtasis delinea una matriz invisible, pero perfectamente objetiva, que sirve de necesario molde a la materia vegetal de la planta. La voluntad crea, porque, puesta en actuación, es *fuerza* que engendra *materia*.

Si alguien objetara diciendo que el fakir no podía trazar en su mente el modelo de la planta, pues ignoraba la especie de semilla escogida por Jacolliot, responderíamos que el espíritu humano es semejante al del Creador en omnisciencia. Por lo tanto, si bien el fakir en estado de vigilia no podía saber qué especie de semilla era, en estado de trance, o sea muerto corporalmente con relación al mundo exterior, no tuvo su espíritu dificultad alguna de espacio ni de tiempo para conocer la especie de simiente plantada en la maceta o reflejada en la mente de Jacolliot. Las visiones, prodigios y demás fenómenos psíquicos existentes en la naturaleza corroboran nuestra afirmación.

Tal vez se arguya en otro sentido, contra el hecho de referencia, diciendo que lo mismo, y tan bien como el fakir, hacen los prestidigitadores indos, si hemos de creer a los informes de la prensa y a los relatos de los viajeros. Indudablemente hacen lo mismo los vagabundos prestidigitadores a pesar de sus licenciosas costumbres que no les dan reputación de santidad ni entre los naturales ni entre los extranjeros, antes al

---

palabra *As*, *Ah* o *Iah* en su significado de *vida* y *existencia* es evidentemente la raíz de la voz *akâsa* que en el Indostán se pronuncia *ahasa* y designa el principio o sea el soplo divino que da la vida. Es el *ruah* de los hebreos cuyo significado, según el Léxicon de Parkhurst, es viento, soplo, *aire en movimiento*, espíritu moviente, o espíritu de Dios flotante sobre las aguas.

[279] Conviene advertir que el fakir Kavindasami exigió de Jacolliot juramento de no acercársele mientras le viera en trance, pues el más leve contacto material hubiese paralizado la actuación del libre espíritu, como, con perdón del símil, un caracol que se esconde en la concha apenas se le tocan los cuernos. A veces la brusca interrupción del éxtasis y el repentino reingreso del espíritu en el cuerpo puede matar al sujeto por rompimiento del tenue enlace entre ambos elementos. Véanse a este propósito las obras de Du Potet y Puysegur.

contrario, sus compatriotas les *temen* y menosprecian porque los miran como brujos y nigrománticos. Pero éstos llaman en su auxilio a los espíritus elementales, mientras que los hombres de la santidad de Kavindasami tienen bastante con la valía de su espíritu divino, íntimamente unido al alma astral, para recibir auxilio de los puros y etéreos *pitris* que asisten a su encarnado hermano. Cada ser atrae a su semejante, y la sed de riquezas, los impuros deseos y las ambiciones egoístas sólo pueden atraer a los espíritus que los cabalistas hebreos llaman *klippoth,* pobladores del cuarto mundo *(Asiah)* y los magos orientales designaban con el nombre de *afrites o deus,* es decir, los espíritus elementarios del error.

Oigamos cómo describe un periódico inglés la prodigiosa suerte del rápido crecimiento de una planta, llevada a cabo por los prestidigitadores indos:

> "El prestidigitador colocó en el suelo una maceta vacía y pidió permiso para que su secretario fuese a buscar tierra de jardín. Volvió a poco el secretario con una porción de tierra envuelta en la punta de su capote, que puso en el tiesto comprimiéndola ligeramente. Tomó entonces una pepita de mango y, después de enseñarla a los circunstantes, la plantó en el tiesto cubriéndola cuidadosamente de tierra y regándola con un poco de agua. Hecho esto, tapó el tiesto con un lienzo tendido sobre un pequeño triángulo, y al poco rato, entre vocerío y redobles de tambor germinó la simiente, según pudieron ver los circunstantes al descorrer el lienzo, notando que habían brotado dos hojas de color gris obscuro. Vuelta a tapar la maceta con la sábana y levantada por segunda vez al cabo de poco, vieron todos que a las dos primeras hojas habían sucedido, varias otras de color verde, de unos veinticinco centímetros de alto. La tercera vez apareció la planta con más frondoso follaje, hasta doble altura, y a la cuarta operación llevaba ya pendientes de sus ramas una docena de mangos, tamaños como nueces, con altura total de cuarenta y cinco centímetros. Al destapar por última vez la maceta aparecieron los frutos en completo desarrollo y cercanos a la madurez, pues muchos espectadores probaron su sabor agridulce."

A esto añadiremos que hemos presenciado el mismo experimento en la India y en el Tíbet, con la particularidad de haber proporcionado un bote vacío de extracto de carne Liebig, que sirvió de maceta rellena de tierra con nuestras propias manos, en *nuestra misma habitación,* para plantar una raicilla que el fakir nos había dado al efecto, sin que apartáramos ni un instante la vista del bote hasta la terminación del experimento, cuyo resultado fue idéntico al ya descrito. ¿Sería capaz un prestidigitador de hacer lo mismo en igualdad de circunstancias?

El ilustrado Orioli, miembro correspondiente del Instituto de Franciá, cita muchos ejemplos en demostración de los maravillosos efectos de la voluntad cuando actúa sobre el invisible Proteo de los hipnotizadores. Dice a este propósito: "He visto algunas personas que con sólo pronunciar ciertas palabras paraban en seco la precipitada carrera de toros y caballos y detenían en su trayectoria la flecha que hendía los aires!". Lo mismo afirma Tomás Bartholini. Y Du Potet, dice: "Cuando trazo en el suelo con yeso o carbón esta figura..., se fija allí algo como un *fuego o* una *luz* que

atrae a la persona que se acerca y la detiene fascinada hasta el extremo de impedirle cruzar la línea. Un poder *mágico* la fuerza a quedarse parada hasta que al fin retrocede entre sollozos. La causa *no está en mí,* sino toda por completo en el signo cabalístico, contra el cual de nada vale la violencia"[280].

El 18 de Mayo de 1856 efectuó Regazzoni una serie de notables experimentos ante muy famosos médicos franceses. Trazó con el dedo en el pavimento de la estancia una imaginaria línea cabalística sobre la cual dió algunos pases. Se había convenido en que los mismos médicos escogerían los sujetos de experimentación y los introducirían en la estancia con los ojos vendados, guiándolos hacia la línea sin decirles ni una palabra de lo que de ellos se esperaba. Los sujetos echaron a andar sin el menor recelo, hasta que llegados a la invisible barrera quedaron como *clavados en el suelo,* mientras que por efecto del impulso adquirido caían de bruces sobre el pavimento, con rigidez semejante a si estuvieran helados[281].

En otro experimento se convino en que a una señal dada por uno de los médicos, el sujeto, que era una muchacha é iba vendada de ojos, debía caer al suelo como herida por un rayo en cuanto sintiera el flúido magnético emitido por la voluntad del magnetizador. Así ocurrió, apenas el médico guiñó el ojo, que era la señal convenida, y al ir uno de los circunstantes a sostener a la muchacha exclamó Regazzoni con voz de trueno: "No la toquéis, dejad que caiga, porque un sujeto magnetizado jamás se lastima en la caída". Des Mousseaux, al relatar este experimento, dice: "No es tan rígido el mármol como lo era su cuerpo; la cabeza no tocaba al suelo; tenía un brazo extendido al aire, una pierna levantada y la otra horizontal. En esta posición violenta permaneció indefinidamente como estatua de bronce"[282].

Todos los resultados obtenidos en las sesiones públicas de hipnotismo, los producía Regazzoni a la perfección, sin pronunciar palabra para prevenir al sujeto de lo que había de hacer, pues silenciosamente determinaba con su voluntad pasmosos efectos en el organismo de personas que le eran del todo desconocidas. Las órdenes que los circunstantes comunicaban en voz baja al oído de Regazzoni tenían inmediato cumplimiento por parte de sujetos con los oídos algodonados y vendas en los ojos, y en algunas ocasiones ni siquiera era necesaria esta comunicación, porque las preguntas mentales de los propios circunstantes hallaban cumplida respuesta.

En Inglaterra llevó a cabo Regazzoni análogos experimentos a trescientos pasos de distancia del sujeto que al efecto se le proporcionaba.

---

[280] *La Magia revelada*, 147.

[281] *La Magia en el siglo XIX*, 268.

[282] *La Magia en el siglo XIX*, 268.

El mal de ojo no es más que la emisión del flúido magnético cargado de odiosa malevolencia y dirigido con malignas intenciones a otra persona, aunque también puede dirigirse con buen propósito. En el primer caso es *hechicería* y en el segundo *magia*.

¿Qué es la *voluntad?* ¿Pueden responder a esta pregunta las ciencias experimentales? ¿Cuál es la naturaleza de ese algo inteligente, incoercible y poderoso que prevalece con augusta soberanía sobre la materia inerte? La Idea universal quiso y el Cosmos brotó a la existencia. Yo *quiero,* y mis miembros obedecen. Yo *quiero*, y mi pensamiento atraviesa el espacio que para él no existe, envuelve el cuerpo de otro individuo, que no es parte de mí mismo, penetra en sus poros y cohibiendo sus facultades, si son flacas, le determina a una acción preconcebida. Actúa de modo semejante al flúido de una batería galvánica sobre un cadáver. Los misteriosos efectos de atracción y repulsión son los agentes *inconscientes* de la voluntad.

La fascinación, tal como la ejercen las serpientes con los pájaros, es una acción *consciente* que dimana del pensamiento. El lacre, el vidrio y el ámbar atraen por el roce cuerpos ligeros y actualizan de este modo, aunque inconscientemente, la *voluntad,* porque tanto la materia organizada como la inorgánica, poseen una partícula de la esencia divina por indefinidamente pequeña que sea. ¿Y cómo no? Desde el momento en que, durante el proceso de su evolución, ha pasado del principio al fin por millones de formas diversas, debe retener el punto germinal de la *materia preexistente,* emanada en primera manifestación de la misma Divinidad. ¿Qué ha de ser entonces esta inexplicable fuerza atractiva sino una porción del *akâsa*, de aquella esencia en que tanto los sabios como los cabalistas reconocieron el “principio de vida?” Admitamos que la atracción ejercida por los cuerpos inorgánicos es ciega; pero según ascendemos en la escala de los seres, vemos que este principio de vida se desenvuelve a cada paso en más determinados atributos y facultades. El hombre, como ser más perfecto, en quien la materia y el espíritu, o sea la *voluntad,* alcanzan mayor desenvolvimiento, es el único capaz de comunicar impulso consciente al principio de vida que de él emana. Sólo el hombre puede comunicar al flúido magnético varios y opuestos impulsos de ilimitada dirección. Como dice Du Potet: “El hombre quiere y la materia organizada obedece. En él *no hay* polos”.

Brierre de Boismont, en su tratado sobre *Alucinaciones,* examina una prodigiosa variedad de visiones, éxtasis y apariciones a que vulgarmente se llaman alucinaciones. Dice a este propósito: “No podemos negar que en ciertas enfermedades se sobreexcita extraordinariamente la sensibilidad que da prodigiosa agudeza de percepción a los sentidos, hasta el punto de que algunos individuos ven desde considerable distancia y otros anuncian la llegada de personas antes de que nadie pueda verlas ni oírlas”[283].

[283] Brierre de Boismont. – *Alucinaciones e Historia razonada de las apariciones, sueños, visiones. éxtasis y magnetismo,* 1845, 301. Véase también Fairfield: *Diez años entre los médiums.*

Bierre de Boismont llama *alucinación a* la facultad que algunos enfermos lúcidos tienen de *ver a través de las paredes* y anunciar la llegada de una persona cuya venida se desconoce. Nosotros creíamos cándidamente, tal vez por ignorancia, que las *alucinaciones* han de ser subjetivas y de quimérica existencia en el delirante cerebro del enfermo; pero si éste anuncia la llegada de una persona que se halla muy lejos, y la persona llega en el preciso momento vaticinado por el *profeta, su* visión no es *subjetiva,* sino perfectamente *objetiva,* puesto que ve como va viniendo la persona. Por lo tanto, resulta incontrovertible que para ver un objeto a través de cuerpos opacos y de distancias inaccesibles a la vista corporal, es preciso la visión espiritual pues no cabe suponer coincidencia alguna de la casualidad.

Cabanis dice que en ciertos desórdenes nerviosos, los enfermos distinguen a simple vista los infusorios y microbios que las personas sanas no pueden ver sin auxilio del microscopio. Algunas personas, añade el mismo autor[284], entre ellas un respetable miembro del Congreso Legislativo de Nueva York, eran capaces de ver en las tinieblas tan distintamente como en un aposento iluminado; y otras seguían por el olfato el rastro de las gentes y acertaban quien había siquiera tocado un objeto con sólo olerlo. Así es en efecto; porque la razón, que según dice Cabanis, se vigoriza a expensas del instinto natural, es una especie de muralla de la China, levantada sobre sofismas, que acaba por embotar en el hombre la percepción espiritual cuya más importante modalidad es el instinto. Al llegar a cierto grado de debilidad orgánica, cuando las facultades mentales flaquean a causa de la depauperización corporal, el instinto, o sea la espiritual *unidad* que resume los cinco sentidos corporales, no halla obstáculo alguno, ni en tiempo ni en espacio. ¿Conocemos acaso los límites de la actividad mental? ¿Cómo es posible que un médico distinga las percepciones reales de las quiméricas en un enfermo cuyo enflaquecido y exhausto cuerpo deje escapar al alma de su cárcel para vivir tan sólo espiritualmente?

La divina luz que a despecho de la materia enfoca sus rayos de modo que el alma ve como en un, espejo lo pasado, lo presente y lo futuro; la mortífera flecha disparada por la cólera o el odio reconcentrados; la bendición salida de benévolos y agradecidos corazones; la maldición lanzada contra quienquiera que sea, víctima o verdugo; todo tiene su vibración en el agente universal que en determinada modalidad es el aliento de Dios y bajo la opuesta, la ponzoña del diablo[285].

El lector tal vez pregunte: ¿Qué es ese invisible *todo?* ¿Por qué los científicos, a pesar del perfeccionamiento de sus métodos, no han descubierto ninguna de sus propiedades mágicas? Responderemos a esto que si los científicos lo desconocen no es razón

[284] Cabanis. – *De la influencia de las enfermedades en la formación de las ideas.*

[285] El barón de Reichenbach presumió haber *descubierto* este universal agente al que dio el nombre de *od* y aunque no sabemos si fue un plagio, lo cierto es que el mismo nombre le dan los más antiguos libros cabalísticos.

bastante para negar las propiedades reconocidas en dicho agente universal por los sabios antiguos. La ciencia repudia hoy muchas cosas que mañana se verá en la precisión de aceptar. Poco menos de un siglo ha transcurrido desde que el Instituto de Francia negaba posibilidad científica a los experimentos eléctricos de Franklin, y apenas hay hoy edificio de importancia sin su correspondiente pararrayos. Los modernos científicos, gracias a su pertinaz escepticismo, escupen muchas veces al cielo y así les cae la saliva en la cara.

Dice la cosmogonía egipcia:

> "*Emepht,* el principio supremo engendró un huevo y después de incubarlo impregnándolo de su propia esencia, se desenvolvió el germen del cual nació *Phtha,* el activo y creador principio que dió comienzo a su obra. De esta ilimitada expansión de materia cósmica[286], que El mismo había engendrado con su soplo (voluntad), puso en actividad las potencias latentes y formó los soles, planetas y satélites en armónica é inmutable ordenación y los pobló de todas y cada una de las formas y cualidades de vida".

El mito de las cosmogonías orientales dice que en el principio sólo había agua (el padre) y limo prolífico (*Ilus* o *Hylé*, la madre), del que surgió la mundana serpiente (materia), símbolo del dios *Phanes,* el manifestado, la Palabra o Logos.

Veamos ahora cuán fácilmente remedaron este mito los compiladores del Nuevo Testamento. *Phanes,* el dios manifiesto, está representado en el símbolo de la serpiente en forma de *protogonos,* es decir, con cuatro cabezas respectivas de hombre, águila, toro y león, y alas en ambos costados. Las cabezas aluden al zodíaco y simbolizan las cuatro estaciones, pues la serpiente mundanal es el año terrestre, mientras que la serpiente por sí misma simboliza a *Knepk,* el Dios inmanifestado, el Padre. La serpiente es alada como el tiempo, y todo este simbolismo nos explica la razón de que las iglesias latina y griega acostumbren a representar a los cuatro evangelistas con los respectivos animales simbólicos cuyas cabezas lleva el *Protogonos,* así como también se ven dichos animales agrupados junto al sello de Salomón, en el pentágono de Ezequiel y en los querubines del Arca de la Alianza. También se explica la insistencia de Ireneo, obispo de Lyon, en que necesariamente había de haber un cuarto evangelio, pues cuatro eran las zonas del mundo y cuatro los puntos cardinales[287]. Dice un mito egipcio que la fantástica configuración de la isla de Chemmis[288], que flota en las etéreas ondas del empíreo, fué puesta en existencia por obra de Horus–Apolo, el dios–sol que la sacó del huevo del mundo.

---

[286] También se la puede llamar luz astral, éter, niebla inflamada o principio de vida, pues poco importa el nombre. La filosofía moderna la denomina ley de evolución.

[287] Ireneo, libro III, cap. II, sec.8

[288] *Chemi*, antiguo nombre de Egipto.

En el poema cosmogónico de Völuspa (cántico de la profetisa), que contiene las leyendas escandinavas relativas a la aurora de los tiempos, el fantástico germen del universo yace en la *ginnungagap* (copa de ilusión), símbolo del abismo vacuo y sin límites, el *nebelheim o* paraje de las tinieblas. En esta tenebrosa y desolada matriz del mundo cae un rayo de cálida luz (éter), que llena la copa hasta los bordes y en ella se congela. Entonces el Invisible levantó con un soplo un viento abrasador que derribó las heladas aguas y disipó la niebla. Las aguas (corrientes de *Elivâgar),* cayeron en vivificantes gotas de que surgió la tierra con el gigante Imir (principio masculino), quien sólo tenía "semejanza de hombre". Al mismo tiempo nació la vaca *Audhumla*[289] (principio femenino) de cuyas ubres fluyeron cuatro ríos de leche que se derramaron por el espacio[290] (emanación pura de luz astral). La vaca Audhumla engendra un potente y bello ser superior, llamado *Bur*, que lamía las piedras cubiertas de *sales minerales*.

Comprenderemos con mayor facilidad el oculto sentido de la alegoría de la creación del hombre, si tenemos en cuenta que los antiguos filósofos consideraban universalmente la sal como uno de los más importantes principios constituyentes de la creación orgánica, y que los alquimistas la tenían por el ménstruo universal extraído del agua, aparte de que tanto la ciencia moderna como el concepto popular la diputan por elemento indispensable para el hombre y los animales. Paracelso llama a la sal "centro de agua en que han de morir los metales"; y Van Helmont dice que el alkahest es *summum et felicissimum omnium salium* (la sal más superior y afortunada).

Cuando Jesús dijo a sus discípulos:

> Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?.. Vosotros sois la luz del mundo. (San Mateo, V. 14.)

Con estas palabras significaba directa é inequívocamente la doble naturaleza del hombre físico y espiritual, demostrando por otra parte su conocimiento de la doctrina secreta cuyos vestigios se descubren en las más antiguas y populares tradiciones de ambos Testamentos, así como en las obras de los místicos y filósofos antiguos y medioevales. Pero volvamos a la cosmogonía escandinava expuesta en los *Eddas.* El gigante Imir se queda dormido y suda copiosamente. La transpiración engendra de su sobaco izquierdo un hombre y una mujer, a quienes del pie del gigante les nace un hijo. Así tenemos que mientras la mítica "vaca" produce una raza de hombres superiores y espirituales, el gigante Imir engendra una raza de hombres malos y depravados, los *hrimthursen* (gigantes helados). Salvo ligeras modificaciones, vemos la misma leyenda

---

[289] La vaca es símbolo de la generación prolífica y de la naturaleza intelectual. En Egipto estaba consagrada a Isis y en la India a Krishna y muchos otros dioses y dioses que personificaban las diversas fuerzas productoras de la naturaleza. En resumen, la vaca era el símbolo de la Madre suprema de todas las cosas y de todos los seres, así dioses como hombres; el emblema de la generación espiritual y física.

[290] Según el *Génesis*, el Paraíso terrenal estaba cruzado por un río dividido en cuatro brazos. (*Gén*. II, 5).

cosmogónica en los *Vedas* de la India. Tan luego como Brahmâ recibe de Bliagavâd, el Supremo Dios, la potestad creadora, engendra seres animados puramente espirituales los *dejotas,* que por residir en el Svarga (región celeste), no están dispuestos a morar en la tierra, y en consecuencia engendra Brahmâ a los *daityas,* de gigantesca estatura, que habitan en el Pâtala (región inferior del espacio) y tampoco están en condiciones de poblar el *Mirtloka* (la tierra). Para remediar este mal, Brahmâ engendra *de su boca* al primer brahmán, progenitor de nuestra raza; de su brazo derecho engendra a Raettris, el primer guerrero; de su brazo izquierdo a Shaterany, esposa de Raettris; del pie derecho nace su hijo Bais y del izquierdo su mujer Basany. Así como en la leyenda escandinava, Bur, el espiritual hijo de la vaca Audhumla, se casa con Besla, de la depravada estirpe de los gigantes, también en la leyenda inda el primer brahmán se casa con Daintary, de raza de gigantes. Igualmente nos dice el Génesis que los hijos de Dios tomaron por esposas a las hijas de los hombres, de cuya unión nacieron poderosos linajes. Resulta de ello evidente la originaria identidad entre el Génesis y las leyendas de la Escandinavia y el Indostán, a pesar de que se les niega a éstos la inspiración atribuida al primero. Examinadas detenidamente, conducen a idéntico resultado las tradiciones de casi todos los demás países.

¿Qué cosmólogo moderno sería capaz de resumir en símbolo tan sencillo como la serpiente egipcia tal cúmulo de significados? En la serpiente se compendia toda la filosofía del universo. La materia está vivificada por el espíritu y ambos elementos desenvuelven del caos (energía) cuanto ha de existir. El *nudo* en la cola de la serpiente simboliza la íntima latencia de los elementos en la materia cósmica.

Otro símbolo aún más importante es la muda de la piel de la serpiente, que según se nos alcanza no han acertado hasta ahora a interpretar los simbolistas. Así como el reptil al despojarse de la piel se libra de una envoltura de grosera materia, demasiado enojosa ya para su cuerpo, y entra en un nuevo período de actividad, así también *el hombre al desprenderse de su cuerpo grosero y material pasa a un nuevo estado de existencia con mayores facultades y más enérgica vitalidad.* Por el contrario, los cabalistas caldeos dicen que cuando el hombre primitivo[291] se despiritualizó por su contacto con la materia, le fué dado por vez primera *cuerpo carnal,* y así lo simboliza aquel significativo versículo: “Hizo también el señor Dios a Adán y a su mujer unas túnicas de pieles y los vistió”[292]. A menos que los intérpretes quieran convertir a Dios en sastre celeste, ¿qué otra cosa significan estas frases aparentemente absurdas, sino

[291] En discrepancia con la teoría de Darwin, los hombres primitivos fueron más puros, sabios y espirituales que la raza de Adán, según enseñan los mitos del *Bur* escandinavo, los *dejotas* indos y los “hijos de Dios” del *Génesis.*

[292] *Génesis,* III, 21.

que el hombre espiritual en el curso de su involución había llegado al punto en que el predominio de la materia le transformó en hombre de carne[293]?

Esta cabalística doctrina está más acabadamente expuesta en el *Libro de Jasher*[294], donde se dice que Noé heredó estas túnicas de Matusalem y Enoch, quien a su vez las había recibido de manos de Adán y su mujer. Cain se las hurtó a su padre que las había puesto en el arca y las dió secretamente a Cus, quien, a escondidas de sus hermanos é hijos, las transmitió a Nemrod.

Algunos cabalistas y aun arqueólogos dicen que Adán, Enoch y Noé son nombres distintos de un mismo personaje[295]; pero otros sostienen que entre Adán y Noé transcurrieron varios ciclos, lo que equivale a decir que cada patriarca antediluviano representaba una raza existente en la sucesión de los ciclos, y que cada una de estas razas fué menos espiritual que la precedente. Así tenemos, que si bien Noé fué varón justo, no podía parigualarse en bondad con su ascendiente Enoch, que fué arrebatado al cielo en vida. De aquí la alegoría de que Noé heredó del segundo Adán y de Enoch la túnica de piel, aunque no la llevaba puesta, pues de lo contrario no se la hurtara su hijo Cam. Pero como Noé y sus hijos se salvaron del diluvio, resulta que el primero pertenecía a la antediluviana raza espiritual y fué escogido de entre todos los hombres por su pureza, mientras que sus descendientes fueron postdiluvianos. La túnica de piel que Cus llevó en secreto, es decir, cuando la materia contaminó su naturaleza espiritual, pasó a Nemrod, el hombre más poderoso y fuerte de los posteriores al diluvio y último vástago de los gigantes antediluvianos[296].

Veamos de entresacar el oculto significado de la leyenda diluviana.

En la cosmogonía escandinava, los hijos de Bur matan al gigante Imir, y tan caudalosos ríos de sangre brotaron de sus heridas, que sumergieron a toda la raza de fríos y helados gigantes, salvándose únicamente Bergelmir y su mujer, refugiados en una barca, por lo que fueron padres de una nueva raza de gigantes, nacida del mismo tronco. Todos los hijos de Bur se salvaron del diluvio[297].

El gigante Imir simboliza la primitiva y ruda *materia* orgánica, las ciegas fuerzas cósmicas en estado caótico, antes de recibir el inteligente impulso del divino Espíritu

---

[293] El segundo Adán a que se refiere el capítulo segundo del *Génesis*.

[294] Capítulo VII. – Se supone que este es uno de los libros del Canon sagrado de los judíos y a él se alude en los de Josué y Samuel. Fue hallado por Sidras, oficial del ejército de Tito cuando el saqueo de Jerusalén y publicado en Venecia en el siglo XVII, según dice el prefacio del Consistorio de rabinos; pero tanto la edición americana como la inglesa las repudian por apócrifas los rabinos modernos, diciendo que reproducen una falsificación hecha en el siglo XII.

[295] Cita de Higgins en el "*Anacalypsis*" referente a Faber.

[296] Cory. – *Fragmentos antiguos*. – *Beroso*.

[297] Para más pormenores véase el *Prose Edda* en las "Antigüedades del Norte", de Mallet.

que reguló su movimiento en leyes inmutables. La progenie de Bur son los “hijos de Dios” o los dioses menores a que alude Platón en su *Timeo, a* los cuales fué encomendada la creación del hombre, pues sacan del caótico abismo *(el ginnungagap) los* mutilados restos del gigante Imir y se sirven de ellos para crear el mundo. Su sangre forma los ríos y los mares; sus huesos las montañas; sus dientes las rocas y peñascos; sus cabellos los árboles; su cráneo la bóveda celeste sustentada en las cuatro columnas de los puntos cardinales, y sus cejas formaron el Edén, la futura morada del hombre. Para tener correcta idea de esta morada (la tierra), dicen los *Eddas* que es preciso concebirla *redonda como un anillo o* como un disco flotante en la neblina del océano celeste (éter). Está circuida por Yörmungand, el gigantesco Midgard o serpiente que se muerde la cola, la culebra mundanal, símbolo de la materia dimanante de Imir, compenetrada con el espíritu de los hijos de Dios, que produjeron y modelaron todas las formas. Esta emanación es la luz astral de los cabalistas y el hipotético éter de los físicos modernos.

La misma leyenda escandinava de la creación del hombre nos da a entender cuán convencidos estaban los antiguos de la trínica naturaleza humana. Según el *Völuspa*, Odin, Hönir y Lodur, los progenitores de nuestra raza, mientras paseaban por la orilla del mar vieron dos palos que inertes y sin utilidad alguna flotaban en el agua. Odin les infundió el soplo de vida. Hönir dióles alma y movimiento. Lodur les dotó de belleza, palabra, vista y oído. Al hombre le llamaron *Askr* (fresno)[298] y a la mujer *Embla* (aliso). Pusieron a esta primera pareja en el Edén y recibieron de sus creadores materia o vida inorgánica, mente o alma y espíritu puro. La primera procedía de los restos del gigante Imir; la segunda de los *Æsires* (dioses descendientes de Bur) y el tercero de *Vanr* (representación del puro espíritu).

Según otra versión del *Edda,* el universo visible surgió del centro de las frondosas ramas del *Iggdrasill* (árbol mundanal de tres raíces). Por debajo de la primera raíz corre el manantial de vida *(Urdar)* y debajo de la segunda, está el famoso pozo de Mimer, en cuyo fondo se ocultan la inteligencia y la sabiduría. Odin pide un vaso de agua de este pozo y lo consigue con la condición de dejar un ojo en prenda. Este ojo es el símbolo de la Divinidad, porque Odin lo deja en el fondo del pozo. Del árbol mundanal cuidan tres doncellas (nornas o parcas), llamadas Urdhr, Verdandi y Skuld, símbolos del pasado, el presente y el futuro. Todas las mañanas, mientras computan la duración de las vidas humanas, sacan agua de la fuente de Urdar para regar las raíces del árbol mundanal. Las emanaciones del fresno *(Iggdrasill),* al condensarse y caer en suelo, dan existencia y forma a la materia inanimada. Este árbol simboliza la vida universal, así orgánica como inorgánica; sus emanaciones significan el espíritu que vivifica las formas de la creación; y de sus tres raíces, una se extiende hacia el cielo, otra hacia la morada de los magos

[298] Es digno de atención que en el *Popol–Vuh* de los mexicanos brote el primer hombre de una caña y Hesiodo lo describa nacido de un fresno, como en la leyenda escandinava.

(gigantes de las altas montañas), y la otra, bajo la cual mana la fuente Hvergelmir, la roe el monstruo Nidhögg, que constantemente induce a los hombres al mal.

También los tibetanos tienen su árbol mundanal en la antiquísima leyenda cosmogónica de su país. Le llaman *Zampun, y tiene* asimismo tres raíces, de las cuales la primera se extiende hacia el cielo hasta la cima de las más altas montañas, la segunda hacia las regiones inferiores y la tercera llega a Oriente.

Los indos llaman *Ashvatta*[299] al árbol mundanal. Sus ramas son los componentes del mundo visible, y sus hojas los himnos védicos que tanto bajo el aspecto intelectual como del moral simbolizan el universo.

Quien cuidadosamente estudie los mitos cosmogónicos de las religiones antiguas advertirá, sin duda, la sorprendente similitud de concepto esotérico y de forma exotérica, hasta el punto de que no puede resultar de meras coincidencias, sino de un plan único en demostración de que en aquellos primitivos tiempos, velados por la densa niebla de las tradiciones, el pensamiento religioso de la humanidad se desenvolvía acordemente en todas las comarcas del globo. Los cristianos llaman panteísmo a la veneración que inspiran las recónditas verdades de la naturaleza; pero entre el panteísmo adorador de Dios en la naturaleza que, como única manifestación objetiva de la divinidad, la revela y recuerda sin cesar al hombre, y una religión dogmática que encubre y vela el verdadero concepto de Dios, no es difícil discernir cuál de los dos satisface más cumplidamente las necesidades del género humano.

La ciencia moderna acepta la teoría de la evolución, de acuerdo en este punto con la doctrina secreta y el significado oculto de los mitos cosmogónicos de la antigüedad, sin excluir la Biblia. Lentamente brota de la semilla el tallo y del tallo el capullo y del capullo la flor; pero ¿qué fuerza *espiritual* preside todas estas transformaciones que acaban por dar a la flor su forma, colores y perfume?

A esto responde la palabra *evolución*. El germen de la actual raza humana debió preexistir en su progenitor, como la semilla en que late la futura flor existe oculta en el ovario materno. La nueva planta podrá tener mucha semejanza con su progenitora, pero será algo distinta de ella. Si los antediluvianos predecesores del elefante y del lagarto fueron el mamut y el plesiosaurio, ¿por qué no ser progenitores de nuestra raza los gigantes a que aluden los *Vedas,* el *Völuspa* y el *Génesis?*

La transformación de las especies, tal como la exponen los materialistas, es tan absurda como lógica resulta la evolución sucesiva de las formas animales de un originario tipo inferior. Aun concediendo que las especies animales procedan tan sólo de cuatro o cinco tipos[300], y aunque todos los seres orgánicos que viven o han vivido en

---

[299] Kanne. – *Panteón de las filosofías antiguas.*

[300] Darwin. – *Origen de las especies,* 484.

la tierra procedan de una forma primaria[301], no parece sino que únicamente los empedernidos materialistas y los faltos de intuición sean capaces de prever "el futuro establecimiento de la psicología sobre las nuevas bases de la evolución gradual de las facultades y fuerzas mentales"[302].

El origen físico del hombre y todo cuanto se refiere a su evolución orgánica cae bajo el dominio de las ciencias experimentales; pero negamos a los materialistas toda competencia en lo concerniente a la evolución psíquica y espiritual del hombre, porque no hay ni mucho menos pruebas evidentes de que las facultades superiores del ser humano procedan de la evolución como la planta más humilde y el más miserable gusano[303].

Veamos ahora la teoría evolucionista de los antiguos brahmanes simbolizada en el árbol mundanal llamado Ashvatta, aunque de distinto modo que los escandinavos. El Ashvatta tiene las ramas hacia abajo y las raíces hacia arriba. Las raíces simbolizan el mundo físico, el universo visible, y las segundas el invisible mundo espiritual, porque las raíces arrancan de las celestes regiones en donde desde la creación del mundo colocó la humanidad a su invisible Dios. Los símbolos religiosos de todo país son corroboraciones diversas de la doctrina, según la cual, la energía creadora emanó de un punto primario, y así lo enseñaron Pitágoras, Platón y otros filósofos. A este propósito, dice Filón: "Los caldeos opinaban que el Kosmos es un punto entre las cosas existentes, bien que este punto sea el mismo Dios *(Theos) o* bien que en él esté Dios abarcando el alma de todas las cosas[304].

Las pirámides de Egipto simbolizan la misma idea que el árbol mundanal. El vértice es el místico eslabón entre cielo y tierra, análogo a la raíz del árbol, mientras que la base representa las ramas extendidas hacia los cuatro puntos cardinales del universo material. La idea simbólica de las pirámides es que todas las cosas dimanan del espíritu por evolución descendente (al contrario de lo que supone la teoría darviniana), es decir, que las formas han ido materializándose gradualmente hasta llegar al máximo de materialización. En este punto entra la moderna teoría evolutiva en el palenque de las hipótesis especulativas y no causa extrañeza que Haeckel trace en su *Antropogenia* la genealogía del hombre "desde la raíz protoplásmica existente en el limo oceánico, mucho antes de sedimentar las más antiguas rocas fosilíferas", según expone Huxley. Podemos creer que el hombre descienda de un mamífero semejante al mono, sobre todo cuando, según afirma Berosio, esta misma teoría enseñó, sino tan elegante, más

[301] Id. – No podemos admitir esta "forma primaria", a menos que por ella se entienda la primera forma en donde se manifestó la Divinidad *revelada*.

[302] Id., 488.

[303] *Conferencia* de Huxley sobre *Darwin y Hæckel*.

[304] *Emigracion de Abraham, 32.*

comprensiblemente, el hombre pez, Oannes o Dagón, el semidemonio de Babilonia[305]. Conviene advertir que esta antigua teoría de la evolución, no sólo se encierra en los símbolos y leyendas, sino que también se ve representada en pinturas murales de los templos indos y se han encontrado fragmentos descriptivos en los templos egipcios y en las losas de Nimrod y Nínive excavadas por Layard. Pero ¿qué hay tras la descendencia del hombre según Darwin? Por muy allá que vaya nuestro examen, sólo encontramos hipótesis de imposible demostración, porque el famoso naturalista dice que "todas las especies descienden en línea recta de unos cuantos individuos existentes mucho tiempo antes de formarse la primera capa silúrica"[306]. Aunque Darwin no se toma el trabajo de decirnos quiénes fueron estos "unos cuantos individuos", basta que para admitir su existencia haya de solicitar la corroboración de los antiguos, de modo que el concepto tenga carácter científico. En efecto, sería verdaderamente temerario afirmar qué la ciencia moderna contradice la antigua hipótesis del hombre antediluviano, después de las modificaciones sufridas por nuestro globo en cuanto a temperatura, clima, suelo y aun nos atrevemos a decir que en sus condiciones electro–magnéticas. Las hachas de pedernal encontradas Por Boucher de Perthes en el valle de Sômme son prueba de que la antigüedad del hombre sobre la tierra excede a todo cómputo. Según Büchner, el hombre existía ya en el período glacial correspondiente a la época cuaternaria y probablemente más allá todavía. Pero ¿quién es capaz de sospechar lo que nos tienen reservado los futuros descubrimientos?

Si hay pruebas incontrovertibles de que el hombre existió en tan remota antigüedad, forzosamente se ha de haber alterado su organismo de modo admirable, por razón de las mudanzas atmosféricas y climatológicas.

En consecuencia, también cabe suponer por analogía, remontándonos a esas lejanísimas épocas, que el organismo de los remotos ascendientes de los "helados gigantes", les permitiera convivir con los peces devónicos y los moluscos silúricos. Verdad que no han dejado sus huesos ni sus hachas de sílex en las cavernas; pero si es fidedigno el testimonio de los antiguos, en los primitivos tiempos no sólo hubo gigantes ú "hombres de famoso poderío", sino también "hijos de Dios". Si a cuantos creemos en la evolución del *espíritu,* tan firmemente como los materialistas en la de la *materia,* se nos acusa de sostener "hipótesis indemostrables", bien podemos echar en cara a los acusadores que, según ellos mismos confiesan, su teoría de la evolución física no está demostrada y tal vez sea indemostrable[307]. Nosotros podemos por lo menos inferir pruebas de los mitos cosmogónicos cuya pasmosa antigüedad reconocen filólogos y arqueólogos, mientras que nuestros adversarios en nada pueden apoyarse, a

---

[305] Cory. – *Fragmentos antiguos.*

[306] *Origen de las especies*, 448–449, 1ª edición.

[307] Huxley. – *Conferencia sobre Darwin y Hæckel.*

no ser que recurran a parte de las antiguas inscripciones con caracteres ideográficos y supriman el resto.

Afortunadamente, mientras las obras de algunos reputados científicos parecen contradecir nuestras teorías, las corroboran por completo otros no menos eminentes, como Wallace, quien defiende la idea del "lento proceso evolutivo" de las especies a partir de una época remotísima en innumerable sucesión de ciclos[308]. Y si esto admite en los animales, ¿por qué no admitirlo en el hombre cuyos lejanísimos ascendientes fueron los seres puramente espirituales llamados hijos de Dios?

Volvamos ahora al simbolismo antiguo con su mitología físico–religiosa. Más adelante esperamos demostrar la íntima relación de estos mitos con los adelantos de las ciencias naturales, pues las emblemáticas imágenes y la peculiar fraseología de los sacerdotes antiguos encubren conocimientos todavía ignorados en nuestro ciclo.

Por muy experto que sea un erudito en las escrituras hierática y jeroglífica de los egipcios, ha de analizar cuidadosamente las inscripciones y no aventurarse a interpretarlas sin estar antes seguro, compás y regla en mano, de que el jeroglífico se ajusta a las figuras y líneas geométricas que dan la clave.

Sin embargo, hay mitos de espontánea interpretación, como por ejemplo los bisexuales creadores en todas las cosmogonías. El griego Zeus–Zën (Éter) con sus esposas Chthonia (tierra caótica) y Metis (agua); Osiris (también el Éter) primera emanación de Amun, la Suprema Deidad y primaria fuente de luz, con Isis–Latona (tierra y agua); Mithras[309], el dios nacido de la roca, símbolo del fuego mundanal masculino o personificación de la luz primaría, y su a la par esposa y madre Mithra, la diosa del fuego, que representaban el puro elemento igneo (principio activo masculino), considerado como luz y calor, en conjunción con la tierra y el agua (principios pasivos femeninos de la generación cósmica). Mithras es hijo de Bordj (la montaña mundanal de los persas)[310] de la que surge como resplandeciente rayo de luz. La cosmogonía inda nos habla de Brahmâ, el dios del fuego, y de su prolífica consorte Unghi, la refulgente deidad de cuyo cuerpo brotan mil rayos de gloria y siete lenguas de fuego[311]. Siva, personificado en el Meru (los Himalayas o montaña mundanal de los indos), descendió del cielo, como el Jehovah judío, en una columna de fuego. Todas estas divinidades y otras tantas de ambos sexos que pudiéramos citar revelan claramente su significación esotérica. Y ¿qué otra cosa sino el principio físico–químico de la creación primordial significarían estos mitos duales? Son símbolo de la primera y trina manifestación de la

---

308 Distribución geográfica de los animales.

309 Los persas llamaban a Mithras *Theos ek petros,* el dios de la roca.

310 Bordj es un volcán que por lo tanto contiene fuego (elemento activo masculino) y piedra, tierra y agua (elementos pasivos femeninos). Este mito es muy significativo.

311 Los Brahmanes sagnikus mantienen hoy día el fuego perpetuo en honor de Unghi.

Causa Suprema en espíritu, fuerza y materia; de la divina *correlatividad* en el punto inicial de la evolución representada por la cópula del fuego y del agua o unión del principio activo masculino con el pasivo femenino, emanados ambos del electrizante espíritu y procreadores de su telúrico hijo, la materia cósmica o *substancia primaria,* vivificada por el éter o luz astral.

Tenemos, por lo tanto, que las montañas, huevos, árboles, serpientes, columnas y demás símbolos mundanales encubren verdades de filosofía natural científicamente demostradas. Las montañas simbólicas describen con ligeras variantes la creación primaria; los árboles mundanales denotan la evolución del espíritu y de la materia; la serpiente y las columnas aluden a los diversos atributos de esta doble evolución en su interminable correlatividad de fuerzas cósmicas. En los misteriosos repliegues de la montaña, matriz del universo, las divinas potestades disponen los atómicos gérmenes de la vida orgánica y el licor de vida que despierta el espíritu humano en la materia humana.

Este sagrado licor es el Soma, la bebida sacrificial de los indos; porque las partículas más densas de la *substancia primera* formaron el mundo físico, y las más sutiles lo envolvieron en sus etéreas é invisibles ondulaciones, como a niño recién nacido, estimulando su actividad a medida que surgía lentamente del eterno caos.

Los mitos cosmogónicos pasaron de la idea poéticamente abstracta al simbolismo plástico, tal como los halla hoy la arqueología. La serpiente, que tan importante papel representa en la pintura y escultura antiguas, perdió después su verdadera significación a causa de las absurdas interpretaciones del *Génesis,* que la identifican con Satanás, cuando por el contrarió es el mito de más diversos é ingeniosos emblemas. Entre ellos se cuenta el de *agathodaimon* (arte de curar é inmortalidad del alma) y, por esta razón, es obligado atributo de todas las divinidades patronímicas de la salud y de la higiene. En los Misterios egipcios la copa de la salud estaba rodeada de serpientes. También es este reptil emblema de la materia, pues como el mal es la oposición al bien, cuanto más se aparte la materia de su espiritual fuente, tanto más quedará sujeta al mal. En las más antiguas imágenes de los egipcios y en las alegorías cosmogónicas de Kneph simboliza la materia una serpiente dentro de un círculo hemisférico cuyo ecuador cruza en línea recta para dar a entender que si el universo de luz astral envuelve al mundo físico que de él emanó, queda a su vez envuelto y limitado por *Emepht* (Causa Primera). *Phtha* engendra a *Ra* con las miríadas de formas que vivifica, y ambos salen del huevo mundanal porque el huevo es la más común modalidad generativa de los seres vivientes. La eternidad del tiempo y la inmortalidad del espíritu están simbolizadas en la serpiente que circuye el mundo y se muerde la cola sin dejar solución de continuidad. También simboliza entonces la luz astral.

Los filósofos de la escuela de Ferécides enseñaban que el éter (Zeus o Zën) es el cielo superior o empíreo donde está el mundo superior cuya luz (astral) es la concentración de la substancia primaria.

Tal es el símbolo de la serpiente identificada más tarde con Satán por los cristianos. Es el *Od, Ob y Aûr* de Moisés Y de los cabalistas. Cuando la luz astral en estado pasivo actúa sobre quienes sin darse cuenta se ven arrastrados por su corriente es el *Ob* o pitón. Moisés se resolvió al exterminio de cuantos cedían a la influencia de las siniestras entidades que por todas partes nos rodean y se mueven en las ondas astrales como el pez en el agua, a las que Lytton llama "moradores del umbral". Pero se transmuta en *Od* tan pronto como la vivifica el *flujo consciente* de un alma inmortal, porque entonces las corrientes astrales actúan bajo la dirección de un adepto o un hipnotizador cuya espiritual pureza les capacite para dominar las fuerzas ciegas. En este caso, desciende temporáneamente a nuestra esfera una elevada entidad planetaria de las que nunca encarnaron (aunque entre ellas las haya que han vivido en nuestro mundo) y purificando el ambiente circundante abre los ojos espirituales del sujeto y le infunde el don de profecía. Por lo que atañe al *Aûr* designa ciertas propiedades ocultas del agente universal, que únicamente interesan a los alquimistas y en modo alguno al público en general.

Anaxágoras de Clazomene, fundador del sistema filosófico homoiomeriano, creía firmemente que los elementos y arquetipos espirituales de todas las cosas procedían del éter sin límites, al cual se restituían desde la tierra. Los indos divinizaron el éter *(akâska) y los* griegos y latinos lo identificaron con Zeus o Magnus, a quien Virgilio[312] llama *pater omnipotens œter*.

Las entidades astrales o habitantes del umbral a que hemos aludido son los espíritus elementarios de los cabalistas[313] o los diablos de la iglesia cristiana.

---

[312] *Geórgicas*, II.

[313] Porfirio y otros filósofos discurren sobre la naturaleza de estas entidades moradoras en el umbral. Generalmente son malévolos y falaces, aunque algunos hay inofensivos y dóciles, pero tan endebles que les cuesta mucho trabajo comunicarse con los mortales, cuyo trato apetecen constantemente. La malignidad de los primeros es inconsciente, porque como la ley de evolución espiritual no ha transmutado su instinto en inteligencia, tienen todavía latente la razón cuyas más elevadas luces son propias tan sólo del espíritu inmortal.

Pero la Iglesia latina contradice a los cabalistas en este punto. San Agustín, en su contienda con el neoplatónico Porfirio sobre el particular, dice: "Estos espíritus no son engañosos por condición natural, como afirma el teurgo Porfirio, sino por malicia, pues se fingen dioses y simulan las almas de los difuntos, de modo que no es que aparezcan como diablos, sino que en verdad lo son" (Ciudad de Dios, X, 2). Entonces, ¿en qué especie hemos de clasificar a los *hombres sin cabeza* que San Agustín asegura haber visto y a los sátiros que según San Jerónimo se exhibieron durante mucho tiempo en Alejandría? Dicen que estos sátiros tenían piernas y rabo de cabrío y que a uno de ellos ¡ lo pusieron en salmuera para enviarlo en un barril al emperador Constantino!

Dice Des Mousseaux muy gravemente, al tratar de los diablos, que ya Tertuliano descubrió a las claras el secreto de sus astucias. ¡Precioso descubrimiento! Pero ahora que tanto conocemos de las tareas mentales de los Padres de la Iglesia y de sus descubrimientos en antropología astral, ¿habremos de extrañar que en su afán de exploraciones espirituales se hayan olvidado de nuestro planeta hasta el punto de negarle, no solo movimiento, sino también esferoicidad?

Dice Langhorne en su traducción de Plutarco: "Opina Dionisio de Halicarnaso que Numa mandó edificar el templo de Vesta en forma de rotonda para representar la redondez de la tierra simbolizada en dicha diosa". Además, Filolao, de acuerdo con los pitagóricos, sostiene que el elemento fuego está en el centro de la tierra; y Plutarco, al tratar de este asunto, atribuye a los pitagóricos la opinión de que "la tierra no está quieta ni situada en el centro del universo, sino que gira en torno de la esfera de fuego, sin ser la más valiosa ni la principal parte de la gran máquina". De la misma manera opinaba Platón. Por lo tanto, no cabe duda de que los pitagóricos se anticiparon al *descubrimiento* de Galileo.

Muchos fenómenos, hasta ahora misteriosos é inexplicables, serán fáciles de comprender una vez admitida la existencia del universo invisible[314] que satura el organismo de los sujetos hipnotizados, ya por la poderosa voluntad de un magnetizador, ya por entidades invisibles cuya acción produce el mismo resultado. Una vez hipnotizado el sujeto, sale su cuerpo astral de la paralizada envoltura de carne y cruzando el espacio sin límites se detiene en el borde de la misteriosa frontera. Pero las puertas de entrada a la "ciudad silencios" tan sólo están entornadas y no se le abrirán de par en par hasta el día en que su alma, unida a la sublime é inmortal esencia, deje su cuerpo de carne. Entretanto, el vidente sólo puede atisbar por la mirilla, y de su agudeza perceptiva dependerá la extensión del campo visual.

Todas las religiones antiguas tuvieron el mismo concepto de la trinidad en la unidad simbolizada en los tres Dejotas de la Trimurti inda y en las tres cabezas de la cábala judía esculpidas una en otra y encima una de otra[315]. La Trinidad de los egipcios y la de los griegos simbolizaban análogamente la emanación primaria y trina con sus dos principios: masculino y femenino. La unión del *Logos* (sabiduría, principio masculino, Dios manifestado) con el Aura (principio femenino, Anima mundi, Espíritu Santo, Sefira de los cabalistas y Sofía de los agnósticos) engendra todas las cosas visibles é invisibles. La verdadera interpretación metafísica de este dogma universal quedó reservada en el recinto de los santuarios; pero los griegos la personificaron en poéticos mitos. En las *Dionysíacas* de Nonnus aparece Baco enamorado de la suave y juguetona brisa *Aura Plácida* (Espíritu Santo o céfiro plácido). A este propósito dice Higgins: "El céfiro plácido

---

[314] Así es de presumir si todos los científicos aceptan las conclusiones de sus colegas, los autores de la obra: *El Universo invisible.*

[315] "Tria capita exsculpta sunt, una intra alterum, et alterum supra alterum" (Sohar; Idra suta, sectio VII).

dió origen a dos santos del calendario compuesto por los *ignorantes* Padres de la Iglesia: Santa Aura y San Plácido, con añadidura de convertir al jovial dios en San Baco, cuyo sepulcro y reliquias se enseñan todavía en Roma. La fiesta de Santa Aura y San Plácido se celebra el 5 de Octubre, poco antes de la de San Baco"[316]. Mucho más sublime y poético es el espíritu religioso del mito escandinavo. En el insondable abismo del mundo *(Ginnungagap)* luchan con ciega y rabiosa furia la materia cósmica y las fuerzas primarias, cuando el Dios inmanifestado envía el benéfico soplo del deshielo desde la ígnea esfera del empíreo *(Muspellheim),* entre cuyos refulgéntes rayos mora mucho más allá de los límites del mundo. El alma del Invisible, el Espíritu flotante sobre las negras aguas del abismo, hace surgir del caos el orden y después de dar el impulso a la creación toda, queda la CAUSA PRIMERA *instatu abscondito* [317].

La religión y la ciencia se hermanan en los cantos del paganismo escandinavo. Cuando Thor, el Hércules del Norte, hijo de Odin, ha de empuñar la terrible maza de donde brota el rayo, se calza guanteletes de *hierro*. Lleva además el *cinto de fuerza o* cinturón mágico que acrecienta su celeste poderío. Monta un carro con lanza de hierro, cuyas ruedas giran sobre nubes preñadas de rayos, tirado por dos carneros con frenos de plata y su temerosa frente está coronada de estrellas. Esgrime Thor su clava con fuerza irresistible contra los rebeldes gigantes helados a quienes vence, derrite y aniquila. Cuando los dioses han de celebrar asamblea en la fuente de Urdar para decidir los destinos de la humanidad, todos se encaminan allá montados menos Thor, que va por su pie, temeroso de que al atravesar el Bifrost (arco–iris) o puente Æsir de variados colores, lo incendie con su fulgurante carro y hiervan las aguas de Urdar.

Lisa y llanamente ¿qué interpretación cabe dar a este mito sino que el autor de la leyenda conocía no poco la electricidad? Thor, personificación de la energía eléctrica, para manejar el flúido se pone guanteletes de hierro, es decir, del metal conductor. El cinturón de fuerza es el circuito cerrado por donde fluye la corriente eléctrica. El carro cuyas chispeantes ruedas giran sobre las cargadas nubes simboliza la electricidad en actuación. La puntiaguda lanza sugiere la idea del pararrayos y el tiro de carneros representan el principio masculino con el femenino en los frenos de plata, puesto que éste es el metal de Astarté o Diana (la luna). En el carnero y el freno vemos combinados en oposición los principios activo y pasivo de la naturaleza. El carnero impulsa y el freno retiene, pero ambos están sujetos a la omnipenetrante energía eléctrica que los mueve. De esta energía primaria y de las múltiples y sucesivas combinaciones de ambos principios masculino y femenino dimana la evolución del mundo visible, gloriosamente cifrado en el sistema planetario que simboliza el círculo de estrellas que ornan su frente. Los terribles rayos de Thor (electricidad activa) prevalecen contra las fuerzas titánicas representadas en los gigantes; pero al reunirse con los dioses menores, ha de

---

[316] Higgins. – *Anacalypsis*. – véase también "Dupruis".

[317] Mallet. – *Antigüedades del Norte,* 401–406. Canto del Völuspa en los Eddas.

atravesar a pie el Bifrost o puente del arco iris y bajar del carro (pasar al estado latente), pues de otro modo aniquilaría todas las cosas con su fuego. Respecto a que Thor teme poner en ebullición las aguas de la fuente Urdar, no comprenderán los físicos modernos el significado de este mito hasta que se determinen completamente las recíprocas relaciones electromagnéticas de los elementos del sistema planetario, que ahora tan sólo se presumen, según vemos en los recientes ensayos de Mayer y Hunt. Los filósofos antiguos creían que los volcanes y los manantiales de agua termal dimanaban de subterráneas corrientes eléctricas, que también eran causa de los sedimentos minerales de diversa índole que originan las fuentes medicinales. Si se objeta que los autores antiguos no expresan claramente estos hechos porque, según los modernos, nada sabían de electricidad, redargüiremos diciendo que nuestra época no conoce todas las obras de la sabiduría antigua. Las claras y frescas aguas de Urdar regaban diariamente el místico árbol del mundo, y si las hubiese enturbiado Thor (electricidad activa), las convirtiera de seguro en aguas minerales ineficaces para el riego.

Estos ejemplos corroboran la antigua afirmación de los filósofos de que *en todo mito hay un Logos* y un fondo de verdad en toda ficción.

CAPÍTULO VI

Hermes, el portador de mis órdenes, tomó la varilla con que a su arbitrio cierra los párpados de los mortales y a su arbitrio también despierta a los dormidos.

– *Odisea*, Libro V

Yo vi saltar los anillos samotracios y bullir las limaduras de acero en un plato de bronce, apenas pusieron debajo la piedra imán. Y con pánico terror parecía huir de ella el hierro con acerbo odio.

– LUCRECIO, Libro VI

Pero lo que especialmente distingue a la Fraternidad, es su maravilloso conocimiento de los recursos del arte médico. Operan por medio de simples y no por hechizos.

– (*Manuscrito. Informe sobre el origen y atributos de los verdaderos rosacruces*)

Pocas verdades tan profundas han dicho los científicos como la expuesta por Cooke en su obra *Nueva Química,* al decir: "La historia de la ciencia nos demuestra que para arraigar y desarrollarse una verdad científica, es preciso que la época esté debidamente dispuesta a recibirla, pues muchas ideas no dieron fruto por haber caído en suelo estéril; pero tan luego como el tiempo puso el abono, la simiente echó raíces y más tarde frutos…

"Todo estudiante se sorprende al ver el escaso número de verdades que aun los más preclaros talentos añadieron al acopio científico". La transformación operada recientemente en la química es muy a propósito para llamar la atención de los químicos sobre el particular, que no causaría extrañeza si antelativamente se hubiesen estudiado con imparcial criterio las enseñanzas alquímicas. El puente que salva el abismo abierto

entre la *nueva* química y la *vieja* alquimia es pequeño en comparación del tendido más audazmente al pasar de la teoría dualística, a la unitaria.

Así como Ampère fué fiador de Avogadro entre los químicos modernos, así también se verá algún día que la hipótesis del *od,* sustentada por Reichenbach, abre camino para estimar la valía de Paracelso. Hace tan sólo cincuenta años, se consideraba la molécula como el tipo unitario de las combinaciones químicas, y acaso no transcurra tanto tiempo sin que se reconozca el eminente mérito del místico suizo, quien dice en una de sus obras: "Conviene tener en cuenta que el imán es aquel espíritu de vida en el hombre sano, a quien el enfermo busca, y ambos están unidos al caos externo. De esta suerte, el enfermo inficiona al sano por atracción magnética".

Las obras de Paracelso describen las causas de las enfermedades que afligen a la humanidad, las ocultas relaciones entre la fisiología y la psicología, que en vano se esfuerza en descubrir especulativamente la ciencia moderna, y los específicos y remedios de cada una de las dolencias corporales. También conoció Paracelso el electro–magnetismo tres siglos antes de que (Ersted presumiera haberlo descubierto, según puede inferirse del examen crítico de su peculiar terapéutica. En cuanto a sus descubrimientos químicos, no hay necesidad de enumerarlos, puesto que muchos autores imparciales le tienen por uno de los más insignes químicos de su época[318]. Brierre de Boismont le llama genio, y de acuerdo con Deleuze dice que abrió una nueva era en la historia de la medicina. El secreto de sus felices y mágicas curaciones (como las llamaron entonces), consistía en el soberano menosprecio con que miraba a las tituladas autoridades científicas de su tiempo. A este propósito, dice: "Al investigar la verdad, me he preguntado que de no haber en este mundo maestros de medicina, ¿cómo me las hubiera yo arreglado para aprender este arte? Pues en ningún otro libro que en el siempre abierto de la naturaleza, escrito por el dedo de Dios… Me acusan de no haber entrado en el templo del arte por la puerta principal; pero ¿quién tiene razón? ¿Galeno, Avicena, Mesue, Rhasis o la honrada naturaleza? Yo creo que la naturaleza, y por sus puertas entré guiado por la luz de la naturaleza sin necesidad de candiles de boticario".

Su desdén por la rutina docente y el formulismo científico, el anhelo de identificarse con el espíritu de la naturaleza, que era para él la única fuente de salud, el único sostén y luz de la verdad, concitaron contra el alquimista y filósofo del fuego, las implacables iras de los pigmeos de la época. No debe maravillarnos de que le acusaran de charlatán y aun de beodo, si bien Hemmann le defiende denodadamente de esta última imputación, demostrando que fué calumnia de un tal Oporino, quien estuvo con él durante algún tiempo para sorprender sus secretos, y al no lograr su intento, se desataron las malas lenguas de sus despechados discípulos, coreadas por los boticarios. Fundó Paracelso la escuela del magnetismo animal, y descubrió las propiedades del imán. Sus contemporáneos menoscabaron su reputación tachándole

[318] Hemmann. – *Ensayos médico–quirúrgicos*. Berlín, 1778.

de hechicero, en vista de las maravillosas curas que obtenía, como tres siglos después se vió también acusado el barón Du Potet, de brujería y demonolatría, por la Iglesia romana, y de charlatanería por los académicos de Europa.

Según dijeron los filósofos del fuego, no hay químico capaz de considerar el "fuego viviente" distintamente de sus colegas, y a este propósito dice Fludd: "Olvidaste lo que tus padres te enseñaron sobre ello, o mejor dicho, nunca lo supiste porque es *demasiado elevado* para ti"[319].

Quedaría incompleta esta obra si no relatáramos, siquiera brevemente, la historia del magnetismo animal desde que Paracelso asombró con sus experimentos a los sabios de la segunda mitad del siglo XVI. Sucintamente expondremos algo relativo a los trabajos de Antonio Mesmer, que importó de Alemania el magnetismo animal, y al desvío con que lo recibieron los académicos, después de haber rechazado consecutivamente cuantos descubrimientos se hicieron de Galileo acá, según consta en los documentos casi convertidos en polvo de la Academia de Ciencias de París, cuyos miembros cerraban las puertas de entrada a los sublimes misterios de los mundos físico y psíquico. A su alcance estaba el alkahest, el gran disolvente universal, y lo menospreciaron para confesar al cabo de un siglo que, "más allá de los límites de la observación no es infalible la química, y aunque nuestras hipótesis y teorías *puedan* contener un fondo de verdad, sufren frecuentes alteraciones, que las revolucionan por completo"[320].

No es lícito afirmar sin pruebas que el magnetismo animal y el hipnotismo sean puras alucinaciones. Pero ¿en dónde están las pruebas que den el único valor posible a la afirmación? Miles de ocasiones desaprovechadas tuvieron los académicos para cerciorarse de la verdad, y en vano magnetizadores é hipnotizadores invocan el testimonio de los sordos, lisiados, enfermos y moribundos a quienes devolvieron la salud sin otra medicina que sencillísimas manipulaciones y la apostólica imposición de manos. Cuando el hecho es innegable por lo evidente, lo achacan a mera coincidencia, sino dicen nuestros numerosos tomases que todo son visiones, charlatanería y exageración. El célebre saludador norteamericano Newton ha efectuado más curas instantáneas que enfermos tendrán en toda su vida los más famosos médicos neoyorkinos, y el mismo éxito ha tenido en Francia el zuavo Jacobo. ¿Será posible entonces tachar de alucinaciones o de confabulación de charlatanes y lunáticos los testimonios acopiados durante los últimos cuarenta años? Quien tal hiciera se confesaría mentecato.

A pesar de la reciente condena de Leymarie, de las mofas de los escépticos y de muchos médicos y científicos, de la impopularidad del asunto y de la tenaz persecución

---

319 Roberto Fludd. –*Tratado* III.

320 Cooke. – *Nueva Química.*

del clero romano que combate en el magnetismo al tradicional enemigo de la mujer, es tan evidente la verdad de los fenómenos psíquicos, que hasta los mismos tribunales franceses, si bien con repugnancia, no han tenido más remedio que reconocerlos. La famosa clarividente, señora Roger, y su hipnotizador el doctor Fortin, fueron acusados de estafa. La sujeto compareció el 18 de Mayo de 1876 ante el tribunal correccional del Sena, acompañada del barón Du Potet, en calidad de testigo, y del famoso abogado Julio Favre, en la de defensor. Por una vez al menos prevaleció la verdad, quedando desestimada la acusación. ¿Se debió este resultado a la vibrante elocuencia del defensor o a las incontrovertibles pruebas aducidas? Sin embargo, también Leymarie, editor de la *Revue Spirite,* adujo pruebas favorables, aparte de las declaraciones de un centenar de respetables testigos, entre los que se contaban reputaciones europeas de primer orden. Esta incongruencia no tiene otra explicación sino que los magistrados no se atrevieron a discutir los fenómenos hipnóticos. En las fotografías espiritistas, golpes, escrituras, levitaciones, voces y materializaciones, cabe simulación y difícilmente se hallará un fenómeno espiritista que no pueda remedar un hábil prestidigitador con sus artificios; pero las maravillas del hipnotismo y los fenómenos psíquicos de índole subjetiva desafían las imposturas de los médiums farsantes, las burlas de los escépticos y los rigorismos de la ciencia. No es posible fingir la catalepsia. Los espiritistas que anhelan ver sus ideas científicamente reconocidas, se dedican al fenomenismo hipnótico. Si colocamos en el tablado de la *Sala Egipcia a* un sujeto hipnotizado, el hipnotizador podrá transportarle el libre espíritu a cuantos parajes indique el público y poner a prueba su clarividencia y clariaudiencia. En las partes del cuerpo afectadas por los pases del hipnotizador, se le podrán clavar alfileres y agujas aunque sea en sitio tan delicado como los párpados, cauterizar sus carnes y herirle con armas de filo, sin que se le cause el menor daño ni sienta el más leve dolor. Bien dicen Regazzoni, Du Potet, Teste, Pierrard, Puysegur y Dolgoruky, que *no es posible dañar a* un sujeto hipnotizado. Después de esto invitemos a someterse al mismo experimento a cualquier hechicero vulgar de los que rabian por cobrar celebridad y presumen de hábiles en el remedo de los fenómenos espiritistas. De seguro que rehusará poner *su* cuerpo en semejantes pruebas[321].

Cuentan que el alegato de Julio Favre mantuvo en suspenso durante hora y media a los magistrados y al público; pero sin regatearle méritos, que por haberle oído en otras ocasiones reconocemos, valga señalar que el último párrafo de su defensa encerraba

[321] En el *Boletín de la Academia de Medicina de París* (tomo I, 343, año 1837) consta el informe del doctor Oudet, diciendo que para comprobar la insensibilidad de una sujeto hipnotizada le introdujo un largo alfiler entre cuero cabelludo y carne y le acercó un dedo durante algunos segundos a la llama de una bujía. En otra ocasión se hipnotizó a una señora , de apellido Plaintain, para extirparle un cáncer de la mama derecha. La operación duró doce minutos y en todo este tiempo la paciente estuvo conversando tranquilamente con el hipnotizador, sin notar el más ligero dolor. (*Boletín de la Academia de Medicina,* tomo II, 370.)

una afirmación prematura y al propio tiempo errónea. Dijo así: "Estamos en presencia de fenómenos que la *ciencia admite,* aunque sin explicarlos. El vulgo *podrá reírse de ellos,* pero son la preocupación de físicos ilustres. La justicia no debe ignorar por más tiempo lo que *la ciencia reconoce".*

El vulgo no se hubiera reído del hipnotismo si la gratuita afirmación del defensor se basara en numerosas investigaciones científicas de imparciales experimentadores, en vez de limitarse a una exigua minoría verdaderamente anhelosa de interrogar a la naturaleza. El vulgo es dócil y sumiso como un niño que va fácilmente adonde su aya le lleva. Escoge para la adoración los ídolos y fetiches que más le deslumbran y después se vuelve en redondo por ver con aduladora mirada si está satisfecha esa vieja aya que se llama opinión pública.

Aseguraba Lactancio, que ningún escéptico de su época se hubiera atrevido a negar la inmortalidad del alma delante de un mago, "porque éste le hubiera demostrado al punto lo contrario, evocando las almas de los muertos para que se manifestasen visiblemente a los vivos y predijesen acontecimientos futuros"[322]. Cosa parecida ocurrió en la causa de la señora Roger, pues los magistrados se amedrentaron al ver que el barón Du Potet la hipnotizaba en su presencia, como prueba testifical en favor de la acusada.

Volviendo ahora a Paracelso, diremos que sus obras escritas en estilo enigmático, aunque vigoroso, han de leerse como los rollos de Ezequiel, *por dentro y por fuera.* Había en aquellos tiempos mucho riesgo en exponer doctrinas heterodoxas, pues la Iglesia estaba en toda su pujanza y menudeaban los autos de fe. Por esta razón vemos que Paracelso, Agrippa y Filaletes fueron tan notables por la piedad de sus declaraciones públicas, como famosos por sus hazañas alquímicas y mágicas. La opinión de Paracelso sobre las propiedades ocultas del imán se halla expuesta en sus obras: *Archidaxarum, De Ente Dei y De Ente Astrorum,* en la primera de las cuales describe la maravillosa tintura medicinal extraída del imán y denominada *magisterium magnetis.* Sin embargo, la exposición está en lenguaje no entendido de los profanos y a este propósito dice: "Cualquier campesino echa de ver que el imán atrae al hierro; pero el sabio debe preguntarse por qué… Yo he descubierto que además de esta notoria propiedad de atraer al hierro, tiene el imán otra propiedad oculta".

Más adelante demuestra Paracelso que en el hombre late una "fuerza sidérea" emanada de los astros, que constituye su forma astral. Esta fuerza sidérea, que pudiéramos llamar espíritu de la materia cometaria, permanece directamente relacionada con los astros de que procede y así quedan los hombres en mutua atracción magnética. Considera también Paracelso, que el cuerpo humano tiene la misma composición química que la tierra y los demás astros, y dice así: "El cuerpo

---

322 Wilder. – Profecías antiguas y modernas. – *Diario Frenológico.*

procede de los elementos y el alma de los astros… De los elementos saca el hombre en comida y bebida lo necesario para sustentar su carne y sangre; pero de las estrellas le viene el sustento de la mente y pensamientos de su alma". Vemos corroboradas hoy estas afirmaciones de Paracelso, por cuanto el espectroscopio demuestra la identidad química, entre el cuerpo humano y el sistema planetario, y los físicos enseñan desde la cátedra la magnética atracción del sol y de los planetas[323].

Entre los elementos constitutivos del cuerpo humano, se han descubierto ya en el sol, el hidrógeno, sodio, calcio, magnesio y hierro; y en los centenares de estrellas observadas se ha encontrado el hidrógeno, excepto en dos. Por lo tanto, si el espectroscopio ha confirmado al menos una de las afirmaciones de Paracelso, es de esperar que con el tiempo queden corroboradas las demás, no obstante el menosprecio en que le han tenido astrónomos y químicos por sus teorías sobre la idéntica composición química del hombre y los astros, y por sus ideas acerca de las afinidades y atracciones entre unos y otros.

Pero ocurre preguntar: ¿cómo pudo Paracelso presumir la constitución de los astros, cuando hasta el descubrimiento del espectroscopio nada supieron las academias de química sidérea? Aún hoy día, a pesar de los novísimos procedimientos de observación, sólo se ha logrado indicar la presencia en el sol de unos cuantos elementos y de una cromoesfera hipotética, pues todo lo demás continúa en el misterio. ¿Hubiese podido Paracelso estar tan seguro de la constitución natural de los astros, si no dispusiera de medios como la filosofía hermética y la alquimia, no sólo desconocidos, sino menospreciados por la ciencia?

Además, conviene tener en cuenta que Paracelso descubrió el hidrógeno y conocía perfectamente su naturaleza y propiedades, mucho tiempo antes de que los científicos ortodoxos sospecharan su existencia; que había estudiado astrología y astronomía, como todos los filósofos del fuego, y no se equivocaba al asegurar la directa afinidad del hombre con los astros.

También expuso Paracelso, y a los fisiólogos toca comprobarlo, que el cuerpo no sólo se alimenta por medio del estómago, "sino también, aunque imperceptiblemente, de la natural fuerza magnética de que cada individuo extrae su nutrición específica… ; pues de los elementos en equilibrio atrae el hombre la salud y de los perturbados la enfermedad". La ciencia admite que los organismos vivientes están sujetos a leyes de afinidad química, y la propiedad más notable de los tejidos orgánicos, según los fisiólogos, es la absorción. Por lo tanto, nada de extraño tiene la afirmación de Paracelso de que el cuerpo humano, a causa de su naturaleza química y magnética,

[323] La hipótesis de que el sol es un globo incandescente, está ya algo pasada de moda, según dijo hace poco una *Revista Ilustrada*, pues si el sol fuese un témpano de hulla, con la suficiente cantidad de oxígeno para arder, quedaría consumido en menos de cinco mil años. A pesar de este cómputo, aún hay quien sostiene que el sol es un depósito de metales en estado gaseoso.

absorbe las influencias siderales. ¿Qué puede objetar la ciencia a la afirmación de que los astros nos atraen y a nuestra vez los atraemos? Así lo prueba el descubrimiento del barón de Reichenbach, de que las emanaciones ódicas del hombre son idénticas a las de los minerales y vegetales.

Paracelso afirmó la unidad constitutiva del universo, al decir, que "el cuerpo humano contiene materia cósmica", pues el espectroscopio no sólo ha demostrado la existencia en el sol y demás estrellas, fijas de los mismos elementos químicos dé la tierra, sino también que cada estrella es un sol de constitución similar al nuestro[324]. Según Mayer[325], las condiciones magnéticas de la tierra dependen de las variaciones que sufre la superficie solar a cuyas emanaciones está sujeta, por lo que si las estrellas son soles, también han de influir proporcionalmente en la tierra.

Sigue diciendo Paracelso: "Durante el sueño nos parecemos a las plantas que también tienen cuerpo elementario y vital, pero no espíritu. Entonces el cuerpo astral queda libre y gracias a su elástica índole puede vagar en torno del vehículo dormido o lanzarse al espacio y conversar con sus padres astrales y con sus hermanos, desde lejanas distancias. Los sueños proféticos, la presciencia y los presentimientos son facultades del cuerpo astral negadas al grosero cuerpo físico, que al morir se restituye a los elementos de la tierra, mientras que los distintos espíritus vuelven a los astros. También los animales tienen presentimientos, porque asimismo poseen cuerpo astral."

Van Helmont, discípulo de Paracelso, repite en gran parte los conceptos de su maestro, aunque expone más acabadamente las teorías del magnetismo y atribuye el *magnale magnum o* propiedad de mutuo afecto entre dos personas a la simpatía universal entre todas las cosas de la naturaleza. La causa produce el efecto, el efecto reacciona sobre la causa y ambos se influyen recíprocamente. A este propósito dice: "El magnetismo es una fuerza desconocida, de naturaleza celeste, sumamente semejante a la de los astros, que no está impedida por límite alguno de espacio o tiempo… Toda criatura tiene su peculiar potencia celeste y está íntimamente relacionada con el cielo. Esta mágica potencia del hombre permanece latente en el interior hasta que se actualiza en el exterior. Esta sabiduría y poder mágicos están dormidos, pero la sugestión los pone en actividad y se acrecientan a medida que se reprimen las tenebrosas pasiones de la carne… Esto lo consigue el arte cabalístico, que devuelve al alma aquella mágica y sin embargo natural energía y la despierta del sueño en que se hallaba sumida"[326].

---

[324] Youmans. – *La Química, según el nuevo sistema de análisis espectral.*

[325] Profesor de física del Instituto Tecnológico Stevens. – Discurso que sobre el tema " La tierra es un enorme imán", pronunció en el Centro Científico de Yale, en 1872. – Véase también la conferencia de Balfour Stewart, sobre " El sol y la tierra".

[326] Van Helmont. – *De Magnetica Vulner Curatione*, 722.

Paracelso y Van Helmont reconocen el gran poder de la voluntad durante los éxtasis y dicen que "el espíritu es el medio del magnetismo y está difundido por todas partes", por lo que la pura y primieval magia no ha de consistir en prácticas supersticiosas ni ceremonias vanas, sino en la imperiosa voluntad del hombre; pues "el alma y el espíritu que en él se ocultan, como el fuego en el pedernal, y no los espíritus celestes ni infernales, dominan la naturaleza física."

Todos los filósofos medioevales profesaron la teoría de la influencia sidérea en el hombre. A este propósito, dice Cornelio Agrippa: "Las estrellas constan de los mismos elementos que los cuerpos terrestres y por esta razón se atraen recíprocamente las ideas… Las influencias se ejercen tan sólo con auxilio del espíritu difundido por todo el universo en armonía con los espíritus humanos. El que anhele adquirir facultades sobrenaturales debe tener *fe, esperanza y amor*… En todas las cosas hay un oculto y secreto poder de que dependen las maravillosas facultades mágicas."

Las modernas teorías del general Pleasanton[327] coinciden con las opiniones de los filósofos del fuego; sobre todo la referente a las electricidades positiva y negativa del hombre y de la mujer y a la atracción y repulsión mutuas de todas las cosas de la naturaleza, que parece tomada de Roberto Fludd, gran maestre de los rosacruces ingleses, quien dice a este propósito: "Cuando dos hombres se acercan uno a otro, su magnetismo es pasivo–negativo o activo–positivo. Si las emanaciones de ambos chocan y se repelen, nace la antipatía; pero cuando se interpenetran sin chocar, el magnetismo es positivo, porque los rayos proceden del centro de la circunferencia, y en este caso, no sólo influyen en las enfermedades, sino también en los sentimientos. Este magnetismo simpático se establece, además de entre los animales, entre éstos y las plantas"[328]. Veamos ahora cómo acogieron los físicos el gran descubrimiento psicológico y fisiológico del magnetismo orgánico, cuando Mesmer llevó a Francia su sistema de cubeta, fundado totalmente en las doctrinas paracélsicas. Esto demostrará cuanta ignorancia, superficialidad y prejuicios puede haber en una corporación científica apegada a sus tradicionales teorías. Conviene insistir en el asunto porque a la negligencia de los académicos franceses de 1784, se debe la actual orientación materialista de las gentes y también los lunares que, según confiesan sus más fervorosos maestros, existen en la teoría atómica. La junta académica encargada en 1784 de examinar los fenómenos mesméricos estaba constituida por eminencias tales como Borie, Sallin, D'Arcet, Guillotin, Franklin, Leroi, Bailly, De Borg y Lavoisier. Por muerte de Borie le sucedió Magault. No cabe duda de que la Junta estaba dominada de hondos prejuicios al comenzar sus tareas por apremiantes órdenes de Luis XVI, y que se colocó en actitud mezquina y parcial para el examen. En su informe, redactado por Bailly, se trataba de dar el golpe de gracia a la nueva teoría, y al efecto se repartió

[327] Influencia de los rayos azules.

[328] Ennemoser. – *Historia de la Magia*.

profusamente por los establecimientos de enseñanza y entre el público en general, logrando concitar contra Mesmer la animosidad de gran parte de la nobleza y de ricos comerciantes que antes le patrocinaban por haber presenciado sus admirables curaciones. El distinguido académico Jussieu, que con el ilustre D'Eslon, médico de cámara, había observado cuidadosamente los fenómenos, publicó un minucioso contrainforme en que abogaba por la conveniencia de que la Facultad de Medicina estudiara los efectos terapéuticos del flúido magnético y publicase su parecer sobre el asunto. Esta moción determinó la salida de numerosas memorias, folletos, tratados didácticos y obras polemísticas en que se exponían nuevos hechos, y entre todas aquellas publicaciones sobresalió la muy erudita obra de Thouret titulada: *Dudas é investigaciones sobre el magnetismo animal,* cuya lectura fué estímulo para la rebusca de antecedentes en la historia de todos los países, cuyos fenómenos magnéticos, desde la más remota antigüedad, llegaron a conocimiento del público.

Las teorías de Mesmer eran sencillamente las mismas de Paracelso, Van Helmont, Santanelli y Maxwell, hasta el punto de que no faltó quien acusara al famoso médico de haber plagiado trozos enteros de una obra de Bertrand[329]. El profesor Stewart dice[330] que el universo está compuesto de átomos conectados entre sí como los órganos de una máquina accionada por las leyes de la energía, y aunque el profesor Youmans califique de “moderno” este concepto, lo vemos expuesto ya un siglo antes por Mesmer en sus *Cartas a un médico extranjero,* que entre otras proposiciones contienen las que siguen:

1.ª Hay recíproca influencia entre los astros, la tierra y los seres vivientes.

2.ª El medio transmisor de esta influencia es un fluido universal y unitónicamente difundido por todas partes, de modo que no consiente vacío alguno, cuya sutilidad excede a toda ponderación y que por su naturaleza es capaz de recibir, propagar y transmitir todas las vibraciones de movimiento.

3.ª Esta influencia recíproca está sujeta a leyes dinámicas desconocidas por ahora.

Resulta, en consecuencia, que Stewart no dijo nada nuevo al decir que el universo era semejante a una enorme máquina.

El profesor Mayer corrobora la opinión de Gilbert acerca de que la tierra es un gigantesco imán, y supone que su potencial depende de las emanaciones del sol, pues varía misteriosamente en función de los movimientos terrestres de rotación y traslación y en simpatía con las inmensas oleadas ígneas que agitan la superficie del astro solar, añadiendo que entre el sol y la tierra hay un sucesivo flujo y reflujo de influencias.

---

[329] *El Magnetismo animal en Francia.* – París, 1826.

[330] *La conservación de la energía.* – Nueva York, 1875.

Pero la obra citada nos da los mismos conceptos en las siguientes proposiciones de Mesmer:

4.ª De esta acción dimanan alternados efectos que pueden considerarse como flujo y reflujo.

6.ª Por este medio operante, el más universal de cuantos la naturaleza nos presenta, se establecen las relaciones de actividad entre los astros, la tierra y sus partes constituyentes.

7.ª De esta operación dependen las propiedades de la materia así inorgánica como organizada.

8.ª El cuerpo animal experimenta los alternados efectos de este agente por conducto de la substancia nerviosa que transmite su acción[331].

El eminente astrónomo Laplace, miembro del Instituto, que estudió por su cuenta los fenómenos mesméricos, dice a este propósito:

> "Los nervios, sobre todo cuando excepcionales influencias acrecientan su sensibilidad, son los más delicados instrumentos para conocer los imperceptibles agentes de la naturaleza… Los singulares fenómenos resultantes de la extraordinaria excitación nerviosa de ciertos individuos han suscitado diversas opiniones acerca de la existencia de un nuevo agente, al que se le denomina magnetismo animal… Estamos tan lejos de conocer todos los agentes naturales, que fuera lógico negar sus fenómenos por la sola consideración de ser inexplicables en el actual estado de nuestros conocimientos. Tenemos el deber de examinarlos con tanta mayor escrupulosidad cuanto mayores dificultades se opongan a su admisión"[332].

El marqués de Puysegur realizó experimentos muy superiores a los de Mesmer, sin necesidad de aparato alguno, y llevó a cabo admirables curaciones entre los labriegos de sus tierras de Busancy. La fama de estos hechos estimuló a otros hombres ilustrados a la repetición de los experimentos con parecido éxito, y en 1825 propuso Foissac a la Academia de Medicina otra investigación sobre el particular. Se comisionó al efecto a los académicos Adelon, Parisey, Marc, Burdín y Husson en calidad de ponente, quienes confesaron que "en cuestiones científicas no es posible dictar sentencias irrevocables" y reconocieron la escasa valía del informe de la comisión de

---

[331] Entre las obras publicadas de 1798 a 1824, cuando la Academia francesa nombró la segunda comisión investigadora de los fenómenos mesméricos, puede el lector consultar provechosamente los *Anales del magnetismo animal*, por el barón de Henin de Covillier, teniente general del ejército, caballero de la orden de San Luis, individuo de la Academia de Ciencias y socio correspondiente de varias sociedades europeas.

[332] *Ensayo filosófico sobre las probabilidades*. Obra publicada a consecuencia de haber ofrecido en 1820 la Academia de Berlín trescientos ducados, y la Real Sociedad Científica de Francia, presidida por S.A.R. el duque de Angulema, una medalla de oro para presumir la mejor memoria sobre el mesmerismo.

1784 al decir que dos experimentos de prueba en aquel entonces se llevaron a cabo sin estar presentes todos los comisionados y *con cierta predisposición de ánimo,* que, dada la índole de los fenómenos sometidos a su examen, *había de motivar el fracaso.*"

Respecto a las propiedades terapéuticas del magnetismo informó la comisión diciendo: "La Academia tiene el deber de estudiar experimentalmente el magnetismo y prohibir su empleo a personas que, por extrañas al arte, abusan de él y lo convierten en materia de especulación y lucro". Igual criterio han sustentado los más respetables tratadistas del moderno espiritismo.

El informe de la Comisión promovió largos debates en el seno de la Academia, que dieron por resultado el nombramiento (Mayo 1826) de otra compuesta de médicos tan ilustres como Leroux, Bourdois de la Motte, Double, Magendie, Guersant, Husson, Thillaye, Marc, Itard, Fouquier y Guénau de Mussy. Durante cinco anos prosiguió esta nueva comisión sus tareas, resumidas en un informe redactado por Husson. Decía el informe: "Ni el contacto de manos ni el roce ni los pases son necesarios en absoluto, pues bastan a veces la voluntad y la fijeza de mirada para producir el fenómeno magnético, aun sin el consentimiento de la persona magnetizada... Hemos comprobado que ciertos efectos terapéuticos dependen exclusivamente del magnetismo y no pueden obtenerse sin él... El estado sonambúlico es indudable y desenvuelve las nuevas facultades llamadas clarividencia, intuición y previsión íntima... El sueño magnético ha sobrevenido en circunstancias tales, que los magnetizados no podían ver absolutamente nada é ignoraban por completo los medios empleados para provocarlo... El magnetizador puede poner al sujeto en estado sonambúlico sin que lo sepa ni le vea, a determinada distancia y a través de puertas cerradas... Parece como si se embotaran los sentidos corporales del magnetizado y que actuara una segunda entidad... Los sujetos dormidos no se dan cuenta de los ruidos externos, aunque resuenen junto a ellos insólitamente y de tanto estrépito como el golpeteo de vasijas de cobre, caída de objetos pesados y golpes fortísimos... También se les puede inhalar ácido clorhídrico o amoníaco, sin daño alguno y sin que se percaten de ello... Pudimos cosquillearles con una pluma las plantas de los pies, las ventanas de la nariz y los ojos, sin la menor señal de sensación y fué posible, además, pellizcarles hasta acardenalar la piel y meterles astillas entre uña y carne sin el más leve estremecimiento. Cierto sujeto permaneció insensible a una dolorosa operación quirúrgica, sin que se le descompusiera el semblante ni se alterasen el pulso ni la respiración... Mientras el sujeto se halla en estado sonambúlico conserva las mismas facultades que en el de vigilia y aun la memoria parece más fiel y amplia... Vimos dos sonámbulos que con los ojos cerrados distinguían cuantos objetos se les ponían delante y acertar sin tacto alguno el palo y valor de los naipes, leer palabras manuscritas y líneas enteras de libros abiertos al acaso, aun cuando para mejor comprobación se les oprimiesen los párpados con la mano... Uno predijo, con algunos meses de anticipación, el día, hora y minuto en que le sobrevendrían los ataques epilépticos y cuando habían de cesar; y otro vaticinó la

época de su curación. Ambas previsiones tuvieron exacto cumplimiento… Hemos reunido y comunicado pruebas suficientes para que la Academia estimule las investigaciones sobre el magnetismo como rama curiosísima de la psicología y de las ciencias naturales… Los fenómenos son *tan extraordinarios* que tal vez la Academia repugne admitirlos, pero nos han guiado exclusivamente impulsos de tan elevado carácter como el amor a la ciencia y la necesidad de corresponder a las esperanzas que la Academia había fundado en nuestro celo y diligencia”[333].

Estos temores se vieron confirmados en parte, pues un individuo de la comisión, el fisiólogo Magendie, que no había presenciado los experimentos, se negó a firmar el informe y expuso una especie de voto particular en su tratado de *Fisiología Humana,* en que después de resumir los fenómenos a su manera, dice: “El respeto propio y la dignidad de la profesión demandan que se proceda muy circunspectamente en estos asuntos. Los médicos ilustrados recordarán con cuánta facilidad degenera lo misterioso en charlatanería y cuán propensa es la profesión a degradarse aun en manos de respetables titulares”. Nada deja traslucir, en las cuatro páginas de su obra dedicadas al mesmerismo, que Magendie formase parte de la comisión elegida por la Academia en 1826 ni que se hubiera excusado de asistir a sus reuniones, faltando así a su deber, pues no quiso inquirir la verdad de los fenómenos mesméricos, y, sin embargo, dió particular informe sobre ellos. El “respeto propio y la dignidad profesional” exigían por lo menos su silencio.

Treinta y ocho años más tarde, el ilustre físico Tyndall, cuya reputación iguala si no supera a la de Magendie, repugnó imitar tan insidiosa conducta y no quiso aprovechar la oportunidad de investigar los fenómenos espiritistas y arrebatarlos de entre manos de ignorantes o poco escrupulosos indagadores, aunque en su obra *Fragmentos de ciencia* incurre en las descortesías a que ya nos referimos. Sin embargo, algo intentó Tyndall, y ello basta. Dice en la citada obra que cierta noche se metió debajo del trípode para observar el fenómeno de los golpes y salió de allí con un sentimiento de compasión hacia la humanidad cual nunca hasta entonces lo sintiera. Para apreciar el valor del insigne físico al buscar a tientas la verdad en esta ocasión recurriremos al ejemplo de Israel Putnam, que se desliza a gatas para sorprender a la loba en su madriguera y matarla; pero Tyndall cayó entre los dientes de su loba y bien pudiera ostentar por mote de su escudo: *Sub mensa desperatio.*

El doctor Alfonso Teste, distinguido científico contemporáneo, al tratar de la comisión de 1824, dice que su informe conmovió profundamente a todos los académicos, aunque pocos quedaron convencidos, y añade: “Nadie podía dudar de la veracidad de los comisionados cuya competencia y buena fe eran innegables, pero se

[333] Como quiera que no entra en nuestros propósitos tratar extensamente del magnetismo animal, nos hemos limitado al extracto de los párrafos más importantes del informe de la comisión, de los que se infiere que hay alguna diferencia entre el hombre y el protoplasma de un carnero.

sospechaba de que les hubieran engañado. Realmente hay verdades tan infortunadas que comprometen a quien las cree y más todavía a quien cándidamente las confiesa en público". Así lo corrobora la historia desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Cuando Hare publicó los primeros resultados de su investigación de los fenómenos espiritistas, todos le tuvieron por víctima de un engaño, aunque era uno de los más insignes físico–químicos de su tiempo, y al demostrar que no había semejante engaño le calificaron los profesores de Harvard de "chocha y visionariamente adherido a la enorme patraña del espiritismo."

Al iniciar Hare sus investigaciones en 1853, declaró que le movía a ello el humanitario deber de oponerse con todas sus fuerzas al flujo de insania popular que, a despecho de la razón y de la ciencia, acrecentaba rápidamente la *grosera ilusión* llamada espiritismo; y aunque esta declaración estaba en completa coincidencia con la hipótesis de la mesa giratoria de Faraday, tuvo la grandeza propia de los príncipes de la ciencia para investigar la cuestión y decir después toda la verdad. En una memoria publicada en Nueva York refiere el mismo Hare qué premio le dieron sus compañeros de profesión. Dice así: "Durante más de medio siglo me dediqué a investigaciones científicas cuya exactitud y precisión nadie puso en duda hasta que me convertí al espiritismo, y nadie tampoco atacó mi personal integridad hasta que los profesores de Harvard se declararon en contra de lo que yo *sabía que era verdad* y ellos no *sabían* que no lo fuese."

¡Cuán patética amargura encierran estas palabras! ¡Un anciano de setenta y seis años, con medio siglo de labor científica, vituperado por decir la verdad! Aún hoy mismo se trata con despectiva compasión al ilustre sabio inglés Wallace, por haberse manifestado favorable al espiritismo. También los científicos rusos menosprecian ofensivamente al eximio zoólogo Nicolás Wagner, de San Petersburgo, por la candorosa declaración de sus ideas psicológicas. Pero preciso es distinguir entre los sabios y los científicos, pues si las ciencias ocultas, y entre ellas el moderno espiritismo, sufren maliciosa persecución de los segundos, tienen y han tenido en toda época leales defensores entre los primeros. Ejemplo de ello nos da Newton, antorcha de la ciencia, que creía en el magnetismo según lo enseñaron Paracelso, Van Helmont y demás filósofos del fuego. Nadie negará que la teoría newtoniana de la gravitación universal tiene su raíz en el magnetismo, pues él mismo nos dice que fundaba todas sus especulaciones científicas en el "alma del mundo", en el universal y magnético agente a que denominó *divinum sensorium.* A este propósito añade: "Hay un espíritu sutilísimo que penetra todas las cosas, aun los cuerpos más duros, y está oculto en su substancia. Por virtud de la actividad y energía de este espíritu, se atraen recíprocamente los cuerpos y se adhieren al ponerse en contacto. Por él los cuerpos eléctricos se atraen y repelen desde lejanas distancias, y la luz se difunde, refleja, refracta y colora los cuerpos. Por él se mueven los animales y se excitan los sentidos. Pero esto no puede

explicarse en pocas palabras, porque nos falta la necesaria experiencia para determinar las leyes que rigen la actividad operante de este agente"[334].

Dos linajes hay de magnetización: la simplemente *animal y la* trascendente. Esta última depende, por una parte, de la voluntad y aptitud del magnetizador, y por otra, de las cualidades espirituales del sujeto y de su receptibilidad a las vibraciones de la luz astral. Pero no se tardará en reconocer que la clarividencia requiere mucha mayor voluntad en el magnetizador que receptividad en el sujeto, ya que éste, por positivo que sea, habrá de rendirse al poder de un adepto[335].

Si el magnetizador, mago o entidad espiritual dirige hábilmente la vista del sujeto, la luz astral iluminará sus más hondos arcanos, pues si bien es libro cerrado para quienes miran y no ven, está en cambio siempre abierto para los que *quieran* leer en él. Allí está anotado cuanto fué, es y será, y aun los más insignificantes actos de nuestra vida y nuestros más escondidos pensamientos quedan fotografiados en sus páginas eternas. Es el libro abierto por mano del ángel del Apocalipsis, el "libro de la vida" que sirve para juzgar a los muertos según sus obras. Es la *memoria de Dios*.

Dice Zoroastro, que en el éter están figuradas las cosas sin figura y aparecen impresos los pensamientos y caracteres de los hombres, con otras visiones divinas[336].

Vemos, por lo tanto, que así la antigua como la moderna sabiduría, los vaticinios y la ciencia corroboran unánimemente las enseñanzas cabalísticas. En las indelebles páginas de la luz astral se estampan nuestros pensamientos y acciones y aparecen delineados con pictórica vividez, a los ojos del profeta y del vidente, los acontecimientos futuros y los efectos de causas echadas hace tiempo en olvido. La memoria, cuya naturaleza funcional es desesperación del materialista, enigma para el psicólogo y esfinge para el científico, es para el estudiante de filosofía antigua la potencia compartida con muchos animales inferiores, mediante la cual, inconscientemente, ve en su interior iluminadas por la luz astral las imágenes de pasados pensamientos, actos y sensaciones. El estudiante de ocultismo no ve en los ganglios cerebrales "micrógrafos de lo vivo y de lo muerto, de lugares en que hemos estado y de sucesos en que hemos intervenido"[337], sino que acude al vasto receptáculo donde por toda la eternidad se almacenan las vibraciones del cosmos y los anales de las vidas humanas.

La ráfaga de memoria que según tradición representa a los náufragos las escenas de su vida pasada, como el fulgor del relámpago descubre momentáneamente el paisaje a los ojos del viajero, no es más que la súbita ojeada que el alma, en lucha con el peligro, da a las silenciosas galerías en que está pintada su historia con impalidecibles colores.

---

[334] Newton. – *Principios fundamentales de filosofía natural.*

[335] Ejemplo de este caso es el magnetizador Du Potet.

[336] Cory. – *Oráculos Caldeos.*

[337] Draper. – *Conflictos entre la Religión y la Ciencia.*

Por la misma causa suelen sernos familiares ciertos parajes y comarcas en que hasta entonces no habíamos estado y recordar conversaciones que por vez primera oímos o escenas acabadas de ocurrir, según de ello hay noventa por ciento de testimonios. Los que creen en la reencarnación aducen estos hechos como otras tantas pruebas de anteriores existencias, cuya memoria se aviva repentinamente en semejantes circunstancias. Sin embargo, los filósofos de la antigüedad y de la Edad Media opinaban que si bien este fenómeno psicológico es uno de los más valiosos argumentos en favor de la inmortalidad y preexistencia del alma, no lo es en pro de la reencarnación, por cuanto la memoria anímica es distinta de la cerebral. Como elegantemente dice Eliphas Levi: "la naturaleza cierra las puertas después de pasar una cosa é impele la vida hacia delante", en más perfeccionadas formas. La crisálida se metamorfosea en mariposa, pero jamás vuelve a ser oruga. En el silencio de la noche, cuando el sueño embarga los corporales sentidos y reposa nuestro cuerpo físico, queda libre el astral, según dice Paracelso, y deslizándose de su terrena cárcel, se encamina hacia sus progenitores y platica con las estrellas". Los sueños, presentimientos, pronósticos, presagios y vaticinios son las impresiones del cuerpo astral en el cerebro físico, que las recibe más o menos profundamente, según la intensidad del riego sanguíneo durante el sueño. Cuanto más débil esté el cuerpo físico, más vívida será la memoria anímica y de mayor libertad gozará el espíritu. Cuando después de profundo y reposado sueño sin ensueños se restituye el hombre al estado de vigilia, no conserva recuerdo alguno de su existencia nocturna y, sin embargo, en su cerebro están grabadas, aunque latentes bajo la presión de la materia, las escenas y paisajes que vió durante su peregrinación en el cuerpo astral. Estas latentes imágenes pueden revelarse por los relámpagos de anímica memoria que establecen momentáneos intercambios de energía entre el universo visible y el invisible, es decir, entre los ganglios micrográficos cerebrales y las películas escenográficas de la luz astral. Por lo tanto, un hombre que nunca haya estado personalmente en un paraje ni visto a determinada persona, puede asegurar que ha estado y la ha visto, porque adquirió el conocimiento mientras actuaba en "espíritu". Los fisiólogos sólo pueden objetar a esto diciendo que en el sueño natural y profundo está la voluntad inerte y es incapaz de actuar, tanto más cuanto no creen en el cuerpo astral y el alma les parece poco menos que un mito poético. Blumenbach afirma que durante el sueño queda en suspenso toda comunicación entre cuerpo y mente; pero Richardson, de la Sociedad Real de Londres, redarguye acertadamente al fisiólogo alemán, diciéndole que se ha excedido en sus afirmaciones, pues no se conocen todavía a punto fijo las relaciones entre cuerpo y mente. Añadamos a esta opinión la del fisiólogo francés Fournié y la del eminente médico inglés Allchin, quien confiesa con entera franqueza que no hay profesión científica de tan insegura base como la medicina, y veremos que no sin justicia deben oponerse las ideas de los sabios antiguos frente a las de la ciencia moderna.

Nadie, por grosero y material que sea, deja de vivir en el universo invisible al par que en el visible. El principio vital que anima su organismo físico reside principalmente en el cuerpo astral, cuyas partículas densas quedan inertes, mientras las sutiles no reconocen límite ni obstáculo. Bien sabemos que tanto los sabios como los ignorantes preferirán mantenerse en el prejuicio de que no es posible saber de donde dimana el agente vital, antes de conceder ni un momento de atención a lo que llaman rancias y desprestigiadas teorías. Algunos objetarán desde el punto de vista teológico que el alma de los brutos no es inmortal, pues tanto teólogos como legos *confunden erróneamente el alma con el espíritu.* Pero si estudiamos a Platón y otros filósofos antiguos, advertiremos que mientras el cuerpo astral[338] no pasa de tener una existencia más o menos larga después de la muerte física, el espíritu divino (impropiamente llamado *alma por* los teólogos) es esencialmente inmortal[339]. Si el principio vital fuese algo independiente del cuerpo astral, no estaría de seguro la clarividencia en tan directa relación con la debilidad física del sujeto. Cuanto más profundo sea el sueño hipnótico y menos signos de vida se noten en el cuerpo físico, tanto más clara será la percepción espiritual, y tanto más penetrante la vista del alma que desprendida de los sentidos corporales actúa con incomparablemente mayor potencia que cuando le sirve de vehículo un cuerpo sano y vigoroso. Brierre de Boismont nos da repetidos ejemplos de ello en demostración de que los cinco sentidos son mucho más agudos en estado hipnótico que en el de vigilia. Estos fenómenos prueban incontrovertiblemente la continuidad de la vida siquiera por algún tiempo después de muerto el cuerpo físico.

Aunque durante nuestra breve estancia en la tierra pueda compararse el alma a una luz puesta debajo del celemín, no deja de brillar por ello y de recibir la influencia de espíritus afines, de modo que todo pensamiento bueno o malo atrae vibraciones de su misma naturaleza, tan irresistiblemente. como el imán atrae las limaduras de hierro, en proporción a la intensidad de las vibraciones etéreas del pensamiento; y así se explica que un hombre se sobreponga imperiosamente a su tiempo y que su influencia se transmita de una a otra época por medio de las recíprocas corrientes de energía entre los mundos visible e invisible, hasta afectar a gran parte del género humano. Difícil sería determinar las lindes que en este punto han puesto a su pensamiento los autores de la famosa obra *El Universo invisible,* pero del siguiente pasaje podemos inferir que *no dijeron todo* cuanto pensaban. Dice así:

> "Sea como quiera, no cabe duda de que las propiedades del éter son en el campo de la naturaleza muy superiores a las de la *materia tangible. Y* como la índole de ésta, salvo en algunos pormenores de poca importancia, se halla *mucho más allá* de la penetración de las lumbreras científicas, no llevaremos adelante nuestras disertaciones. Basta a nuestro

---

338 Llamado por Platón *alma irracional* o porción más etérea de la naturaleza material.

339 Los hebraístas cultos comprenderán fácilmente la diferencia entre las dos palabras, רוח (*ruah*) y נפש (*nephesh*).

propósito conocer los efectos del éter *cuya potencialidad supera a cuanto nadie ha osado decir".*

Uno de los más notables descubrimientos de los tiempos modernos, es la facultad que algunas personas receptivas poseen de describir el carácter y aspecto de una persona o los sucesos ocurridos, con tal de retener en la mano y pasárselo por la frente un objeto cualquiera relacionado con la persona o el suceso, por mucho que sea el tiempo transcurrido. Así, una piedra ruinosa le representará la historia del edificio a que perteneciera, con las escenas ocurridas en su interior y alrededores; un pedazo de mineral despertará en su alma la visión retrospectiva de la época de su formación. Esta facultad fué descubierta por el profesor Buchanan de Louisville (Kentucky), quien le dió el nombre de psicometría. A este sabio debe el mundo tan importante complemento de las ciencias psicológicas, y de seguro que merecerá ser honrado en estatua cuando la frecuencia de los experimentos psicométricos acaben de una vez con el escepticismo. Al publicar su descubrimiento se contrajo Buchanan a la utilidad de la psicometría para bosquejar el carácter de las personas, y dice a este propósito: "Parece que es indeleble la influencia mental y fisiológica que recibe un manuscrito, pues los más antiguos ejemplares de que me valí en las experiencias revelaban precisa y vigorosamente sus impresiones, apenas debilitadas por el tiempo. Por virtud de la psicometría fué posible leer, sin dificultad alguna, manuscritos antiguos cuya ordinaria interpretación hubiese requerido el auxilio de los paleólogos. Pero no únicamente los manuscritos retienen las impresiones mentales, sino que también los dibujos, pinturas y cualquier otro objeto que haya recibido el contacto mental y volitivo de una persona, le pueden servir a otra de medio de descripción psicométrica… Este descubrimiento tendrá incalculables consecuencias en su aplicación a las artes y a la historia"[340].

Los primeros experimentos de psicometría se llevaron a cabo en 1841, y desde entonces los han repetido muchísimos psicómetras en todo el mundo, demostrando con ellos que cuanto ocurre en la naturaleza mental, por mínimo é insignificante que sea, queda indeleblemente impreso en la naturaleza física, y como no se advierte alteración molecular en ella, forzosamente se infiere que las imágenes psicométricas provienen del éter o luz astral.

En su hermosa obra: *El alma de las cosas,* trata de esta cuestión el geólogo Denton y cita multitud de ejemplos de las notables facultades psicométricas de su esposa. Entre ellos refiere que, puesto sobre la frente un pedazo de piedra de la casa de Cicerón en Túsculo, pero sin saber de donde procedía, describió no sólo el ambiente físico del gran orador romano, sino el del dictador Sila, a quien antes había pertenecido aquella casa. Un trozo de mármol del primitivo templo cristiano de Smirna, le representó a los fieles

[340] Buchanan. – *Bosquejos de Conferencias sobre el sistema neurológico de antropología.* Acaso no presentía Buchanan todo el valor de sus proféticas palabras.

en oración y a los sacerdotes oficiantes. Otros fragmentos de objetos procedentes de Asiria, Palestina, Grecia, el monte Ararat y otros puntos, le permitieron describir sucesos de la vida de personajes muertos miles de años antes. Un hueso o un diente de animales antediluvianos le daban a la psicómetra, por breves momentos, la visión del animal vivo con todas sus sensaciones. En muchos de estos casos, comprobó Denton las descripciones de su esposa, cotejándolas con los relatos históricos. La psicometría descubre los más recónditos secretos de la naturaleza y los acontecimientos remotos se reproducen con tan vívida impresión como los de ayer.

Añade Denton en la misma obra: "No se mueve una hoja ni se levanta una onda ni se arrastra un insecto; sin que registren sus movimientos mil fieles escribanos en infalibles é indelebles escrituras. Así ocurre con lo sucedido en pasados tiempos. Continuamente ha estado la naturaleza fotografiándolo todo, desde que brilló la luz sobre la tierra, cuando sobre la cuna del recién nacido planeta flotaban vaporosas cortinas, hasta el momento actual. ¡Y qué fotografías!"

Nos parece el colmo de la imposibilidad que en la materia atómica hayan quedado grabados los hechos ocurridos en la antigua Tebas o en algún templo prehistórico. Sin embargo, las imágenes de estos hechos están saturadas de aquel agente universal que todo lo penetra y todo lo retiene, llamado por los filósofos "alma del mundo" y por el geólogo Denton el "alma de las cosas". Al aplicarse el psicómetra a la frente un objeto determinado, relaciona su yo interno con el alma del objeto[341] y se pone en contacto con la corriente de luz astral que, relacionada con dicho objeto, retiene las descripciones de los sucesos concernientes a su historia los cuales, según Denton, pasan ante la vista del psicómetra con la velocidad del rayo, en vertiginosa sucesión de escenas que tan sólo con mucha fuerza de voluntad es posible detenerlas en el campo visual para describirlas.

El psicómetra es clarividente, pues ve con la vista interna; pero su visión de personas, lugares y sucesos resultará confusa, a menos que con potente fuerza de voluntad haya educado la percepción visual. Sin embargo, en los casos de hipnotismo, la clarividencia del sujeto depende de la voluntad del hipnotizador, quien, por lo tanto, puede detener la atención de aquél en determinada imagen todo el tiempo necesario para describirlo en sus más prolijos pormenores. Por otra parte, el sujeto sometido a la influencia de un hábil hipnotizador aventaja al psicómetra espontáneo en la clara y distinta predicción del porvenir.

Si alguien objeta diciendo que no es posible ver lo que "todavía no existe", le responderemos que tan posible es ver lo futuro como se ve lo pasado, que ya no existe. Según las enseñanzas cabalísticas, lo futuro está en embrión en la luz astral,

[341] Está ya admitido que el éter interpenetra toda clase de materia, aun la más densa, y ya empieza a admitirse que retiene las imágenes de cuanto ha sucedido.

como también lo presente estaba en embrión antes de serlo. El hombre es libre de obrar a su albedrío, pero desde el origen de los tiempos está previsto el uso que hará de este albedrío, sin que tal previsión suponga fatalismo ni hado, sino que resulta de la inmutable armonía del universo, así como de antemano se conocen las vibraciones peculiares de cada nota que se haya de pulsar. Además, la eternidad del tiempo no tiene pasado ni futuro, sino tan sólo presente, de la propia manera que la inmensidad del espacio no tiene en rigor puntos cercanos ni lejanos. En el mezquino campo de nuestras experiencias, nos esforzamos en concebir, si no el fin, por lo menos el principio del tiempo y del espacio, que en realidad no tienen principio ni fin, pues de tenerlo, ni el tiempo sería eterno ni ilimitado el espacio. Como hemos dicho, no hay pasado ni futuro; pero nuestra memoria refleja las imágenes grabadas en la luz astral, como el psicómetra las emanaciones astrales de los objetos palpados. Al tratar de la influencia de la luz en los cuerpos y de la formación de imágenes fotográficas, dice el profesor Hitchcock: "Parece como si esta influencia interpenetrara la naturaleza toda sin detenerse en puntos definidos. No sabemos si la luz puede retratar en los objetos circundantes nuestras facciones demudadas por la emoción y dejar de esta suerte fotografiadas en la naturaleza nuestras acciones… Posible es también que haya procedimientos superiores a los del más hábil fotógrafo, por cuyo medio revele y fije la naturaleza estas fotografías de modo que, con sentidos *más agudos* que los nuestros, se vean como en un inmenso lienzo extendido sobre el universo material. *Quizás* no se borren nunca estas fotografías del lienzo, sino que perduren en el vasto museo pictórico de la eternidad"[342].

La duda manifestada en el quizás de Hitchcock se ha trocado en triunfadora certeza por valimiento de la psicometría. Sin embargo, cuantos hayan observado la cualidad psíquica de clarividencia advertirán que Hitchcock no debiera haber supuesto la necesidad de más agudos sentidos para ver las imágenes, sino decir que habían de superar en penetración a los corporales, porque *para el espíritu humano, dimanante del inmortal y divino Espíritu, no hay pasado ni futuro, sino que todo lo tiene presente* [343].

De algún tiempo a esta parte han comenzado los científicos a estudiar este asunto hasta hoy difamado con nota de superstición. Discurrieron primero acerca de los hipotéticos mundos invisibles y a todos se adelantaron los autores de la obra: *El Universo invisible, a* quienes siguió el profesor Fiske con la suya: *El mundo invisible.* Esto prueba que el terreno del materialismo se hunde bajo los pies de los científicos, quienes se disponen a capitular honrosamente en caso de derrota. Jevons corrobora las opiniones de Babbage y ambos afirman que los pensamientos ponen en vibración las

[342] Hitchcock. – *La religión según la geología.*

[343] Las fotografías a que se refiere Hitchcock en el pasaje citado tienen por placa la luz astral donde se registra todo cuanto ha sido, es y será, según afirman las enseñanzas herméticas ya corroboradas en parte por la ciencia.

partículas del cerebro y las difunden por el universo, de suerte que "cada partícula material es una placa registradora de cuanto ha sucedido"[344]. Por otra parte el doctor Young, en sus conferencias sobre filosofía natural, apunta "la posibilidad de que haya mundos *invisibles y desconocidos* en aislada independencia unos, en *recíproca interpretación* otros, y algunos cuya existencia no requiera por modalidad el espacio".

Si los científicos discurren de esta suerte, partiendo del principio de continuidad según el cual la energía se transmite al universo invisible, no se les ha de negar el mismo discurso a los ocultistas y espiritualistas. La ciencia admite hoy que las imágenes especulares quedan impresas indefinidamente sobre una superficie pulimentada, y a este propósito dice Draper: "La sombra proyectada sobre una pared deja allí una huella que puede revelarse mediante manipulaciones convenientes… Los retratos de nuestros amigos o las imágenes de la campiña quedan ocultos bajo la superficie sensible de nuestros ojos, hasta que las revelamos por adecuados medios. Una imagen espectral está encubierta bajo una superficie de plata bruñida o de cristal pulido, hasta que la nigromancia la revela al mundo visible. En las paredes de nuestros más retirados aposentos, al abrigo de indiscretas miradas, en la soledad de nuestro apartamiento inaccesible a los extraños, están las huellas de nuestros actos y las siluetas de cuanto hicimos"[345].

Si tan indelebles impresiones puede recibir la materia inorgánica y nada se aniquila en el universo, no cabe rechazar la hipótesis de que "el pensamiento actúe en la materia de otro universo al par que en la del nuestro y prever de esta suerte lo futuro"[346].

A nuestro entender, si la psicometría es valiosa prueba de la indestructibilidad de la materia, que retiene eternamente las impresiones recibidas, también es la clarividencia psicométrica no menos valiosa prueba de la inmortalidad del espíritu humano. Puesto que la facultad psicométrica es capaz de describir sucesos ocurridos hace centenares de miles de años, ¿por qué no aplicar la misma facultad al conocimiento de un porvenir sumido en la eternidad, que no tiene pasado ni futuro, sino tan sólo el presente sin límites?

No obstante haber confesado los científicos su ignorancia en muchas cuestiones, todavía niegan la misteriosa fuerza espiritual que escapa a las leyes físicas y pretenden aplicar a los seres vivos las mismas que rigen la materia muerta. Han descubierto las energías de la luz, calor, electricidad y movimiento[347], cuyas vibraciones contaron en las vibraciones del espectro solar y engreídos con tan próspera fortuna, se niegan a seguir

---

[344] *Principios científicos,* II, 45.

[345] Draper. – *Conflicto entre la Religión y la Ciencia*, 132, 133.

[346] *El Universo invisible,* 159. – Contra los autores de esta obra suscitaron una injustificada campaña los científicos de la época.

[347] Los cabalistas llamaban "purgas groseras del éter", a estas modalidades energéticas.

adelante. Algunos reflexionaron sobre la índole de este proteico agente que no podían pesar ni medir con sus aparatos, y dijeron que era "un medio *hipotético* sumamente elástico y sutil que se supone ocupa los espacios intersiderales é interatómicos y sirve de medio transmisor del calor y de la luz". Otros, a quienes llamaríamos los fuegos fatuos o hijos espurios de la ciencia, se tomaron la molestia de observar el éter con lentes de mucho alcance, según nos dicen; pero al no ver espíritus ni espectros, ni descubrir entre sus aleves ondulaciones nada de más científica índole, viraron en redondo para tachar con lastimero acento de "mentecatos y lunáticos visionarios"[348], no sólo a los espiritistas en particular, sino a cuantos creen en la inmortalidad. Dicen sobre este particular los autores de *El Universo invisible:* "Han estudiado en el universo objetivo ese misterio que llama*mos vida.* El error consiste en creer que todo cuanto desaparece de la observación, desaparece también del universo. Sin embargo, no hay tal, porque únicamente desaparece del *pequeño círculo de luz a* que podemos llamar universo de *observación científica.* Es un trínico misterio en la materia, en la vida y en Dios; pero los tres misterios son *uno solo"* [349]. En otro pasaje añaden: "El universo visible debe seguramente tener un límite de energía transformable y probablemente el mismo límite en su materia; pero como el principio de continuidad repugna toda limitación, ha de haber sin duda *algo más allá* de lo visible, de modo que el mundo visible no es el universo total sino tan sólo una pequeña parte de él"[350]. Además, atendiendo los autores al concepto del origen y fin del universo visible, dicen que si fuese *todo* cuanto existe, habría ruptura de continuidad tanto en la súbita manifestación primaria de él como en su ruina final… [351]. Ahora bien; ¿no es lógico suponer que el universo invisible, en cuya existencia razonablemente creemos, esté en condiciones de recibir la energía del visible?.. Cabe, por lo tanto, considerar el éter o medio transmisor como un puente[352] entre ambos universos, que de esta manera quedan conglomerados en uno solo. En fin, lo que generalmente se llama éter puede ser, *además* de un medio transmisor, el orden de cosas invisibles, de modo que los movimientos del universo visible se comunican al éter y éste los transmite como por un puente al invisible, que los recibe, transforma y almacena. Podemos decir, por lo tanto, que cuando la energía se transmite de la

[348] Marvin. –*Conferencia sobre la Mediummanía.*

[349] *El Universo invisible,* 183.

[350] *El Universo invisible,* 64.

[351] *El Universo invisible*, Art.85.

[352] Es curioso que los insignes científicos del siglo XIX corroboren la sabiduría del mito escandinavo a que nos referimos en el capítulo anterior. Hace miles de años, la relación entre ambos universos tuvo su alegoría en el puente a que alude el canto édico de Völuspa: *Visión de la Profetisa Vala*, es decir, el puente de Bifröst, el radiante arco–iris que atraviesan los dioses para unirse en asamblea junto a la fuente de Urdar. Es el mismo concepto que al estudiante pensador ofrecen los autores de *El Universo invisible.*

materia al éter, pasa del mundo visible al invisible y cuando del éter va a la materia se transfiere del mundo invisible al visible”[353].

Precisamente es así. Cuando la ciencia adelante algunos pasos más en este camino y estudie detenidamente el “hipotético medio transmisor” podrá salvar sin peligro el abismo que Tyndall ve abierto entre el cerebro físico y la conciencia.

Algunos años antes, en 1856, el por entonces famoso doctor Jobard de París expuso acerca del éter el mismo concepto sustentado después por los autores de *El Universo invisible*. Con asombro del mundo científico, dijo el doctor Jobard a este propósito: “Acabo de hacer un descubrimiento que me asusta. Hay dos modalidades de electricidad: una ciega y ruda, dimanante del contacto de los metales con los ácidos (purga grosera), y otra racional y *clarividente*. La electricidad se ha bifurcado en manos de Galvani, Nobili y Matteuci. La corriente ruda tomó la dirección señalada por Jacobi, Bonelli y Moncal, mientras que la corriente lúcida quedó en manos de Bois–Robert, Thilorier y Duplanty. La esfera eléctrica o electricidad globular entraña un pensamiento que desobedece a Newton y a Mariotte para moverse a su antojo… En los anales de la Academia hay mil pruebas de la *inteligencia del rayo eléctrico*… Pero noto que voy siendo en demasía indiscreto. A poco más doy la clave que ha de llevarnos al descubrimiento del espíritu universal”[354].

Todas las citas iluminan con nueva luz la sabiduría de los antiguos. Ya vimos que los *Oráculos caldeos* [355] exponen en parecido lenguaje el mismo concepto del éter que los autores de El *Universo invisible, pues* dicen que “del éter proceden todas las cosas y a él han de volver y que en él están indeleblemente grabadas las imágenes de todas las cosas, porque es almacén de ideas y troj de los gérmenes y de los residuos de las formas visibles”. Esto corrobora nuestra afirmación de que todo descubrimiento moderno tuvo su parigual hace miles de años entre nuestros *cándidos* antepasados. Vista, en el punto en que estamos, la actitud de los escépticos respecto de los fenómenos psíquicos, cabe asegurar que aunque la clave referida por Jobard estuviera en el borde del “abismo”, no habría ningún Tyndall capaz de agacharse a recogerla.

¡Cuán limitadas han de parecerles a algunos cabalistas estas tentativas para escrutar el hondo misterio del éter universal! Porque por muy superiores que respecto a las de la ciencia contemporánea sean las ideas de los autores de *El Universo invisible,* resultan por demás familiares para los maestros de la filosofía hermética, quienes no sólo consideraban el éter como el puente tendido entre el universo visible y el invisible, sino que osadamente recorrían todos sus tramos hasta llegar a las misteriosas puertas que los científicos no quieren o tal vez no pueden abrir.

---

[353] *El Universo invisible,* Art. 198.

[354] *El Amigo de las Ciencias,* 2 de Marzo de 1856, pág. 67.

[355] Cory. – fragmentos antiguos. Cita de la pág. 139 de este mismo volumen.

Cuanto más ahondan los investigadores modernos en sus observaciones, tanto más frecuentemente les dan en rostro los descubrimientos antiguos. Expone el geólogo francés Beaumont una teoría sobre los movimientos internos del globo en relación con la corteza terrestre, y echa de ver que se le habían adelantado los antiguos en la exposición. Preguntamos cuál es la más novísima hipótesis acerca de la formación de los yacimientos minerales, y nos dice Hunt que el agua es el *disolvente universal,* según ya afirmó Tales de Mileto veinticuatro siglos atrás al enseñar que el agua es el originario elemento de todas las cosas. El mismo Hunt, apoyado en la autoridad de Beaumont, trata de los movimientos del globo y de los fenómenos psíquicos del mundo material, diciendo por una parte que "no está dispuesto a conceder que los espiritualistas posean *el secreto de la vida orgánica",* mientras que por otra confiesa, a nuestra completa satisfacción, lo que leemos en el pasaje siguiente: "Bajo muy diversos aspectos están relacionados los fenómenos del reino orgánico y los del reino mineral, cuya recíproca dependencia ofrece tan vivo interés que nos concita a vislumbrar la verdad subyacente en las opiniones de los filósofos antiguos que atribuían fuerza vital a los minerales y consideraban el globo terráqueo como organismo vivo, cuyo proceso biológico se manifestaba en las alteraciones de la atmósfera, de las aguas y de las rocas".

Todo es empezar. Los prejuicios científicos han llegado últimamente a tales extremos que parece imposible la justicia hecha a la sabiduría antigua en el anterior pasaje. Hace tiempo que se arrinconaron los cuatro elementos, y los químicos del día acuden desolados en busca de nuevos cuerpos simples con que alargar la lista de los ya descubiertos, como polluelo aumentado a la cría pronta a salir del nido. Por su parte el químico Cooke[356] niega la denominación de elementos a los cuerpos simples, porque "no son principios primordiales o substancias existentes por sí mismas y distintas de la de que fué formado el universo… La antigua filosofía griega pudo tener el concepto que de los elementos tuvo, pero las ciencias experimentales no han de admitir otros elementos que los que pueda ver, oler o gustar". Según esto, la ciencia sólo acepta lo que le entra por ojos, narices y boca. Lo demás, para los metafísicos.

Así es que habríamos de tachar a Van Helmont de ignorante o por lo menos de estacionario discípulo de las escuelas griegas, porque nos dice que si artificialmente cabe convertir una porción de tierra en agua, no es posible que esta alteración la produzca la naturaleza por sí sola, pues los elementos permanecen siempre los mismos. Si Van Helmont y su maestro Paracelso vivieron y murieron en la bendita ignorancia de los futuros sesenta y tres cuerpos simples ¿qué podían hacer, según los científicos del día, sino ocuparse en *metafísicas* y quiméricas especulaciones expuestas en la ininteligible jerigonza de los alquimistas medioevales? Sin embargo, en su ya citada obra, dice Cooke: "El estudio de la química ha revelado cierto número de substancias

[356] Nueva Química, pág. 113.

de las cuales no ha sido posible extraer otras distintas por ninguno de los procedimientos conocidos. Así, por ejemplo, del hierro no es posible extraer más que hierro… Hace tres cuartos de siglo, no distinguían los químicos entre cuerpos simples y compuestos, porque los antiguos alquimistas no concibieron que *el peso es la medida de la materia* y que la materia no se aniquila en peso; antes al contrario, creyeron que en las manipulaciones se transformaban misteriosamente las substancias… En suma, se desperdiciaron algunos siglos en vanas tentativas para transmutar en oro los metales viles"[357].

No tenemos ni de mucho la seguridad de que el profesor Cooke, tan versado en química, lo esté igualmente en cuanto supieron o dejaron de saber los alquimistas, ni tampoco en la interpretación de su simbólico lenguaje. Pero comparemos sus anteriores opiniones con las de Paracelso y Van Helmont, según las traducciones inglesas de sus obras. Dicen que el *alkahest* determina los efectos siguientes:

1.º "Nunca extingue las propiedades virtuales de los cuerpos disueltos en él. Por ejemplo, si el oro se trata por el *alkahest* se forma una sal de oro; si el antimonio, una *sal* de antimonio, etc.

2.º El cuerpo manipulado se descompone en tres principios: sal, azufre y mercurio; pero después queda únicamente la sal volátil, que por último se convierte en agua clara.

3.º Todo cuanto el *alkahes* disuelve se puede convertir en volátil mediante el baño de arena, y si luego de volatilizado el disolvente se destila la substancia soluble, se convierte en agua pura é insípida, pero siempre en *cantidad equivalente al original".*

Por su parte dice Van Helmont que el *alkahest* disuelve los cuerpos más rebeldes en substancias de las mismas propiedades virtuales *de peso idéntico al cuerpo disuelto*… Destilada repetidas veces esta sal (á que Paracelso llama *sal circulatum),* pierde toda su fijeza y acaba por convertirse en un agua insípida *en cantidad equivalente a* la sal de que procede"[358].

Las alegaciones de Cooke en pro de la ciencia moderna con respecto a la fraseología hermética, podrían aplicarse también a la escritura hierática de Egipto que encubre todo cuanto convenía encubrir. Si Cooke trata de aprovecharse de la labor del pasado, ha de recurrir a la criptografía y no a la sátira. Paracelso, como los demás alquimistas, exprimía su ingenio en la transposición literal y abreviatura de palabras y frases; y así, por ejemplo, escribe *sufratur* en vez de tártaro, *mutrin* por nitro, etcétera. Son innumerables las interpretaciones supuestas de la palabra *alkahest.* Unos creen que era una doble sal de tártaro; otros le daban la misma significación que a la voz alemana

---

[357] Cooke. – *Nueva Química*, 106, 110–111.

[358] Wenderfelt. – *De los secretos de los adeptos.* – Filaleteo, Van Helmont y Paracelso.

antigua *algeist,* equivalente a *espirituoso.* Paracelso llama a la sal "centro de agua donde han de morir los metales"; de lo que algunos, como por ejemplo, Glauber, infieren que el *alkahest* era espíritu de sal. Se necesita mucha osadía para decir que Paracelso y sus colegas ignoraban la distinción entre los cuerpos simples y sus combinaciones, pues aunque no les diesen los mismos nombres que hoy les dan los químicos, obtenían resultados imposibles de lograr sin conocer la índole de las substancias manipuladas. Nada importa el nombre que Paracelso dio al gas resultante de la reacción del hierro y el ácido sulfúrico, si las autoridades en química reconocen que descubrió el hidrógeno[359]. Su mérito es el mismo. Y nada tampoco importa que Van Helmont encubriera bajo la denominación de "virtudes seminales" las propiedades inherentes a los elementos químicos que, al combinarse, las modifican temporáneamente sin perderlas en modo alguno, pues no por su enigmático lenguaje dejó de ser el químico más ilustre de su época en parigualdad de mérito con los del día. Afirmaba Van Helmont, que el *aurum potábile* podía obtenerse por medio del *alkahest,* salificando el oro de suerte que sin perder sus "virtudes seminales" se disolviera en el agua. Cuando los químicos sepan, no lo que Van Helmont decía que entendía, ni lo que se supone entendía, sino lo que en realidad entendía por *aurum potabile,* alkahest, sal y virtudes seminales, podrán definir su actitud respecto a los filósofos del fuego y a los antiguos maestros cuyas místicas enseñanzas respetuosamente siguieron. De todos modos, este lenguaje de Van Helmont, aun tomado en sentido exotérico, demuestra que conocía la solubilidad de las combinaciones metálicas en el agua, en lo que basa Hunt su hipótesis acerca de los yacimientos metalíferos. A este propósito dice en una de sus conferencias: "Los alquimistas buscaron en vano el disolvente universal; pero nosotros sabemos hoy que el agua, a favor de la presión y la temperatura, y en presencia de ciertos cuerpos muy abundantes en la naturaleza, tales como el ácido carbónico y los carbonatos y sulfatos alcalinos, disuelve las substancias al parecer más insolubles y obra como el alkahest o menstruo universal durante tanto tiempo buscado"[360].

Esto tiene todo el aire de una paráfrasis de Van Helmont o Paracelso, pues ambos alquimistas conocían las propiedades disolventes del agua tan bien como los químicos modernos, y ni siquiera velaban esotéricamente este conocimiento, de lo cual se infiere que no era el agua el disolvente universal a que aludían. Entre las muchas obras de comentario y crítica que sobre la alquimia se conservan todavía, hay una de tonos satíricos de la que entresacamos el siguiente pasaje: "Podrá darnos alguna luz sobre esto la observación de que, para Van Helmont y Paracelso, el agua era el instrumento universal de la química y la filosofía natural, y diputaban el fuego por causa eficiente de todas las cosas. Creían, además, que la tierra entrañaba virtudes seminales, y que el

---

[359] Youmans, *Química*, 169. – Kemshead, *Química inorgánica.*

[360] *Orígen de los yacimientos metalíferos.*

agua, al disolver y fermentar las substancias térreas, como sucede con el fuego, produce todas las cosas y origina los reinos mineral, vegetal y animal"[361].

Los alquimistas conocían por completo la universal potencia disolvente del agua, y en las obras de Paracelso, Van Helmont, Filaleteo, Pantatem, Taquenio y Boyle, se establece explícitamente la propiedad por excelencia del alkahest, esta es, la de "disolver y transmutar todos los cuerpos sublunares *excepto el agua.*" No cabe suponer, por lo tanto, que hombre de tan irreprensible conducta y de tan vasto saber como Van Helmont, asegurara formalmente poseer el secreto si únicamente hubiese sido mera presunción de poseerlo[362].

Acerca de la validez del testimonio humano, que podremos aplicar a este caso dijo HuxIey en una conferencia dada no ha mucho en Nashville: "Forzosamente ha de estar nuestra conducta más o menos influída por las opiniones que nos sugiere el estudio de la historia. Una de estas influencias es el testimonio humano en sus varias modalidades de ocular, tradicional y escrito… Al leer, por ejemplo, los *Comentarios* de Julio César, daremos crédito a los relatos de sus batallas contra los galos y aceptaremos su testimonio en este punto, pues comprendemos que César no hubiera hecho tales afirmaciones de no ser ciertas". En consecuencia, es lógico aplicar esta regla de investigación a los casos en que César habla de los augures, adivinos y otros fenómenos psíquicos. Lo mismo debemos decir de Herodoto y demás historiadores antiguos, pues si no fueron espontáneamente verídicos, tampoco se les ha de creer en asuntos meramente profanos, porque *falsus in uno, falsus in omnibus.* Y por igual razón, si se les da crédito en los asuntos mundanos, también se lo hemos de dar en los espirituales, pues, según dice Huxley, la naturaleza humana fué en la antigüedad lo mismo que es ahora. Los hombres de honrado talento no mienten por el placer de engañar o pervertir a la posteridad.

Una vez determinadas por Huxley las probabilidades de error en el testimonio humano, ya no hay necesidad de discutir la cuestión con respecto a Van Helmont y a su ilustre y calumniado maestro Paracelso. Su comentador Deleuze dice que las obras de Van Helmont tienen mucho de mítico é ilusorio (acaso por que no las entendió debidamente), pero en cambio reconoce que fué hombre de vasta cultura, penetrante juicio y descubridor de grandes verdades, pues dió por vez primera el nombre de *gases a* los flúidos aeriformes y dejó abierto el camino para las futuras aplicaciones del acero[363]. No es posible, por lo tanto, suponer que los experimentadores alquimistas desconociesen los cuerpos simples desde el momento en que combinaban, recombinaban, disolvían y descomponían los ingredientes químicos tal como hoy día se sigue efectuando en los laboratorios. Si tan sólo hubiesen tenido fama de teóricos,

[361] Bumpus. – *La alquimia y el alkahest.* Ed. 1820.

[362] Véanse las obras de Boyle.

[363] Deleuze. – *Opiniones de Van Helmont, sobre la causa, naturaleza y efectos del magnetismo.*

nada valdrían nuestros argumentos; pero como ni sus mismos enemigos se atreven a negar los descubrimientos que hicieron, todavía cupiera emplear más enérgico lenguaje si no lo impidiera la imparcialidad. Y como quiera que las facultades morales é intelectuales del hombre han de aquilatarse psicológicamente, puesto que creemos en la elevada naturaleza espiritual, no vacilamos en afirmar que si Van Helmont aseguró formalmente que poseía el secreto del *alkahest,* nadie tiene derecho a tacharle de farsante ni de visionario sin saber cual era su verdadero concepto del *menstruo universal.*

Habla Wallace[364] de la "obstinación de los hechos" y, por lo tanto, en los hechos hemos de apoyarnos para exponer los "milagros" de ayer y los de hoy. Los autores de *El Universo invisible* han demostrado científicamente la posibilidad de ciertos fenómenos psíquicos mediante la acción del éter universal; y Wallace por su parte ha refutado con estricta lógica las objeciones que Hume, entre otros, levantó contra la posibilidad de dichos fenómenos[365]. Crookes ofreció a los escépticos sus experiencias continuadas durante tres años, hasta que se convenció de la verdad por sí mismo. Flammarión, el popular astrónomo francés, añade su testimonio al de Wallace, Crookes y Hare, y corrobora nuestros asertos en el siguiente pasaje:

> "Tengo la firme convicción, basada en personales experiencias, de que no saben de qué hablan cuantos niegan la posibilidad de los fenómenos magnéticos, sonambúlicos, mediumnímicos y otros no explicados todavía por la ciencia, pues todo científico habituado a la observación puede cerciorarse absolutamente de la realidad de dichos fenómenos, con tal de que su mente no esté velada por el prejuicio ni sumida en el engaño demasiado frecuenté de que *conocemos todas las leyes de la naturaleza* y es imposible transponer los límites actualmente establecidos".

Crookes nos refiere la explicación[366] que en los siguientes términos da Sergeant Cox de la fuerza psíquica: "Puesto que el organismo corporal está animado interiormente por una fuerza supeditada o no al espíritu, alma, mente o lo que quiera que constituya el ser individual llamado hombre, es lógico inferir que todo movimiento externo al cuerpo tiene por causa *la misma fuerza* que produce el movimiento en el interior del cuerpo. Y así como esta fuerza externa suele estar dirigida por la inteligencia, también esta inteligencia dirige la fuerza interna".

Para mejor comprender el pensamiento de Sergeant Cox en esta hipótesis, la dividiremos en cuatro proposiciones:

1º La fuerza productora de los fenómenos psíquicos procede del médium y por consiguiente dimana de él.

---

[364] *Los milagros y el espiritismo moderno.* Prefacio.

[365] Wallace. – *Refutación de los argumentos de Hume, Lecky y otros, contra los milagros.*

[366] *Notas de investigación de los fenómenos llamados espiritistas,* 101.

2º La inteligencia que dirige la fuerza productora del fenómeno podría ser distinta de la inteligencia del médium; pero como no hay prueba suficiente de ello, es muy probable que la inteligencia directora sea la del médium[367].

3º La fuerza que mueve la mesa es idéntica a la que mueve el cuerpo del médium.

4º Los espíritus de los difuntos para nada intervienen en la producción de los fenómenos psíquicos.

Antes de examinar estas opiniones de Cox conviene advertir que nos vemos situados entre dos opuestas parcialidades: los que creen y los que no creen en la intervención de los espíritus de los difuntos, pues mientras la masa vulgar de espiritistas atribuye con enormes tragaderas a los espíritus desencamados el más leve ruido y el más ligero movimiento que notan en las sesiones del centro, los escépticos niegan toda manifestación de los espíritus, por la sencilla razón de que no creen en ellos. Así, pues, ni unos ni otros están dispuestos a estudiar el asunto con la serenidad que su importancia requiere.

Ciertamente, la fuerza productora de los movimientos internos es la misma que la productora de los movimientos externos; pero la identidad no pasa de aquí, como se advierte considerando, por ejemplo, que el principio vital que anima el cuerpo de Cox es el mismo que anima el del médium, y sin embargo, ni éste es aquél ni aquél es éste.

Esta fuerza que lo mismo da llamar psíquica como quieren Cox y Crookes, o darle cualquier otro nombre, no procede del médium, sino que se actualiza por mediación de él. Es imposible que dimane del médium en los casos de levitación sin contacto y demás fenómenos que denotan actuación inteligente. Saben los espiritistas que cuanto más pasivo es el médium más activas son las manifestaciones, y por lo tanto no cabe negar la intervención de una deliberada y consciente voluntad en los casos en que la fuerza psíquica levanta del suelo masas inertes, las mueve en determinadas direcciones por el aire y las vuelve a dejar en el suelo, evitando todo obstáculo. Esta fuerza no puede dimanar del médium, que permanece en pasividad durante el experimento, pues si dimanase de él, sería éste un mago consciente y no pasivo instrumento de invisibles entidades inteligentes. Tan absurdo es suponer que la fuerza psíquica dimana del médium, como que el vapor encerrado en una marmita fuese capaz de levantarla, a menos de estallar, o que la electricidad acumulada en una botella de Leyden, la moviese de sitio. Todo indica que la fuerza operante sobre los objetos externos en presencia del médium tiene su fuente más allá de él. Podemos compararla con el hidrógeno que vence la inercia del aerostato. El gas acumulado en el interior del globo, por la inteligente dirección del aeronauta, llega a prevalecer sobre la gravedad de su masa. Análogamente produce la fuerza psíquica los fenómenos de levitación, y aunque de naturaleza idéntica a la materia astral del médium, no es su misma materia astral,

[367] A esto le llama Sergeant Cox “conclusión lógica”.

porque durante el experimento permanece aquél en sopor cataléptico, si tiene verdaderas facultades mediumnímicas. Por lo tanto, el primer extremo de la hipótesis de Cox es erróneo, porque se funda en un falso principio de mecánica, al paso que nuestros argumentos se apoyan en la observación de los fenómenos levitantes.

Para admitir la hipótesis de la fuerza psíquica, es preciso que explique satisfactoriamente los movimientos y levitaciones de los cuerpos sólidos.

Acerca del segundo extremo, negamos que no haya prueba suficiente de que la fuerza productora de los fenómenos esté dirigida algunas veces por inteligencia distinta de la del médium. Al contrario, hay multitud de testimonios comprobatorios de que en la mayoría de los casos ninguna influencia tiene la mente del médium en los fenómenos, por lo que no puede pasar sin reparo la temeraria afirmación de Cox en este punto.

También nos parece ilógico el tercer extremo; porque si el cuerpo del médium no genera, sino que tan sólo transmite la fuerza productora de los fenómenos dirigida por su espíritu, alma o mente (cuestión que no han dilucidado ni mucho menos las investigaciones de Cox), no hay razón para inferir que este mismo espíritu, alma o mente deba también levantar muebles y golpear el alfabeto. Del cuarto extremo, o sea que si los espíritus de los difuntos intervienen o no en las manifestaciones psíquicas, trataremos más extensamente en otro capítulo.

Los filósofos iniciados en los Misterios decían que el alma astral es el incoercible duplicado del cuerpo denso, el *periespíritu* de los espiritistas kardecianos, o la forma–espíritu de los no reencarnacionistas. Sobre este duplicado o molde interno, se cierne el espíritu divino que lo ilumina como el sol a la tierra y fecunda el germen de las cualidades latentes. El cuerpo astral está contenido en el físico, como el éter en una botella o el magnetismo en el imán. Es un mecanismo alimentado por el depósito universal de fuerza y sujeto a las mismas leyes que rigen todos los fenómenos de la naturaleza. Su inherente actividad produce las incesantes operaciones biológicas del organismo carnal, y cuando éste se desgasta por el uso, sale de él, porque es prisionero y no voluntario morador del cuerpo físico. La universal fuerza externa le atrae tan poderosamente que al gastarse la cáscara escapa de ella. Cuanto más robusto, denso y grosero es el cuerpo físico, más largo es el encarcelamiento del astral; pero algunos nacen con organización a propósito para abrir la puerta que comunica con la luz astral, de modo que su alma se asome al mundo astral y se restituya después a su encierro. Los consciente y voluntariamente capaces de ello, se llaman magos, hierofantes, videntes, profetas y adeptos, y los que sin voluntad ni conciencia propia tienen predisposición a actuar en el mundo astral por la influencia de un hipnotizador o de una entidad espírita se llaman medianeros o médiums. Cuando el cuerpo astral se libra de obstáculos, queda tan poderosamente atraído por la imánica fuerza universal, que a veces levanta consigo el estuche de carne y lo mantiene suspendido en el aire hasta que recobra su acción la gravedad de la materia.

Todo movimiento, sea de un cuerpo vivo o de un cuerpo inorgánico, requiere tres condiciones: voluntad, fuerza y materia, que pueden transmutarse de conformidad con el principio de la conservación de la energía dirigida, o mejor dicho, cobijada por la Mente divina de que tan insidiosamente se empeñan los escépticos en prescindir, pero sin cuya presidencia no se moverían los gusanillos en la tierra ni al beso de la brisa las hojas del árbol. Los científicos llaman leyes cósmicas a las modalidades de energía y de materia y las consideran inmutables é invariables en su acción; pero más allá de estas leyes hemos de inquirir la causa inteligente que al establecer el régimen infundió en ellas su conciencia. No es posible concebir una causa primera, una voluntad universal, Dios en suma, si no le atribuimos inteligencia.

Ahora bien: ¿cómo se manifestaría la voluntad a un tiempo consciente o inconscientemente, es decir, con inteligencia y sin ella? La mente no puede estar separada de la conciencia, entendiendo por tal, no la conciencia física, sino una cualidad del principio senciente del alma, que puede actuar aun cuando el cuerpo físico esté dormido o paralizado. Si, por ejemplo, levantamos maquinalmente el brazo, creemos que el movimiento es inconsciente porque los sentidos corporales no aprecian el intervalo entre el propósito y la ejecución. Sin embargo, la vigilante voluntad generó fuerza y puso el brazo en movimiento. Nada hay, ni siquiera en los más vulgares fenómenos mediumnímicos, que confirme la hipótesis de Cox; pues si la inteligencia denotada por la fuerza no prueba que lo sea de un espíritu desencarnado, menos todavía podrá serlo del inconsciente médium. Crookes refiere algunos casos en que la inteligencia manifestada en el fenómeno, no podía atribuirse a ninguno de los circunstantes. Por ejemplo, cuando después de tapar con el dedo una palabra impresa que ni él mismo sabía cuál era, apareció correctamente escrita en la tablilla[368]. Si negamos la intervención de una entidad espírita, no cabe explicar este caso de otro modo que por clarividencia; pero como los científicos niegan esta facultad, han de verse cogidos en el otro término del dilema, so pena de admitir la clarividencia, según la entienden los cabalistas, a no ser que prefieran entercarse en el hasta hoy vano empeño de forjar una hipótesis que explique satisfactoriamente el fenómeno. Pero aun admitiendo que la palabra en cuestión hubiese sido leída por clarividencia, ¿cómo explicar las comunicaciones mediumnímicas de tan adivinatorio carácter? ¿Qué hipótesis esclarece el misterio de las facultades proféticas del médium que vaticina sucesos ignorados de él y de cuantos le escuchan? Verdaderamente habrá de recomenzar Cox sus investigaciones.

Según ya dijimos, la fuerza psíquica de los modernos, de naturaleza idéntica al flúido terrestre o sidéreo de los antiguos oráculos, es en sí una fuerza ciega. Cuando, por ejemplo, dos interlocutores sostienen un diálogo, su voz se transmite por las vibraciones de la misma masa de aire y en esto se conoce que están hablando. De la

[368] Crookes. – *Investigaciones*, pág.96.

propia suerte, cuando el médium y la entidad espírita se comunican a través de un mismo agente, inferimos que hay allí una inteligencia en actuación, pues así como el aire es necesario para la transmisión del sonido, así también se necesitan corrientes etéreas o de luz astral, inteligentemente dirigidas, para la producción de los fenómenos psíquicos. En el vacío pneumático no podrían los interlocutores comunicarse sus pensamientos de viva voz, porque allí no hay aire que vibre. Análogamente tampoco podrá producirse manifestación alguna cuando un experto y potente hipnotizador haga el vacío psíquico en torno del médium, a no ser que otra inteligente voluntad, más poderosa todavía, venza la inercia astral establecida por el hipnotizador. Los antiguos acertaron a distinguir entre la actuación ciega y la actuación inteligente de una misma fuerza.

Plutarco, sacerdote de Apolo, insinúa la dual modalidad del flúido oracular (gas subterráneo mezclado con substancias intoxicantes de propiedades magnéticas), en el siguiente apóstrofe: "¿Quién eres tú? Sin que Dios te hubiese creado y puesto en vigor; sin el espíritu que por orden de Dios te rige y gobierna, serías impotente. Nada podrías hacer porque por ti mismo eres vano soplo"[369]. Así también, sin la inteligencia dominante fuera vano soplo la fuerza psíquica.

Afirma Aristóteles, que las emanaciones astrales del interior de la tierra son *causa suficiente* para vivificar por intususcepción plantas y animales. A este mismo propósito, movido Cicerón de justa cólera contra los escépticos de su tiempo, les redarguye diciendo: "Hay algo más divino que las exhalaciones de la tierra que conmueven el alma humana hasta el punto de consentirle la predicción del porvenir. ¿Podrá la mano del tiempo desvanecer tal virtud? ¿Creéis que os hablo de algún vino exquisito o de algún manjar sabroso"?[370] No creemos que los modernos investigadores presuman de más sabios que Cicerón y aseguren que se ha desvanecido la fuerza eterna y agotado las fuentes de la profecía.

Según parece, los profetas de la antigüedad explayaban su inspirada sensibilidad por el directo efluvio de la emanación astral, o bien por una especie de flujo húmedo que surgía de la tierra, con el que se daba a entender la materia astral de que en esta luz forman las almas su temporánea envoltura. El mismo concepto expresa Cornelio Agripa cuando dice que los fantasmas son de naturaleza vaporosa y húmeda: *"in spirito turbido humidoque"*[371].

Hay dos linajes de profecía: la consciente, propia de los magos, capaces de ver en la luz astral, y la inconsciente, debida a la inspiración. A esta segunda clase pertenecen los profetas bíblicos y los mediumnímicos. Sobre el particular dice Platón: "Ningún hombre

---

[369] Lucano. – *Farsalia*, libro V.

[370] *De la Adivinación*, I.

[371] *Filosofía oculta,* 355.

tiene inspiración profética cuando está en sus propios sentidos, sino que es necesario para ello que su mente se halle poseída por algún espíritu… Hay quien presume de profeta y no es más que repetidor, por lo que de ningún modo se le debe llamar profeta, sino transmisor de visiones y profecías”[372].

Insistiendo en sus argumentos, dice Cox: “Los más ardientes espiritistas admiten la fuerza psíquica bajo la impropia denominación de magnetismo (con el cual no tiene analogía alguna), porque afirman que los espíritus de los difuntos sólo pueden realizar los actos que se atribuyen valiéndose del magnetismo (fuerza psíquica) del médium”[373].

Con otra mala inteligencia tropezamos aquí al dar nombres distintos a la misma energía. Si hasta el siglo XVIII no formaron cuerpo de ciencia los estudios sobre la electricidad, ¿diremos que esta energía no existió antes de entonces, cuando bien pudiera demostrarse que ya la conocieron los hebreos? Pues de la propia suerte han sido siempre idénticos el magnetismo y la electricidad, por más que las ciencias experimentales no advirtieran esta identidad hasta el año 1819. Si una barra de acero puede imanarse por la acción de una corriente eléctrica, cabe admitir también que en las sesiones espiritistas es él médium el *conductor* de una corriente, de modo que la inteligencia directora de la fuerza psíquica determina flujos eléctricos en las ondas etéreas, y valiéndose del médium, como conductor, actualiza el magnetismo latente en la atmósfera del salón de sesiones. La palabra *magnetismo* es tan propia como otra cualquiera, mientras la ciencia descubre algo más que un agente hipotético dotado de propiedades problemáticas.

A este propósito dice Cox: “La diferencia entre los partidarios de la fuerza psíquica y los espiritistas, consiste en que para nosotros no hay todavía suficiente prueba de un agente director distinto de la inteligencia del médium, ni hay tampoco prueba alguna de la actuación de los espíritus de los muertos”[374].

De completo acuerdo estamos con Cox en cuanto a la falta de pruebas de la intervención de los espíritus de los muertos, pero en lo que al otro extremo atañe no deja de ser extraña la negativa desde el momento en que abogan por la contraria un caudal de hechos, según se infiere de las siguientes palabras de Crookes: “En mis notas hallo tal superabundancia de pruebas y un sin fin de testimonios tan aplastantes, que podría llenar con ellos varios números de la revista trimestral”[375].

Pero veamos alguna de esas pruebas abrumadoras:

1.º El movimiento de cuerpos muy pesados, sin contacto ni esfuerzo mecánico.

---

[372] Timeo. – II, 563.

[373] Crookes. – *Investigaciones*, 101.

[374] Crookes. – *Investigaciones*, 101.

[375] Crookes. – *Investigaciones*, 83.

2.º La percusión y otros sonidos.

3.º Alteración del peso de los cuerpos.

4.º Movimiento de los cuerpos pesados a distancia del médium.

5.º Levitación de muebles sin contacto.

6.º Levitación de personas[376].

7.º Apariciones luminosas[377].

8.º Aparición de manos luminosas o visibles a la luz astral.

9.º Escritura directa por manos luminosas, aisladas y movidas inteligentemente.

10.º Apariciones y figuras espectrales[378].

Todos estos fenómenos presenció y comprobó Crookes en su propia casa, con la suficiente escrupulosidad de observación para dar cuenta de ellos a la Sociedad Real de Londres, sin que el resultado correspondiera a sus convicciones, según confiesa en la citada obra.

Además de los fenómenos enumerados, refiere Crookes otros especiales en que le *parece* advertir la intervención de una *inteligencia externa*.

Dice a este propósito: "He visto a la médium, señorita Fox, dar una comunicación escrita y simultáneamente otra por golpes alfabéticos, mientras conversaba con un tercero sobre asuntos del todo distintos de los anteriores… En otra sesión en que el médium era Home, estando la sala a toda luz, atravesó por el aire una regla de escritorio que se vino hacia mí derecha para darme una comunicación. Iba yo

[376] A este propósito, decía en 1854 el eminente físico Foucault, miembro del Instituto y adversario de Gasparín : "Me horrorizaría si alguna vez pudiera mover ni una brizna de paja por la sola acción de mi voluntad". Ciertamente son pesimistas estas palabras. Por la misma época escribía el astrónomo Babinet en un artículo de la *Revista de Ambos Mundos*: "La levitación de un cuerpo sin contacto es tan imposible como el movimiento continuo, pues si tal sucediera se desquiciaría el mundo". Afortunadamente no hay indicio alguno de tan espantoso cataclismo, a pesar de que la levitación es un fenómeno de incontrovertible realidad.

[377] Sobre esta particular, dice Crookes en su ya referida obra: "En rigurosas condiciones de observación, he visto un cuerpo luminoso del tamaño y forma de un huevo de pava, que después de flotar silenciosamente por la habitación hasta una altura donde nadie podía llegar, ni aún alargando el brazo de puntillas, fue cayendo suavemente al suelo. Duró el fenómeno más de diez minutos y antes de desvanecerse golpeó tres veces la mesa, con ruido semejante al de un cuerpo duro". Parece que este ovoide era de la misma índole del meteoro de Babinet, citado entre otros fenómenos naturales en las obras de Arago.

[378] Cita Crookes un caso de éstos en que la forma espectral apareció en un ángulo de la estancia y dio vueltas por toda ella tocando un acordeón que había cogido al paso. Entretanto estuvo el médium Home a la vista de los circunstantes.

pronunciando una tras otra las letras del alfabeto y al llegar a la necesaria para componer la palabra, me golpeaba la regla en la mano sin que el médium pudiera moverla, pues se hallaba a bastante distancia. Entonces pregunté si la misma regla podría golpearme la mano para dar la comunicación según el alfabeto Morse, y en efecto, así lo hizo, con la particularidad de que nadie había allí que conociese el alfabeto Morse y aun yo no lo dominaba por completo. Esto me convenció de que forzosamente daba la comunicación un experto manipulador del aparato Morse, quienquiera que fuese… Poco después, en mi propio aposento y a plena luz, manifesté el deseo de que la misma regla diese otra comunicación. Había sobre la mesa un lápiz, una regla de madera y varias hojas de papel. De pronto, se mueve el lápiz a saltos inseguros hacia el papel y cae sobre éste. Nuevamente vuelve a levantarse y a caer por tres veces, hasta que la regla de madera se levantó unos cuantos centímetros sobre la mesa y se movió hacia el lápiz, que entonces se levantó de nuevo y advertí que regla y lápiz en recíproco apoyo se esforzaban en escribir sobre el papel sin conseguirlo; pero tras dos infructuosas tentativas, observé que la regla regresaba a su sitio y el lápiz caía sobre la mesa. Acto continuo recibí una comunicación alfabética que decía: “Hemos intentado hacer lo que pedíais, pero se nos han agotado las fuerzas”. El plural *hemos* se refería evidentemente a los aliados esfuerzos inteligentes del lápiz y la regla, de lo que se infiere la intervención de *dos* fuerzas psíquicas.”

En este caso, nada denota que el agente director fuese la inteligencia del médium, antes al contrario, hay indicios de que espíritus de difuntos, o entidades inteligentes é invisibles, movían la regla y el lápiz. Ciertamente que tan impropio es llamar magnetismo como fuerza psíquica a la causa de este fenómeno, pero es más aplicable la primera denominación, porque los fenómenos del magnetismo o hipnotismo trascendental son de la misma índole que los espíritas. El *círculo encantado* del barón Du Potet y de Regazzoni está tan en pugna con la fisiología, como la levitación de objetos sin contacto pueda estarlo con la mecánica. En el círculo encantado, los experimentadores, entre los cuales había algunos académicos, no pudieron atravesar la curva trazada con yeso en el pavimento por el barón Du Potet; y un general ruso, famoso por su escepticismo, que quiso atravesarla, cayó presa de violentas convulsiones. Este fenómeno es análogo al de la mesa de poco peso que no pueden levantar varios hombres fornidos, y antes la rompen con sus esfuerzos. En ambos casos, el flúido magnético o fuerza psíquica de Cox opone resistencia a la incursión en el círculo limitado por la circunferencia de yeso, y comunica extraordinaria pesantez a la endeble mesa. Por lo tanto, de la analogía de efectos se infiere lógicamente la analogía de causas, sin que en buen juicio valga objeción alguna contra ello, pues aunque se negaran los hechos, subsistiría la verdad del principio. Tiempo hubo en que todas las corporaciones académicas de la cristiandad negaban la existencia de las montañas lunares, y de loco tacharan los académicos a quien se hubiese atrevido a decir que la

vida alienta con mayor profusión en las profundidades oceánicas que en las alturas atmosféricas.

El piadoso abate Almignana solía decir en presencia de las mesas semovientes: "si el diablo afirma, de seguro miente". Tal vez podamos parafrasear el aforismo diciendo: "si los científicos niegan, verdad segura".

CAPÍTULO VII

¡Oh Tú, Causa primera, la menos comprendida!

POPE

¿Por qué esta placentera esperanza, este hondo deseo, este ardiente anhelo de inmortalidad? ¿ Por qué el secreto temor, el íntimo espanto de caer en la nada? ¿ Por qué se encoge el alma en sí misma y tiembla a la sola idea de aniquilación? Es la divinidad que en nuestro interior se agita. Es el cielo que señala nuestro porvenir y revela la inmortalidad del hombre. ¡Oh eternidad! Encantadora y pavorosa idea.

ADDISON

Hay otro mundo mejor.

KOTZEBUE.– *El Extranjero*

Después de conceder tanto espacio a las encontradas opiniones de los científicos respecto de los fenómenos psíquicos, justo es atender a las teorías de los alquimistas medioevales, quienes, salvo raras excepciones, profesaban en este punto las mismas doctrinas que los antiguos filósofos, resumidas en la alquimia, la cábala caldeo–hebraica, los sistemas esotéricos de los magos y de los pitagóricos, y posteriormente las enseñanzas de los neoplatónicos y teurgos. Más adelante examinaremos las ideas de los gimnósofos indos y de los astrólogos caldeos, sin descuidarnos de poner de manifiesto las capitales verdades subyacentes en las mal comprendidas religiones de la antigüedad. Los cuatro elementos de nuestros antepasados: tierra, aire, agua y fuego, significan para el estudiante de alquimia y magia o psicología antigua, algo que jamás sospecharon los filósofos modernos. Conviene advertir que la llamada *nigromancia o espiritismo*, en cuanto atañe a la evocación de los difuntos, es práctica universalmente difundida en todos los países desde la más remota antigüedad.

Enrique More, catedrático de la universidad de Cambridge, que no era alquimista ni mago ni astrólogo, sino sencillamente un insigne filósofo, gozaba de universal aprecio por su profundo saber y creía firmemente en sortilegios y hechicerías. Sus ingeniosos argumentos en pro de la inmortalidad del espíritu humano, se fundan en la filosofía pitagórica aceptada por Cardan, Van Helmont y otros místicos. Según sus enseñanzas, todas las cosas proceden del increado espíritu a que llamamos Dios, la substancia suprema, por *emanación causativa*. Dios es la substancia primaria y todo lo demás la secundaria. Dios emanó la materia dotándola de poder semoviente, por lo que si bien es Dios la causa de la materia y del movimiento, podemos decir, sin embargo, que la materia se mueve por sí misma. El espíritu de Dios es, por lo tanto, una substancia indiscernible que puede moverse, infundirse, contraerse, dilatarse y también penetrar, mover y alterar la materia, su tercera emanación[379]. Creía More en las apariciones y afirmaba resueltamente la individualidad del alma humana cuya memoria: y conciencia persisten en la vida futura. Dice que “el cuerpo astral consta, al dejar el físico, de dos distintos vehículos: el aéreo y el etéreo. Mientras el espíritu desencarnado actúa en el vehículo aéreo está sujeto al hado, esto es, a la culpa y a la tentación, pues le queda el apego a los intereses terrenos y no es completamente puro hasta que desecha este vehículo, propio de las bajas esferas, y se eterifica, pues sólo entonces se convence de su inmortalidad, porque un cuerpo tan transparentemente luminoso como el etéreo, no proyecta sombra alguna. Cuando el alma llega a esta condición se substrae al hado y a la muerte. Esta trascendente condición de divina pureza era el único anhelo de los pitagóricos”.

A los escépticos de su tiempo los trata More con despectivo rigor. De Scot, Adie y Webster, dice que son “santos de nuevo cuño y fiscales jurados de las brujas que contra toda razón, a pesar de los intérpretes y de la misma Escritura, ven en Samuel un bribón redomado.” Y termina diciendo: “¿A quién hemos de creer? ¿A la Escritura o a esos payasos henchidos de orgullosa ignorancia y vanidosa y estúpida incredulidad? Que cada cual juzgue como le parezca”[380].

¿Qué lenguaje hubiera empleado este eminente teólogo contra los escépticos de nuestros días?

Descartes, aunque adorador de la materia, era ardiente partidario de la teoría magnética y hasta cierto punto de la alquimia. Su concepto del universo tenía no poca semejanza con el de otros insignes filósofos. Según él, está lleno el infinito espacio de una materia flúida elemental, única fuente de toda vida, que envuelve a los astros y los mantiene en continuado movimiento. Los vórtices de Descartes entrañan el mismo concepto que las corrientes magnéticas de Mesmer, y sobre esto dice Ennemoser, que

---

[379] More. – *Antídoto*, libro I, cap.4.

[380] Carta a Ganvil. – 25 de Mayo de 1678.

la semejanza entre ambas hipótesis es más notable de lo que presumen quienes no han estudiado cuidadosamente el asunto[381].

El conspicuo filósofo Poiret–Naudé profesó asimismo la teoría magnética y fué uno de sus primeros propagadores[382]. En sus obras está plenamente vindicada la filosofía mágico–teosófica.

El conocido doctor Hufeland dejó escrita una obra sobre magia[383] en que expone la teoría de la atracción magnética entre los hombres, los animales, las plantas y los minerales, corroborando el testimonio de Campanella, Van Helmont y Servio, en lo referente a la simpatía entre las diversas partes de los cuerpos orgánicos e inorgánicos.

Estas mismas ideas declara Tenzel Wirdig en sus obras, con mayor claridad, lógica y vigor que cuantos místicos trataron del mismo asunto. En su famosa obra: *Nueva medicina espiritual,* demuestra que la naturaleza entera está *animada,* fundándose en la magnética atracción universal a que da el nombre de "armonía de los espíritus". Según él, cada cosa atrae a su semejante y propende hacia las de índole simpática con la suya. De las mutuas simpatías y antipatías se origina el continuado movimiento del universo, y la incesante comunión entre cielos y tierra engendra la armonía universal. Todas las cosas viven y mueren por efecto del magnetismo y se influyen recíprocamente a pesar de la distancia, de modo que la fuerza de atracción y repulsión determina el estado normal o morboso de los congéneres[384].

Kepler, el precursor de Newton en el descubrimiento de fundamentales principios científicos, entre ellos el de la gravitación universal[385], aceptaba la enseñanza cabalística de que los espíritus planetarios son entidades inteligentes residentes en los planetas, que están habitados por seres espirituales cuya influencia se deja sentir en los moradores de los planetas más densamente groseros, y en particular de nuestro globo[386]. Pero así como esta hipótesis de las planetarias influencias espirituales quedó suplantada por la de los vórtices del materialista Descartes, algún día prevalecerán sobre esta última las de las corrientes magnéticas inteligentemente dirigidas por el *ánima mundi.*

---

[381] *Historia de la Magia*, II, 272.

[382] *Apología de los personajes falsamente acusados de magia.* – 1679.

[383] *Berlin.* – 1817.

[384] Cuenta Hufeland, que en cierta ocasión le arrancaron a un hombre un trozo de cuero cabelludo cuyo pelo fue encanecido al par del de la cabeza. – Ennemoser. – *Historia de la magia.*

[385] Muy acertadamente atribuía Kepler la atracción universal a la fuerza magnética, no obstante haber llamado a la astrología " hija loca de madre cuerda", aludiendo en lo de madre a la astronomía.

[386] Sería prolijo detenernos en la defensa de la teoría de Kepler sobre la relación entre los cinco cuerpos geométricos regulares y las órbitas de los cinco planetas principales. Aunque Draper se burla de esta teoría, vemos que los descubrimientos modernos van corroborando muchas teorías antiguas y cabe esperar que a todas les llegue el turno de vindicación.

El erudito filósofo italiano Juan Bautista Porta recibió de la crítica el mismo trato que sus colegas, no obstante haber demostrado el ningún fundamento de las imputaciones que de superstición y hechicería se lanzaban contra la magia. Este célebre alquimista dice en su obra: *Magia natural,* que los fenómenos de ocultismo tienen por fundamento el alma del mundo que solidariza todas las cosas. Añade que el espíritu humano es de la esencia de la luz astral, y que como ésta actúa en simpática armonía con la naturaleza toda, nuestros cuerpos sidéreos alcanzan a operar mágicas maravillas con tal de conocer los elementos a propósito. Declara que la piedra filosofal, de cuya posesión se han jactado muchos para asombrar a las gentes, *la encontraron felizmente unos pocos,* é insinúa algo de la significación espiritual de esta piedra.

El monje Kircher, de la escuela mística, expuso en 1654 una completa teoría del magnetismo universal[387], basada en muchos puntos insinuados por Paracelso. Define el magnetismo en oposición al concepto de Gilbert, que considera la tierra como un enorme imán, y arguye en contra, diciendo que si bien toda partícula terrestre y toda fuerza invisible é incoercible son magnéticas, no es ello razón bastante para afirmar que la tierra sea un imán, pues en el universo solo hay un imán, del que procede el magnetismo de cuanto existe. Este imán es, por supuesto, lo que los cabalistas llaman sol espiritual, esto es, Dios. Afirmaba Kircher que el sol, la luna, los planetas y las estrellas son sumamente magnéticos, pero por inducción, por efecto de moverse en el flúido magnético del universo o sea en la luz espiritual. Demuestra, además, la misteriosa simpatía entre los seres de los tres reinos de la naturaleza, con infinidad de ejemplos comprobados, algunos posteriormente, aunque la mayor parte no sólo no lo han sido, sino que se les ha negado posibilidad gracias a la tradicional cautela y equívoca lógica de los científicos. Establece Kircher la distinción entre el magnetismo mineral y el animal o zoomagnetismo, diciendo que excepto en el caso de la piedra imán, todos los minerales han de estar magnetizados por la mayor potencia del magnetismo animal, que a su vez recibe esta virtud de la primera causa creadora. Por ejemplo, una aguja puede quedar magnetizada en la mano de un hombre de recia voluntad, y el ámbar adquiere esta potencia más por el frote de la mano humana que por otro medio cualquiera; y así es que el hombre puede comunicar su propia vida y animar hasta cierto punto los cuerpos inanimados. A esto llaman hechicería los necios. El sol es el cuerpo más magnético de todos[388] y así lo entendieron los filósofos antiguos, pues echaron de ver que las emanaciones del sol atraían todas las cosas que por su influencia reciben el poder de atracción. En prueba de ello cita algunas plantas que denotan mayor atracción hacia el sol y otras hacia la luna. Entre las primeras tenemos la llamada *githymal,* que sigue fielmente al sol aun cuando esté nublado. La flor de acacia abre los pétalos al salir el sol y los cierra a la puesta. Lo mismo hacen el

[387] *Magnes sive de arte magnetici opus tripartitum.* – Colonia, 1654.

[388] En este concepto se anticipó Kircher de dos siglos a la teoría del general Pleasonton.

loto egipcio y el girasol de Europa. La hierbamora ofrece análoga particularidad respecto de la luna.

Como ejemplo de las simpatías y antipatías entre los planetas, cita Kircher la aversión de la vid por las berzas y su amor al olivo; la simpatía del ranúnculo por el lirio y la de la ruda por la higuera. En prueba de antipatía cita los renuevos del granado mexicano, cuyos trozos, al cortarlos, se repelen como movidos de implacable hostilidad. Opina Kircher, por otra parte, que los sentimientos y emociones son mudanzas de la condición magnética del individuo, es decir, que la ira, los celos, la amistad, el amor y el odio provienen de la alteración del ambiente que constituye nuestro campo de emanaciones magnéticas. El amor es uno de los sentimientos que ofrecen tan diversos aspectos como el amor maternal y el del artista por su arte. Tanto el amor como la amistad son manifestaciones de simpatía entre naturalezas congeniantes. Para Kircher, el magnetismo de amor puro es la causa eficiente de todas las cosas creadas. El amor sexual es de naturaleza eléctrica y lo llama *amor febris species,* la fiebre de la especie. Distingue Kircher dos clases de atracción magnética: la simpatía y la fascinación; una santa y natural; otra siniestra y artificiosa. A esta última atribuye el poder del sapo que sólo con abrir la boca atrae a la víctima que se precipita en sus fauces. El ciervo y otros rumiantes menores se ven impelidos irresistiblemente hacia la boa que los fascina, y el pez torpedo entorpece el brazo del pescador con sus descargas.

El provechoso ejercicio de la facultad magnética, requiere tres condiciones:

1.º Nobleza de alma.

2.º Voluntad robusta é imaginación intensa.

3.º Un sujeto más débil que el magnetizador.

El hombre inmune a las tentaciones del mundo y de la carne puede curar magnéticamente enfermedades tenidas por incurables y adquirir clarividencia profética. Hasta aquí las teorías de Kircher.

Un raro libro del siglo XVII nos da curioso ejemplo de la magnética atracción universal en las notas de viaje y relato oficial enviado al rey de Francia por su embajador el señor de Loubère, acerca de lo que había visto en el reino de Siam. Dice así: “En Siam hay dos peces de agua dulce, llamados *pal* y *cadi* que cuando se les pone a cocer en la olla siguen el movimiento de la marea subiendo y bajando en relación con el flujo y reflujo”[389]. Loubère hizo varios experimentos con estos peces, en compañía del ingeniero Vincent, cuyo testimonio da visos de certeza a este fenómeno que algunos tachan de patraña. Precisamente en los países incultos debemos interrogar con mayor solicitud a la naturaleza y observar los efectos de la sutilísima energía a que los antiguos llamaron alma del mundo. Tan sólo en las comarcas de Oriente, en las vastas é

[389] Loubère. – *Notas para un nuevo informe histórico del reino de Siam.* – 1692.

inexploradas regiones asiáticas, encontrará el estudiante de psicología alimento bastante para satisfacer su hambre de verdad; porque la atmósfera de las ciudades populosas está viciadísima por el humo de las fábricas, locomotoras y vapores, aparte de las miasmáticas exhalaciones de vivos y muertos. La naturaleza, lo mismo que el hombre, está influída en su actuación por el medio ambiente, y el poderoso aliento de la correlación de fuerzas puede ser aminorado, impedido y contrarrestado en determinadas ocasiones como si fuese un ser humano. No tan sólo el clima, sino las ocultas influencias que cotidianamente recibe, modifican la naturaleza psicofísica del hombre, de la propia suerte que la constitución de la materia llamada inorgánica, hasta extremos no sospechados por la ciencia. Así resulta, que el *Diario Médico–Quirúrgico* de Londres aconseja a los cirujanos que no lleven lancetas a Calcuta, pues se sabe por personales experiencias que el acero inglés no resiste el clima de la India. Análogamente, un manojo de llaves de fabricación inglesa o norteamericana se enmohecen a las veinticuatro horas de estar en Egipto, al paso que los objetos de acero del país no se oxidan. También se ha visto que un samano de Siberia, que había ejercido notablemente sus facultades psíquicas entre sus compatriotas, las fué perdiendo hasta quedar sin ellas en el nebuloso y humeante Londres. Si el organismo humano no es menos sensible que un pedazo de acero a las influencias climatológicas, ¿á qué dudar del testimonio de los viajeros que vieron al samano realizar cotidianamente asombrosos fenómenos en su país natal, y a qué negar la posibilidad de estos fenómenos tan sólo porque no pudo realizarlos en París y Londres? Wendell demuestra en su conferencia sobre las *Artes perdidas,* que el cambio de clima influye en la naturaleza psíquica del hombre, y que los orientales superan en agudeza de sentidos a los europeos. Dice Wendell que los tintoreros de Lyon, tan excelentes en su arte, sospechan que hay un delicado matiz azul, invisible para los europeos, al paso que en Cachemira elaboran las muchachas chales de 150.000 pesetas con trescientos matices distintos, que los europeos no sólo son incapaces de obtener, sino ni siquiera de distinguir. Si tan enorme es la diferencia entre la agudeza sensoria de ambas razas, bien pudiera ocurrir lo mismo en cuanto a facultades psíquicas. Además, las muchachas de Cachemira ven objetivamente matices que los europeos no pueden ver y, sin embargo, existen; por lo tanto, posible es también que las personas dotadas de la misteriosa facultad de la doble vista vean lo que ven, tan objetivamente como la muchacha de Cachemira, y en vez de ser sus visiones imaginativas quimeras, sean, por el contrario, reflejos de personas y cosas reales impresas en el éter astral, según enseñaron los antiguos filósofos y los *Oráculos Caldeos,* y lo sospecharon algunos investigadores modernos como Babbage, Jevons y los autores de El *Universo Invisible. A* este propósito, dice Paracelso: "Tres espíritus actúan en el hombre y tres mundos lanzan sobre él sus luminosos rayos; pero los tres son imagen y eco de un solo principio productor. El primer espíritu es el de los elementos[390]; el segundo es el de las

[390] Cuerpo terrestre y fuerza vital en su condición grosera.

estrellas[391]; el tercero es el espíritu divino[392].” Como nuestro cuerpo físico contiene “substancia terrestre primaria”, según la denomina Paracelso, podemos convenir con los investigadores científicos, en que las vidas de los organismos vegetal y animal se contraen a un mero proceso físico-químico. Esta opinión corrobora la de los antiguos filósofos y de la Biblia mosaica, según la cual, el cuerpo del hombre es de polvo y en polvo se ha de convertir, aunque el *memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris,* nada tiene que ver con el alma.

El hombre es un mundo minúsculo, un microcosmos en el macrocosmos, de cuya matriz le tienen suspendido sus *tres espíritus;* pero mientras el cuerpo terrestre está en constante armonía con su madre tierra, el cuerpo astral actúa en consonancia con el alma del mundo. Uno está en otra como estotra en aquél, porque el omnipenetrante elemento universal llena el espacio y es el mismo espacio ilimitado é infinito. El tercer espíritu, el espíritu divino, es un rayo infinitesimal, una de las innumerables radiaciones de la Causa suprema, de la Luz espiritual del mundo. Tal es la trinidad de la naturaleza, así orgánica como inorgánica, espiritual y física, que son tres en una. *A* este propósito dice Proclo que la primera mónada es el Dios eterno; la segunda la eternidad, y la tercera el paradigma o modelo del universo. Las tres constituyen la Triada inteligible. Todas las cosas del universo manifestado proceden de esta Triada microcósmica en sí misma y se mueven en majestuosa procesión por los campos de la eternidad en torno del sol espiritual, como los planetas se mueven alrededor del sol visible. La Mónada pitagórica que “reside en soledad y tinieblas” es en este mundo, invisible, impalpable é indemostrable para la ciencia experimental. Sin embargo, el universo entero seguirá gravitando en su torno como desde el origen del tiempo, y a cada segundo que transcurre, el hombre y el átomo se acercan más y más al solemne momento de la eternidad en que la invisible Presencia aparezca clara a su vista espiritual. Cuando hasta la más sutil partícula de materia quede eliminada de la última forma constitutiva del postrer eslabón de la doble cadena que a través de millones de edades, en sucesivas transformaciones, impelió a la entidad evolucionante, y ésta se revista de su primordial esencia idéntica a la del Creador, entonces el impalpable átomo orgánico terminará su jornada, y los hijos de Dios prorrumpirán en exclamaciones de júbilo por la vuelta del peregrino.

Dice Van Helmont: “El hombre es el espejo del universo y su trina naturaleza está relacionada con todas las cosas. Todo ser viviente participa de la voluntad del Creador que dió el primer impulso a lo creado; pero al hombre, por su adicional espiritualidad, le corresponde mayor participación, y de su grado de materialidad depende la conciencia o inconciencia en el ejercicio de sus facultades mágicas aplicadas a los demás seres que con él comparten la potencialidad divina. El consciente y pleno ejercicio de

[391] Cuerpo astral o sidéreo.

[392] Augoeides.

estas facultades le capacita para dominar y guiar el alma universal *(magnale magnum);* pero en la mayor parte de los hombres y en los animales, vegetales y minerales, obra por sí mismo el flúido etéreo que en todo penetra y los mueve con directos impulsos. Las criaturas sublunares, formadas del *magnale magnum,* se mantienen en relación con este flúido. El hombre está aliado con los cielos y posee la virtud celeste que en menor grado poseen asimismo los animales y quizás todas las cosas del universo, pues todas están en relación recíproca ó, lo que es lo mismo, que Dios está en todas las cosas, según acertadamente dijeron los antiguos. Es preciso que la potencia mágica se actualice, lo mismo en el hombre externo que en el interno… Y si llamamos a esto poder mágico, el ignorante se asustará de la denominación, por lo que podremos llamarle poder espiritual *(spirituale robur vocitaveris)*. Este poder mágico late en el hombre interno, pero por la relación de éste con el externo, ha de difundirse a través del hombre completo"[393].

En su extensa descripción de los ritos y costumbres religiosas de los siameses, dice Loubère: "Los talopines o monjes budistas ejercen maravillosa influencia sobre las fieras, y pasan días seguidos en el bosque bajo una toldilla de ramas y hojas de palmera sin encender fuego por la noche, como es costumbre en el país para ahuyentar a las fieras; y las gentes tienen por milagro que nunca perezca devorado ningún talopín, sino que, al contrario, las fieras los respeten y aun se acerquen a lamerles cuando están dormidos, según observaron algunos viajeros desde parajes seguros. Todos los talopines ejercen la magia, y creen que la naturaleza toda está animada, así como también en la existencia de genios tutelares. Pero lo más notable es la opinión tan generalizada entre los siameses, de que tal como es el hombre en esta vida, así ha de ser después de la muerte. Cuando el tártaro que ahora reina en China mandó que todos los chinos se afeitaran el pelo a estilo tártaro, muchos prefirieron la muerte a la obediencia, por no comparecer rasurados ante sus ascendientes en el otro mundo. Sin embargo, me parece incongruente en esta absurda opinión, que los siameses atribuyan al alma figura humana. A pesar de su fama de sabios, hace tres o cuatro mil años que los chinos creen en la piedra filosofal, en cuya busca dilapidó el padre del actual rey de Siam sobre dos millones de libras, y además quieren encontrar el elixir de larga vida que les libre de la muerte. Se apoyan en que, según tradición, hubo quien logró hacer oro y vivió siglos; y aparte de esto, es opinión común entre los chinos siameses y otros orientales que algunos hombres, de quienes cuentan maravillas, hallaron medio de no morir sino de muerte violenta, y se escondieron del mundo para disfrutar de pacífica y libre vida"[394].

No es extraño que los orientales creyeran en el elixir de larga vida, cuando el mismo Descartes tuvo por cierto su descubrimiento y le atribuía virtud para prolongarla hasta

[393] Van Helmont. – Opera omnia. – 1682.

[394] Loubère. – Obra citada.

quinientos años. Los fisiólogos occidentales no han resuelto aún el capital problema de la vida y de la muerte, pues ni siquiera en las causas del sueño concuerdan sus opiniones. ¿Cómo, entonces, se empeñan en poner límites a lo posible y definir lo imposible?

Desde la más remota antigüedad se percataron los filósofos de la singular influencia de la música en algunas enfermedades, sobre todo en las nerviosas. Kircher recomienda la música como medicina, pues en sí mismo experimentó sus curativos efectos valiéndose de un tímpano compuesto de cinco vasos de muy delgado cristal, dispuestos en fila y llenos de dos distintas clases de vino los dos primeros, de aguardiente el tercero, de aceite el cuarto y de agua el quinto, con los que producía cinco notas golpeando los bordes con el dedo. Los sonidos musicales tienen una propiedad de atracción que expele y se lleva en sus vibraciones la dolencia. Veinte siglos atrás ya se valía Asclepiades del sonido de una trompeta para curar la ciática, cuyo dolor cesaba por la vibración de las fibras nerviosas. Análogamente afirma Demócrito, que muchas enfermedades se curan al son de la flauta, y Mesmer empleaba en sus curas magnéticas el tímpano de Kircher.

A este propósito acude espontáneamente a la memoria aquel pasaje de la Biblia, en que David aliviaba al son del arpa la melancolía de Saúl. Dice así:

> Y con esto, cuando por permisión de Dios arrebataba a Saúl el espíritu maligno, tomaba David el arpa y la tañía con su mano, y Saúl se recobraba y se sentía mejor porque el espíritu maligno se iba de él[395].

El famoso filósofo escocés Maxwell se comprometió, ante varias facultades de Medicina, a curar magnéticamente las más pertinaces calenturas, así como la epilepsia, impotencia, locura, lisiadura, hidropesía y otras enfermedades incurables.

Este mismo filósofo apunta en su *Medicina Magnética,* los siguientes aforismos entresacados de las enseñanzas cabalísticas y alquímicas.

"Lo que los hombres llaman alma del mundo es una vida tan ardiente, espiritual, veloz, brillante y etérea, como la misma luz. Es un espíritu vital que está en todas partes y por doquiera es el mismo… La materia no puede actuar si no está vivificada por este espíritu que mantiene todas las cosas en su peculiar condición. En la naturaleza está libre este espíritu de todo obstáculo, y quien sabe infundirlo en un cuerpo a propósito, posee un tesoro superior a toda riqueza.

"Este espíritu es el lazo común entre todos los ámbitos de la tierra y alienta en todo y a través de todo *(adest in mundo quid commune omnibus mextis, in quo ipsa permanent).*

[395] I Reyes XVI, 23.

”Quien conoce este universal espíritu de vida y sus aplicaciones evita todo daño.

”Si puedes aprovecharte de este espíritu é infundirlo en determinado cuerpo llevarás a cabo los misterios de la magia.

”Quien sepa actuar en los hombres por medio de este espíritu universal curará las enfermedades a la distancia que le plazca.

”Quien sepa vigorizar el espíritu particular, por medio del universal, podrá prolongar su vida hasta la eternidad.

”Los espíritus se comunican entre sí por sus emanaciones, aunque estén distantes unos de otros. Esta comunión recíproca es la eterna é incesante radiación de un cuerpo a otro. Pero no es posible hablar de esto sin peligro, porque motivaría abominables abusos.”

Veamos ahora cómo abusan de las facultades magnéticas algunos médiums saludadores. Para que la curación merezca este nombre, requiere confianza en el enfermo o salud robusta y voluntad enérgica en el saludador. La esperanza fortalecida por la fe basta para que uno mismo venza toda condición morbosa. La tumba de un santo, una reliquia, un talismán, un pedazo de papel o una prenda de ropa que haya estado en manos del saludador, un remedio secreto, una penitencia o ceremonia, la imposición de manos o una fórmula pronunciada de intento, producen los mismos efectos curativos, pues todo depende del temperamento, de la imaginación y de la confianza en recobrar la salud. En infinidad de ocasiones el médico, el sacerdote o la reliquia cobraron la fama de curaciones debidas exclusivamente a la fe del paciente. A la enferma de flujo de sangre que tocó su túnica, le dijo Jesús: “Tu fe te ha salvado”.

La influencia de la mente sobre el cuerpo físico es tan poderosa, que en todas épocas realizó prodigios. A este propósito dice Salverte: “¡Cuán inesperadas, súbitas y portentosas curaciones ha realizado la imaginación! Las obras de medicina rebosan de ejemplos de esta índole, que se diputarían por milagrosos”[396]. Si el enfermo no tiene fe y es físicamente pasivo y negativo, pero en cambio el saludador es enérgico, sano, positivo y resuelto, la enfermedad puede quedar vencida por la imperiosa voluntad con que consciente o inconscientemente atrae el flúido universal de la naturaleza y restablece el perturbado equilibrio del aura del paciente. Para ello puede auxiliarse de un crucifijo, como hizo Gassner, o imponer las manos, como el zuavo Jacob y el norteamericano Newton, o dar el mandato de viva voz como Jesús y algunos apóstoles; pero el procedimiento es el mismo en todos los casos, y determina la curación efectiva sin dejar reliquias morbosas.

En cambio, cuando quien está físicamente enfermo intenta curar, no sólo fracasa en el empeño, sino que agrava la dolencia y le quita al paciente las pocas fuerzas que pueda

[396] *Filosofía de las Ciencias ocultas.*

tener. Gracias al saludable magnetismo de Abigail restauró su decaído vigor el anciano rey David[397] y los tratados de medicina refieren que una señora inglesa se vigorizó a expensas de dos jovencitas. Los sabios antiguos, cuyo ejemplo en este punto siguió Paracelso, según él mismo nos dice en sus obras, curaban las enfermedades aplicando un organismo sano a la parte afectada. Si una persona enferma intenta curar a otra, podrá tener suficiente fuerza para modificar, remover o transformar la dolencia en otra que aparecerá poco tiempo después de creerse curado el enfermo.

Pero si el saludador está moralmente enfermo, serán los resultados incomparablemente peores, porque mucho más fácil es curar las enfermedades del cuerpo que las del ánimo. Los misteriosos fenómenos de Morzine, Cevennes y de los jansenistas son todavía tan incomprensibles para los fisiólogos como para los psicólogos. Si el don de profecía, el histerismo y las convulsiones pueden comunicarse por contagio, otro tanto ocurre con los vicios, y en este caso el saludador comunica al paciente, o mejor dicho, a la víctima la ponzoña moral de que tiene inficionados corazón y mente, pues contamina con su fuerza magnética y profana con su mirada al infeliz sujeto pasivamente receptivo que está bajo el poder del saludador, como pajarillo fascinado por la serpiente. Incalculable es el daño que pueden acarrear tales médiums saludadores, cuyo número pasa de centenares.

Pero hay saludadores virtuosos que contra el malicioso escepticismo de sus adversarios allegaron histórica nombradía, como, entre otros, los clérigos de Ars, Lyon y Klorstele, Jacob, Newton, Gassner y el palurdo irlandés Valentín Greatrakes, protegido de Roberto Boyle, presidente de la Real Sociedad de Londres, en 1670[398].

Indefinidamente podríamos prolongar la lista de testimonios que desde Pitágoras a Eliphas Levi, sin distinción de categorías, declaran que *el vicioso es incapaz de poderes mágicos*, pues únicamente “los limpios de corazón verán a Dios”, o lo que tanto vale, recibirán el divino don de curar las dolencias corporales bajo la segura guía de las entidades invisibles para apaciguar el conturbado ánimo de sus hermanos, porque no pueden manar aguas salutíferas de emponzoñada fuente ni los dorados racimos maduran entre espinas ni los cardos dan regalado fruto. Para los limpios de corazón nada tiene de sobrenatural la magia, sino que es una ciencia de cuyas ramas no es la menor el exorcismo de malignos espíritus, tan cuidadosamente aprendido por los iniciados. A este propósito dice Josefo, que “la virtud de expeler los demonios del cuerpo humano es ciencia útil y saludable para los hombres”[399].

---

[397] I *Reyes*, I. 1–4, 15.

[398] En nuestros tiempos hubiera sido encerrado Greatrakes en un manicomio con sus colegas, de intervenir en el asunto el presidente de la real Sociedad, o sin duda le hubiera demandado judicialmente el profesor Lankester por vago, por intruso en medicina, por quiromancia o cualquier otro pretexto.

[399] *Antigüedades*. – VIII–2.

Los precedentes bosquejos nos inducen a preferir las enseñanzas antiguas a las teorías modernas, respecto a las leyes de relación entre los mundos y de las facultades potenciales del hombre. Si bien los fenómenos de índole psíquico-física despiertan el interés de los materialistas y dan, si no prueba plena, por lo menos vehemente indicio de la supervivencia del alma, es muy discutible la conveniencia o inconveniencia de dichos fenómenos en cuanto a sus beneficiosos o nocivos efectos, porque fanatizan a los ansiosos de comprobar la inmortalidad, y como dice Stow, los fanáticos están dominados por la imaginación y no por el juicio.

Indudablemente, los aficionados al fenomenismo pueden alabarse de no pocas dotes, pero carecen de discernimiento espiritual. El famoso clarividente norteamericano A. J. Davis descubrió en sus exploraciones por la *tierra vernal* unos seres llamados *diakas,* de quienes dice que se complacen extraordinariamente en las simulaciones, imposturas y trampas; que desconocen los sentimientos de justicia, filantropía, ternura y gratitud, y lo mismo son para ellos las palabras sagradas que las profanas, el amor que el odio, aparte de su loca afición a los lirismos y un egoísmo desenfrenadísimo que les mueve a considerar la aniquilación como el término de toda vida que no sea la suya. En reciente ocasión, uno de estos diakas se comunicó con el nombre de *Swedenborg* por mediación de una señora, y dijo: “Todo cuanto ha sido, es, será o puede ser, eso soy yo. La vida individual es tan sólo el conjunto de latidos pensantes que en su progresiva ascensión se precipitan en el corazón de la eterna muerte”[400].

Porfirio habla en sus obras[401] de estos seres, y dice: “Con el directo auxilio de estos malvados demonios se llevan a cabo toda clase de hechicerías, y los hombres que con hechicerías dañan a sus semejantes tributan mucho honor a esos malvados demonios y especialmente a su caudillo[402]. Pasan estos espíritus el tiempo engañándonos con multitud de ilusorios prodigios, pues ambicionan que se les tenga por dioses y a su caudillo por el supremo dios”[403].

No pocos médiums degradan hoy la antigua teurgia por no advertir que, como dice Jámblico, no es lícito entregarse a operaciones fenoménicas sin previos y prolongados ejercicios de purificación moral y física bajo la guía de un experto teurgo, pues con rarísimas excepciones, siempre que una persona enflaquece o engruesa en demasía o se levanta en el aire, está de seguro obsesa por espíritus malignos[404].

---

[400] El diaka y sus víctimas. Explicación del aspecto falso y repulsivo del espiritismo.

[401] Un apasionado por los fenómenos dice que las obras de Porfirio se están apolillando como trastos viejos en los rincones del olvido.

[402] El diaka que según Davis se comunicó con el nombre de Swedenvorg, atribuyéndose el *yo soy*, se parece muy mucho a este caudillo de que habla Porfirio.

[403] Porfirio. – *De los buenos y malos demonios.*

[404] Jámblico. – *Misterios egipcios,* III–5.

Todo en este mundo tiene su coyuntura de lugar y tiempo, y aunque una verdad esté apoyada en las más incontrovertibles pruebas, no arraigará en las mentes a menos que se exponga en tiempo oportuno, como planta sembrada en la estación conveniente, y así dice con acierto Cooke que "la época ha de estar dispuesta". Hace treinta años hubiera muerto esta modesta obra en el vacío por la índole de las materias en ella tratadas; pero hoy merece alguna atención lo que entonces se consideraba absurdo, porque los modernos fenómenos están comprobados científicamente y se reproducen con cada día mayor frecuencia, no obstante sus deficiencias y las burlas de los materialistas. Por desgracia, si las manifestaciones psíquicas aumentan en su aspecto fenoménico, nada adelantan en el orden espiritual é intelectual, pues el discernimiento filosófico sigue siendo entre los amigos del fenómeno tan nulo como siempre.

De los autores espiritistas contemporáneos, ninguno tan estimable por su sinceridad y cultura como el norteamericano Sargent, cuya monografía: *Prueba palpable de la inmortalidad,* sobresale entre las obras de su índole; mas no obstante su indulgencia y buena disposición para con los médiums, se expresa en los siguientes términos: "La habilidad con que los espíritus suplantan en sus comunicaciones a personas difuntas, nos mueve a preguntar hasta qué punto podemos asegurarnos de la identidad del comunicante, cualesquiera que sean las pruebas aducidas. No tenemos el suficiente grado de conocimiento para responder con entera seguridad a esta pregunta… Muchos enigmas hay todavía en las palabras y actos de los espíritus materializados, cuya inmensa mayoría son de tan embotada inteligencia como sus congéneres de este mundo".

Ahora preguntaremos nosotros cómo se explica esa falta de inteligencia si son espíritus humanos, pues o los espíritus humanos inteligentes *no pueden* materializarse, o los espíritus que se materializan no son humanos, sino, como insinúa Sargent, espíritus elementarios o aquellos demonios que, según Platón, de acuerdo con los magos persas, ocupan un lugar intermedio entre los dioses y los mortales. Buen número de testimonios, entre ellos el de Crookes, aseveran que los espíritus materializados hablan con voz perceptible al oído; pero los antiguos atestiguan que la voz de los espíritus humanos no es ni puede ser articulada, sino un profundo suspiro. Por lo tanto, más crédito merecen los antiguos con su secular experiencia en las prácticas teúrgicas, que los modernos espiritistas sin otra prueba para fundamentar su opinión, que las comunicaciones de espíritus difíciles de identificar. Algunos médiums han provocado la aparición de esas supuestas formas humanas, que ni una sola vez dejaron de expresar en sus comunicaciones ideas vulgarísimas, cual circunstancia debiera llamar la atención de aun los más incultos espiritistas. Si es posible que hablen los espíritus (y lo mismo pueden hablar los sabios que los ignorantes) ¿por qué no hay espíritu cuya comunicación oral se aproxime siquiera en valía a las comunicaciones recibidas por

escritura directa? Bien dice Sargent que todavía no sabemos hasta qué punto está limitada la actuación del espíritu por las condiciones psíquico–físicas del médium[405].

Si los espíritus que se materializan fuesen los mismos que dan comunicaciones escritas, no desbarrarían como desbarran en el primer caso, mientras nos dan sublimes enseñanzas filosóficas en el segundo, pues en ambos se comunican por médiums cuyas condiciones psíquicas debieran influir igualmente en ellos. El nivel intelectual de los médiums materializantes no es mayor ni menor que el de los campesinos y obreros cuya congénita inspiración puso en sus labios sublimes y profundas ideas, como por ejemplo los casos de Boehme, Davis y los niños de Cevennes. Puestos que los espíritus se valen de los órganos vocales del médium para la comunicación oral, no les habría de ser difícil expresarse según conviene al talento, educación y cultura del personaje cuya personalidad se atribuyen, en vez de incurrir en vulgaridades y no pocas veces en despropósitos. Dice Sargent, alentado por la esperanza, que la ciencia espírita está todavía en mantillas, pero que promete esclarecer con el tiempo esta cuestión. Sin embargo, no creemos que la luz brote de las tinieblas de los gabinetes mediumnímicos[406].

Es ridículo exigirles a los investigadores psíquicos título de bachilleres en artes y ciencias, pues la experiencia enseña que los intelectuales científicos no siempre aciertan en cuestiones de franca sinceridad y buen sentido. Nada ciega tanto como el fanatismo, que todo lo mira unilateralmente, y ejemplo de ello tenemos en lo concerniente a los fenómenos psíquicos y mágicos de tiempos antiguos y modernos. Miles de testigos fidedignos llegados de Oriente afirman haber presenciado las maravillas obradas por rudos fakires, cheikos, derviches y lamas, sin valerse de aparato alguno ni estar en connivencia con nadie, cuales fenómenos contradecían los principios científicos de suerte que indicaban la existencia de muchas fuerzas naturales todavía ignoradas, pero indudablemente dirigidas por entidades superiores al hombre. Sin embargo, los científicos contemporáneos, las inteligencias cultas, han repugnado tan numerosos testimonios y ni siquiera rindieron su escepticismo ante las investigaciones de Hare, Morgan, Crookes, Wallace, Gasparín, Thury, Wagner, Butlerof y otros. Las personales experiencias de Jacolliot en los fakires indos y las dilucidaciones psicológicas del profesor ginebrino Perty no quebrantaron su incredulidad, como tampoco les conmueve el anhelante clamoreo de las gentes en demanda de pruebas de la existencia de Dios, del alma y de la eternidad. A tan vehementes súplicas responden los científicos con el intento de borrar el menor vestigio de espiritualidad, pero nada levantan ni edifican. Dicen que puesto que no encuentran en sus retortas y crisoles huella alguna inmaterial, todo cuanto no sea materia forzosamente ha de ser ilusorio y quimérico. La misma iglesia cristiana se ve precisada a demandar auxilio a la ciencia en estos

[405] *Pruebas palpables de la inmortalidad,* 45.

[406] Véase el *Evangelio de San Mateo*, XXIV–26.

prejuiciosos tiempos de frío raciocinio. Credos edificados sobre arena y aparatosos dogmas sin fundamento sólido se derrumban arrastrando en su caída a la verdadera religión; pero el ansia de demostrar la existencia de Dios y la vida futura sigue tan tenaz como siempre en el corazón del hombre. En vano intentarán los sofismas científicos acallar la voz de la naturaleza, aunque hayan emponzoñado las puras aguas de la fe sencilla y removido el fango del manantial en que corno en un espejo se miraba la humanidad. Al Dios antropomórfico de nuestros antepasados han sucedido monstruos antropomórficos, y lo que todavía es peor, el reflejo de la humanidad en las cenagosas aguas cuyas ondas restituyen las falseadas imágenes de la verdad. Dice el reverendo Brooke Herford, que no necesitamos milagros, sino pruebas palpables del espíritu, y estas pruebas las pide más bien la humanidad a la ciencia que a los profetas, porque presiente como si con el tiempo hayan de descubrir los investigadores las señales de la Divinidad en los más recónditos escondrijos de la creación. Allí están las señales y, frente a ellas, los titanes científicos que han depuesto a Dios de su escondido trono para poner en su lugar un protoplasma.

En la Asamblea celebrada en Edimburgo por la Sociedad Británica el año 1871, dijo Sir William Thomson: “La ciencia está obligada por las eternas leyes del honor a afrontar sin miedo cuantos problemas demanden solución”. A su vez Huxley dice que “en lo concerniente a los milagros, la palabra imposible no tiene aplicación en los problemas filosóficos”. Por su parte, el insigne Humboldt opina que “más nocivo que la misma incredulidad es el presuntuoso escepticismo que rechaza los hechos sin detenerse a examinar si son o no verdaderos.”

Los científicos han delatado la falsedad de sus propias enseñanzas, al desdeñar la coyuntura que las comunicaciones con Oriente les deparaban de investigar personalmente los fenómenos aseverados por los viajeros. Jamás se atreverán los fisiólogos a resolver tan trascendental cuestión del pensamiento humano, observando en el Tíbet o la India las maravillas de los fakires; y si alguno se aventurase allá como solitario peregrino, para presenciar los más estupendos prodigios de la creación, de seguro que sus colegas no darían crédito a sus palabras.

Ocioso fuera enumerar de nuevo los hechos tan sólidamente establecidos por otros autores. Wallace y Howitt[407] han expuesto repetidas veces los mil errores en que por su escepticismo incurrieron las sociedades científicas de Francia é Inglaterra. Así Cuvier no dió importancia al fósil exhumado en 1828 por el geólogo francés Boué, creído de que era imposible hallar esqueletos humanos a veinticinco metros de profundidad en el limo del Rhin. La Academia Francesa rechazó en 1846 las aserciones de Boucher de Perthes, respecto al hallazgo de armas de pedernal en los terrenos de aluvión del Norte de Francia, confirmado en 1860 por los geólogos. También se recusó en 1825 el testimonio de Mac Enery, referente al descubrimiento de instrumentos de sílex y fósiles

---

[407] Wallace: *Los milagros y el espiritismo moderno.* – Howitt*: Historia de lo sobrenatural,* II.

en la caverna llamada *Agujero del Kent* [408]. En 1840 corrieron igual suerte las afirmaciones de Godwin Austen sobre el mismo punto. Todas estas burlonas demasías del escepticismo científico se revolvieron contra sus autores cuando en 1865 quedaron confirmados plenamente los testimonios de cuarenta años, demostrando que los hechos excedían en maravilla a la misma realidad. Después de esto, ¿quién será tan cándido que crea en la infabilidad de la ciencia? No hemos de maravillarnos de la falta de valor moral de algunos recalcitrantes miembros de la colectividad científica.

De este modo se fueron desacreditando uno tras otro los hechos aducidos. Por doquiera se escuchan quejumbrosas exclamaciones de los académicos que dicen: "Muy poco conocemos de psicología". "Preciso es confesar que apenas sabemos nada, si acaso sabemos algo, de fisiología". "No hay ciencia de tan incierta base como la medicina". "Nada sabemos aún del supuesto flúido nervioso". Entretanto se repudian por ilusorios o se desdeñan por inútiles los fenómenos más interesantes de la naturaleza, cuya explicación sólo puede darnos la psicofísica; y lo que todavía es peor, cuando un sujeto hipnótico ofrece los más culminantes caracteres de las naturales, aunque ocultas, facultades psíquicas, en vez de servir honradamente de experimentación y de estudio, tropieza con los obstáculos que le opone algún pseudo sabio para enredarle entre las mallas de la justicia. No es ciertamente este procedimiento el más a propósito para estimular las investigaciones.

Así se explica, por ejemplo, que no tenga crédito en 1876 el testimonio dado en 1731 acerca de un hecho ocurrido durante el pontificado de Paulo III. Si a los científicos se les dice que los romanos mantenían encendidas por muchos años las lámparas sepulcrales, alimentadas con la *oleaginosidad del oro,* y que una de estas lámparas se encontró ardiendo todavía al cabo de mil quinientos cincuenta años[409] en la tumba de Julia, hija de Cicerón, no querrán creerlo hasta convencerse por sus propios ojos de la posibilidad del hecho, con lo que también pueden recusar el testimonio de los filósofos antiguos y medioevales. Les parecerá asimismo sospechosa la resurrección de los fakires después de treinta días de haber sido enterrados vivos, y tendrán por patraña el hecho de que algunos lamas se infieran heridas de mortal apariencia hasta el punto de enseñar las entrañas, y sin embargo, se las curen casi instantáneamente.

No es extraño que las gentes recelosas del testimonio de sus propios sentidos, en cuanto a fenómenos realizados en su mismo país, repugnen los relatos de los viajeros y las narraciones contenidas en obras clásicas; pero no se concibe la terquedad de las Academias, que después de las lecciones recibidas persisten en ofuscar sus dictámenes con palabras enemigas de la verdadera ciencia. La magia puede replicar a los científicos con la voz de Dios que le decía a Job desde el torbellino: "¿En dónde estabas tú cuando

[408] Wallace. – *Memoria leída ante la Sociedad Dialéctica*, en 1871: *Réplica a Hume.*
[409] "Φιλόλογος" Bayley. – 2ª edición.

eché los cimientos de la tierra? Responde si comprendiste. Y ¿quién eres tú para atreverte a decir a la naturaleza: de aquí no pasarás?"

Pero nada importa que nieguen, porque ni aun cuando su escepticismo fuese mil veces más mordaz, impedirían la efectuación de fenómenos en todos los ámbitos del mundo, y seguirán los fakires levantándose de sus temporáneas tumbas y los lamas no tendrán reparo en herirse y mutilarse el cuerpo sin dolor y continuarán ardiendo perpetuamente las lámparas de los sepulcros indos, japoneses y tibetanos. Tampoco dejarán por ello de servir de testimonio las maravillas presenciadas en Egipto por el capitán Lane, los experimentos de Napier y Jacolliot, en Benarés, y las levitaciones de personas en pleno día[410].

Entre las tachadas de quimeras alquimistas se encuentran las lámparas perpetuas[411] de cuya autenticidad podemos dar personal testimonio. Tal vez alguien pregunte en qué nos fundamos para afirmar la perpetua ardencia de estas lámparas, puesto que sólo nos fué posible examinarlas durante tiempo limitado; pero a esto responderemos que afianza nuestra afirmación el conocimiento de la ley natural aplicable a este caso, aparte de la manera de construirlas y de los ingredientes empleados en el combustible de alimentación. Por lo que toca a las explicaciones del lugar y modo de adquirir este conocimiento, será preciso que los críticos se tomen para ello el trabajo que nos tomamos nosotros. Conviene advertir, sin embargo, que ninguno de los ciento setenta y tres autores que trataron de este asunto afirmó la duración *eterna* de las lámparas, sino su duración por tiempo indefinido, que en algunos casos alcanzó a muchos siglos; pues si hay ley natural que permita la ardencia de una lámpara durante diez años, sin necesidad de alimentarla, asimismo, por virtud de la propia ley, puede seguir ardiendo cien mil años[412].

---

[410] Véase en el glosario la explicación de la palabra *Ethrobacia*.

[411] El misionero inglés Mateer refiere haber visto una de estas lámparas en el templo de Trevandrum (reino de Travancore, India meridional). Dice que en el interior del templo hay un profundo pozo al que anualmente se echan valiosos tesoros, y en otro paraje del mismo templo hay una gruta en cuyo recinto arde una lámpara de oro encendida ciento veinte años atrás. El misionero anglicano refiere el hecho sin comentario, pero los misioneros católicos lo atribuyen, como es de suponer, a diabólicas artes. Además , el abate Huc, así como otros viajeros que lograron simpatizar con los lamas, pudieron examinar detenidamente dichas lámparas.

[412] De los 173 autores que atestiguan la existencia de lámparas que arden sin renovación de combustible, mientras no se estropeen por accidente, citaremos los que siguen: Clemente de Alejandría, Hermolao, Barbaro, Apiano, Plinio, Buratino, Citesio, Celio, Focio, Costeo, Casalio, Cedreno, Delrio, Ericio, Gesner, Jacobono, Leandro, Libavio, Lacio, Pico de la Mirandola, Filaleteo, Liceto, Maiolo, Maturancio, Luis Vives, Volaterano, Porta, Pancirolo, Ruscelio, Escardonio, Paracelso, Solino, Kircher y Alberto el Magno.

Los egipcios, padres de la química[413], se atribuyen la invención de estas lámparas, no sin fundamento, pues en dicho país fué mucho más frecuente su empleo a favor de su religiosa creencia en que el alma astral del difunto vagaba alrededor de la momia durante los tres mil años del cielo de necesidad, ligada por el hilo magnético que sólo podía romper su propio esfuerzo, y así confiaban los supervivientes en que la siempre encendida lámpara, símbolo del incorruptible é inmortal espíritu, favorecería la ruptura de los lazos que sujetaban al alma astral a los mortales despojos y la impelería a reunirse con el divino Yo.

Generalmente se colocaban estas lámparas en los sepulcros de las familias acomodadas, y dice Liceto que en su época se encontraron encendidas al abrir las tumbas, pero se apagaban al punto a consecuencia de la *profanación*. Tito Livio, Buratino y Schatta[414] refieren el hallazgo de muchas lámparas en los subterráneos de Menfis. Por su parte nos dice Pausanias que en el templo de Minerva, de Atenas, había una lámpara, obra maestra de Calímaco, que ardía todo el año. Plutarco afirma[415] que en el templo de Júpiter Amón vio otra lámpara que, según le aseguraron los sacerdotes, ardía durante años enteros, a pesar del viento y de la lluvia. San Agustín menciona también otra lámpara existente en el templo de Venus, que ofrecía las mismas singularidades. Kedreno, dice a su vez que en Edessa se encontró una lámpara oculta en el vano de una puerta, que estuvo ardiendo durante quinientos años. Pero de todas estas lámparas, la más prodigiosa es la que, según refiere Olivio Máximo de Padua, se encontró cerca de Ateste y que Escardonio describe en los términos siguientes: “En una urna de alfarería estaba contenida otra menor y dentro de ésta ardía una lámpara que con un licor purísimo encerrado en dos frascos, uno de oro y otro de plata, por todo alimento, mantenía su luz durante 1.500 años. Los frascos pasaron para su custodia a manos de Francisco Maturancio, quien los estima de subidísimo precio”[416]. Dando de mano a exageraciones y prescindiendo de la gratuita negación de la ciencia moderna acerca de la posibilidad de estas lámparas, cabe preguntar si en el caso de haberse conocido en la época de los “milagros”, debe distinguirse entre las encendidas ante los altares cristianos y las que ardían ante las imágenes de Júpiter, Minerva y otras divinidades paganas. Según algunos teólogos, las lámparas de los altares cristianos tenían virtud milagrosamente divina, al paso que las paganas debían su luz a los artificios del diablo, y en estas dos agrupaciones se clasificaban las lámparas, según dicen Kircher y Liceto. La de Antioquía, que durante 1.500 años ardió al aire libre en la plaza pública, sobre la puerta de una iglesia, se mantenía, al decir de los teólogos, por

---

[413] El Salmo CV de David, vers. 23, habla de la “Tierra de Ham” (חכו, Chem, *χημι*), de donde se derivan los nombres de alquimia y química.

[414] *Œdipi Ægyptiaci Theatrum Hieroglyphicum*, 544.

[415] *Defectu oraculorum.*

[416] Libro I. – Clase 3ª, cap. último.

el *poder de Dios* que había dado perpetua luz a tan infinito número de estrellas, mientras que las lámparas paganas, según asevera San Agustín, eran obra del demonio que trata de engañar al hombre por diversidad de medios; como si nada fuese más fácil para Satanás que deslumbrar con un relámpago de luz o una brillante llama a quienes entran por vez primera en una cripta sepulcral. Así lo aseguraba el vulgo de los cristianos cuando en el reinado de Paulo III, al abrir una tumba de la vía Apia, se encontró el cadáver de una doncella flotante sobre un terso licor que la había preservado de la corrupción hasta el punto de aparecer como dormida. A los pies del cadáver ardía una lámpara que se apagó al abrir la tumba, de puya inscripción pudo colegirse que el enterramiento era de la hija de Cicerón, muerta 1.500 años antes[417].

Niegan los químicos la posibilidad de las lámparas perpetuas, alegando que toda combustión requiere consumo de combustible; pero los alquimistas replican diciendo que no siempre el fuego procede de las combustiones químicas, pues hay substancias que no sólo resisten la ardencia de la llama sin consumirse, sino que ni aire ni agua las extinguen. El autor de un tratado de química, impreso en 1700 con el título de NEKROKJLEIA, refuta las afirmaciones de los alquimistas, y aunque niega la posibilidad de las lámparas *perpetuas,* se inclina a creer que ardan algunas durante siglos. Por otra parte, tenemos el testimonio de multitud de alquimistas cuya prolongada experiencia les convenció de la posibilidad del fuego perpetuo.

Conocieron los alquimistas preparaciones especiales de oro, plata y mercurio, de índole parecida a las de nafta, petróleo y otros minerales combustibles, así como los aceites de alcanfor y de ámbar, el amianto *(lapis asbestos),* el ciprio *(lapis carystius)* y el creteo (*linum vivum*), que emplearon como combustibles de las lámparas perpetuas. Según los alquimistas, el oro es el mejor pábulo por su maravillosa llama, aparte de que entre todos los metales es el que menos se gasta al fundirse y reabsorbe su misma destilación aceitosa, según va ésta exhalándose, para alimentar de tal suerte su propia llama. Aseguran los cabalistas que Moisés aprendió este secreto de los egipcios y que la lámpara del tabernáculo era perpetua, según se infiere del siguiente pasaje:

Manda a los hijos de Israel que te traigan el aceite más puro de los árboles de olivas, sacado a mortero, para que arda siempre la lámpara[418].

También niega Liceto que las lámparas perpetuas contuvieran preparaciones metálicas, pero en cambio dice en la misma obra que un compuesto de mercurio, filtrado siete veces por arena blanca puesta al fuego, sirvió para fabricar lámparas que ardían continuamente. Por otra parte, tanto Maturancio como Citesio afirman que este resultado puede obtenerse por procedimientos químicos, pues el licor de mercurio fué

[417] La ampliación de este relato se halla en la obra de Erasmo Francisco, quien la tomó de Flomero, Pancirolo y otros.
[418] *Éxodo*, XXVII, 20.

ya conocido de los alquimistas, que le dieron los nombres de *aqua mercurialis, materia metallorum, perpetua dispositio, materia prima artis* y *oleum vitri*[419].

El asbesto llamado Ασβεστοϕ (inextinguible) por los griegos, es una piedra que, según dicen Plinio y Solino, no puede apagarse una vez encendida. Alberto el Magno la describe diciendo que es del color del hierro y se la encuentra principalmente en Arabia, cubierta de una capa oleaginosa apenas perceptible, que se inflama en cuanto se le acerca una luz. Los químicos han intentado en vano extraer dicho aceite del asbesto, pero de ello no cabe inferir que la operación sea imposible, y si se lograra no habría duda alguna de si dicho aceite puede dar llama continua. Justamente se vanagloriaron los antiguos de poseer este secreto, por cuanto en nuestros mismos días han obtenido el mismo resultado algunos experimentadores. Dicen unos químicos que el líquido

---

[419] Tritenheim y Korndorf dieron las siguientes recetas para la confección de los combustibles perpetuos que habían preparado:

1.º Se toman cuatro onzas de sulfuro y alumbre y se subliman en flores hasta dos onzas. Añádase una onza de polvo de borax cristalino de Venecia y sobre estos ingredientes se vierte espíritu de vino muy rectificado, para que se dirigieran en él. Se evapora después en frío y se repite la operación hasta que puesto el sulfuro sobre un plato de bronce se ablande como cera sin despedir humo. Así se obtendrá el pábulo. En cuanto al pabilo se prepara como sigue: Tómense hebras de amianto del grueso del dedo del corazón y largo del meñique y pónganse en un vaso de Venecia recubriéndolas con el pábulo. Déjese el vaso durante 24 horas dentro de arena lo bastante caliente para que el pábulo hierva todo este tiempo, y una vez embadurnado así el pabilo se le pone en un vaso de forma de concha, de manera que el extremo de las hebras sobresalga de la masa del pábulo. Colóquese entonces el vaso sobre arena caliente para que, derretido el pábulo, se impregne el pabilo y una vez encendido éste arderá con llama perpetua que se podrá llevar a cualquier sitio.

2.º Tómese una libra de *salis tosti* y viértase sobre ella vinagre fuerte de vino. Concéntrese después hasta que tome consistencia el aceite, y se echa entonces en vinagre fresco donde se macera, y luego se destila repitiendo la operación por cuatro veces consecutivas. Se pone después en este vinagre una libra de *vitr. antimonii subtilis lœvigat* y todo ello se coloca en un vaso cerrado puesto sobre la ceniza por espacio de seis horas, al cabo de las cuales se extrae la tintura, se decanta el licor, se deja enfriar, se extrae de nuevo y se repite la operación hasta sacar todo el color encarnado. Se concentran los extractos hasta que tomen consistencia oleaginosa y se rectifican al bañomaría. Tómese después el antimonio de que se ha extraído la tintura y redúzcase a polvo sutilísimo que se pone dentro de un recipiente de vidrio. Viértase encima el aceite rectificado, que ha de concentrarse y destilarse siete veces, hasta que el polvo haya embebido todo el aceite y quede enteramente seco. Se extrae otra vez con espíritu de vino y se repite la operación hasta que desaparezca toda la esencia. Póngase entonces en un matraz de Venecia, dispuesto para el caso con papel quíntuplo, destílese hasta desaparecer la esencia y quedará en el fondo un aceite inconsumible que puede arder con un pabilo como el sulfuro antes descrito.

Libavio, comentador de Tritenheim, dice sobre el particular: "Estas son las luces eternas de Tritenheim, que si bien no tan fijas como la de nafta, pueden auxiliarse unas con otras de modo que aunque la nafta no tenga tanta duración al arder porque exhala y deflagra, da llama perpetua si se le añade jugo de amianto. He visto una lámpara así preparada que, según se nos aseguró, fue encendida el 2 de Mayo de 1871 y aún seguía ardiendo." Como el experimentador es digno de toda confianza y muy perito en la indagación hermética, no hay motivo alguno para dudar de sus aseveraciones.

extraído de la piedra en sus pruebas es de consistencia acuosa más bien que oleaginosa, incapaz de combustión, al paso que otros aseguran que tan pronto como dicho líquido se exponía al aire libre quedaba tan espeso que difícilmente se liquidaba y al encenderlo otra vez se convertía en humo sin dar llama. En cambio, las lámparas de los antiguos ardían con pura y brillante llama sin la más mínima traza de humo. Kircher indica la posibilidad de extraer y purificar dicho aceite, aunque por lo difícil de la operación cree únicamente que pueden llevarla a cabo los adeptos superiores de la alquimia.

Luis Vives refuta la opinión de San Agustín en cuanto a los artificios del diablo y demuestra[420] que las operaciones mágicas, por estupendas y prodigiosas que parezcan, son resultado de la industria humana y del profundo estudio de los secretos de la naturaleza. Por otra parte, Podocataro[421] tenía una tela fabricada con otra especie de asbesto que Porcacio[422] dice haber visto en casa de aquél. Plinio llama a esta clase de tela *linum vinum, y también* lino de la India, diciendo que se fabrica con una especie de lino (asbeston o asbestinum), que una vez tejido puede limpiarse con sólo echarlo en el fuego. Añade este autor que el asbesto es tan valioso como las perlas y los diamantes, porque además de su escasez resulta de muy difícil textura a causa de sus cortas fibras. Una vez aplanado con un martillo se le macera en agua caliente, y luego de secó pueden hilarse y tejerse sus fibras como las del lino. Plinio asegura haber visto muchas telas fabricadas de esta materia y presenciado un experimento en que se las limpió por medio del fuego. También dice Porta que cierta señora cipriota, residente en Venecia, tenía una tela de esta clase y califica de *secretum optimum* estas manipulaciones alquímicas.

En su descripción de las curiosidades del Colegio Gresham, en el siglo XVII, dice el doctor Grew que se perdió el procedimiento textil de las telas de asbesto; pero esto no parece probable por cuando en el Museo Septalio hay hilos, cuerdas, laminillas y otras labores de asbesto correspondientes al año 1726, y algunos de dichos objetos los elaboró el mismo Septalio, según afirma Greenhill, quien dice a este propósito: “Parece opinión de Grew que el *lapis asbestinus* y el *amianthus* son una misma materia, y la llama piedra filamentosa porque su masa está compuesta de hilos paralelos, de un cuarto de pulgada a pulgada de longitud, tan lustrosos y finos como los del capullo de seda y tan flexibles como los del lino o del cáñamo[423]. El secreto no se ha perdido enteramente, pues todavía se guarda en algunos monasterios budistas de la China y del Tibet. En un convento de religiosas talapinas vimos una túnica amarilla, por el estilo

[420] Comentarios a *La ciudad de Dios*, de San Agustín.

[421] Caballero cipriota, autor de *Cosas de Chipre*, 1566.

[422] Libro de los antiguos funerales.

[423] Greenhill. – *Arte de embalsamar,* 361.

de las de los monjes budistas, que al cabo de dos horas de estar en un gran brasero la sacaron tan limpia como si la hubiesen lavado con jabón.

Después de numerosos ensayos se le han podido dar a esta materia diversas aplicaciones industriales, entre ellas la de telas incombustibles, uno de cuyos principales centros de comercio es Nueva York, que suministra el mineral en haces parecidos a madera seca. La variedad más fina de asbesto es la que los antiguos llaman ἀμίαντος (inmaculado) a causa de su blanco y sedoso lustre.

También hacían los antiguos el pabilo de las lámparas perpetuas con la piedra *lapis carystius,* muy abundante en la ciudad de Carystos, cuyos habitantes, según dice Mateo Radero[424], bataneaban é hilaban esta piedra filamentosa para tejer mantos, manteles y otras prendas por el estilo, que se echaban al fuego para limpiarlos cuando estaban sucios, en vez de lavarlos con agua. Pausanias[425] y Plutarco[426] aseguran que de esta piedra se fabricaban los pabilos de las lámparas; pero dice el segundo que en su tiempo ya no se encontraban piedras de asbesto. Liceto opina que las lámparas perpetuas de los antiguos sepulcros carecían por lo general de pabilo, si bien Luis Vives afirma que, por el contrario, vio muchas con él.

Por otra parte, Liceto se muestra firmemente convencido de que los pabilos pueden ser de tal naturaleza, que duren muchísimo tiempo y resistan el fuego, de modo que en vez de consumirse queden retenidos como por una cadena.

Tomás Brown, al hablar de las lámparas perpetuas[427], colocadas en angostísimos recintos, dice que deben su virtud a la pureza del aceite sin emanaciones fuliginosas capaces de sofocar la llama, pues si las hubiese alimentado el aire, de seguro se consumiera el comburente. A este propósito pregunta dicho autor: "¿se ha perdido el arte de preparar este aceite inconsumible?" No por cierto, y el tiempo lo probará, aunque todo cuanto sobre ello escribimos ahora desapareciera como otras muchas verdades.

Dice la ciencia que la observación y el experimento son sus únicos medios de investigación. Concedido. Pero ¿no son bastantes tres mil años de observación de hechos para demostrar las facultades ocultas del hombre? Y en cuanto a la experiencia, ¿qué mejor coyuntura que la deparada por los fenómenos modernos? En 1869, la Sociedad Dialéctica de Londres invitó a varias eminencias científicas a la investigación de los fenómenos. Véase cómo respondieron algunos de ellos:

---

424 Comentario al Epigrama 77.º del Libro IX de Marcial.

425 *Atico.*

426 *De Defectu oraculorum.*

427 *Errores vulgares*, 124.

Huxley. – “No tengo tiempo para semejante investigación, que me sería muy molesta y trabajosa, a menos que difiriese de las de su género. No me interesa el asunto, ni aun suponiendo que los fenómenos fuesen verdaderos”.

Lowes. – “Quien diga que estos fenómenos dependen de leyes físicas desconocidas, se confiesa desde luego conocedor de esas mismas leyes”.

Tyndall. – “Dudo del éxito de los fenómenos en la sesión a que yo asistiese, pues mi presencia parece como si produjera confusión en todo”.

Carpentier. – “Por experiencia personal estoy convencido de que entre los fenómenos espiritistas hay muchas imposturas y no pocas ilusiones, aunque también los hay del todo legítimos y dignos de estudio… Sin embargo, la causa de estos fenómenos no es externa, sino que depende de la condición subjetiva del individuo, quien actúa de acuerdo con ciertas leyes fisiológicas ya conocidas. La modalidad a que llamo *cerebración inconsciente* interviene de manera muy principal en la producción de los fenómenos espiritistas”[428].

Esto por lo que a los sabios ingleses se refiere. Los norteamericanos no llegaron a más. En 1857, la Universidad de Harvard previno al público contra las investigaciones psíquicas, por corruptoras de la moralidad y degradantes de la mente, por su contaminadora influencia que menoscaba la veracidad en el hombre y la pureza en la mujer. Posteriormente, cuando el insigne químico Hare, arrostrando la preocupación general estudió el espiritismo y abrazó sus doctrinas, fué descalificado por sus colegas. En 1874 un periódico neoyorquino invitó a los más notables científicos del país a la investigación de los fenómenos espiritistas; pero todos se excusaron en connivencia, como visitante que rehúsa quedarse a comer cuando el dueño de la casa le convida. Sin embargo, a pesar de la indiferencia de Huxley, de la socarronería de Tyndall y de la cerebración inconsciente de Carpenter, no faltaron científicos de igual valía que se rindieron a la evidencia de los testimonios en esta debatida materia de investigación. A este propósito, un autor tan distanciado del espiritismo como Draper, dice: “En todos los países y en todas las épocas creyeron no solamente los labriegos, sino también las personas cultas, que los espíritus de los difuntos vienen algunas veces a visitar a los vivos y a frecuentar sus antiguas moradas… Si de algo ha de valer el testimonio humano en este punto, tenemos desde los tiempos más remotos hasta nuestros días un cúmulo de pruebas tan numerosas é irrecusables cual pudieran apetecerse para invalidar todo intento de refutación”[429].

---

[428] Estas cuatro citas están tomadas del Informe sobre el Espiritismo por la Sociedad Dialéctica de Londres. De este modo ha sabido el mundo que la *cerebración inconsciente* tiene la virtud de hacer volar las guitarras y mover los muebles con cabriolas dignas de un volatinero.

[429] Draper. – *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, 121.

Desgraciadamente, el escepticismo científico tiene tal resistencia, que no le conmueven las pruebas por evidentes que sean, y a lo sumo admite únicamente las que convienen a su propósito. Digamos con el poeta:

> "¡Oh vergüenza para la humanidad! Los diablos se entienden entre ellos. Tan sólo los hombres discrepan de las criaturas racionales"[430].

¿Cómo explicar tal divergencia de opiniones entre hombres que estudiaron en los mismos libros y bebieron en las mismas fuentes? Bien es verdad que no hay dos hombres que vean una misma cosa de igual manera, y así lo expone admirablemente el doctor Wilkinson en su carta a la Sociedad Dialéctica de Londres, cuando dice: "Mi experiencia en la investigación de varias doctrinas heterodoxas, que después se convirtieron en ortodoxas, me ha convencido de que casi todas las verdades dependen de nuestra disposición de ánimo, de nuestros afectos é íntimos sentimientos, por lo que la discusión y las investigaciones no dan otro resultado que alimentar dicha disposición de ánimo". A esto podría añadirse la famosa máxima de Bacon: "Poca ciencia aleja de Dios y mucha ciencia acerca a Dios".

Carpentier pondera los progresos de la filosofía en nuestros tiempos, diciendo que nada repudia, por extraño que parezca, si está apoyado en pruebas válidas, mientras que se muestra inclinado a negar, toda competencia filosófica y científica a los antiguos, no obstante las pruebas que la abonan tan válidamente como las aducidas por los científicos contemporáneos en pro de su mayor conocimiento.

Si, por ejemplo, nos fijamos en la electricidad y magnetismo, que tan famosos hicieron los nombres de Franklin y Morse, veremos que, seiscientos años antes de nuestra era, descubrió Tales de Mileto las propiedades eléctricas del ámbar, sin contar con que las investigaciones de Schweigger sobre simbología demuestran plenamente que los mitos antiguos se apoyaban en la filosofía natural, y que ya conocían la electricidad y el magnetismo los teurgos de Samotracia, cuyos misterios eran los más antiguos de que hay noticia, según nos dicen Diodoro de Sicilia, Herodoto y Sanchoniaton[431].

---

[430] Milton. –*El Paraíso perdido*.

[431] Tenemos prueba del conocimiento de los antiguos en un notabilísimo grabado de la obra de Rochette: *Monuments d'Antiquité figurés,* en que todas las figuras aparecen con los cabellos erizados como el dios Pan, menos la central figura del Kabir Demetrio, de quien emana la fuerza, y otra figura que representa un hombre arrodillado. Véanse a este propósito: Ennemoser, *Historia de la Magia,* II; Schweigger, *Introducción a la mitología según la historia natural*. En opinión de Schweigger, dicho grabado simboliza una escena de las ceremonias de la iniciación; sin embargo, no hace tanto tiempo que en las obras de filosofía natural empezaron a intercalarse dibujos cuyas figuras aparecían con la cabellera erizada en todas direcciones, bajo la acción del flúido eléctrico.

Demuestra Schweigger que las principales ceremonias religiosas de la antigüedad entrañaban conocimientos hoy perdidos de filosofía natural, y que la magia se entremezclaba en los misterios hasta el punto de que los milagros de los teurgos gentiles, judíos o cristianos, indistintamente, derivaban de sus secretos conocimientos físico-alquímicos[432].

Por otra parte, Schweigger y Ennemoser han descubierto la simbólica identidad de los gemelos *Dioskuris* con los polos eléctricos y magnéticos, demostrando con ello el conocimiento que de las propiedades magnéticas tenían los sacerdotes antiguos. Según Ennemoser[433], se ha demostrado que muchos mitos, cuya significación antes no se comprendía, son ingeniosas al par que profundas expresiones de principios genuinamente científicos.

Los modernos experimentadores se deshacen en alabanzas a nuestro siglo por sus descubrimientos, y poco les falta para emular en sus floridas lecciones de cátedra a los trovadores medioevales. Los Petrarcas, Dantes y Tassos del día, al glorificar la materia, cantan la amorosa unión de los errantes átomos y el afectuoso intercambio de protoplasmas, y lamentan la casquivana veleidad de las fuerzas que tan provocativamente juegan al escondite con los científicos en su dramática correlación. Proclaman a la materia única y autocrática soberana del infinito universo y la elevan al trono de la naturaleza del que depusieron al espíritu, su divorciado consorte. Pero olvidan que, sin el legítimo monarca, es el trono de la naturaleza como sepulcro blanqueado donde la corrupción anida. La materia, purgación grosera del espíritu que la vivifica, es de por sí masa inerte cuyo movimiento demanda un manipulador inteligente de esa batería galvánica llamada vida.

¿En qué rama de conocimientos aventajan los modernos a los antiguos? Conviene advertir que entendemos por conocimiento la acabada expresión de las verdades de la naturaleza y de ningún modo las brillantes definiciones de los científicos, ni los minuciosos pormenores que dan nombres particulares a los nervios, arterias, fibras y células de hombres, animales y plantas.

Los modernos echan en cara a los antiguos su ignorancia de estos pormenores, y así los comentadores de Platón dicen que carecía de conocimientos anatómicos y se entretuvo en especular vanamente sobre la fisiología del cuerpo humano, cuyas funciones ignoraba, sin saber ni una palabra respecto a la transmisión nerviosa de las sensaciones. La idea platónica de que el cuerpo humano es un Microcosmos o universo en miniatura, y por lo tanto ha de estar formado como éste de triángulos, es en

[432] En otro capítulo de esta obra, dedicado por completo a los admirables descubrimientos de los antiguos, demostraremos, bajo testimonio de fidedignos autores de la época, que mucho antes de la guerra de Troya los sacerdotes conocían el pararrayos.
[433] *Historia de la Magia,* II.

extremo trascendental para que la comprendan los científicos escépticos, y no es extraño que parezca ridículamente absurda a sus traductores, con excepción de Jowett, quien en el prólogo puesto al *Timeo* advierte sinceramente que los científicos modernos no tienen en cuenta que las ideas de Platón les han servido de apoyo para elevarse a superiores conocimientos, y además, olvidan lo mucho que la metafísica antigua ha contribuido al progreso de la física moderna[434].

Si en vez de disputar sobre la falta de precisión científica del lenguaje de Platón, analizáramos detenidamente sus obras, encontraríamos sin ir más allá del *Timeo* el germen de todos los descubrimientos modernos. Allí se vislumbran la circulación de la sangre y la ley de gravedad, pues sabía Platón que la sangre es un flúido en constante movimiento, aunque, como dice Jowett, ignorara que sale del corazón por las arterias para regresar a esta entraña por las venas. Platón empleó el método sintético cuyo más acabado modelo es la geometría. En vano la ciencia moderna busca entre las alteraciones moleculares aquella Causa primera que Platón infirió del majestuoso movimientos de los mundos que le revelaban el vasto plan de la creación. Apenas atendían los filósofos antiguos a los minuciosos pormenores que han agotado la paciencia de los científicos modernos; y de ello resulta que si un alumno de segunda enseñanza sabe más que Platón en los pormenores, en cambio el menos aprovechado discípulo de este filósofo dejaría tamañito al más sabiondo académico moderno en lo concerniente a las leyes cósmicas y las fuerzas que tras ellas laten.

No echan de ver esto los traductores de Platón, porque están demasiado engreídos los modernos a expensas de los antiguos, cuyos errores fisiológicos y anatómicos se exageran para lisonjear el amor propio de nuestra época, obscureciendo el esplendor mental de pasados tiempos, como si con la imaginación agrandáramos las manchas del sol para eclipsarlo.

La poca eficacia de las investigaciones modernas está comprobada por la circunstancia de que, no obstante la multitud de pormenorizadas denominaciones científicas en los minerales, vegetales, animales y en el mismo organismo humano, nada pueden decir en concreto los más eminentes fisiólogos acerca de la fuerza vital que ocasiona las transformaciones en los reinos de la naturaleza. Para ello es preciso beber en fuentes distintas de las que alimentan a los científicos contemporáneos. Mucho valor profesional necesita quien reconoce la profundidad de conocimiento de los antiguos, en contra del corriente prejuicio tan inclinado a regatearles méritos, y gustosamente laureamos a científicos como Jowett[435] quien en su traducción de las obras de Platón reconoce que en la filosofía natural de los antiguos, considerada en armónico conjunto, se echa de ver:

---

[434] Jowett. – *Diálogo de Platón*, II, 508.

[435] Director del colegio Baliol y catedrático de lengua griega en la universidad de Oxford.

1.º Que los filósofos de la antigüedad aceptaban la teoría de las nebulosas. Por lo tanto, no puede derivarse, como asegura Draper[436], de los descubrimientos astronómicos de Herschel.

2.º Que Anaximenes sostuvo en el siglo VI antes de Jesucristo la teoría de la evolución, diciendo que los animales descendían de los primeros reptiles aparecidos en la tierra y que el hombre descendía de los animales, según enseñaban también los caldeos antes del diluvio.

3.º Que los pitagóricos afirmaban la analogía de la tierra con los demás cuerpos celestes[437].

Así resulta que Galileo expuso una teoría astronómica ya conocida en la India desde la más remota antigüedad. Según ha demostrado Reuchlin, el astrónomo florentino estudió fragmentos de obras pitagóricas que todavía se conservaban en su época[438].

4.º Opinaban los antiguos que las plantas tienen sexo como los animales. Con ello vemos que los naturalistas modernos han seguido las huellas de sus predecesores.

5.º También enseñaban que las notas musicales están sujetas a número en dependencia de la tensión de la cuerda vibrante.

6.º Que las leyes matemáticas rigen el universo entero y aun suponían que del número se originaban las diferencias cualitativas.

7.º Negaban la aniquilación de la materia y sostenían que se transformaba en diversidad de aspectos[439].

Añade a esto Jowett que aunque algunos de los referidos descubrimientos no pasen de felices conjeturas, en modo alguno cabe atribuirlos a meras coincidencias[440]. En resumen, la filosofía platónica se distinguía por el orden, sistema y proporción de sus enseñanzas. Abarcaba la evolución de los mundos y de las especies, la transformación y conservación de la energía, la transmutación de las formas materiales y la eternidad de la materia y del espíritu. Desde este último punto de vista, la filosofía platónica supera

---

[436] *Conflictos entre la religión y la ciencia*, 240.

[437] *Plutarco*. – Traducción de Langhorne.

[438] Aseguran algunos eruditos cabalistas que en tiempo de Galileo existía en un convento de Florencia el hoy perdido original griego de las *Máximas pitagóricas de Sexto*, que pudo leer el famoso astrónomo. Añaden que éste poseía, además, un manuscrito de Arquitas, discípulo oral de Pitágoras, cuyo texto trataba de astronomía, con exposición de las más importantes enseñanzas de la escuela pitagórica. Si algún mal intencionado se hubiese apoderado de este manuscrito, seguramente lo adulterara, como hizo el clérigo Ruffinas con las antecitadas *Máximas de Sexto*, que suplantó con una versión fraudulenta atribuida por él a un supuesto obispo Sexto. Véase la " Introducción" de Taylor, a la "Vida de Pitágoras", de Jámblico.

[439] Jowett. – *Introducción al Timeo*, II, 508.

[440] Jowett. – *Introducción al Timeo*, II, 508.

de mucho a la ciencia moderna y corona la bóveda de su sistema con perfecta é inconmovible clave. Si tan cierto es que la ciencia ha progresado rápidamente en estos últimos tiempos, y si el moderno concepto de la naturaleza es más claro y preciso que el de los antiguos, ¿cómo quedan sin respuesta nuestras preguntas acerca del origen y condicionalidad de la vida? Si en los modernos laboratorios se acopia el fruto de la investigación experimental, que no conocieron los antiguos, ¿cómo no hemos adelantado un paso sino en caminos ya trillados antes de la era cristiana?; ¿cómo desde el punto culminante a que hemos llegado sólo vemos confusamente a lo lejos del alpino sendero del saber humano las gigantescas huellas de los primitivos exploradores?

Si tanto sobrepujan los modernos a los antiguos artífices, que nos devuelvan las perdidas artes de nuestros antepasados y con ellas los inalterables colores de Luxor y la púrpura de Tiro, el indestructible cemento de las Pirámides, las hojas de Damasco, las vidrieras de colores y el vidrio maleable. Y si la química industrial apenas rivaliza ni siquiera con los artífices de los comienzos de la Edad Media, ¿á qué alardear de descubrimientos que, según toda probabilidad, se conocían hace miles de años? Cuanto más progresan la arqueología y la filología, tanto más humillantes son para nuestra época sus descubrimientos y tanto más glorioso el testimonio en favor de los antiguos sabios, acusados hasta ahora de ignorantes y supersticiosos.

Muchísimo antes de que las carabelas del audaz genovés hendiesen las aguas del océano, ya habían dado las naves fenicias la vuelta al mundo para civilizar regiones hoy desiertas. La misma mano que trazó los planos de las pirámides de Egipto y otras obras hoy ruinosas en las márgenes del Nilo, erigió sin duda, según infieren los arqueólogos, el monumental Nagkon de Cambodge y grabó los jeroglíficos de los obeliscos y puertas de la población inda, recientemente descubierta en la Colombia británica por lord Dufferin, o en las ruinas de Palenque y Uxmal, en Centro América. Los restos que de las artes perdidas atesoramos en nuestros museos, hablan elocuentemente en favor de la civilización antigua y comprueban, vez tras vez, que las pasadas gentes enterraron con ellas diversidad de ciencias y artes no reavivadas en las retortas de la Edad Media ni en los crisoles de los laboratorios contemporáneos.

Draper reconoce magnánimamente que los antiguos no dejaron de tener algunos conocimientos de óptica, y dice que las lentes convexas halladas en Nimrod prueban que conocían los instrumentos de amplificación[441]. En cambio, otros escritores les niegan rotundamente este conocimiento. Sin embargo, el testimonio de los autores clásicos confirma la opinión de Draper, pues Cicerón dice que vio toda la *Ilíada* escrita en una vitela que arrollada cabía en una cáscara de avellana. Además, Plinio asegura que Nerón llevaba un anillo con un cristalito a cuyo través veía desde lejos a los gladiadores. Mauricio poseía un instrumento llamado *nauscópito* con el cual

[441] *Conflictos entre la Religión y la Ciencia,* 14.

columbraba las costas de África desde el promontorio de Sicilia. Wendell habla de un amigo suyo que tenía una sortija antiquísima con la imagen de Hércules tan minuciosamente esculpida, que con lentes de aumento se distingue el entrelace dé los músculos y se pueden contar los pelos de las cejas. Rawlinson tenía una piedra de unos cinco centímetros de largo por dos de ancho, en que estaba grabado un tratado de matemáticas cuyo texto era imposible leer sin lentes. En el museo Abbott se conserva un anillo procedente de Cheops, que según cómputo de Bunsen data del ano 500 antes de J.C., y cuyo sello, del tamaño de un cuarto de dólar, tiene un grabado imperceptible a simple vista. También hay en Parma la piedra de una sortija perteneciente a Miguel Ángel, con un grabado de dos mil años de antigüedad, en que valiéndose de poderosas lentes se distinguen siete figuras de mujer.

Todos estos hechos nos ponen en la alternativa de acusar de mendaces a los autores o reconocer que los antiguos conocían la óptica algo más de cuanto pudiera presumirse y que, como dice un notable crítico, el microscopio moderno es hermano menor del bíblico. Por lo tanto, en contra de la opinión que Fiske expone al criticar la ya citada obra de Draper, creemos que el único defecto de este autor estriba en mirar la historia a través de lentes inapropiadas, pues mientras echa mano de las convexas para descubrir el ateísmo del pitagórico Giordano Bruno, se vale de las cóncavas para explorar la sabiduría de los antiguos.

Es muy singular la escrupulosidad con que tanto los autores clericales como los ateos intentan trazar el límite entre lo que debemos aceptar y lo que debemos rehuir de los escritores antiguos o por lo menos ponerlo en duda. Si, por ejemplo, nos dice Estrabón que el perímetro de Nínive medía cuarenta y siete millas, y admitimos su testimonio en este punto, ¿por qué recusarlo cuando asevera el cumplimiento de las profecías sibilinas? No es de sentido común honrar a Heródoto con el título de padre de la historia y tachar después de necia jerigonza el relato de los maravillosos fenómenos que personalmente presenció. Acaso necesiten los científicos de toda su cautela en este particular para que las gentes no salgan de su engaño. Sin embargo, se sabe que siglos antes de nuestra era ya emplearon los chinos para desmontes y voladura de rocas la pólvora, cuya invención se había atribuido a Schwartz y Bacon. Según dice Draper[442], en el museo de Alejandría se conservaba una máquina de vapor inventada por el matemático Hero, un siglo antes de J.C., cuya forma era parecida a la de las actuales colipilas, por lo que añade el mismo autor que nada tiene de casual la invención de las modernas máquinas de vapor. Se engríe Europa de los descubrimientos de Galileo y Copérnico, y sin embargo, las observaciones astronómicas de los caldeos datan de un siglo después del diluvio, cuya fecha computa Bunsen en 10.000 años antes de la era cristiana[443]. Por otra parte se sabe que 2.000 años antes de J.C. un emperador chino

[442] *Conflictos entre la Religión y la Ciencia,* 311.

[443] Bunsen. – *Lugar de Egipto en la Historia Universal,* V, 88.

sentenció a muerte a los dos astrónomos de la corte por no haber vaticinado un eclipse de sol.

Ejemplo de las presunciones científicas de nuestro siglo y del falso concepto de su valer, nos lo ofrecen las alharacas con que se recibió el descubrimiento de la transformación de la materia y la conservación de la energía, considerado como el más importante del siglo por Guillermo Arimstrong, presidente de la Sociedad Británica. Sin embargo, no merece tal nombre de descubrimiento, porque desde tiempos remotísimos se conocía ya este principio, cuyos primeros vislumbres aparecen en la doctrina védica de la emanación y la absorción[444]. El griego Demócrito expuso también la teoría de la indestructibilidad de la materia, que nuestros físicos se han visto precisados a extender a la fuerza, diciendo que así como no se aniquila ni un átomo de materia, tampoco se desvanece fuerza alguna de la naturaleza, porque la fuerza es igualmente indestructible y se manifiesta en reversibles aspectos, de cuya modalidad depende el movimiento de la materia. Tal es el principio de la conservación de la energía, según los modernos científicos que de nuevo la han descubierto. Ya el año 1842 sospechaba Grove la reversibilidad del calor, luz, electricidad y magnetismo, capaces de ser causa en determinado momento y efecto en el siguiente[445]. Pero la ciencia nada dice ni sabe del origen de estas fuerzas ni de su modo de transformación; conoce los efectos é ignora la causa, porque no acierta a señalar el alfa y omega del fenómeno. Difícil es superar en este punto a Platón cuando pone en boca de Timeo estas palabras: "Dios conoce las cualidades originales de las cosas, pero al hombre sólo le cabe la posibilidad de conocerlas"[446]. Lo mismo dicen Tyndall y Huxley en sus obras, con la diferencia de no consentir que ni el mismo Dios les aventaje en sabiduría, y tal vez en esto fundan sus alardes de superioridad. Los antiguos induistas derivaron del principio de la conservación de la energía su doctrina de la emanación y la absorción, según la cual, el punto primario (Τό Ὁν) del inmenso círculo, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, emana de sí todas las cosas manifestadas en el universo visible bajo diversas formas que se transmutan y combinan recíprocamente en gradual transformación, desde el espíritu puro (la *nada* de los budistas) hasta la más densa materia, que se restituye a su primario estado o sea la absorción en el nirvana[447]. ¿Qué significa esto sino la conservación de la energía?

---

[444] Este mismo comentario se lee en la obra *De Divisione Naturæ*, escrita por Juan Erigena, filósofo del siglo VIII.

[445] Grove. – *Prefacio a la correlación de fuerzas físicas.*

[446] Platón. – *Timeo*, 22.

[447] Desde Higgins a Müller, cuantos arqueólogos y filólogos han estudiado imparcialmente las religiones antiguas, convienen en que pueden extraviar a quien las tome en sentido literal. El doctor Lardner, con intención o sin ella, adulteró groseramente las doctrinas antiguas. Según las enseñanzas esotéricas del budismo, el *pravritti* es la naturaleza existente en actividad, y el *nivritti* es la naturaleza en reposo. La

Demuestra la ciencia que el calor puede transformarse en electricidad y la electricidad en magnetismo y recíprocamente, de modo que el movimiento engendra indefinidamente el movimiento [448]. Para los científicos materialistas, queda resuelto el problema de la eternidad una vez demostrada la conservación de la materia y de la energía, como si con ella quedara también demostrada científicamente la inutilidad del espíritu.

Puede afirmarse, por lo tanto, que los modernos filósofos no han dado un paso más allá de los sacerdotes de Samotracia, los indos y los agnósticos cristianos. La parigualdad de la materia y de la fuerza está simbolizada en el mito samotraciense de los gemelos Dioskuros, hijos del cielo, a que alude Schweigger, que mueren y resucitan juntos, siendo absolutamente necesario que *uno muera para que el otro viva.* Conocían los sacerdotes de Samotracia, tan bien como los físicos modernos, la transformación de la energía, y aunque los arqueólogos no hayan encontrado aparato alguno a propósito para esta transformación, se infiere fundadamente por analogía, que casi todas las religiones antiguas se apoyan en el principio de coeternidad de la materia y de la fuerza y en la doctrina según la cual todo emana del sol central y espiritual, del espíritu de Dios, en el conocimiento de cuya potencialidad se funda la magia teurgia. A este propósito dice Proclo: “De la propia manera que el amante se eleva poco a poco de la belleza plástica a la belleza divina así los antiguos sacerdotes establecieron una ciencia basada en la mutua simpatía y semejanza que echaron de ver en las cosas subsistentes en el todo universal con las internas potencias que algunas de ellas manifiestan. De este modo descubrieron lo supremo en lo ínfimo y lo ínfimo en lo supremo, es decir, las cualidades terrenas en su celeste condición causal y las cualidades celestes adaptadas a la condición terrena”[449].

Señala después Proclo las misteriosas propiedades de algunos minerales, plantas y animales, conocidas pero no explicadas por los naturalistas modernos. Tales son los movimientos rotatorios del girasol, heliotropo y loto[450] y las particularidades observadas en las piedras solares y lunares, en el *helioselenio* y en el gallo, león y otros animales. Sobre el particular dice así: “Al observar los antiguos esta mutua simpatía entre las cosas celestes y las terrestres, aplicaron estas últimas a ocultos propósitos de naturaleza, tanto celestial como terrena, y en virtud de dicha simpatía, atrajeron cualidades divinas a esta miserable morada… Todas las cosas están llenas de divinas propiedades y las terrenas reciben su plenitud de las celestiales y éstas de las

---

“nada absoluta”, el “ no ser”, en sentido esotérico significa el “ Espíritu puro”, el INNOMINADO, incomprensible para la inteligencia humana, como si no fuese *nada.* Ya hablaremos de esto más adelante.

[448] Esto es el abecé del ocultismo y de la alquimia.

[449] *Comentario sobre la magia.*

[450] Poco antes de salir el sol, repliega los pétalos de la flor de loto y luego los va desplegando a medida que el sol avanza en su carrera, para después replegarlos de nuevo según desciende el astro hacia el ocaso.

supercelestiales, pues la ordenación natural arranca de lo supremo para descender gradualmente hasta lo ínfimo[451]. Porque cualesquiera que sean las cosas resumidas en otra de superior categoría se explayan al descender y quedan distribuidas varias almas bajo la acción de sus gobernadoras divinidades"[452]. Proclo no aboga aquí por la superstición, sino por la ciencia, pues la magia no deja de ser ciencia que, aunque oculta y desconocida de los científicos contemporáneos, se funda sólidamente en las misteriosas afinidades entre los seres orgánicos de los cuatro reinos de la naturaleza, y en las invisibles potencias del universo. Los herméticos antiguos y medioevales llamaban magnetismo, atracción y afinidad a la fuerza que hoy la ciencia llama gravitación. Esta ley universal está enunciada por Platón en el *Timeo*, diciendo que los cuerpos mayores atraen a los menores y cada cual a su semejante[453]. Los fundamentos de la magia *fueron* y *son* el perfecto conocimiento de las ocultas propiedades de las cosas visibles é invisibles de la naturaleza y de sus mutuas atracciones, repulsiones y enlaces, cuya causa es el principio *espiritual* que todo lo penetra y anima, de suerte que dicho conocimiento permite establecer las condiciones necesarias y suficientes para la manifestación de ese principio. Todo esto encierra el profundo y completo conocimiento de las leyes naturales.

Refiriéndose Wallace a uno de los casos de apariciones que relata Owen, exclama: "¿Cómo es posible negar o repudiar prueba tan evidente? Centenares de casos análogos están igualmente comprobados sin que nadie se tome el trabajo de explicarlos". A lo cual replica Ricardo A. Proctor, diciendo que "como los filósofos aseguraron hace muchísimo tiempo que todas esas historias de aparecidos son puras ilusiones y no se ha de hacer caso de ellas, les sabe a rejalgar que se aduzcan ahora nuevas pruebas de apariciones que han determinado la conversión de algunos hasta el extremo de, como si hubieran perdido el juicio, pedir nueva información so pretexto de error en el primer veredicto. Todo esto evitará acaso el ridículo de los *conversos;* mas para que los filósofos se avengan a la demandada investigación, es preciso representarles que el *bienestar de la especie humana depende en gran parte de las condiciones materiales,* mientras que los mismos conversos reconocen la frivolidad con que se conducen los aparecidos"[454]. La señora Hardinge Britten ha entresacado de la prensa diaria y científica gran número de notas comprobatorias de la clase de asuntos con que los intelectuales reemplazan el, para ellos, tan desagradable de duendes y

[451] Concepto diametralmente opuesto a la moderna teoría de la evolución.

[452] Ficino, *Excerpta y Disertación sobre la magia.* – Taylor, *Platón*, I, 63.

[453] La atracción entre los semejantes deriva más bien de la fuerza magnética que de la gravedad. El conocido principio físico, según el cual todos los cuerpos caen con la misma velocidad en el vacío, cualquiera que sea su masa, indica la intervención de un agente *desconocido*, que acaso sea el *magnetismo*, cuya atracción se relaciona más bien con la *substancia* que con la masa.

[454] Proctor. – Notas sobre los duendes y aparecidos y examen de los hechos alegados por Morgan, Owen, Wallace y otros defensores de los fenómenos psíquicos.

apariciones. Copia la señora Britten de un diario de Washington el acta de la solemne sesión de la Sociedad Científica Americana[455] celebrada el 29 de Abril de 1854, en la que el insigne químico Hare, profesor de la universidad de Filadelfia, tan venerado por su profunda ciencia como por su irreprensible conducta, no pudo hablar de los fenómenos espiritistas por oponerse a ello el profesor Henry con aquiescencia de la mayoría de socios[456].

El periódico *Spiritual Telegraph,* al extractar esta sesión académica la comenta como sigue: "Parece que el tema presentado por el profesor Hare hubiera debido considerarse del dominio de la ciencia, pero la Asociación Americana para el Fomento de las Ciencias creyó, al contrario, que no era digno de su atención aquel tema y por mayoría de votos quedó sobre la mesa… No podemos desaprovechar la ocasión de advertir que la Asociación Americana para el Fomento de las Ciencias discutió extensa, grave y profundamente en la misma sesión el tema de *¡por qué cantan los gallos a medía noche!* Es una cuestión verdaderamente digna de filósofos, que sin duda afecta en grado superlativo al bienestar de la especie humana".

Aunque se expone al ridículo quien manifieste su creencia en la misteriosa simpatía entre el hombre y ciertas plantas, se ha comprobado en muchos casos. Se sabe de personas que murieron poco después del arranque de un árbol plantado el mismo día en que nacieron; y en cambio, han ocurrido casos en que un árbol plantado en análogas circunstancias enfermó y murió simultáneamente con la persona de quien, por decirlo así, era gemelo[457].

Max Müller refiere varios casos de la misma naturaleza[458] y demuestra que esta creencia popular se halla extendida por muchas comarcas de Europa, Centro América, India, Nueva Zelanda y Guyana inglesa. Por su parte, Tyler dice sobre el particular: "Si sólo echáramos de ver esta creencia en la India y en Alemania, podríamos atribuirle origen ario, pero al hallarla asimismo en la América Central no hay más remedio que admitir relaciones precolombianas entre los pobladores de Europa y América o averiguar si en efecto tiene fundamento racional esa supuesta simpatía entre la vida de las plantas y la de los hombres."[459]

La actual generación, que sólo cree en el superficial testimonio de sus sentidos, no admitirá la atracción simpática entre animales, vegetales y aun minerales, porque el velo que entorpece su visión interna únicamente les permite percibir lo que no pueden negar. A esta incrédula generación tal vez le convenga el siguiente pasaje de Plotino:

---

[455] El título oficial de esta entidad es "Asociación Americana para el Fomento de las Ciencias."

[456] Britten. – *El moderno espiritismo norteamericano,* 119.

[457] Proctor diría que lo primero es "efecto de imaginación" y lo segundo "curiosa coincidencia".

[458] *Ensayo sobre los usos y costumbres.*

[459] Tyler. – *Investigaciones de la historia primitiva de la humanidad.*

"Los hombres se despojan lamentablemente de su divinidad desde el momento en que desdeñan todo cuanto a los cielos se refiere y nada creen de lo que es digno del cielo. Así forzosamente enmudecen las voces divinas"[460]. Esto mismo significa el emperador Juliano al decir: "el alma mezquina del escéptico es en verdad aguda, pero nada percibe con perfecta y sana visión".

Estamos a fines de un ciclo y en época notoriamente transitoria. Platón divide el progreso mental del universo en cada ciclo en dos períodos: fértil y estéril. Dice a este propósito que en las regiones sublunares permanecen los diversos elementos en perfecta armonía con la naturaleza divina, pero los seres que de dichos elementos participan, están unas veces en armonía y otras en discrepancia con la naturaleza divina, a causa de su entreveración con la materia terrena en los reinos del mal. Cuando las corrientes del éter universal[461], que en sí entraña los elementos de todas las cosas, están en armonía con el espíritu divino, nuestro planeta y cuanto contiene disfrutan del período fértil. Las ocultas potencias de los animales, vegetales y minerales simpatizan mágicamente con las naturalezas superiores, y el yo inferior del hombre se armoniza perfectamente con el Yo superior. Pero durante el período estéril, el yo inferior agota su mágica simpatía y se entenebrece la visión espiritual de la mayoría de las gentes hasta el punto de perder toda noción de las elevadas potencias de su divino espíritu. Actualmente estamos en un período estéril. El siglo XVIII padeció altísima fiebre de escepticismo, cuya enfermedad heredó el siglo XIX. La mente divina está eclipsada en los hombres que razonan tan sólo con su cerebro físico.

Antiguamente era la magia una ciencia universal que tan sólo profesaban los sacerdotes ilustrados; pero aunque el foco de esta ciencia estaba celosamente custodiado en el santuario, sus rayos iluminaban el mundo. Si así no fuera, ¿cómo explicar la sorprendente identidad de tradiciones, leyendas, costumbres, creencias y adagios populares, que lo mismo se encuentran entre los lapones y tártaros del norte, que en los pueblos meridionales de Europa, en las estepas rusas y en las pampas americanas? A este propósito dice Taylor que la máxima pitagórica "no remuevas fuego con espada", es popular entre gentes sin relación alguna étnica ni geográfica; pues según refiere Carpini, ya en 1246 la observaban los tártaros que en modo alguno consentirían en remover el fuego con arma de filo, por temor de "cortar la cabeza del fuego". Del mismo temor participan los kalmucos, y los abisinios preferirían meter los brazos desnudos hasta el codo entre brasas, antes que removerlas con hacha o cuchillo. Tyler dice que todos estos hechos son simples aunque curiosas coincidencias, y Max Müller opina, por el contrario, que entrañan en su fondo la doctrina pitagórica.

Las máximas de Pitágoras, como las de muchos autores antiguos, tienen doble significado, pues además del literal encubren un precepto, según explica Jámblico en su

[460] Taylor. – Traducción de las obras selectas de Plotino, 553.

[461] Llamadas "corrientes de luz astral", por Eliphas Levi.

Vida *de Pitágoras*. La máxima: "no remuevas el fuego con espada" es el noveno símbolo de los *Protrépticos* que exhorta, a la prudencia y enseña cuán conveniente es no avivar con duras palabras al encolerizado. También corrobora Heráclito la verdad de este símbolo diciendo que "es difícil luchar contra la cólera, pero todo debe hacerse para redimir el alma. Y ciertamente es así, porque muchos, por satisfacer su cólera, han transmutado la condición de su alma y preferido la muerte a la vida. En cambio, quien refrena la lengua y permanece tranquilo, trueca en amistad la contienda, extingue el fuego de la cólera y da pruebas de buen juicio"[462].

Habíamos dudado algunas veces de si nuestro juicio sería lo bastante imparcial y amplio para analizar respetuosamente las obras de filósofos tan insignes en nuestros tiempos como Tyndall, Huxley, Spencer, Carpenter y muchos otros. Nuestro vehemente amor a los hombres de la antigüedad, a los sabios primitivos, nos inspiraba el recelo de transponer los límites de la justicia y negársela a quienes la merecen; pero gradualmente se ha ido desvaneciendo toda duda y recelo al observar que somos eco débil de la opinión pública, manifestada en artículos periodísticos tan hábiles como el publicado en la *Revista Nacional,* correspondiente a Diciembre de 1875, con el título: *Los filósofos del día,* en el que se pone valientemente en tela de juicio la paternidad de los descubrimientos que los científicos modernos se atribuyen respecto a la naturaleza de la materia y del espíritu, a la formación del universo, a las peculiaridades de la mente y otros puntos igualmente interesantes. Dice a este propósito el autor del artículo que el mundo religioso se ha sorprendido y excitado ante las ideas de Spencer, Tyndall, Huxley, Proctor y otros de la misma escuela, quienes, no obstante sus innegables servicios a la ciencia, no han efectuado ningún descubrimiento, pues nada hay hasta ahora en sus más atrevidas especulaciones que no se haya enseñado en una ú otra forma desde hace miles de años… Los científicos no exponen sus hipótesis como descubrimientos propios; pero dejan que así lo suponga la opinión pública que, alimentada por los periódicos, acepta como artículo de fe cuanto le dicen y se maravilla de las consecuencias. Pero cuando alguien ataca en la prensa a los presuntos autores de tan sorprendentes hipótesis, tratan éstos de defenderse personalmente, sin que a ninguno se le ocurra decir: "Caballeros, no se incomoden ustedes, porque nosotros no hacemos otra cosa que remendar teorías tan viejas como los montes." Sin embargo, científicos y filósofos tienen la debilidad de dar importancia a cuanto creen que ha de allegarles nombradía inmortal. Huxley, Tyndall y aun el mismo Spencer se han erigido últimamente en infalibles pontífices y seguros oráculos de los dogmas del protoplasma, de las moléculas y formas y átomos primordiales, alcanzando con estos descubrimientos más palmas y laureles que pelos en la cabeza tuvieron Lucrecio, Cicerón, Plutarco y Séneca, no obstante el conocimiento que del protoplasma de los átomos primordiales y demás supuestas novedades se vislumbra en las obras de estos

[462] Jámblico. – *Vida de Pitágoras.* – Notas adicionales de Taylor.

últimos autores. Precisamente a Demócrito se le llamó el *filósofo atómico* por su teoría de los átomos.

De la misma *Revista Nacional* entresacamos la siguiente curiosa denuncia: "¿Qué cándido no se admiró hace un año de los sorprendentes efectos obtenidos del oxígeno? Con las mismas teorías que de Liebig hemos citado, Huxley y Tyndall lograron conmover los ánimos hasta la excitación… Otro descubrimiento que no ha dejado de alarmar a los timoratos es que cada pensamiento va acompañado de una alteración de la substancia cerebral. Para estas cosas y otras por el estilo no han tenido las dos eminencias otro trabajo que hojear las páginas de Liebig, quien dice en una de sus obras[463]: "La fisiología puede afirmar con suficientes indicios que *todo pensamiento* y *toda sensación* alteran constitutivamente la *substancia cerebral;* y que todo movimiento y manifestación de fuerza resulta de esa mudanza de la estructura o de la substancia del cerebro".

Así es que en las emocionantes conferencias de Tyndall echamos de ver las mismas ideas de Liebig, que a su vez son repetición de las de Demócrito y otros filósofos paganos. En suma, una mezcolanza de antiguas hipótesis expuestas con apariencias de fórmulas demostradas en la pintoresca, melosa é insinuante fraseología de este autor.

Análogamente, la citada *Revista Nacional* demuestra la coincidencia entre los descubrimientos de Tyndall y Huxley y las ideas expuestas por Priestley en sus *Disquisiciones sobre la materia y el espíritu* y por Herder en *su Filosofía de la Historia.* Dice a este propósito el articulista: "No sufrió Priestley persecución alguna, porque se abstuvo de alardear de sus opiniones ateas. Este químico, descubridor del oxígeno, escribió ochenta volúmenes donde expuso teorías idénticas a las que tan asombrosas y audaces se consideran en boca de los científicos modernos…

Nuestros lectores recordarán la sensación producida por las opiniones de algunos filósofos contemporáneos respecto del origen y naturaleza de las ideas. No obstante, nada tienen de nuevo dichas opiniones, porque, como dice Plutarco[464], "las ideas son incorpóreas y sin subsistencia por sí mismas; pero dan figura y forma a la materia amorfa cuyas manifestaciones determinan." Verdaderamente que ningún ateo moderno, ni siquiera Huxley, superará en materialismo a Epicuro, sino que tan sólo podrán remedarle. Y el protoplasma de Huxley no es ni más ni menos que una repetición del concepto de los panteístas indos llamados *swâbhâvikas,* quienes afirman que todos los seres, dioses, hombres y animales nacen del *swâbhâva* o sea de su propia naturaleza"[465].

[463] Fuerza y Materia, 151.

[464] *De Placitio Philosophorum.* – Cita de la Revista Nacional.

[465] Burnouf. – "*Introducción*", 118.

"En cuanto a Epicuro, escuchemos lo que en sus labios pone Lucrecio: "El alma así engendrada ha de ser material porque material es su origen y de alimentos materiales se nutre y con el cuerpo crece, madura y decae, de modo que, sea de hombre o de bruto, ha de morir con él"[466].

"Nuestro propósito es refrescar en el público inteligente y culto la memoria de los progresivos pensadores de la antigüedad, de modo que no se les eche en olvido. Deben recordarlos especialmente todos los que desde la cátedra, la tribuna y el púlpito aleccionan a las gentes. Si así lo hicieran, no habría tantas persecuciones infundadas ni tanta charlatanería ni, sobre todo, tanto plagio"[467].

Acertadamente dice Cudworth que lo que más vituperan los científicos de hoy en los sabios antiguos es su creencia en la inmortalidad del alma, pues les asusta pensar que dé creer en los espíritus y las apariciones han de creer también en Dios, y nada hay para ellos tan absurdo como la existencia de Dios. Sin embargo, muy diversamente opinaban los materialistas antiguos a pesar de lo escépticos que nos parecen. Epicuro creía en Dios sin creer en la inmortalidad del alma y Demócrito no negaba en modo alguno las apariciones. La mayor parte de los antiguos sabios admitían la preexistencia del espíritu humano semejante a Dios, y en este conocimiento apoyaban los magos de Persia y Babilonia la doctrina de la *machagistia* atestiguada en los *Oráculos caldeos* que tanto comentaron Pletho y Psello. Entre los antiguos sabios que afirmaron rotundamente la inmortalidad del alma humana se cuentan Zoroastro, Pitágoras, Epicarmo, Empedocles, Kebes, Eurípides, Platón, Euclides, Filón, Boecio, Virgilio, Cicerón, Plotino, Jámblico, Proclo, Psello, Sinesio, Orígenes y Aristóteles[468].

Algunos años han pasado desde que el conde de Maistre escribió las siguientes frases que si oportunas en su volteriana época, no lo son menos en nuestros escépticos días: "He leído y escuchado mil chocarrerías sobre la ignorancia de los antiguos, porque en todas partes veían espíritus. Pero me parece que nosotros somos aún más imbéciles que nuestros antepasados, porque nunca vemos ninguno en parte alguna"[469].

---

[466] Conviene advertir que Epicuro se refiere en este pasaje al cuerpo astral y no al divino espíritu. De lo expuesto se infiere que el protoplasma de Huxley fue conjeturado por Epicuro.

[467] *Revista Nacional*, Diciembre, 1875, pág.96.

[468] Dice Aristóteles en su tratado *De Anima*, libro I, cap. 3º, que el alma racional es distinta, aunque de la misma esencia del alma del mundo y debe preexistir antes de difundirse en el cuerpo.

[469] De Maistre. – Veladas de San Petersburgo.

CAPÍTULO VIII

> No creas que en mis mágicas maravillas me ayuden los ángeles de la Estigia evocados del infierno y malditos por quienes quisieron dominar a los tenebrosos divis y afrites, sino que me ayuda la percepción de los secretos poderes de las fuentes minerales, de las íntimas células de la naturaleza, de las hierbas colgantes en verde cortina y de los astros que voltean sobre torres y montes.
>
> TASSO, XIV, 13

> Como a las puertas del infierno, detesto a quien se atreve a pensar una cosa y decir otra.
>
> – POPE

> Si el hombre cesara de existir al bajar a la tumba, de confesar sin remedio que es la única criatura a quien la naturaleza o la providencia se han complacido en defraudar concediéndole cualidades que carecen de objeto de aplicación en la tierra.
>
> BULWER LYTTON.– *Una historia singular*

Del prefacio de la obra de Proctor titulada: *Nuestro lugar en el infinito,* entresacamos el siguiente párrafo: "La ignorancia en que los antiguos estaban del lugar de la tierra en el espacio les indujo a suponer influencias favorables o adversas de los astros en el destino de los individuos y de las naciones, así como a formar el grupo de siete días dedicados a los siete planetas de su sistema astrológico."

Dos distintas afirmaciones sienta Proctor en el párrafo citado: 1.ª Que los antiguos ignoraban el verdadero lugar de la tierra en el espacio. 2.ª Que creían en la influencia

favorable o adversa de los astros en el destino de los individuos y de los pueblos[470]. Sin embargo, hay poderosos motivos para suponer que los sabios de la antigüedad conocían la posición, movimientos y relaciones de los astros, según se infiere del testimonio de Plutarco, ampliado con los de Draper y Jowett. Además, si tan ignorantes eran los antiguos astrónomos, ¿cómo es que en los fragmentos de sus obras se descubren bajo el enigmático lenguaje muchos conceptos corroborados por recientes descubrimientos? En su citada obra expone Proctor la teoría de la formación de la tierra y describe las sucesivas fases por que pasó antes de ofrecer morada al hombre, pintando con vivos colores el gradual agrupamiento de la materia cósmica en esferas gaseosas, rodeadas de una inconsistente capa líquida, que fueron condensándose hasta la solidificación de la corteza externa, seguida del lento enfriamiento de la masa, con los resultados químicos de la acción del intenso calor sobre la primitiva materia del globo, que determinaron la formación y distribución de las partes firmes, los cambios en la constitución de la atmósfera, la aparición de vegetales, animales y por último del hombre.

Pero veamos ahora el hermético *Libro de los Números* [471] escrito, según tradición caldea, por Hermes Trismegisto. Dice así: “En el principio del tiempo el gran Invisible tenía sus santas manos llenas de materia celeste que esparció por el infinito y, ¡oh pasmo!, se convirtió en esferas de fuego y en esferas de arcilla que, como el inquieto metal[472], se disgregaron en esferas menores que empezaron a voltear incesantemente. Y algunas, que eran esferas de fuego, se convirtieron en esferas de arcilla y las de arcilla en esferas de fuego, porque las de fuego esperaban a que llegase el tiempo de convertirse en de arcilla y las otras las envidiaban en espera de convertirse en de puro y divino fuego.”

No creemos que nadie se atreva a pedir más claro compendio de las fases cósmicas tan elegantemente descritas por Proctor.

Vemos en el pasaje de Hermes la difusión de la materia, su agrupamiento en esferas de las que se disgregan otras menores, la rotación axial, la paulatina transición de la materia incandescente a materia terrosa y por fin la pérdida de calor con que se inicia el período de la muerte planetaria.

---

[470] No es necesario ir muy lejos para convencerse de que lo mismo creyeron astrónomos tan eminentes como Kepler, quien opinaba que los astros y la misma tierra están animados por espíritus inteligentes.

[471] No creemos que esta obra figure en los catálogos de las bibliotecas, pero es uno de los *“Libros de Hermes”* y entre otros autores lo citan en sus obras Arnaldo de Vilanova (*Rosarium philosophicum*), Francisco Arnolfo (*Lucensis opus de lapide*) y Raimundo Lulio (*Ab angelis opus divinum de quinta essentia*). Además se dan referencias de dicha obra en las también atribuídas a Hermes Trismegisto: *Tractatus de transmutatione metallorum* y *Tábula smaragdina.*

[472] Azogue o mercurio.

El tránsito de las esferas de arcilla a esferas de fuego explicará a los materialistas algunos fenómenos astronómicos, tales como la súbita aparición de una estrella en la constelación de Casiopea el año 1572 y de otra en el Serpentario en 1604, según observaciones de Kepler. Verdaderamente demuestran los caldeos en el citado pasaje más profunda filosofía que los astrónomos modernos, pues la conversión en esferas de "puro y divino fuego" simboliza la subsiguiente existencia planetaria análoga a la que más allá de la muerte corporal tiene el espíritu del hombre. Si, como ya admite la astronomía, nacen, crecen, se desarrollan, decaen y mueren los astros, ¿por qué no han de tener, como el hombre, la subsiguiente existencia etérea o espiritual? Así lo afirman los magos al decir que la fecunda madre tierra está sujeta a las mismas leyes que sus hijos y en oportunidad de tiempo engendra de su seno todas las cosas hasta que, llegada la plenitud de su tiempo, cae en la tumba de los mundos. La materia densa de la tierra se disgregará poco a poco en átomos que, con arreglo a la inexorable ley, formarán nuevas combinaciones; pero su espíritu quedará atraído por el céntrico sol espiritual de que originariamente emanara[473]. Según dice Hermes: "Y el cielo era visible en siete círculos, y los planetas aparecieron con todos sus signos en forma de estrellas que quedaron separadas y numeradas con los gobernadores residentes en ellas, y su carrera giratoria está limitada por el aire en una órbita circular donde se mueven bajo la acción del divino *espíritu*"[474].

Nadie hallará en las obras de Hermes ni el más leve indicio del enorme absurdo sostenido después por la iglesia romana, diciendo que los astros habían sido creados para recreo del hombre, puesto que el unigénito Hijo de Dios bajó a este ínfimo mundo para redimir nuestras culpas.

Proctor nos habla de una capa inconsistente de materia no condensada todavía, que recubre un océano de consistencia viscosa en el cual gira un núcleo sólido. Pero también esta hipótesis tiene su precedente en la siguiente referencia: "Asegura Hermes que *en el principio* era la tierra una especie de limo o gelatina temblorosa compuesta dé agua condensada por la incubación y calor del divino espíritu o, según la letra del texto: *cum adhuc terra tremula esset, lucente sole compacta esto*"[475].

De la misma obra de Filaleteo entresacamos el siguiente pasaje: "Por mi alma afirmo que la tierra es invisible, y no sólo esto, sino que el *ojo* del hombre no *ve* jamás la *tierra* ni puede ésta ser vista sin *arte*. *El mayor secreto* de la magia es hacer *invisible* este *elemento*… y este cuerpo *feculento y grosero* sobre que andamos, es un *compuesto,* y no la tierra, sino que en él está la *tierra*. En una palabra, que todos los elementos son visibles menos la tierra, y cuando alcancemos la necesaria *perfección* para saber por qué

[473] La palabra Dios expresa vagamente el concepto del céntrico sol espiritual.

[474] *Hermes*, IV, 6. – La palabra espíritu tiene aquí el significado de Pneuma o la divinidad: $\theta\varepsilon\acute{o}\varsigma$.

[475] Filaleteo. – *Magia adámica*, 12; edición 1650.

Dios ha puesto la tierra *in abscondito,* tendremos una excelente traza para conocer a Dios y saber cómo es *visible* y cómo *invisible”*[476].

Muchos siglos antes de nacer los científicos contemporáneos había ya dicho Salomón: “Tu poderosa mano hizo el mundo de *materia informe”* [477]. Esta frase encierra cuanto pudiéramos decir; pero añadiremos que tal vez la materia informe, la tierra preadámica entrañe una “potencia” cuyo hallazgo regocijaría a Tyndall y Huxley.

Al descender de lo universal o lo particular, de la antigua teoría de la evolución planetaria a la evolución de la vida vegetal y animal, tan opuesta a las creaciones individuales de los seres, vemos anticipada la moderna teoría de la transformación de las especies en el siguiente pasaje de Hermes: “Cuando Dios hubo llenado sus potentes manos de cuanto en la naturaleza existe y la limita, exclamó sin abrirlas: “¡Oh tierra bendita! Sé la madre de todo para que nada necesites. Entonces abrió las manos derramando de ellas todo lo necesario para la formación de las cosas”. Aquí tenemos simbolizada la materia primaria en que laten potencialmente todas las futuras formas de vida y que la tierra es la madre de cuanto desde entonces brota de su seno.

---

[476] Filaleteo. – *Magia adámica,* II. – Sin prueba alguna se da por cierto que los antiguos ignoraban la esferoicidad de la tierra; pero no obstante el desconocimiento en que este hecho estuvieron los escritores exotéricos, no cabe duda de que, según atestigua Plutarco, ya en tiempo de Pitágoras se enseñaba secretamente en las escuelas y por declararlo públicamente fue Sócrates condenado a muerte. Además, como hemos repetido varias veces, la ciencia estaba por entonces refugiada en los santuarios y tan sólo se comunicaba a los iniciados. Prueba de que éstos conocían la esferoicidad de la tierra, es la representación simbólica de *Kneph* (espíritu primordial), con un huevo en los labios para dar a entender que anima la tierra con su soplo. Y si los críticos no hallan ocasión de consultar *el Libro de los Números,* les remitiremos a la autoridad de Diógenes Laercio, quien afirma que Maneto enseñaba que la tierra tiene la figura de una bola. El mismo autor, refiriéndose probablemente al *Compendio de filosofía natural,* da las siguientes explicaciones de la doctrina egipcia: “El principio es materia Αρχῆν ξεῦ εἶναι ὕλην, de la que se separan los cuatro elementos. La verdadera forma de Dios es desconocida, pero como el mundo tuvo principio ha de ser perecedero… La luna se eclipsa cuando cruza la sombra de la tierra (Diógenes Laercio. –“Prœin, §§ 10, II). Por otra parte se sabe que Pitágoras enseñaba la redondez de la tierra, que tenía movimiento de rotación y era un planeta como los demás. (Fenelon. – “Vidas de los filósofos”). El profesor Jowett, en la Introducción al *Timeo* de Platón , no obstante sus dudas al traducir la palabra ἴλλεσθαι que bien puede significar ”circuyendo” o “compacto”, se inclina a creer que Platón conocía el movimiento rotatorio de la tierra, según se infiere del siguiente pasaje: “La tierra, nuestra nodriza, *describe un círculo* alrededor del polo que se extiende a través del universo”. Pero en opinión de Proclo y Simplicio, entendía Aristóteles que dicha palabra del *Timeo* significa *voltear* o *girar*. (*De Cœlo)*. El mismo Jowett admite más adelante que Aristóteles atribuía a Platón la enseñanza del movimiento giratorio de la tierra (“Diálogo de Platón”. – Introducción al *Timeo,* 501, 502). Sería una enormidad decir que Platón ignorase tan elemental principio astronómico, siendo como era admirador de Pitágoras é iniciado en las secretas enseñanzas del insigne filósofo de Samos.

[477] Libro de la sabiduría, XI, 17.

Más explícito es todavía Marco Antonio en su *Soliloquio*: "La naturaleza se complace en mudar todas las cosas y revestirlas de nuevas formas. La materia es para ella como cera con que moldea toda clase de figuras, y si hace un *pájaro* lo *convierte* después en *cuadrúpedo, o* de una flor hace una *rana,* de suerte que se deleita en sus operaciones mágicas, como los hombres en las obras de su propia imaginación"[478].

Antes de que los modernos científicos pensaran en la teoría evolutiva, había dicho ya Hermes que nada hay truncado en la naturaleza, pues todas sus obras rebosan de suave armonía sin saltos ni transiciones violentas ni aun en las muertes súbitas.

Los rosacruces iluminados profesaban la doctrina del lento desenvolvimiento de las formas preexistentes. Las *Tres Madres* enseñaron a Hermes el misterioso proceso de sus obras antes de revelarlo a los alquimistas medioevales. En lenguaje hermético las *Tres Madres* significan la luz, el calor y el magnetismo, transmutables según el principio de la correlación de fuerzas o transformación de la energía. Dice Sinesio que en el templo de Menfis encontró unos libros de piedra con la siguiente máxima esculpida: "Una naturaleza se deleita en otra; una naturaleza vence a otra; una naturaleza prevalece contra otra; pero todas ellas son *una sola"*.

La continua actividad de la materia está expresada en el siguiente aforismo de Hermes: "La acción es la vida de Phta". Por su parte Orfeo llama a la naturaleza «la madre que hace muchas cosas" Πολυμήχὰνος μάτηρ o "madre ingeniosa que imagina é inventa".

En su ya citada obra dice Proctor: "Todo cuanto existe, así en la superficie como en el interior de la tierra, las formas vegetales y animales y nuestro organismo corporal, están constituidos por materia atraída de las profundidades del espacio que por todas partes nos rodea". Los herméticos y rosacruces sostuvieron que todas las cosas, así visibles como invisibles, dimanaban de la lucha entre la luz y las tinieblas y que toda partícula material entraña una chispa luminosa *(espíritu)* cuya propensión a volver a su divino origen, librándose del obstáculo impediente, determina el movimiento de los átomos que a su vez engendra las formas. Sobre el particular dice Hargrave Jennings con referencia a Roberto Fludd: "Todos los minerales tienen en esta centella de vida la potencialidad rudimentaria de las plantas y otros organismos de más en más perfeccionados. Asimismo, todas las plantas tienen rudimentarias sensaciones que, con el tiempo, pueden ponerlas en estado de transformarse en otras criaturas capaces de moverse de acá para allá con funciones de orden más o menos elevado. De suerte que el reino vegetal ha de pasar por ignorados caminos a otros más altos senderos por donde irse perfeccionando hasta el punto de que su divina luz se explaye con mayor y

[478] Filaleteo. – *Magia adámica.*

más impelente fuerza y con más pleno y consciente propósito, por la planetaria influencia de los invisibles operarios del gran Arquitecto”[479].

La luz (primera creación según el Génesis) es la *Sephira* de los cabalistas; la Mente divina, la madre de los Sefirotes cuyo padre es la *Sabiduría oculta*. La luz es la primera emanación del Supremo y luz es vida según el Evangelista. Luz y vida son electricidad, el principio vital, el *anima mundi* que interpenetra el universo y vivifica todas las cosas. La luz es el mágico Proteo cuyas diversas ondulaciones, movidas por la divina voluntad del Arquitecto, originan las formas vivientes. De su turgente y eléctrico seno brotan la *materia* y el *espíritu*. Sus rayos entrañan la virtud de las acciones físico-químicas y de los fenómenos cósmicos y espirituales. La luz organiza y desorganiza; da y quita la vida; y de su punto primordial surgen gradualmente a la existencia miríadas de visibles é invisibles mundos. Dice Platón[480] que en un rayo de esta trina madre *primaria* encendió Dios el fuego que llamamos sol y no es causa de luz y calor, sino únicamente el foco, o mejor dicho la lente que concentra y enfoca sobre nuestro sistema solar los rayos de la luz primordial de cuyas diversas vibraciones dimana la correlación de fuerzas.

La obra de Proctor, que motiva estos comentarios, consta de doce tratados, de los cuales el último se titula: *Ideas acerca de la Astrología*. El autor estudia esta materia con mayor respeto del acostumbrado entre los científicos, en prueba de que puso en ella toda su atención. Dice a este propósito: “Si consideramos debidamente el asunto, hemos de convenir en que de cuantos errores sufrieron los hombres en su ansia de escrutar el porvenir, la astrología es el más digno de respeto y aun pudiéramos decir que el más razonable… pues los cuerpos celestes regulan inequívocamente el destino de los individuos y de las naciones, ya que sin las benéficas y reguladoras influencias del sol, que es entre todos el principal, perecerían las criaturas vivientes sobre la tierra… También tiene influencia la luna, y no es extraño que los antiguos infiriesen por analogía que si estos dos astros influyen tan poderosamente en la tierra, también tengan su especial influencia los demás astros”[481].

Por otra parte, no cree Proctor infundada su sospecha de que los planetas de más lento movimiento ejerzan influencia superior al mismo sol, y opina que “la astrología fué formándose tras repetidas tentativas en que los astrólogos se guiaron por la observada relación entre ciertos sucesos de monta en la vida de reyes, caudillos o magnates y la posición de los astros el día de su nacimiento. Sin embargo, también pudieron algunos astrólogos imaginar influencias en que creyeron las gentes por haberlas confirmado alguna *curiosa coincidencia*”.

---

479 Hargrave Jennings. – *Los rosacruces*.

480 *Timeo*.

481 *Nuestro lugar en el Infinito*, 313– 314.

Conviene advertir que aun los tratadistas formales recurren a palabras de tan vago sentido como la de *coincidencia,* para encubrir lo que les repugna aceptar. Pero los sofismas no son axiomas ni mucho menos demostraciones matemáticas en que por lo menos los astrónomos debieran apoyar sus afirmaciones. La astrología es ciencia tan *exacta* como la astronomía, con tal de que las observaciones sean también exactas, pues sin esta condición sinecuanónica una y otra ciencia incurrirán en error. La astrología es a la astronomía como la psicología a la fisiología, y tanto en astrología como en psicología es preciso ir más allá del mundo visible y entrar en los dominios del trascendente espíritu. Tal fué la vieja lucha entre las escuelas platónica y aristotélica; pero en nuestro siglo de escepticismo saduceico no prevalecerá aquélla contra ésta. Proctor parece como si viera la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo, pues si apuntáramos los errores y despropósitos de los astrónomos, seguramente excederían de mucho a los de los astrólogos[482].

Sigue exponiendo Proctor en su obra cuanto de heterodoxo ha encontrado en sus investigaciones científicas y se asombra más de una vez de tan "curiosas coincidencias" como, por ejemplo, la que refiere en estos términos: "No me detendré en la curiosa coincidencia de si efectivamente conocían los astrólogos caldeos el anillo de Saturno, pues representaban al Dios de este nombre dentro de un *triple* anillo… Del hallazgo de algunos instrumentos ópticos en las ruinas asirías, se infiere que pudieron descubrir los anillos de Saturno y los satélites de Júpiter… Belo, el Júpiter asirio, estaba algunas veces representado con cuatro alas esmaltadas de estrellas; pero es muy posible que esto fuesen meras *coincidencias"*.

Sin embargo, esta serie de coincidencias a que se refiere Proctor serían más milagrosas que la realidad de los hechos y no parece sino que los escépticos anden anhelosos de coincidencias. Bastantes pruebas dimos en el capítulo anterior de que los antiguos

---

[482] Las actuales circunstancias políticas de Europa, vindican a Nostradamus y otros astrólogos, del ridículo de que les han encubierto los escépticos. En un libro de profecías publicado en 1453, se lee, entre otras, la siguiente predicción:

"De aquí a dos veces doscientos años, el *Oso* arremeterá contra la *Media Luna* , pero si se alían el *Gallo* y el *Toro* no ha de ganar el *Oso*. Y dos décadas más tarde (sépalo el Islam y tiemble) la *Cruz* se afirmará y se irá debilitando la *Media Luna* hasta desvanecerse y desaparecer".

Precisamente a los cuatrocientos años justos de la profecía estalló la guerra de Crimea en que la alianza de Francia(*Gallo*) é Inglaterra (*Toro*) dio al traste con los proyectos de Rusia (*Oso*). Terminó la guerra en 1856, con grave riesgo de la desaparición de Turquía (*Media Luna*).

En el año actual (1876), *dos décadas* después de firmada la paz, han ocurrido inesperados sucesos que parecen confirmar el cumplimiento de la predicción, pues Turquía se va debilitando de año en año y cabe presumir que dentro de no largo tiempo quede borrada del mapa de Europa, para resolver de este modo la cuestión de Oriente.

Un ejemplar del mencionado libro de profecías está en la biblioteca de un pariente nuestro, con texto francés antiguo de difícil lectura, por lo que hemos tomado la cita de una traducción inglesa perteneciente, según se dice, a un caballero del Somersetshire (Inglaterra).

disponían de instrumentos ópticos tan excelentes como los del día. Según infiere Rawlinson de las inscripciones de los ladrillos asirios, el templo de Borsippa (Birs–Nimrud) tenía siete pisos dispuestos en círculos concéntricos de ladrillo y metal, del color correspondiente al planeta cuyas órbitas simbolizaban, y por lo tanto no cabe suponer que los instrumentos de Nabucodonosor fuesen de poco alcance ni de escasa monta los conocimientos de sus astrónomos. Tampoco es posible achacar a coincidencia que los caldeos diesen a cada planeta el color que en efecto han distinguido en ellos las recientes observaciones telescópicas[483]. Asimismo no puede ser coincidencia que Platón aludiera en el *Timeo* a la indestructibilidad de la materia, transmutación de fuerzas y conservación de la energía, de modo que su comentador Jowett dice a este propósito: "La última palabra de la filosofía moderna es continuación y desarrollo de los principios fundamentales de la ciencia que dejó sentados Platón"[484].

Las antiguas religiones fueron esencialmente *sabeístas,* y cuando lleguen a interpretarse con exactitud sus mitos y alegorías, no sólo se verá que no discrepan lo más mínimo de los modernos conceptos astronómicos, sino que casi todos los principios de esta ciencia están encubiertos en las ingeniosas trazas de sus fábulas. Alegorizaban el movimiento de los astros, personificaban la índole de los fenómenos y en la conducta y temperamento de las divinidades olímpicas simbolizaban los principios de las ciencias físico-químicas. La electricidad atmosférica en su estado latente está representada por los semidioses, cuya acción sé limita a la tierra, pero que en sus eventuales vuelos a las regiones divinas despliegan energía eléctrica *estrictamente proporcionada a la distancia a que se elevan.* Las mazas de Hércules y Thor eran mucho más mortíferas cuando los dioses se cernían entre las nubes. Júpiter olímpico concentraba en su persona y atributos las fuerzas cósmicas antes de que el genio de Fidias le diese forma humana a propósito para que las multitudes le adorasen con el nombre de *Máximus o* Dios de los dioses. El mito de Júpiter, menos metafísico y complicado en un principio, era elocuentísima expresión de filosofía natural. Según dicen Porfirio y Proclo, al elemento masculino *(Zeus)* de la creación se le llamaba cabeza de los seres vivientes *(Zõŏη-οκ-Zõŏη) cuyos* femeninos principios eran Vesta (tierra) y Metis (agua). En la teoría órfica, que desde el punto de vista metafísico es la más antigua de todas, representa Zeus a la vez la *potencia* y el *acto,* la *Causa* inmanifestada y el Demiurgo o Creador, emanado de la invisible Potencia. Las esposas de Zeus, considerado como Demiurgo, simbolizan los agentes de la evolución cósmica, es decir, las afinidades químicas y las atracciones y repulsiones magnéticas y la electricidad atmosférica. De estos simbolismos físicos se infiere cuán versados estaban los antiguos en las ciencias físicas tal como ahora se conocen.

---

[483] Obras de Rawlison. – Tomo XVII, 30–32 (edición revisada).

[484] Introducción al Timeo. – Diálogos de Platón, I, 509.

Posteriormente, en tiempo de Pitágoras representa Zeus la metafísica trinidad o sea la *Mónada* que de sí misma educe la *Tetractis* de voluntad, mente y acción. Más adelante todavía, los neoplatónicos se abstienen de filosofar sobre la Mónada primaria, por inaccesible al entendimiento humano, y tratan tan sólo de la *Triada demiúr*gica o manifestación visible y tangible de la Divinidad desconocida.

Plotino, Porfirio, Proclo y otros filósofos admitieron la misma Triada de Zeus Padre, Zeus Hijo *(Poseidón o Dunamis)* y de Zeus Espíritu *(Nous)*. Este mismo concepto siguió enseñándose durante el siglo II de la era cristiana en la escuela de Ireneo, pues no hubo entre los neoplatónicos y cristianos otra discrepancia que la violenta confusión establecida por los últimos entre la Mónada incomprensible y la *Triada* creadora.

Desde el punto de vista astronómico, Zeus–Dionisio tiene su origen en el Zodíaco o antiguo año solar. En Libia lo representaban bajo forma de carnero y su concepto era idéntico al Amun egipcio que engendró a Osiris (dios–toro), quien a su vez es una personificada emanación del Padre–Sol o Sol en Tauro, mientras que el Padre–Sol del cual emana esta personificación es Sol en Aries. Según sabemos, el toro simboliza la potencia creadora; y precisamente uno de los principales expositores de la cábala, Simón–Ben–Iochai que floreció en el siglo I de la era cristiana, nos explica el origen de esta extraña adoración de toros y vacas. Más adelante nos referiremos a las enseñanzas de los cabalistas sobre este símbolo, según las expone Simón–Ben–Iochai, y veremos que ni Darwin ni Huxley, fundadores de la teoría de la evolución y transformación de las especies, encontrarían en él nada opuesto a la razón y sí tan sólo la contrariedad de ver que los antiguos se les hayan anticipado en el descubrimiento.

Sin dificultad puede probarse que Saturno o Kronos (cuyo anillo descubrieron con toda seguridad los astrólogos caldeos) estuvo considerado desde tiempo inmemorial como padre de Zeus, antes de que éste alcanzara la suprema categoría de padre de los dioses. Es Saturno el Belo o Baal de los caldeos, que tomaron su culto de los acadianos, y aunque Rawlinson insiste en que estos últimos procedían de Armenia, no cabe admitir esta hipótesis por cuanto Belo es la variedad babilónica del Siva o Bala indo, el destructor dios del fuego que en muchos aspectos sobrepuja al mismo Brahmâ.

A este propósito dice un himno órfico: "Zeus es el primero y el último, la cabeza y las extremidades. De él proceden todas las cosas. Es hombre y ninfa inmortal[485], alma de las cosas, motor principal del fuego, sol y luna, fuente del océano, demiurgo del universo, divina potestad creadora y gobernadora del cosmos. Zeus lo es todo. Es fuego, agua, tierra, éter, noche, cielos, Metis (la arquitecta primieval)[486], Eros y Cupido. Todo está comprendido en las vastísimas dimensiones de su glorioso cuerpo"[487].

---

[485] Elementos masculino y femenino.

[486] La *Sophia* de los agnósticos y la *Sephira* de los cabalistas.

[487] Estobeo. – *Eglogas*.

Este breve himno laudatorio abarca el fundamento de todo concepto mítico. La imaginación de los antiguos era, según parece, tan inagotable como las visibles manifestaciones de la Divinidad que les deparaban los temas de sus alegorías siempre referentes, no obstante su copiosa variación, a las dos ideas capitales que bajo las sacras representaciones se ajustaban paralelamente a los aspectos físico y espiritual de las leyes naturales. Los metafísicos conceptos de los antiguos no estaban jamás en contradicción con las verdades científicas, y sus credos religiosos se basan en las ideas físico-psíquicas de los sacerdotes y filósofos, que las derivaron de las tradiciones primievales, confirmadas por la experiencia propia con auxilio de la sabiduría acopiada en épocas intermedias.

La misión de los rayos de Júpiter estaba simbolizada en Diana, la esplendente virgen Artemisa, llamada en antiquísimos tiempos *Diktynna*[488]. La luna es opaca y su brillo es reflejo de la luz solar. Su símbolo era la diosa Astarté o Diana que, como la cretense Diktynna, está coronada de una guirnalda de la mágica y siempre verde planta *diktammon o dictamnus,* cuyo contacto, según se dice, provoca el sonambulismo en quien no lo tiene. Análogamente a Eilithya y Juno Pronuba, presidía Diana los nacimientos y se la consideraba como divinidad esculápica. La guirnalda de *dictamnus* en las figuras de Diana nos demuestra una vez más la profunda observación de los antiguos, pues por una parte esta planta tiene muy eficaces virtudes sedantes y medra abundantemente en el monte Dicte de la isla de Creta; y por otra parte, la luna, según las más notables autoridades en magnetología, influye en los humores del cuerpo y en las células nerviosas, que tan importante papel desempeñan en la hipnotización. Así es que los cretenses ponían manojos de esta planta sobre el cuerpo de las parturientas y con las raíces hacían un brebaje que aliviaba los dolores del parto y mitigaba la peligrosa irritabilidad del organismo en este período. También solían colocar a las parturientas en el recinto sagrado del templo de Diana, expuestas a los rayos de la esplendente hija de Júpiter, la brillante y serena luna del cielo oriental.

Los induistas y budistas tienen muy complejo concepto de la influencia del sol y de la luna considerados como elementos masculino y femenino, que son respectivamente los principios positivo y negativo de la polaridad magnética. Todos los autores indos que trataron del magnetismo reconocieron la influencia de la luna en las mujeres, y tanto Ennemoser como Du Potet corroboran acabadamente las teorías de los videntes indos.

En todos los países de la antigüedad estaba consagrado el zafiro a la Luna, y los budistas tenían esta preciosa piedra en muchísimo respeto, no derivado de la superstición, sino con sólido fundamento científico. Atribuyen los budistas al zafiro virtudes mágicas, por cuanto su color azul obscuro determina fenómenos sonambúlicos, según puede observar cualquier estudiante de hipnotismo. Esto se deriva de la hasta hace poco tiempo no advertida influencia de los colores del prisma y

[488] Literalmente significa *rayo emitido*, de la raíz *dikein.*

especialmente del azul en el crecimiento de las plantas. Según ha demostrado el general Pleasonton, después de muchas discusiones académicas sobre la potencia calorífica de los rayos solares, los azules son los más eléctricos y su influencia favorece en mágicas proporciones el crecimiento de plantas y animales. Por otra parte, las investigaciones de Amoretti sobre la polaridad eléctrica de las piedras preciosas demuestran que el diamante, el granate y la amatista son electro–negativos, al paso que el zafiro es electro positivo[489]. Todo esto nos mueve a reconocer que las modernas ciencias experimentales corroboran cuanto acerca del particular conocían los sabios de la India, muchísimo antes de la fundación de las academias europeas.

Dice una antiquísima leyenda inda, que enamorado Brahmâ Prajâpati de su propia hija Ushâs[490], tomó la forma de ciervo *(ris'ya) y la* convirtió a ella en cierva, de modo que así se cometió el primer pecado de que fué culpable el mismo Brahmâ. Ante tamaña profanación, se aterrorizaron de tal manera los dioses, que asumiendo su más horrible aspecto, pues los dioses pueden tomar cuantas figuras quieran, formaron a Bhûtavan, el espíritu del mal, con propósito de aniquilar la *encarnación* del primer pecado, cometido por el mismo Brahmâ. Al ver esto, Brahmâ–Hiranyagarbha[491] se arrepintió profundamente y empezó a recitar los mantras de purificación. De su llanto cayó una lágrima, la más ardiente de cuantas de ojos brotaron, que al tocar en el suelo se convirtió en el primer zafiro"[492]. Esta semipopular y semisagrada leyenda denota que los indos, no sólo sabían que el azul era el color más eléctrico, sino que también conocían la influencia del zafiro y de otros minerales. Aparte de esto, dice Orfeo que con una piedra imán es posible influir en muchas personas reunidas; Pitágoras atribuye secreta importancia al color y naturaleza de las piedras preciosas; y Apolonio de Tyana enseñaba a sus discípulos las ocultas virtudes de estas piedras, y cada día del mes llevaba una sortija de distinta piedra, con arreglo a las leyes de la astrología judiciaria. Según los budistas, el zafiro tranquiliza el espíritu, serena el ánimo, aleja los malos pensamientos y tonifica el cuerpo, que son precisamente los efectos atribuidos por la moderna electroterapia a la acción de una corriente eléctrica con acierto dirigida. A este propósito dicen los budistas: "El zafiro abre puertas y casas cerradas para el espíritu del hombre; despierta el deseo de orar y entraña mayor paz que cualquiera otra alhaja. Pero quien la lleve ha de vivir pura y santamente"[493].

---

[489] Kieser. – *Archivos*, IV, 62. – Realmente muchos símbolos antiguos eran equívocos o juegos de palabras.

[490] Los cielos. Algunas veces la aurora.

[491] Los induistas dan también a Brahmâ el sobrenombre de *Hiranyagarbha*, que significa *alma unitaria,* mientras que *Amrita* es el alma suprema, la primera emanación del Brahmâ creador.

[492] Rig Veda. – *Aitareya Brâhmana*.

[493] Marbod. – *Liber lapid* (edición Beekman).

Diana es hija de Zeus y Proserpina[494]; pero Hesiodo la llama Diana Eilythia–Lucina y dice que es hija de Júpiter y Juno[495]. En las frecuentes querellas conyugales entre Júpiter y Juno, su hija Diana se vuelve de espaldas a su madre y sonríe a su padre, aunque reconviniéndole por sus devaneos. Esto es símbolo de los eclipses de luna, durante los cuales, se dice que los magos de Tesalia y Babilonia convertían hacia la tierra sus hechizos y encantos hasta lograr que se reconciliase la irritada pareja. Entonces Juno sonreía orgullosa a la brillante Diana que, circuyéndose de su creciente, volvía al secreto retiro de las montañas.

Parece que esta fábula alude a las fases de la luna. Los habitantes de la tierra sólo vemos un hemisferio de la luna y esto significa que Diana *le vuelve la espalda a* su madre Juno.

Las posiciones respectivas del sol, la tierra y la luna cambian continuamente, y la fase de luna nueva coincide siempre con variaciones atmosféricas, aparte de que las tempestades pudieron muy bien sugerir la idea de una lucha entre el sol y la tierra, sobre todo cuando aquél está oculto por rugientes nubes. Además, la luna no brilla en su fase de nueva, porque el hemisferio visible desde la tierra no está iluminado por el sol; pero después de la *reconciliación,* va mostrándose gradualmente iluminado el disco de la luna, y de aquí que los astrólogos caldeos y los magos de Tesalia, cuyo conocimiento del curso de los astros igualaba al de cualquier astrónomo moderno, se esforzaran en aplacar las iras de la luna y moverla a mostrar de nuevo su semblante, después de haber recibido la "radiante sonrisa" de su madre la tierra, cuando a su vez se refleja la luz del sol en la luna. Por esto decía la fábula que tan luego como Diana se ciñe el creciente, se marcha otra vez a cazar a la montaña.

No hemos de negar la intrínseca sabiduría de los antiguos juzgando por las, en apariencia, *supersticiosas* fábulas con que velaron la explicación de los fenómenos naturales, pues a tanto equivaldría que, por ejemplo, dentro de quinientos años nuestros descendientes tacharan de *antiguos* ignorantones a los discípulos del profesor Balfour Stewart y de filósofo superficial a su maestro, por haber llevado éste a cabo experimentos con propósito de averiguar, como en efecto averiguó, que las manchas del sol están relacionadas con las enfermedades de algunas plantas y que influyen poderosamente en las condiciones de la tierra[496]. Si la ciencia moderna llega a este punto, no hay motivo para tratar de locos o de bellacos a los astrólogos de la

---

[494] Símbolo de la actividad de la tierra.

[495] La diosa Juno simboliza también la tierra, cuando devorada por Kronos o Saturno, le devuelve la vida la oceánica Metis. La evolución del tiempo está simbolizada en saturno que devora a la tierra en los cataclismos prehistóricos; y cuando Metis (las aguas), se retira a descansar en sus múltiples lechos, es decir, cuando se restaura el curso normal de las aguas y aparecen los nuevos continentes en seco, resucita Juno a nueva vida en su primera forma. Esta misma idea se expresa en el Génesis, I, 9 y 10.

[496] Balfour Stewart. – *El sol y la tierra.*

antigüedad. Entre la astrología natural y la judiciaria hay la misma relación que entre la fisiología y la psicología o entre lo físico y lo moral. Si posteriormente decayeron estas ciencias en pura charlatanería, gracias a unos cuantos impostores ávidos de ganancia, no es justo acusar de ello a los insignes astrólogos cuyo amor al estudio y santidad de vida inmortalizaron los nombres de Caldea y Babilonia. Seguramente que no merecen el dicterio de impostores quienes desde el observatorio de Belo, rodeado de nubes, como dice Draper, remontaron sus exactas observaciones astronómicas hasta cien años acá del diluvio. Aunque se hayan ridiculizado los procedimientos que seguían los caldeos para divulgar las verdades astronómicas, cabe la duda de si aventajaban a los modernos procedimientos de enseñanza, pues en su tiempo la ciencia estaba hermanada con la religión y la idea del Creador era inseparable de las obras de la creación. El vulgo de Babilonia y de Grecia sabía que Urano [497] era el padre de Saturno y Saturno el de Júpiter, a quienes, así como a sus satélites, diputaban por divinidades; mientras que en nuestros tiempos apenas habrá entre las multitudes el uno por diez mil que conozca la respectiva posición y movimiento de los planetas del sistema solar.

Basta abrir cualquier tratado de astrología y comparar la *Fábula de las doce mansiones* con los modernos descubrimientos astronómicos respecto a la constitución de los planetas, para advertir que los antiguos la conocían perfectamente sin necesidad del espectroscopio, pues las simbólicas representaciones de los dioses del Olimpo y los doce signos del Zodíaco con sus especiales cualidades, nos indican hasta cierto punto las proporciones de calor y luz recibidas del sol por cada planeta. Las diosas que simbolizan la tierra son idénticas en naturaleza física a los demás dioses y diosas, dando a entender con ello que aquellos astrónomos que día y noche velaban en la cúspide de la torre de Belo, (comunicándose continuamente con las divinidades personificadas, habían echado de ver la unidad física del universo y la analogía química entre la tierra y los demás planetas. La astrología representa al sol en Aries (Júpiter) como signo masculino, diurno, cardinal, equinoccial, oriental, cálido y seco, en perfecta correspondencia con el carácter atribuido al "Padre de los dioses".

Cuando Zeus–Akrios arranca colérico de su ardiente cinto los rayos que desde los cielos fulmina, rasga las nubes y desciende convertido en Júpiter *Pluvius*, en torrentes de lluvia. Es el mayor *y* más encumbrado dios y se mueve con tanta velocidad como el mismo rayo. Ahora bien; el planeta Júpiter gira sobre su eje con velocidad ecuatorial de unos 720 kilómetros por minuto. Tan excesiva fuerza centrífuga ha sido al parecer la causa de su gran aplanamiento en los polos y sin duda por ello representaban los cretenses a Júpiter sin orejas. El disco del planeta está cruzado por fajas obscuras de amplitud variable, relacionadas, según parece, con la rotación sobre su eje producidas

---

[497] Aunque los europeos descubrieron el planeta Urano en 178l, cabe inferir que ya lo conocían los astrólogos caldeos.

por perturbaciones atmosféricas. De aquí que el rostro del padre Zeus se inflamara de ira al ver la rebelión de los titanes.

En la obra de Proctor aparecen los astrónomos como destinados por la Providencia a topar con toda suerte de curiosas coincidencias, porque entresaca muchos casos de los *miles* que pudiera citar. A esta lista podemos añadir el ejército de egiptólogos y arqueólogos favorecidos por la *señora casualidad,* que suele escoger a los "árabes complacientes" y otros caballeros orientales para representar el papel de genios benéficos en las dificultades con que tropiezan los orientalistas. Ebers fué uno de los recientemente favorecidos, y por otra parte se sabe que cuando Champollion necesitaba alguna malla en la cadena de sus investigaciones, no le era difícil encontrarla de singular é inesperada manera.

Voltaire, el "impío" mayor del siglo XVIII, decía que si no existiese Dios fuera preciso inventarlo. Volney, también tachado de materialista, no niega a Dios en ninguno dé sus libros; antes al contrario, afirma repetidas veces que el universo es obra del *Omnisciente* y está convencido de la existencia de un agente supremo, un artífice universal llamado Dios[498].

Al fin de sus años admite Voltaire las doctrinas pitagóricas Y concluye diciendo: "He consumido cuarenta años de mi peregrinación en busca de la piedra filosofal llamada verdad. Consulté con los filósofos desde Platón a Epicuro y desde Agustín a Malebranche y sigo en la misma ignorancia… Todo cuanto he podido inferir de la comparación y cotejo de los sistemas de Platón, Aristóteles, Pitágoras y los orientales, es que la *casualidad es palabra sin sentido,* pues el mundo está regido por leyes matemáticas"[499].

Conviene advertir que Proctor tropieza con la misma piedra de escándalo que los autores materialistas, cuyas opiniones comparte, confundiendo las operaciones físicas con las espirituales de la naturaleza. Prueba de las orientaciones de su mente nos da la suposición por él mantenida de que tal vez los sabios de la antigüedad infirieron la influencia sutilísima de los astros por analogía con la ya conocida del sol y de la luna, pues dice que si según la ciencia el sol es manantial de calor y luz y la luna influye en las mareas, necesariamente habían de atribuir a los demás astros la misma influencia en el organismo y destino de los hombres[500].

Pero permítasenos ahora una digresión. Difícilmente descubrirá el concepto que de los astros tenían los antiguos, quien desconozca el significado esotérico de sus doctrinas, pues si bien la filología y la teología comparadas han emprendido una ardua tarea de análisis, sus resultados son hasta ahora de poca importancia, a causa de que

---

498 Volney. – *La ley natural.*

499 Voltaire. – *Diccionario filosófico*. Art. *Filosofía.*

500 Proctor. – *Conferencias de Boston,* Diciembre, 1875.

las alegorías del lenguaje han extraviado a los comentadores hasta el punto de tomar los efectos por causas y las causas por efectos. En el complejo fenómeno de la correlación de fuerzas, no es capaz de señalar el sabio más eminente cuál de ellas es la causa y cuáles son los efectos, ya que todos son recíprocamente transmutables. Por lo tanto, al preguntar a los físicos si la luz engendra calor o si inversamente el calor engendra luz, responderían probablemente que la luz engendra calor. Pero ¿cómo?: ¿hizo el gran artífice primero la luz y después el sol, o formó desde luego el sol que, según se dice, es el único manantial de luz y por consiguiente de calor? Esta pregunta tal vez parezca pueril a primera vista, pero mudará de aspecto si detenidamente la examinamos. Según el *Génesis,* el Señor hizo la luz tres días antes de hacer el sol, la luna y las estrellas. Tan enorme despropósito científico ha regocijado a los materialistas, que en verdad podrían aprovecharse dialécticamente de él si fuera cierta su hipótesis de que la luz y el calor dimanan del sol. A falta de otra mejor, todo el mundo acepta esta hipótesis que, según expresión de un predicador, prevalecía soberanamente en el reino de las especulaciones. Los antiguos heliólatras identificaban el Supremo Espíritu con la naturaleza y veneraban al sol como divinidad "en quien reside el Señor de la vida". Según la teoría induista, Gama es el sol, la fuente de las almas y de *toda vida*[501]. También la divinidad inda Agni, el *fuego divino,* está identificada con el sol[502]; Ormazd es la luz, el dios–sol, donador de vida. Según la filosofía induista, las almas emanan del alma del mundo y a su origen vuelven como las chispas al fuego[503]; y otro pasaje dice que el sol es el alma de todas las cosas, que todo salió del sol y al sol ha de volver[504], de lo cual se infiere que el sol físico es símbolo del invisible sol central y espiritual, es decir, de Dios cuya primera manifestación es *Sephira,* la Luz emanada de *En–soph.*

Dice el profeta Ezequiel: "Y miré y he aquí que venía del Aquilón un viento de torbellino y una grande nube envuelta en *fuego* y en su torno un resplandor y de en medio de él, esto es, de en medio del fuego, como apariencia de *electro*"[505].

Y dice Daniel:

> "… sentóse el Anciano de días…[506] en su trono de llamas de *fuego* con ruedas de fuego encendido… Un impetuoso río de fuego salía de su faz"[507]. "Como el Saturno pagano que

[501] Weber. – *Estudios induistas*, I, 290

[502] Wilson. – *Rig Veda Samhita*, II, 143.

[503] Duncker, II, 162.

[504] Wultke, II, 262.

[505] *Profecía de Ezequiel*, I, 4.

[506] El *En Soph* de los cabalistas.

[507] *Profecía de Daniel,* 9, 10.

> tenía su castillo de llamas en el séptimo cielo, así el Jehovah judío tiene su "castillo de fuego sobre el séptimo cielo"[508].

Si la falta de espacio no lo impidiese, fácilmente probaríamos que los antiguos heliólatras consideraban el sol visible como emblema del invisible y metafísico sol espiritual y no creían que, según dice la ciencia moderna, la luz y el calor dimanen del sol físico ni que este astro infunda la vida en la naturaleza visible. A este propósito dice el *Rig Veda:* "Su radiación es perpetua. Los intensamente brillantes, continuos, inextinguibles y omnipenetrantes rayos de Agni no cesan de irradiar ni de día ni de noche". Esto se refiere sin duda alguna al sol central y espiritual, al eterno é infinito donador de vida cuyos rayos son omnipenetrantes y continuos. El sol espiritual es el *centro* (que está en todas partes) de la *circunferencia* (que no está en ninguna); es el fuego etéreo y espiritual; el alma y espíritu del omnipenetrante y misterioso éter; el desesperante enigma de los materialistas, quienes algún día se convencerán de que la electricidad ó, mejor dicho, el *magnetismo* divino es causa de la diversidad de fuerzas cósmicas manifestadas en correlación perpetua y que el sol físico es uno de los miles y miles de *imanes* esparcidos por el espacio, un reflector[509] sin más luz propia que la de cualquier astro opaco. Día ha de llegar en que varíe el concepto científico de la gravitación según la entendía Newton y se eche de ver que los planetas giran atraídos por la potente fuerza magnética del sol y no por su peso o gravitación. Esto y mucho más podrán aprender algún día; pero entretanto démonos por satisfechos con que se burlen de nosotros en vez de tostarnos por herejes o recluirnos en un manicomio por orates.

Las leyes de Manu no son ni más ni menos que las doctrinas de Platón, Filo, Judeo, Zoroastro, Pitágoras y los cabalistas que explican el esoterismo de todas las religiones. El concepto cabalístico del Padre y del Hijo (Πατήρ y Λόγος) es idéntico al de las enseñanzas fundamentales del budismo. Moisés no podía revelar al pueblo los sublimes secretos de las doctrinas religiosas y cosmogónicas veladas bajo la *Ilusión*

---

[508] *Libro de Enoch*, XIV, 7.

[509] Tal es la opinión del general norteamericano Pleasonton, cuyas observaciones han corroborado la antigua y al parecer ridícula doctrina pitagórica que, según la autoridad de Platón (*Introducción al Timeo.* – Jowett), consideraba el sol como un imán que embebe el magnetismo y como una lente universal que enfoca la luz también universal.

El general Pleasonton califica de falacia la gravitación universal con sus fuerzas centrípeta y centrífuga, y arremete revolucionariamente contra la ciencia moderna frente a los Tyndall y Huxleys de nuestros días. Mucho nos complace encontrar tan ilustrado defensor de una de las más antiguas enseñanzas herméticas que nuestra época diputa por *absurdas alucinaciones.* (Véase la obra del general Pleasonton: *Influencia de los rayos azules y del azul del cielo en la vida orgánica*).

induista, que encubría hábilmente el *Sancta Sanctorum cuyo* significado extravió a tantos comentadores[510].

Las heterodoxas teorías del general Pleasonton vienen a corroborar las enseñanzas cabalísticas. Según este experimentador (cuyas conclusiones se apoyan en hechos mucho más sólidos que los aducidos por la ciencia ortodoxa), el espacio comprendido entre el sol y la tierra está ocupado por un medio transmisor de naturaleza física[511]. El enorme roce de la luz al atravesar este medio ha de producir necesariamente electricidad que, transmutada en magnetismo, engendra las enormes fuerzas naturales cuya acción determina las variaciones de la vida planetaria. Demuestra Pleasonton que el calor terrestre *no* deriva directamente del sol, porque el calor *asciende*. Dice que por ser la fuerza productora del calor repelente y electropositiva, queda atraída por la electricidad negativa de las capas superiores de la atmósfera. Aduce en prueba de ello que cuando la nieve cubre el suelo y estorba la acción de los rayos del sol, está más caliente en los puntos donde mayor es la capa de nieve, a causa de que el calor electropositivo irradiante del interior del globo queda atraído por la electricidad negativa de la nieve.

De todo esto concluye Pleasonton que la luz es un elemento independiente del sol, creado por el divino *fiat,* cuyo *roce* con el medio de transmisión engendra el calor[512]. Afirma por otra parte, contra la hipótesis de la constitución gaseosa é incandescente del sol, que las irradiaciones de la fotoesfera producen enormes cantidades de electricidad y magnetismo al atravesar el espacio, de suerte que la combinación de electricidades contrarias engendra calor y transmite el magnetismo a todas las substancias capaces de recibirlo. Así, cada astro y cada nebulosa es un imán.

---

[510] En ningún país se confiaban a la escritura las doctrinas genuinamente esotéricas. La induista Brahmâjñâna se ha transmitido oralmente de una a otra generación, y por el mismo procedimiento comunicó a Moisés las doctrinas cabalistas a sus discípulos. El primitivo agnosticismo oriental quedó enteramente corrompido y adulterado `por las distintas sectas que lo sucedieron. Filo Judeo, en su obra *De Sacrificis Abeli et Caini,* alude a misterios que no es posible revelar a los profanos. Platón pasa por alto muchos puntos y sus discípulos advierten repetidamente este sigilo del maestro. Quien haya leído, siquiera superficialmente, a los filósofos antiguos, echará de ver su analogía con las leyes de Manû hasta el punto de inferir que todos bebieron en las mismas fuentes. Dice Manû: "En la mente divina existía en un principio este universo como envuelto en tinieblas, no manifestado, imperceptible, indefinible, inrevelado, inaccesible a la razón, cual si estuviera profundamente dormido. Después la única Potestad existente por sí misma y que a si misma no se conocía, apareció radiante de gloria y, disipando las tinieblas, actualizó su idea". Así habla el código fundamental de la sabiduría. La *Idea* de Platón es el *Logos*, la *Voluntad* divina, manifestad por sí misma, la eterna *Luz* de que *emana* toda luz visible y física.

[511] De la descripción que de este medio hace Pleasonton, inferimos su identidad con la luz astral de los cabalistas.

[512] En el fondo, el concepto que de la luz expone Pleasonton, es idéntico al *Sephira* (inteligencia divina y principio femenino), que en unión de *En–Soph* (sabiduría divina o principio masculino), engendraron todas las cosas visibles é invisibles.

Si Pleasonton evidenciara esta su hipótesis, no les quedarían a las futuras generaciones muchas ganas de burlarse de la luz sideral de Paracelso ni de su doctrina de las magnéticas influencias ejercidas por los astros en animales, vegetales y minerales[513].

El prevalecimiento de tan revolucionarias ideas nos mueve a preguntar a los científicos si sabrían decirnos *por qué* el movimiento de las marcas está relacionado con el de la luna. Seguramente que no acertarían a explicar este conocido fenómeno tan satisfactoriamente como lo hiciera un neófito en magia o alquimia, ni tampoco nos dirían por qué los rayos de la luna producen funestos efectos en determinadas personas hasta el punto de volverse loco quien a su luz se duerme en algunos parajes de la India y de África; ni por qué las crisis de ciertas enfermedades coinciden con las fases lunares y los sonámbulos están mucho más excitados en el plenilunio. Los jardineros, labradores y leñadores creen firmemente en la influencia de la luna en la vegetación, y entre otras pruebas de ello tenemos que diversas especies de mimosas abren y cierran sucesivamente los pétalos de sus flores, según la luna llena aparece o se oculta entre nubes[514].

Si la ciencia no sabe explicar estas influencias físicas, en mayor ignorancia estará todavía acerca de la influencia de los astros en el destino del hombre; y por lo tanto carecen los científicos de autoridad para contradecir lo que con pruebas no pueden impugnar. Desde el momento en que las fases de la luna influyen tan notoriamente en la tierra, que en todo tiempo estuvieron familiarizadas las gentes con sus efectos, no resulta irrazonable afirmar la posibilidad de que determinada, combinación de influencias siderales produzca sus correspondientes efectos.

Si recordamos lo que dicen los ilustrados autores de *El Universo invisible,* acerca de los efectos resultantes en el éter universal de una causa tan nimia como la vibración del pensamiento en el cerebro humano, más lógico nos ha de parecer todavía que el tremendo impulso dado al éter por la rotación de millones de astros influya en la tierra y sus habitantes. Si los astrónomos desconocen la oculta ley de formación dé los mundos que incesantemente voltean en torno de un punto céntrico de atracción,

---

[513] Por otra parte, si posteriores observaciones confirmaran la hipótesis de Pleasonton, quedaría algún tanto eclipsada la gloria de físicos como Tyndall, quien atribuyó a la acción del sol el calor sufrido en cierta ocasión al bajar del monte Blanco con nieve hasta las rodillas. Pleasonton sostuvo en contra del ilustre físico, que el calor del sol hubiera derretido la nieve, y por lo tanto, la sofocación que sintió Tyndall derivaba probablemente de que por la acción eléctrica de la luz solar las obscuras prendas de lana con que se abrigaba el físico quedaron electrizadas positivamente, en contraposición a la electricidad negativa de las altas regiones atmosféricas, lo cual determinó aumento de calor. (Influencia de los rayos azules, etc., pág.39 y sig.)

[514] Los indos de Travancore tienen un significativo proverbio que dice: “Las palabras dulces son mejores que las ásperas. El mar es atraído por la luna fría y no por el sol ardiente”. Con seguridad que el autor del proverbio sabía mucho más que nosotros acerca de las mareas.

¿cómo se atreven a decir que no puedan actuar en el espacio ciertas influencias cuya acción se deje sentir en los planetas? No se sabe apenas nada respecto a los agentes imponderables ni de sus efectos en el cuerpo y mente del hombre; y aun lo poco que se conoce por demostración, se achaca a la casualidad de curiosas coincidencias[515]. Pero gracias a estas coincidencias sabemos que ciertas enfermedades, inclinaciones, dichas é infortunios de la humanidad son más intensas y prevalecientes según la época, pues hay epidemias tanto en lo físico como en lo moral. En unos tiempos la controversia religiosa excita las más acerbas pasiones de la animalidad humana, provocando enconadas persecuciones y sangrientas guerras, al paso que en otros el espíritu de rebelión se propaga por medio mundo como virulenta epidemia[516].

Además, el *pensamiento colectivo* va acompañado de anómalas condiciones psíquicas que invaden a millones de individuos hasta el punto de moverles a obrar automáticamente, corroborando con ello la vulgar opinión de las obsesiones diabólicas justificadas por las satánicas emociones y actos que dimanan de semejante estado mental. En ciertas épocas predomina la tendencia colectiva al retiro y la contemplación, y de aquí el incalculable número de postulantes a la vida ascética y monástica. Otras épocas propenden, por el contrario, a la *acción* manifestada en caballerescas aventuras que llevan a miles de gentes en busca de *Eldorados o* las empeñan en crueles guerras por la posesión de míseros y áridos territorios[517]. Dice a este propósito Carlos Elam que "la semilla del vicio germina en el subsuelo social y brota y fructifica incesantemente con espantosa rapidez".

En presencia de tan chocantes fenómenos, la ciencia permanece muda sin conjeturar siquiera su causa, y natural es que así proceda por cuanto no ve más allá de este globo de arcilla y de su pesada atmósfera, sin percatarse de las ocultas influencias que a cada instante recibimos. Pero los antiguos, a quienes también Proctor trata de ignorantes, sabían que las relaciones interplanetarias son tan perfectas como las establecidas entre los glóbulos de la sangre que, flotantes en el mismo flúido, reciben las combinadas influencias de todos los demás, al par que cada uno de ellos influye en todos. Así como los planetas difieren en magnitud, distancia y movimiento, asimismo es distinto no sólo el impulso que cada cual comunica al éter o luz astral, sino también las sutiles fuerzas que irradian según su posición en el espacio. La música es combinación modulada de sonidos y el sonido es vibración etérea en el aire. Ahora bien; si los impulsos comunicados al éter por los astros pueden compararse a las notas de un instrumento musical, fácilmente concebiremos la realidad de la "Música de las esferas" a que aludía Pitágoras, y que en determinadas posiciones puedan perturbar los astros el éter en que

[515] A nuestro entender lo más curioso de estas "coincidencias", es que los científicos recurran a esta palabra para eludir la explicación de ciertos hechos cuya singularidad les asombra.

[516] Ejemplo de ello nos da el año 1848.

[517] Carlos Elam. – *Problemas de un médico*, p. 159. Londres, 1869.

se baña la tierra, al paso que en otras posiciones puedan armonizarlo sosegadamente. Ciertas clases de música nos ponen frenéticos, mientras que otras hinchen nuestra alma de fervor religioso. Apenas hay creación humana que no responda a determinadas vibraciones de la atmósfera. Lo mismo ocurre con los colores, que unos nos excitan y otros nos sosiegan. La monja viste de negro para denotar el desaliento de una fe apesadumbrada por el pecado original; la desposada se atavía de blanco; el rojo aviva la furia de algunos animales. Y si vemos que tanto el hombre corno los animales son sensibles a tan débiles vibraciones, ¿cómo no han de recibir también la potísima influencia de las combinadas vibraciones estelares?

Dice sobre ello el doctor Elam:

> "Sabemos que ciertas condiciones patológicas se convierten fácilmente en epidémicas bajo la influencia de *causas no investigadas todavía*… Vemos cuán poderoso es el contagio mental, pues no hay idea ni quimera alguna, por absurda que sea, que no asuma carácter de pensamiento colectivo. También observamos el notable fenómeno de que *reaparecen* en una época las ideas de otra ya pasada… y por horrendo que sea un crimen (homicidios, infanticidios, envenenamientos), toma a veces epidémicos caracteres de perpetración… La causa de la propagación de las epidemias *sigue envuelta en el misterio."*

Este pasaje traza en pocas líneas, de mano maestra, un innegable hecho psicológico, al par que una ingenua confesión de ignorancia, pues en vez de decir: *causas no investigadas todavía,* debiera agregar el autor con entera franqueza: de *imposible* investigación con los actuales métodos científicos.

A propósito de una epidemia de manía incendiaria, entresaca el doctor Elain de los *Anales de Higiene Pública* dos casos: el de una muchacha de diez y siete años convicta y confesa de haber prendido fuego a la casa por *irresistible impulso;* y el de un joven de la misma edad que cometió varias veces igual crimen, sin que pasión alguna le moviera a ello sino el deleite que experimentaba al ver surgir las llamas.

Continuamente encontramos en la prensa diaria relatos de crímenes sangrientos que los mismos culpables atribuyen a *irresistibles obsesiones,* diciendo que *alguien* les incitaba secretamente a perpetrarlos. Los médicos suelen achacar estos crímenes a trastornos cerebrales é impulsos transitorios de locura homicida; pero ¿qué psicólogo es capaz de definir la locura, ni acaso se ha establecido hipótesis alguna que la explique victoriosamente contra la investigación imparcial? Respondan las obras de los alienistas contemporáneos.

Reconoce Platón que el hombre es juguete de la necesidad a que está sometido desde su entrada en el mundo de la materia; la externa influencia de las causas es semejante a la del *daimonia* de Sócrates.

Según Platón, feliz es el hombre corporalmente puro, pues la pureza del cuerpo físico determina la del astral[518] que si bien expuesta a extraviarse por su propio impulso, siempre servirá a la razón en sus empeños contra las animálicas propensiones del cuerpo físico. La sensualidad y otras pasiones dimanan del cuerpo carnal; y aunque opina que hay crímenes *involuntarios,* porque provienen de causas externas, distingue Platón entre ellas. El fatalismo no excluye la posibilidad de vencer dichas causas, porque si bien las pasiones son *necesarias* en el hombre, cabe dominarlas para vivir rectamente y quien no las domina vive en extravío[519]. El hombre *dual,* es decir, aquel de quien se ha separado el divino é inmortal espíritu dejando tan sólo los cuerpos astral y físico, es presa de todos los vicios é instintos propios de la materia, por lo que se convierte en dócil instrumento de las invisibles entidades de materia sublimada que vagan por la atmósfera y están siempre en acecho de obsesionar a cuantos quedaron abandonados por su inmortal consejero, el divino espíritu a que Platón llama *genio*[520]. Según este insigne filósofo é iniciado, quien haya vivido rectamente en la tierra volverá a morar en *su astro* para tener allí existencia de felicidad proporcionada a sus merecimientos; pero si no hubiese vivido rectamente será *mujer*[521] en la otra generación, y si aún así tampoco se aparta del mal, quedará convertido en bruto de índole ajustada a sus perversos instintos, sin que cesen sus penas y transmigraciones hasta que, identificándose con el divino principio en su interior existente y venciendo con auxilio de la razón a los turbadores é irracionales elementos (espíritus elementales) compuestos de agua, aire, fuego y tierra, asuma nuevamente su primaria y superior naturaleza[522].

Pero el doctor Elam opina diversamente y dice[523] que sigue siendo un misterio la causa de la propagación de las epidemias; en cambio nada misterioso encuentra en el incremento de la manía incendiaria. ¡Singular contradicción! Lo mismo ocurre con la

---

518 Al cuerpo astral le llama Platón *alma mortal superior.*

519 Jowett. – *Traducción del Timeo.*

520 Jowett. – *Traducción del Timeo.*

521 Significa esto que renacerá en condiciones de flaqueza como una mujer. Según la teoría de Pleasonton, en todo fenómeno cósmico, psíquico o físico concurren las electricidades positiva y negativa. El abuso de los estimulantes alcohólicos convierte al hombre en mujer y a la mujer en hombre por el cambio de sus electricidades. El beodo adquiere cualidades femeninas y se vuelve irascible, insensato, violento y pronto a chocar con la electricidad positiva de su mujer, por lo que se repelen, injurian y riñen con escándalo bastante para dar asunto a la crónica criminalista de la prensa diaria. ¿Quién creería que estos altercados tienen por causa las exhalaciones cutáneas del criminal? Sin embargo; se ha demostrado ya científicamente que la transpiración estimulada por las bebidas alcohólicas determina cualidades femeninas en el beodo, a causa de mudarse en positiva su natural electricidad negativa. (*Influencia de los rayos azules*, 119).

522 Platón. – *Timeo.*

523 *Problemas de un médico*, 194.

manía homicida de que trata De Quincey[524], sin explicar la causa de aquella epidemia de asesinatos sobrevenida entre los años de 1588 a 1635, en que murieron a mano armada siete personajes de la época.

Si apremiáramos a estos presuntos filósofos para que nos explicaran estos fenómenos sociales, responderían que es mucho más *científico* atribuirlos a perturbaciones de la mente, excitaciones políticas, movimientos impulsivos, espíritu de imitación, ociosidad, neurastenia é histerismo, que darles por quimérico fundamento la absurda hipótesis de la luz astral. Sin embargo, creemos que si por designio providencial dejara de afligir a la especie humana el histerismo, se verían apuradísimos los médicos para explicar los fenómenos que ahora atribuyen a las condiciones patológicas de los centros nerviosos. El histerismo ha sido hasta ahora tabla de salvación para los patólogos escépticos. Histérica llaman a la ruda campesina que sin causa determinante habla idiomas extranjeros y compone poesías. A "desarreglo de los centros nerviosos seguido de alucinación histérica colectiva" atribuyó Littré[525] la levitación de un médium que en presencia de doce testigos salió por una ventana del tercer piso de la casa y volvió a entrar en el aposento por otra distinta. Des Mousseaux[526] califica de *alucinación canina* el caso de un perro de caza que acertó a entrar en la sala durante una manifestación y fué lanzado al aire por una mano invisible con tal empuje, que después de hacer pedazos al chocar con ella la araña pendiente del techo a cinco metros de altura, cayó muerto en el suelo.

Dice Bulwer–Lytton, por boca del doctor Fenwick[527], que "la verdadera ciencia no se aferra a ninguna opinión, pues sólo admite tres estados mentales: negación, afirmación y la suspensión de juicio que media dilatadamente entre ambas." Acaso fuese ésta la verdadera ciencia en los días del doctor Fenwick; pero en nuestros tiempos, la ciencia, o niega rotundamente sin tomarse trabajo alguno de investigación preliminar, o bien colocándose a prudente distancia entre la afirmación y la negación recurre al diccionario greco–latino para inventar neologismos con que poner nombre a modalidades histéricas que jamás tuvieron realidad.

No es muy raro que poderosos videntes y expertos hipnotizadores hayan descrito las manifestaciones patológicas de carácter físico (aunque inaccesibles a la visión ordinaria) que la ciencia achaca a desórdenes epilépticos y hemático–nerviosos, pero que en modo alguno pueden tener origen *orgánico,* puesto que la lúcida visión las observaba en la luz astral, cuyas vibraciones eléctricas, según testimonio de videntes é hipnotizadores, estaban violentamente perturbadas con notoria influencia en la

[524] *El asesinato bajo el aspecto de refinamiento artístico.*

[525] *Revista de Ambos Mundos.*

[526] *Obras de los demonios.*

[527] *Una historia extraña.*

epidemia morbosa o mental a la sazón dominante. Pero la ciencia no ha hecho caso de ellos y ha proseguido en su tarea de dar nombres nuevos a cosas viejas.

Du Potet, el príncipe de los hipnotizadores franceses, dice a este propósito: “La historia mantiene demasiado vivo el recuerdo de la nigromancia, que se presta con harta facilidad a *monstruosos abusos*… Pero ¿cómo descubrí yo el arte hipnótico? ¿En dónde lo aprendí? ¿En mis pensamientos? No. La misma naturaleza me reveló el secreto. ¿Cómo? Ofreciendo a mi vista, sin necesidad de buscarlos, indisputables fenómenos de hechicería y magia. ¿Qué es, después de todo, el sueño sonambúlico? *Resultado del poder mágico.* ¿Qué determina esas atracciones, esos *impulsos repentinos,* esas epidemias asoladoras, pasiones, antipatías, esas crisis y convulsiones sociales, en fin, que *vosotros podéis hacer duraderas?* Pues las determina el *genuino principio* que nosotros empleamos, el agente que *sin duda alguna conocían también los antiguos.* Lo que vosotros llamáis flúido nervioso o *magnetismo* lo llamaron los antiguos potencia oculta del alma, yugo y MAGIA. La magia está fundada en la existencia de un complejo mundo situado *fuera* y no *dentro* de nosotros, con el cual nos ponemos en comunicación mediante ciertas prácticas y artes… Un elemento *natural,* pero desconocido de la mayoría de las gentes, invade a una persona y la doblega y abate como junco al soplo del huracán; dispersa a los hombres a largas distancias, los hiere *en mil puntos a un tiempo* sin que descubran al invisible enemigo ni puedan protegerse a sí mismos… Este elemento escoge amigos y *favorítos a* cuyo pensamiento obedece, responde a sus voces y comprende el significado de ciertos signos. Todo esto es incomprensible para muchas gentes que lo repudian en nombre de la razón; y sin embargo, está demostrado y yo lo *veo* y porque lo veo lo digo muy alto, pues ya es para mí verdad demostrada incontrovertiblemente… Si entrase en pormenores, se comprendería fácilmente que tanto a *nuestro alrededor* como en *nosotros mismos,* entidades misteriosas de *potencia y forma* entran y salen a voluntad, no obstante estar las puertas bien cerradas”[528]. En otra de sus obras nos dice el gran hipnotizador: “La facultad de dirigir este flúido requiere determinada complexión fisiológica… Pasa este flúido a través de todos los cuerpos, pues todos son sus conductores y a la vez medios de actuación[529]… Ninguna fuerza química ni física es capaz de contrarrestrarlo, pues hay muy poca analogía entre este flúido magnético animal y los que los físicos conocen con el nombre de imponderables”[530].

Si volvemos la vista a la Edad Media encontraremos las mismas ideas en las obras de varios autores, entre ellos Cornelio Agripa que dice: “El alma del mundo es la fuerza universal siempre cambiante que puede fecundar un objeto cualquiera y comunicarle sus propiedades celestes, de modo que mediante las debidas preparaciones de la

---

[528] Du Potet. – *La Magia sin velo*, 51 y 147.

[529] Esta es la enseñanza de todos los filósofos herméticos.

[530] Du Potet. – *Curso de Magnetismo*, 17, 108.

ciencia pueda transmitirnos su virtud. Basta llevar estos objetos encima para sentir inmediatamente su acción tanto en el espíritu como en el cuerpo. El alma humana, esencialmente idéntica a toda la creación, tiene *maravilloso poder.* Quien este secreto conoce es capaz de alcanzar sabiduría superior a cuanto le quepa presumir, con la necesaria condición de permanecer unido a esta fuerza universal... La verdad y el porvenir pueden presentarse continuamente a la vista del alma, según demuestran las profecías y vaticinios rigurosamente cumplidos... El tiempo y el espacio se desvanecen ante la mirada de águila del alma inmortal ... ; su poder no tiene límites..., pues le cabe lanzarse a través del espacio y envolver con su presencia a un hombre *cualquiera que sea la distancia a que se halle* é infundirse en él y hablarle como si personalmente estuviese a su lado"[531].

Pero aún podemos remontarnos a tiempos más antiguos y escoger entre los filósofos precristianos a Cicerón, como menos sospechoso de superstición y credulidad. Dice el famoso orador: "Sabemos que de todos los seres vivientes, el hombre es el mejor formado y, como los dioses[532] también son seres vivientes, deben tener forma humana, aunque no quiero decir con esto que estén provistos de carne y sangre, sino que parece como si tuvieran cuerpo de carne y sangre... Epicuro, para quien las cosas ocultas eran tan palpables cual si las tocara con las manos, nos enseña que dos dioses no son ordinariamente visibles pero sí *inteligibles,* pues aunque carecen de cuerpo denso, podemos reconocerlos por sus *pasajeras* imágenes, ya que en el espacio infinito hay *átomos* suficientes para formar las imágenes que al aparecerse nos dan idea de lo que son esos seres felices é inmortales"[533].

A su vez dice Eliphas Levi: "Un iniciado que posea completa *lucidez* puede dirigir y comunicar a voluntad las vibraciones magnéticas en la masa de la luz astral... En el momento de la concepción se transforma en luz humana, de que se reviste el alma como de primer envoltorio y, combinada con los más sutiles flúidos, forma el cuerpo etéreo o fantasma sideral, que ya no se desprende por completo del cuerpo de carne hasta el momento de la muerte." El gran secreto del adepto mágico consiste en proyectar este cuerpo etéreo a cualquier distancia y condensar en él oleadas del mismo flúido que lo constituye, a fin de hacerlo visible y tangible.

La magia teúrgica es la más acabada expresión de la psicología oculta. Los científicos la desdeñan como alucinación de cerebros calenturientos o la denigran con el estigma de charlatanería; pero nosotros les negamos el derecho de juzgar un asunto que jamás investigaron. Tanto valiera reconocerle a un indígena de las islas Fiji el derecho de criticar las obras de Agassiz o Faraday. Todo lo más que pueden hacer los científicos es enmendar hoy su tarea de ayer. Tres mil años atrás, antes de la época de Pitágoras,

[531] Agripa. – *Filosofía oculta,* 332, 358.

[532] Entiende Cicerón por dioses los espíritus humanos y elementales.

[533] Cicerón. – *De Natura Deorum,* I–XVIII.

afirmaban los filósofos que la luz era materia ponderable y al propio tiempo fuerza. La teoría corpuscular fué desechada a causa de los errores en que incurriera Newton al exponerla, pero en cambio aceptó el mundo científico la teoría de las ondulaciones lumínicas. Sin embargo, ahora se sorprenden los físicos al ver que Crookes *pesa* la luz en su radiómetro. Los pitagóricos sostenían, contrariamente a los modernos científicos, que la luz es un agente que no dimana directamente del sol ni de las estrellas. Lo mismo puede decirse respecto de la ley de gravedad. De acuerdo con las enseñanzas pitagóricas, sostenía Platón que la gravedad no era tan sólo la atracción magnética de las masas menores por las mayores, sino también la atracción de los cuerpos semejantes y la repulsión de los contrarios. A este propósito dice: ”Si se ponen juntas cosas de naturaleza contraria, luchan y se repelen mutuamente”[534].

Esto no debe tomarse en el sentido de que se repelan los cuerpos de propiedades contrarias, sino tan sólo los que están juntos y son de naturaleza antagónica. Las investigaciones de Bart y Schweigger han disipado las dudas que pudieran caber acerca de si los antiguos conocían debidamente la atracción del hierro por el imán, así como las modalidades positiva y negativa de la electricidad, aunque dieran a todo ello distintos nombres. Entre los antiguos era opinión general que los planetas estaban relacionados magnéticamente, porque todos son imanes, y así, no sólo llamaban piedras magnéticas a los aerolitos, sino que se valían de ellos en los Misterios para los mismos usos en que nosotros empleamos hoy el imán. A este propósito dice Mayer: “La tierra es un enorme imán y todo súbito trastorno de la superficie del sol altera profundamente el equilibrio magnético de la tierra, ocasionando el temblor de las brújulas de los observatorios con luces polares cuyas vaporosas llamas parecen danzar al compás de la inquieta aguja”[535].

Cuando esto enseñaba Mayer, no hacía más que repetir en inglés lo que se enseñó en lengua dórica muchos siglos antes de nacer el primer filósofo cristiano.

Los prodigios realizados por los sacerdotes teurgos son tan auténticos y se apoyan en tan sólidas pruebas (si de algo vale el testimonio humano), que Brewster les reconoce piadosamente profundos conocimientos de ciencias físicas y filosofía natural, por no confesar que sobrepujaron en maravilla a los taumaturgos cristianos. Los modernos científicos están enredados en los términos de un dilema: o confiesan que los antiguos sabían más física que ellos o han de admitir en la naturaleza algo más allá de las ciencias físicas, es decir, que el *espíritu* posee facultades no sospechadas por nuestros filósofos. Sobre esto dice Bulwer–Lytton: “Los errores en que caemos respecto de la

---

[534] Platón. – *Timeo.* En esto se apoya Jowett en su introducción para decir que Platón enseñaba que los cuerpos similares se atraen mutuamente. Sin embargo, semejante aserto equivaldría a negarle al insigne filósofo el rudimentario conocimiento de las leyes de polaridad magnética.

[535] Mayer. – *Conferencia dada en el Círculo Científico de Yale,* 1872.

ciencia de nuestra especialidad, sólo los advertimos a la luz de otra ciencia especialmente cultivada por el estudio ajeno”[536].

Nada de más fácil explicación que las superiores posibilidades de la magia. La radiante luz del universal océano magnético, cuyas eléctricas ondulaciones interpenetran en su incesante movimiento los átomos de la creación entera, revelan a los estudiantes de hipnotismo el alfa y el omega del gran misterio, a pesar de la deficiéncia de sus experimentos. Tan sólo el estudio de este agente, soplo divino, descubre los secretos de la psicología y de la fisiología y de los fenómenos cósmicos y espirituales.

A este propósito dice Psello: “La magia era la parte superior de la ciencia sacerdotal y tenía por objeto investigar la naturaleza, potencias y cualidades de todas las cosas sublunares; de los elementos y sus compuestos; de los animales; de las plantas y sus frutos; de las piedras y hierbas; en una palabra, inquiría la esencia y potencia de todas las cosas. Los efectos de esta ciencia se resolvían en esculpir estatuas magnetizadas que tocaban los enfermos para recobrar la salud y en fabricar figuras y talismanes que lo mismo servían para provocar la enfermedad que para curarla. También por medio de la magia se hace aparecer frecuentemente fuego celestial que enciende las lámparas y hace sonreír a las estatuas”[537].

No es extraño que los antiguos sacerdotes animaran mágicamente estatuas de piedra y metal, según aseguran fidedignos testimonios, cuando en nuestros tiempos es posible, gracias al descubrimiento de Galvani, mover las patas de una rana muerta y alterar los rasgos fisonómicos de un cadáver, de modo que sucesivamente denote alegría, ira, horror y las más variadas emociones.

El puro y celeste fuego del altar pagano era electricidad derivada de la luz astral, y por consiguiente, si las estatuas estaban preparadas al efecto, bien podían, sin sospecha de superstición, provocar la enfermedad o restituir la salud mediante contacto, como sucede hoy con los cinturones eléctricos.

Los escépticos, así doctos como ignorantes, se han burlado a su sabor en estos dos últimos siglos de los absurdos atribuidos a Pitágoras por su biógrafo Jámblico. Dice éste que el filósofo de Samos disuadió a una osa de comer carne; logró que un águila bajara de las nubes a posarse sobre su cuerpo, de modo que pudo domesticarla acariciándola con la mano y dirigiéndola suaves palabras; y por fin, persuadió a un buey a que no comiese habas, sin más exhortaciones que unas cuantas frases inusitadas a la oreja. Todo esto parecen ridiculeces de ignorancia y superstición a los ojos de las cultísimas generaciones del día; pero si analizamos estos supuestos absurdos veremos

---

[536] *Una historia extraña.*

[537] Taylor. – *Pausanías.* Psello. – *Manuscrito del Tratado de los demonios. Tratado de los misterios báquicos y eleusinos.*

que no lo son tanto como el en que incurren los detractores de Pitágoras al creer literalmente que Josué detuvo el sol en su carrera. Con frecuencia vemos hombres de escasa cultura y aun jovencitas de complexión delicada que a copia de paciencia y voluntad lograron domar los ferocísimos animales que exhiben sin temor alguno en sus colecciones zoológicas. El mismo resultado obtienen algunos hipnotizadores que, con su mágica sugestión, dominan no sólo a los animales, sino también a las personas, como hizo, por ejemplo, el famoso magnetizador Regazzoni, cuyos experimentos (mucho más increíbles que cuanto se haya podido atribuir a Pitágoras) tanta admiración causaron en París y Londres. No es justo, por lo tanto, acusar de inveraces o supersticiosos hasta el absurdo a los biógrafos de hombres tales como Pitágoras y Apolonio de Tyana. Al ver que la mayoría de quienes tan escépticos se muestran en lo tocante a las facultades mágicas de los antiguos y se burlan de sus míticas teogonías creen sin embargo firmemente en la *Biblia,* no podemos por menos de asentir al oportuno apóstrofe de Higgins, que dice: “Cuando encuentro hombres instruidos que toman el *Génesis* al pie de la letra, siendo así que los antiguos, no obstante sus defectos, tuvieron sobrado buen criterio para tomarlo en sentido alegórico, casi llego a dudar de si realmente ha progresado la mentalidad humana”[538].

Taylor es uno de los pocos comentadores que han reconocido con justicia el talento de los autores griegos y latinos. En su traducción de la *Vida de Pitágoras,* de Jámblico, dice Taylor: “Puesto que según nos informa Jámblico estuvo Pitágoras iniciado en los misterios de Byblus y Tiro, en las ceremonias religiosas de los sirios, en la sagrada ciencia de los magos de Babilonia y en los secretos de los santuarios egipcios, donde pasó veintidós años de su vida, nada tiene de maravilloso que conociera la teurgia y fuese capaz de operar prodigios superiores al ordinario alcance de la virtud humana, que al vulgo le parecen increíbles”.

El éter universal no era para los antiguos un desierto extendido por las inmensidades cerúleas, sino que lo consideraban como mar sin orillas, en cada una de cuyas moléculas latía un germen de vida, poblado, a semejanza de los mares terrenos, de diversidad de criaturas monstruosas unas y menores otras. Así como los animales de branquias se encuentran, según la especie, en mares altos o charcas bajas, así también cada linaje o casta de las entidades etéreas *(espíritus elementales)* moran habitualmente en los parajes más adecuados a su índole y unas se muestran amigas y otras enemigas del hombre; cuáles son de agradable y cuáles de repulsivo aspecto; algunas se refugian en apacibles retiros y varias se complacen en planear sobre las aguas.

Si recordamos que el movimiento de los astros ha de perturbar el éter más hondamente todavía que los proyectiles el aire o las naves el agua, no será difícil inferir que determinadas posiciones respectivas de los astros puedan originar corrientes etéreas más caudalosas en una dirección que en otra y arrastrar, por lo tanto, en el

---

[538] Higgins. – *Anacalipsis*, I, 807.

mismo sentido grandes masas de elementales amigos o enemigos que, al ponerse en contacto con la atmósfera de la tierra, ocasionen efectos de notoria realidad.

Opinaron los antiguos que los espíritus elementales, no dotados de alma, emanaron del incesante movimiento de la luz astral, que es fuerza engendrada por la *voluntad*. Pero como esta voluntad procede de una inteligencia infalible (porque es purísima emanación del Padre y no está sujeta a los órganos físicos del pensamiento humano), desde el principio del tiempo comenzó a desenvolver, con arreglo a leyes inmutables, la materia elementaria indispensable para la generación de las razas humanas que, ya pertenezcan a nuestro planeta, ya a cualquiera de los miles que voltean en el espacio, tienen todas sus cuerpos físicos formados según matriz de los cuerpos de cierta especie de entidades elementales que pasaron a los mundos invisibles. En el encadenamiento de la filosofía antigua no faltaba eslabón alguno de cuantos pudiera forjar una "imaginación experta", como dice Tyndall, ni quedaba la menor laguna que pudiera colmarse con hipótesis materialistas, pues nuestros "ignorantes" antepasados trazaban la línea de evolución de uno a otro extremo del universo, sin que, como absurdamente han hecho los modernos científicos, intentaran resolver ecuaciones de un solo miembro. De la propia suerte que en la serie de evolución física no falla término alguno desde la nebulosa estelar hasta el cuerpo humano, así tampoco dejaron los antiguos ningún punto interrumpido en la línea de evolución espiritual que abarca desde el éter cósmico hasta el encarnado espíritu del hombre.

Según los antiguos, la evolución procedía del mundo del espíritu al de la materia, para ascender desde éste al punto originario. La evolución de las especies era para ellos el descenso del espíritu a la materia y las entidades elementarias tienen en esta línea un punto tan señalado como el eslabón que Darwin juzga perdido entre el hombre y el mono.

Nadie ha descrito más poética y acabadamente los seres elementales que Bulwer–Lytton, en su obra *Zanoni*, pues cuando los pinta como "algo inmaterial que da idea de alegría y luz", parecen sus palabras más bien eco fiel de la memoria que exuberante engendro de la imaginación. Dice uno de los personajes de la mencionada obra: "El hombre es tanto más presuntuoso cuanto más ignorante. Durante muchos siglos sólo vio lucecitas encendidas por Dios para alumbrarle por la noche en los innumerables mundos que centellean en el espacio como burbujas en un océano sin límites… La astronomía ha desvanecido esta ilusión de la vanidad humana, y, aunque con repugnancia, confiesa el hombre que los astros son otros tantos mundos mayores y mejores que el suyo… Por doquiera descubre la ciencia nuevas vidas en esta inmensa ordenación… Procediendo, pues, por rigurosa analogía, si no hay brizna de hierba ni gota de agua que no sea, como la estrella más lejana, un mundo palpitante de vida, y si el hombre es un mando para los millones de seres vivientes que pueblan su carne y su sangre, basta el sentido común para inferir que los infinitos espacios interplanetarios están cuajados de entidades vivientes adaptadas a dicho medio. ¿No es absurdo

admitir la vida en una brizna de hierba y negarla en las inmensidad es del espacio? La ley reguladora del sistema universal no consiente el vacío ni en un punto siquiera, ni tampoco permite lugar alguno donde no aliente la vida. ¿Cómo cabe concebir, entonces, que el espacio esté vacío, inanimado, y tenga en el ordenamiento de la creación menor utilidad que la brizna de hierba o la gota de agua poblada de miles de infusorios? El microscopio descubre los parásitos que habitan en la brizna, pero no se ha inventado todavía un telescopio de suficiente alcance, para descubrir los nobilísimos y superiores seres que pueblan los inmensos espacios etéreos. Sin embargo, entre estos seres y el hombre hay misteriosa y terrible afinidad… Mas para descorrer este velo es preciso que el alma rebose de vivo entusiasmo y se desprenda de todo deseo mundano… Dispuesto así el hombre, vendrá en su auxilio la ciencia para que su vista sea más aguda, su ingenio más vivo, su sensibilidad más exquisita y aun el mismo éter, por virtud de ciertos secretos de química sublime, será más tangible y manifiesto. Después de todo, esto no es magia como se figuran los crédulos, pues no hay magia contra naturaleza, sino que únicamente la ciencia es capaz de dominar a la naturaleza. Ahora bien: existen en el espacio millones de seres no *precisamente espirituales,* porque todos tienen, como los infusorios, ciertas formas de materia, si bien tan delicada, vaporosa y tenue, que es a manera de película o vello que envuelve el espíritu… A la verdad, estas razas difieren entre sí completamente, pues unas son de extrema sabiduría y otras de horrible malignidad; unas hostiles como enemiga implacable hacia el hombre y otras benéficas como medianeras entre cielo y tierra… Entre los habitantes de los umbrales hay uno que excede en malicia y perversidad a todos los de su linaje; uno cuya mirada arredra al hombre más intrépido y cuyo poder se acrecienta en proporción del temor que inspira”[539].

Tal es el esbozo que de los elementales no dotados de espíritu traza un autor, de quien se supone fundadamente que sabía mucho más de cuanto condescendiera a declarar ante un público escéptico.

Más adelante trataremos de explicar algunas enseñanzas esotéricas acerca del pasado, presente y porvenir del hombre. Estas enseñanzas son la fuente de que brotó el Antiguo y parte del Nuevo Testamento, y contienen los más sublimes conceptos de moral y de religión *revelada.* Las clases fanáticas e ignorantes de la sociedad tomaban la doctrina en sentido literal, pero las clases superiores, constituidas en su mayoría por iniciados, estudiaban en el solemne silencio de los santuarios y adoraban al único Dios del cielo.

Las enseñanzas que, en el *Banquete* expone Platón acerca de la creación del hombre, y su teoría cosmogónica declarada en el *Timeo,* deben tomarse en sentido alegórico para aceptarlas por completo. Los neoplatónicos se aventuraron a exponer, sin violación de sigilo, las interpretaciones pitagóricas contenidas en el *Timeo, Cratylus, Parménides* y

[539] Bulwer– Lytton. – *Zanoni.*

algunos otros diálogos y trilogías. Los conceptos capitales de estas enseñanzas, en apariencia incongruentes, son el de la inmortalidad del alma y el de Dios como *mente universal infundida en todas las cosas*. La piedad de Platón y el respeto con que siempre habla de los Misterios son prenda suficiente de su discreción para no quebrantar el profundo sentimiento de responsabilidad inherente a todo adepto. A este propósito dice el insigne filósofo: "El hombre sólo puede llegar a ser verdaderamente perfecto, perfeccionándose en los perfectos misterios"[540].

No disimulaba Platón su disgusto por la divulgación que en su tiempo empezaba ya a darse a las enseñanzas de los misterios, pues opinaba que en vez de profanarlos en oídos de la multitud, debían reservarse exclusivamente a los más dignos y celosos discípulos[541]. Si bien menciona Platón frecuentemente a los dioses en sus obras, no cabe dudar de su fe monoteísta, pues por dioses entiende seres de jerarquía muy inferior a la divinidad y tan sólo superiores en un grado al hombre. El mismo Josefo, no obstante los prejuicios de raza, reconoce la creencia monoteísta de Platón, y a este propósito dice en su famosa diatriba contra Apión: "Los filósofos griegos que discurrían de acuerdo con la verdad no ignoraban cosa alguna… ni dejaban de notar la aparente frivolidad de las alegorías mitológicas que con justicia desdeñaban… Por este motivo se inclina Platón a creer que son inconvenientes los poetas en la república y no obstante rendir homenaje a Homero, le inculpa de haber quebrantado con sus mitos la *ortodoxa creencia en un solo Dios"*.

Quienes descubran el verdadero espíritu de la filosofía platónica, difícilmente se contentarán con los comentarios de Jowett, quien dice que la influencia ejercida en la posteridad por el *Timeo* deriva en parte de la equivocada interpretación que los neoplatónicos dieron a las doctrinas de su autor, hasta el punto de estar las aclaraciones neoplatónicas de los Diálogos en "completo desacuerdo con el espíritu de Platón". Esto equivaldría a suponer que Jowett ha penetrado acertadamente este espíritu; pero sus comentarios no lo denotan así. Dice Jowett que los cristianos encuentran en el *Timeo* las ideas de la Trinidad, el Verbo, la Creación y la Iglesia, aunque bajo el concepto judaico. Sin embargo, no es extraño que encuentren estas ideas, porque realmente están expuestas literalmente en dicha obra, aunque haya volado el espíritu que animaba las enseñanzas del insigne filósofo y fuera en vano que lo buscáramos en los áridos dogmas de la teología cristiana. La esfinge es hoy la misma que cuatro siglos antes de nuestra era, pero Edipo murió de muerte violenta por haber revelado al mundo lo que el mundo no estaba en disposición de recibir. Platón

---

[540] Platón. – *Fedro*. – Traducción Cory, I, 328.

[541] Así lo corrobora el mismo Platón al decir: "Os quejáis de que en mi anterior discurso no expliqué suficientemente la naturaleza del *Primero*. De intento usé un lenguaje *enigmático* para que si la tablilla sufriera algún accidente, ya por mar ya por tierra, *nadie* que no *conociera el asunto* pudiera comprender su contenido". – (Platón, *Ep.*II. 312; Cory, *Fragmentos antiguos*).

encarnaba la verdad y necesario era que muriese como han de morir las verdades trascendentales antes de que renazcan cual Fénix de sus cenizas. Todos los comentadores de Platón han advertido la vivísima semejanza entre las esotéricas enseñanzas del ilustre filósofo y la doctrina cristiana; pero cada cual trató de explicar esta semejanza desde el punto de vista de sus personales creencias religiosas. Así, Cory[542] opina que la semejanza es tan sólo superficial y prefiere el Dios antropomórfico a la Mónada pitagórica. Taylor, por el contrario encarama la Mónada muy por encima del Dios mosaico. ZeĺIer ridiculiza el atrevimiento de los Padres de la Iglesia que, sin respeto a la historia ni a la cronología ni a la opinión pública, insisten en que la escuela platónica copió de la religión cristiana sus conceptos fundamentales[543].

Todas las filosofías antiguas enseñan que Dios es la mente universal difundida en todas las cosas. Las religiones induista, budista[544] y cristiana se fundan en este concepto. En cuanto a la metempsícosis o proceso purificador de las transmigraciones, que tan groseramente se antropomorfizó más tarde, fué dogma subalterno que los sofismas teológicos adulteraron con intento de ridiculizar lo a los ojos de los fieles. Pero ni Gautama el Buddha ni Pitágoras tomaron al *pie de la letra* esta alegoría puramente metafísica, cuya explicación nos da el *Misterio de Kunbum* (según veremos más adelante), con referencia a las peregrinaciones espirituales del alma humana. No esperen los eruditos encontrar en la letra muerta de las Escrituras budistas la aclaración de estas sutilezas metafísicas que abisman el pensamiento en la insondable profundidad de su significado, hasta el punto de que nunca está el investigador más lejos de la verdad que cuando presume descubrirla. Las abstrusas enseñanzas budistas sólo pueden comprenderse con auxilio del método platónico, que procede de lo universal a lo particular y cuya clave hallamos en el sutilmente místico influjo espiritual de la vida divina. Así dice el Buddha: "Quien desconoce mi ley y muere en tal estado ha de volver a la tierra hasta que se convierta en perfecto samano. Para ello ha de sofocar en sí mismo la trinidad de *Maya*[545], extinguir sus pasiones, identificarse con la *Ley*[546] y comprender la religión del *aniquilamiento*"[547].

---

[542] *Fragmentos antiguos.*

[543] Afortunadamente para nosotros y por desdicha para los ultramontanos, no es hoy tan fácil escamotear datos y fechas y adulterar textos como lo fue para Eusebio, obispo de Cesarea. A pesar de las tergiversaciones de este autor cristiano, nadie podrá impedir que mientras la historia exista, se sepa que Platón floreció seis siglos antes de ocurrírsele a Ireneo exponer una doctrina derivada de las reliquias de la escuela platónica.

[544] La filosofía pitagórica es fiel reflejo de la religión budista.

[545] La ilusión de la materia en sus tres aspectos: físico, astral y mental.

[546] Doctrina esotérica.

[547] Por aniquilamiento se entiende aquí la desintegración de la materia, tanto visible como invisible, es decir, del cuerpo físico y del cuerpo astral o *periespíritu,* que también es materia, aunque sutil. La misma obra de donde hemos entresacado el pasaje, dice que por aniquilamiento o aniquilación, significa el

En este concepto budista se apoya la filosofía pitagórica, que en este punto concreto expone Whitelock Bulstrode, como sigue: "¿Puede convertirse en *no entidad* aquel Espíritu que da la vida é impulsa el movimiento y participa de la naturaleza de la luz? ¿Puede el espíritu senciente de los brutos volver a la nada, a pesar de tener memoria, que es facultad racional? Si decís que los brutos exhalan su espíritu en el aire y allí se desvanece, lo niego. Verdaderamente es el aire lugar a propósito para recibir el espíritu de los brutos, porque, según Laercio, está poblado de almas y, según Epicuro, lleno de átomos originarios de todas las cosas; porque hasta este lugar donde nos movemos y en donde vuelan las aves participa de la naturaleza espiritual de modo que es invisible, y por lo tanto, muy bien puede ser el receptor de las formas, puesto que en él están todas las formas. Nosotros tan sólo podemos conocer este lugar por sus efectos. Y si aun el mismo aire es demasiado sutil para comprender su naturaleza, ¿qué será el éter de las regiones superiores y qué formas é influencias descenderán de allí?"

Opinaban los pitagóricos que los espíritus de las criaturas no son *formas* sino emanaciones del éter sublimado, es decir *soplos*. Todos los filósofos convienen en que el éter es incorruptible y por lo tanto inmortal y exento de aniquilación. Pero ¿qué es lo invisible é indivisible que no tiene cuerpo ni forma ni peso, que *es* y no *existe?* El nirvana, responden los budistas. La NADA, que no es un lugar, sino un estado. En el nirvana queda el hombre libre de los efectos de las "cuatro verdades", porque todas las causas engendradoras de efectos se *aniquilan* en el estado nirvánico. La doctrina budista del nirvana se funda en estas "cuatro verdades" que, según el libro de la sabiduría *(Prajnâ Paramitâ),* son las siguientes:

1.º Existencia del dolor.

2.º Causa del dolor.

3.º Extinción del dolor.

4.º Medio de extinguir el dolor.

Buddha la "eternidad é inmutabilidad de la substancia primaria", cuyo prístino estado es el puro y luminoso éter que llena el espacio y entraña anteriormente a ellas el origen de todas las formas. Pero sigue diciendo el libro: "las formas son creación de *Maya* y nada valen ante el increado ESPIRITU en cuyo seno cesa para siempre todo movimiento". Así pues, aniquilación en el concepto budista significa desintegración de las *formas* o *apariencias* materiales, porque todo cuanto tiene forma ha sido formado, y tarde o temprano ha de perecer, o sea mudar de forma. Por lo tanto, toda forma es ilusoria o may*á*vica, ya que como la eternidad no tiene principio ni fin, por mucho que dure una forma, una vez perecida es como luz de relámpago. De aquí que sea ilusorio nuestro cuerpo astral, formado de éter, aunque conserve los contornos del físico. Este último se muda según los méritos o deméritos del hombre durante su vida terrena, y en esto consiste la metempsícosis budista. Cuando la *entidad* espiritual rompe para siempre los lazos que la sujetaban a la materia, entra en el eterno é inmutable nirvana. Existe en espíritu, pero toda forma aparente está aniquilada, pues el espíritu es la única REALIDAD entre las ilusorias formas que continuamente se suceden.

¿De donde dimana el dolor? De la existencia. Al nacimiento siguen decrepitud y muerte, porque doquiera hay *forma* hay *causa* de dolor. Tan sólo el *espíritu* no tiene forma alguna y por lo tanto no *existe* aunque *es*. El hombre interno que alcanza completamente la espiritualidad sin forma alguna, entra en la perfecta bienaventuranza. El hombre externo y objetivo se aniquila, pero la subjetiva espiritualidad vive eternamente, porque el espíritu es incorruptible é inmortal.

En el fondo de las enseñanzas de Buda y Pitágoras se descubre su identidad. La omnipenetrante *anima mundi* es el nirvana y la *mónada* encarnada de Pitágoras es el *buddha* de los budistas, que silenciosamente mora en los arcanos de la bienaventuranza final. También se identifican la *mónada* pitagórica y el *buddha* budista con el *Brahm* arúpico, la sublime é incognoscible Divinidad que llena el universo entero. Cuando el *buddha* se manifiesta en forma carnal es un *avatar, mesías, cristo, logos o verbo,* esto es, una *transmutación* del divino espíritu, el *Padre* que está en el Hijo y el *Hijo* que está en el *Padre*. El inmortal espíritu cobija al hombre mortal y desciende a infundirse en la morada de carne. Todo hombre es capaz de convertirse en *buddha,* dice la doctrina. Así es que en la interminable sucesión de los tiempos vemos de cuando en cuando hombres que alcanzaron más o menos completamente la *unión* con Dios, que equivale a la unión consigo mismos. Los budistas llaman *arhates a* estos hombres que están ya próximos a ser *buddhas* y nadie les aventaja en ciencia infusa y virtudes taumatúrgicas[548]. La misma identidad con las doctrinas secretas de Pitágoras nos descubren los relatos, tenidos por *fabulosos,* de ciertos libros budistas, una vez desnudos de toda alegoría. Los *Jâtakâs,* escritos en lengua páli, relatan las 550 encarnaciones o metempsícosis del Buddha y describen las formas que tuvo en cada vida animal, pasando del insecto al ave y al cuadrúpedo hasta llegar al hombre, imagen microscópica de Dios en la tierra. Sin embargo, no vale tomar estos relatos en sentido literal ni acomodarlos a las existencias de un solo espíritu que sucesivamente animó diversas formas de seres orgánicos, sino entender, de acuerdo con la metafísica budista, que el sinnúmero de espíritus humanos individuales son colectivamente un solo espíritu, como las gotas de agua del océano constituyen una sola masa líquida, a pesar de su posible separación. Cada espíritu humano es un destello de la luz que penetra el universo todo, y por lo tanto, lógico es creer que el divino espíritu anima el grano de arena, la flor, al león y al hombre. Los hierofantes egipcios, los brahmanes, los budistas del Este y algunos filósofos griegos sostuvieron siempre que el mismo espíritu latente en el átomo de polvo, anima al hombre, en quien se manifiesta plenamente activo. También fué general en otro tiempo la doctrina de la gradual absorción del alma humana en la esencia del paterno espíritu; pero jamás implicó esta doctrina la aniquilación del Ego, sino tan sólo la desintegración de las *formas* que al hombre verdadero envuelven en el mundo físico y después de la muerte. Nadie más a propósito

[548] Según ha demostrado Jacolliot, algunos fakires son prueba viviente de esta doctrina.

para revelarnos los misterios de ultratumba (tan equivocadamente tenidos por impenetrables), que aquellos hombres favorecidos de algunos vislumbres de la verdad suprema por haber logrado, mediante su firmeza de propósito y pureza de vida, la unión con Dios[549]. Todos estos videntes nos dan singulares descripciones de las diversas formas asumidas por las entidades astrales que reflejan concretamente los pensamientos del hombre durante su vida terrena.

Es sencillamente absurdo tachar de atea y materialista la filosofía budista, porque el nirvana es *aniquilación* y el svabhâvat es la *nada o* la *impersonalidad*. También el *En* del En–soph judaico significa *nihil, lo* que no existe *(quo ad nos), y sin* embargo, a nadie se le ha ocurrido acusar de ateos a los judíos. En ambos casos la palabra *nada o aniquilación* expresa la idea de que Dios no es *cosa* ni *persona* visible y concreta a la cual pueda aplicarse propiamente el nombre de *algo* conocido en la tierra.

H. P. Blavatsky

FIN DEL TOMO PRIMERO

[549] Porfirio atestigua que su maestro Plotino estuvo unido con Dios seis veces durante su vida, y deplora que él por su parte no lo lograra sino tres veces tan sólo.